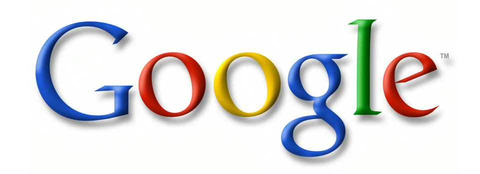
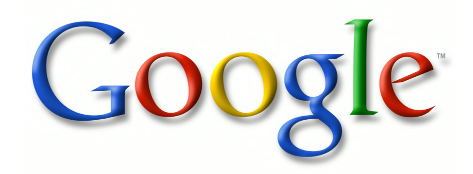
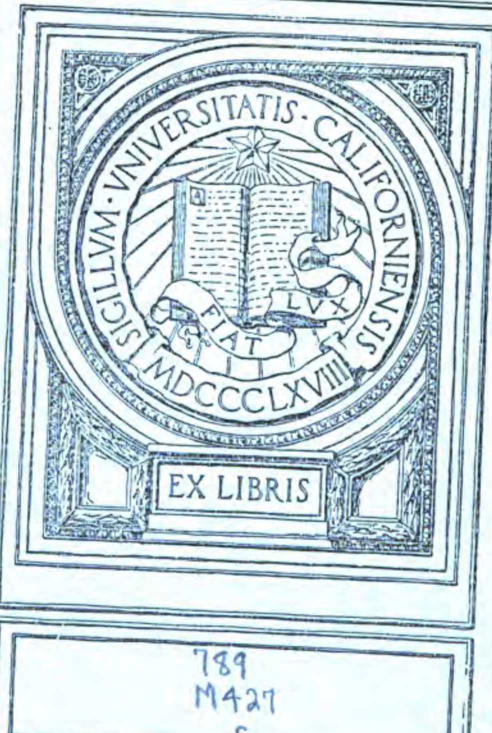
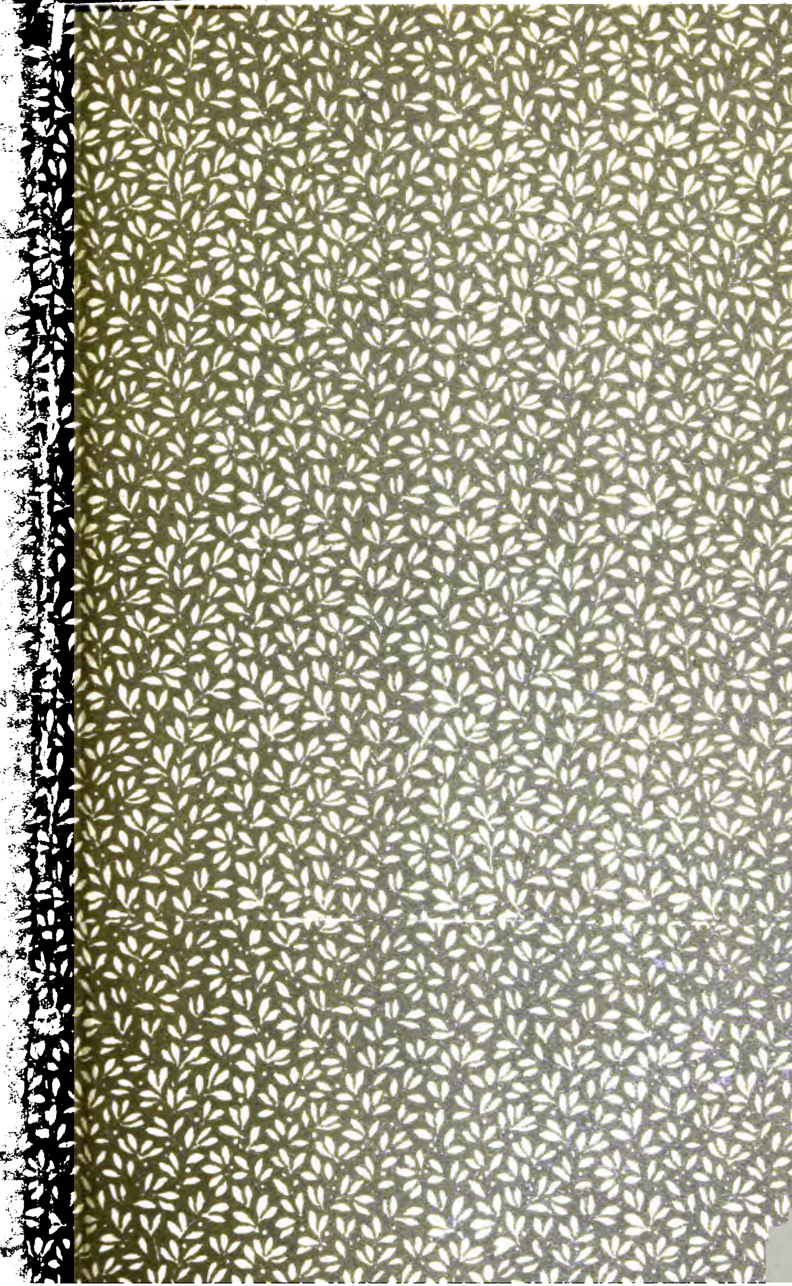





UC-NRLF
$B 299 375


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LA CASA Y LA CALLE

LA CASA
Y LA CALLE

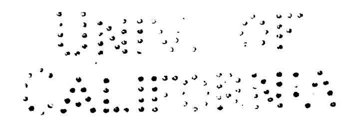
CRÓNICA CONTEMPORÁNEA

POR

JOSÉ M. MATHEU y Aybar

(PRIMERA SERIE)

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1884



Algunas de las crónicas ó novelas que van incluidas en la presente colección (tres únicamente), han sido publicadas en periódicos y revistas; pero, al darlas de nuevo á la prensa, creyó oportuno el autor refundirlas, ó más bien, restablecerlas en su primitivo estado, tal y como fueron concebidas de primera intención. De esta manera, las que habían aparecido como bocetos pasaron á ser cuadros, tal vez de mínima insignificancia, y apuntes ligerísimos se trasformaron en estudios del natural, aunque siempre en la forma y límites que se había trazado desde el primer momento. Las condiciones especiales del periodismo exigían del arte el sacrificio de costumbre; la obra debía salir á luz necesariamente mutilada; muchas veces era tan sólo su esqueleto. Cuando el autor ha vuelto á poner mano sobre ella, no ha sido en verdad para cubrirla de flores retóricas, sino para infundirle nuevo aliento, para

prestarle sangre, músculos, nervios, y poder animarla con algo que se asemejase á esos delicados resortes que constituyen á nuestro modo de ver el mecanismo aparente de la vida.

Harto conoce que sus pretensiones son grandes y sus facultades muy pequeñas: pero si bien se considera, esta desproporción entre nuestras fuerzas y la intensidad de nuestro deseo, la nota constantemente todo hombre que trata de realizar una idea, de hacer algo nuevo aunque sea con materiales viejos, de vestir un concepto con novedad ó dar vida y color á lo que ha imaginado y sentido. Tal es, á lo menos su opinión; y de la gran diferencia que exista entre lo que se quiso y lo que se pudo, ya llegarán á juzgarlo los lectores, manifestando con su agrado, siquiera fuere tácito, si el resultado de la obra ha correspondido á los esfuerzos y buena voluntad del autor. En caso negativo, siempre estará dispuesto á rectificar sabiendo que el arte difiere de la naturaleza en que ésta diluye y aquél concentra ó condensa, y que el escritor que no vuelve alguna vez sobre sí mismo, antes de dar fácil expansión á sus ideas, se expone á inevitables caidas.

Mayo, 1884.

UNA OBRA DE CARIDAD.

I.

A causa de la doble fila de carruajes que se había formado, no pudo avanzar hasta enfrente de la iglesia el que llegaba en aquel momento. El lacayo de larguísimos faldones abrió la portezuela y saltó una niña como de ocho á diez años; luego apareció la baronesa que se dirigió pausadamente hacia el atrio, donde fué saludada por el grupo de pedigüeñas viejas que espiaban entre rezos y suspiros el desfile de las personas caritativas. Como había bastante gente, la baronesa se detuvo en el centro y arrodillóse con profundo respeto, al mismo tiempo que devolvía, sonriendo, su saludo á una señora de edad, sentada á su derecha. Hallábase el templo en plácida y agradable penumbra, que no disipaban las luces inmóviles del altar, ni la mancha amarilla del sol que clareaba una de las ventanillas de la cúpula. Únicamente al abrirse las anchas cortinas verdes de la puerta para dar

paso á los entrantes, se percibía de pronto una viva claridad que detallaba los objetos, y hería de pasado las cabezas escuetas y agrupadas, como un pequeño rebaño de los devotos. Junto con esta ráfaga de luz entraba el rumor de la calle, las voces de lejanos vendedores, y un aliento tibio y penetrante que recordaba, aunque débilmente, el olor de los campos humedecidos por las primeras lluvias de la primavera.

No; no era aquel lugar santificado el antiguo templo, lleno de silencio, de sombras y de misterio, escogido por las almas laceradas que buscaban en su seno el recogimiento y el olvido del mundo. La misma baronesa sentía en aquel instante el aroma del incienso disipado y el mundano perfume de dos aristocráticas damas que hablaban en voz baja, tal vez distrayendo con su charla la atención interna y espiritual de los buenos fieles. De vez en cuando se oían los suspiros de las mendigas implorando la caridad de los que salían, acometiéndoles á la vez con súplicas, con lacrimosas miradas, con gestos de enternecimiento, con las tendidas manos que estrujaban y husmeaban como el hocico de un perro. Luego seguía á este acceso momentos de reposo, algún golpe de tos bronca y asmática que se recrudecía cada cuarto de hora. Volvían á abrirse las corti-

nas, penetraba la claridad instantánea, sonaban los pasos, percibíanse de nuevo los rumores de mil voces, y lenta y acompasada, como una pulsación extraordinaria, llegaba hasta el mismo interior del templo esa ola irresistible de vida que todo lo invade y lo recorre.

Cada vez que entraban la gente y la luz, distinguíanse de improviso las facciones de la baronesa por estar próxima á la puerta. Lo primero que llamaba la atención era el perfil correcto de su rostro, que tenía el relieve de una medalla de plata, juntamente con la blancura mate y delicada de sus carnes. Su frente sin ser estrecha contribuía á hacer la cara más bien ovalada que aguileña; pero en conjunto resultaba una belleza escultórica, serena, reposada y fría. La niña, que continuaba arrodillada á su lado, leyendo con infantil gravedad como piadosa mujercita, no parecía su hija. Representaba dos años menos de los que tenía. Su cutis de raso blanco no trasparentaba por ninguna parte el sonrosado de la sangre, creyéndose que bajo aquellos hacecillos de nervios, y al través de aquel maravilloso tejido, circulaba una exigua y secreta corriente de leche, en vez de los sanguíneos manantiales que alimentan la vida. Sólo había heredado los ojos negros, dulces y rasgados de su madre. No era la caña pensadora á que nos compara Pascal,

sino más bien un junquillo flexible y caprichoso que hubo de tomar forma y realidad humanas. El sombrerito blanco y sus cabellos sueltos y tendidos de un rubio asaz oscuro, hacían resaltar más todavía su carita pálida y enteca como la de un pájaro disecado. Tan entretenida estaba en la lectura, que tuvo la baronesa que tocarle en el hombro con el abanico para que se levantara. Al tiempo de salir reuniéronse con la señora que habían saludado anteriormente, y en la misma puerta se vieron acometidas de nuevo por las viejecitas. Entonces la niña repartió con graciosa parsimonia algunas monedillas, después de hacer seña al cochero desde el primer escalón del atrio. Adelantóse la señora de edad, que vestía de negro, aunque no de luto, siguiéndole la niña, y luego la baronesa, que le cedió en la carretela el puesto de preferencia.

El sol inundaba en aquella hora de la tarde la gran vía, con el ensanche entonces en ruinas á la derecha, y su insensible y largo declive de valle siempre polvoriento. Coronábalo un cielo azul y despejado, un cielo de anticipada primavera. Habían cesado ya las ventiscas de Marzo. Empezaba á embellecer los árboles escalonados á izquierda y á derecha, como soldados en gran parada, su verde brillante y lujurioso que iba apareciendo entre infinitas

hojas, rizos y dobleces. Las séforas y las acacias se divisaban en lontananza como un tono risueño, como reciente pincelada en medio de la monotonía de los colores grises y apagados del horizonte madrileño. Paseantes y curiosos, bajando en desperdigados grupos, se apresuraban á disfrutar de la dulzura del ambiente, de aquella primicia primaveral que convidaba con su regalado aliento y su festival de colores al esparcimiento, al ocio, al *dolce far niente* del espíritu.

A pesar de tan grandes atractivos, el coche de la baronesa dió la vuelta y enfiló hacia la Puerta del Sol, entre los tranvías, ómnibus, berlinas y simones y alborotados alazanes que subían desde aquel centro, torciendo y culebreando ya á un lado, ya á otro, para salvarse de aquella informe y descomunal avanzada de vehículos. Cruzó á trote largo la calle del Arenal, luego la plaza, y dejando el gran Coliseo á su derecha, salió por la de la Independencia hasta desembocar en la de la Unión, entonces solitaria. Detúvose delante de uno de aquellos portales de aspecto decoroso, pero triste y frío, á cuya vista descendieron del coche las señoras, mientras el lacayo, sombrero en mano, sostenía la portezuela que luego cerró con fuerte golpe. La señora de edad, adelantándose como siempre, llamó en el principal de la dere-

cha. Era viuda de un empleado de Palacio y vivía allí mismo, á una honesta distancia de la monarquía, con sus tres hijas solteras, devotas, apacibles, no exentas de ciertos humos aristocráticos, abonadas al Real, con muchísimas relaciones, y pesarosas de no ostentar título y tener coche propio, para ser algo más que las señoritas de Calzada.

Como es natural, la baronesa fué recibida en medio de una explosión de júbilo, de contento, de satisfacción, de frases dulzonas y ponderativas, amén de una carga de *eses*. Porque en efecto, lo mismo la viuda que las simpáticas niñas no pronunciaban palabra que no acabara por ese, ó tuviera cierta melosidad como si saliera del fondo pegadizo de un merengue. Sentáronse todas después de los primeros saludos y preguntas, quedando la baronesa dueña del campo y en disposición de ser amable y religiosamente escuchada. A la niña, llamémosla Carmencita, se la hizo sentar también en el pequeño radio de la visita; pero á las primeras de cambio se escabulló bonitamente y se puso detrás de los cristales en el balcón más próximo, oculta por las colgaduras de damasco amarillo y la cortina blanca que amortiguaba la luz, ya bastante débil. Desde luego fijóse en un objeto curioso y animado. Sobre un banquillito de dos piés, se veía una magní-

fica jaula, en cuyo interior había un loro, con el plumaje erizado, nervioso y gruñón, mascullando palabras ininteligibles, como un viejo monómano. Tal vez se quejaba de frío, pues había pasado lo mejor de la tarde, ó acaso del abandono en que se le dejaba por tanto tiempo. Cuando apercibió á Carmencita, cesó en su regaño y empezó á subirse y bajarse por los alambres con febril impaciencia.

—Ya me dijeron las de Olcina (en este momento hablaba la baronesa), que necesitan ustedes una persona de confianza, laboriosa, honrada, de buena familia...

—Estamos en eso—afirmó la señora de la casa poniendo los puntos sobre las *eses*.—Y V. ha tropezado con algo bueno, ¿no es verdad? Se lo agradeceríamos á V. lo indecible, porque...

—Mamá se ahogará en una cuchara—interrumpió la hija menor, que se llamaba Consuelo.—¿A qué apurarse por semejante cosa?

—Pero, hija mía, ¿tú sabes como está el servicio?—preguntó á su vez la respetable viuda, que tenía en aquel instante la actitud de un predicador verdaderamente compungido.—Usted no puede figurarse, baronesa, el disgusto que tomamos cuando se descubrió lo de Eulalia... aquella muchacha que parecía tan decente, tan recatada, tan... Crea V. que desde en-

tonces andamos en ascuas siempre que vemos por casa una cara nueva.

—Pues bien, queridas mías, se trata de una joven que ha quedado huérfana hace poco.

—Eso me agrada. Entre esa clase de gentes la familia sirve de excusa para muchas malas cosas.

—El padre tenía un estanco en la calle del Mesón de Paredes, y madre é hija vivían modestamente de la costura. Me aseguraron que la joven en el bordado es primorosa.

—A mamá—insinuó la mayor, llamada Inesita,—le gustan muchísimo las labores finas. Lo que es la tal Eulalia nos dejó disgustadísimas en esa parte.

—No crean Vds. que estoy contenta de la mía; pero como sabemos lo que dan de sí.

—¡Ah, baronesa! son una verdadera plaga. Estamos en eso.

—Pues mi recomendada vive ahora en compañía de una antigua vecina, en una especie de tabuco, allá por el Lavapiés. Pero al fin, una joven soltera, bonita...

—¿Bonita?—preguntó la segunda (Rosario era su nombre) con cierto mohín de desagrado.

—Es una cara regularcita... De todos modos, está muy mal así. Conocí á su madre y tengo decidido interés por la muchacha. Créanlo ustedes, amigas mías, es una obra de caridad;

realmente es una buena obra. Además sé yo por la portera que esa vecina con quien vive es de medianos antecedentes. Y estamos en la obligación de precaver el daño, ¿no es eso, doña Antonia?

La digna viuda dejó caer los brazos con doloroso abandono, y respondió á su amiga:

—¡Ah, baronesa! es el deber de todo buen cristiano. ¡Y si nos fuera posible precaver siempre las cosas! V. sabe bien lo que sucedió con Eulalia... ¡Oh, si nosotros hubiéramos previsto la que se nos venía encima!

—No hay previsión que valga ante personas de parecida calaña. Desengáñese V., señora.

—Habría que estar siempre espiando los pasos de los que nos sirven.

—Habría que abonarse á un par de polizontes—añadió la minúscula, que era la más nerviosilla, y la única que se permitía el lujo de tener sus ocurrencias.

Mientras se debatían tan interesantes cuestiones, Carmencita había abierto el balcón y escurrídose á la chita callando hasta la jaula del loro. Una vez allí, desempapeló uno de los dulces que guardaba en su bolsita, y echó un pedacito de *marrón glacé* en el comedero. El loro inclinó su cabezota de un verde brillante con reflejos azules, lo cogió con el pico, y después con una de sus garras fuertes y mañosas.

La niña lo observaba con asombro. Decididamente parecía una persona. ¡Cómo se relamía con gran sosiego, y dejaba oir un gruñido de satisfacción, de gula y de regodeo!—¡Goloso!—gritábale ella con el mayor mimo.—¡Es V. un goloso!—Entre tanto el loro la miraba con sus redondos ojos, repitiendo en voz baja:—¡Pobrecito, pobrecito!—pero sin dejar de comer. Acabado el dulce, acercóse Carmencita á la jaula, le llamó, le acarició como á su gatito y cruzó por entre los alambres dos dedos finos y sonrosados. Retiró el animalejo su cabezota, y de repente ¡zás! lanzó á modo de martillo su pico corvo y huesudo contra aquellos confiados dedos. Apenas tuvo tiempo para salvarlos de la furiosa acometida. Quedóse fría, pálida, aterrada, sin voz y sin movimiento. Aquella ingratitud era espantosa.

A tiempo de suceder este incidente, levantábase la baronesa para despedirse:

—Quedamos en que mañana vendré á buscarla á V. después de la novena. Iremos á ver esa muchacha. V. la hablará y se convencerá por sí misma de lo que digo. Urge, en mi concepto, sacarla de aquel chiribitil. Y vuelvo á lo mismo, amigas mías: realmente es una obra de caridad, en la cual todos debemos poner algo.—Luego añadió al oido de doña Antonia: —Esa vecina suya tiene pésimas trazas. Me

sospecho que lleve entre ceja y ceja algún mal propósito...

—No lo permita Dios—replicó su amiga algún tanto alarmada.—¡Ah, baronesa, qué perversidad de mundo! Siempre tentando el enemigo y siempre haciendo de las suyas. ¿Irá V. esta noche á *La Favorita?*

—Probablemente, si la canta Bordelini. ¿Ha visto V. qué garganta la de ese hombre?

—Es adorable ese Bordelini—añadió la minúscula espolvoreando la frase con suavísimas *eses*, como se espolvorea con azúcar la pasta preparada de unos bollos.—Estuvieron Vds. en el *debut* ¿verdad? Vería V. en el palco tercero á la de Morejón, que ha llegado recientemente de París.

—Muy entusiasmada estaba—insinuó Inesita.

—Su marido era aquel moreno: un caballero de gran estatura, con lentes, y una magnífica pechera...

—Y horriblemente calvo—apuntó la minúscula de nuevo.—Ahora casi todos los maridos son calvos: ¿en qué consistirá?

—Pero, niña... ¿qué estás diciendo ahí? Estas chiquillas... Por supuesto, baronesa, con lo que yo no transijo de ningún modo es con el escote. Mis niñas jamás se acostumbrarán á semejante exhibición; estamos en eso.

2

—La falda blanca, casi lisa, sencilla, con poquitos adornos, me gustó como la llevaba—afirmó la baronesa, besando á doña Antonia y disponiéndose á la marcha;—pero el cuerpo era horrible, horribilísimo, ó es que no sabe vestirlo. Vaya, hijitas, hasta la noche si nos vemos.—Y continuó repartiendo ósculos de despedida á las tres apacibles solteras, que á su vez hicieron lo mismo con Carmencita, que venía en aquel momento del balcón, todavía asustada y temblorosa.

—Pero, ¿ve V. qué niña?... ¿De dónde sales? Vamos á ver: ¿por qué te levantas sin permiso de estas señoras? Nunca has de recordar lo que se te dice...

—Déjela V., baronesa... Adios, monísima, adios. La lleva V. preciosa.

Ya desde el primer tramo de la escalera, volvióse nuestra dama para despedir á las de Calzada, y poco después se oyó rodar el coche con ese estruendo igual y monótono que ensordece por un instante la solitaria calle. Poca impresión pudo hacer en su espíritu el aprecio jubiloso y un tanto teatral, digámoslo así, que le demostraron sus amigas. La satisfacción de la vanidad no dilató su semblante, ni tuvieron sus labios una sonrisa más de las precisas y justificadas. ¿Creía de buena fé merecérselo todo? A primera vista parecía mucho más or-

gullosa de lo que era en realidad, juzgándosela al propio tiempo como una mujer que debía ser muy tenaz y aferrada á sus opiniones. Y todos estos defectos provenían de un vicio de educación. Su primer impulso nacía de inmejorables sentimientos: después entraba el cálculo, la frialdad del temperamento, la obstinación del carácter y los vacíos que había dejado *ab initio* la insuficiencia de su madrastra. Puesta en sociedad, solía hacerse agradable, pero pocas veces simpática. El trato de gentes y las buenas relaciones proporcionadas por los suyos, no llegaron á suavizar por completo las asperezas de su infancia y las huellas de aquella vida conventual, huraña y metódica de la provincia donde vegetaron sus abuelos. Así se explica que en medio de este semi-abandono, en la libertad de estos movimientos bruscos é incorrectos, y con estas desigualdades de un carácter desarrollado sin disciplina, no alcanzara nunca ni en el vestir, ni en sus maneras, ni en su conversación, aquella distinción incomparable, propia y exclusiva de la grande, de la legítima aristocracia.

Elisea Fernández de la Riva se había casádo dos veces: la primera sin inclinación ni afecto, á los diez y seis años, por sugestión de los abuelos, que no tenían más lema ni otra superior norma de conducta en parecidos casos, que el

lustre de la familia; la segunda casó, realmente enamorada, con el barón de Cuéllar, un magnífico aristócrata de buena naturaleza, buena pasta y buenos puños. Gran patinador, cazador ilustre, y no menos ilustre seductor en los floridos abriles de su soltería. Había sido un gallardo Hércules, de esbelta y bien formada cabeza, con un cuerpo macizo, férreo y musculoso. Todavía, á los cuarenta cumplidos, conservaba una cierta apostura que parecía heredada de algún antiguo guardia de Corps, un andar gentil y desembarazado, aunque algo decadente por la obesidad, siempre terrible, que traen los años, la buena mesa y la sedentaria vida. En cuanto á las dotes de su espíritu, no carecía de imaginación, de gran retintiva y de una especial fuerza de asimilación. Tanto que, muerto su tío, hombre de grandísima influencia en la provincia, heredó parte de aquel poderoso prestigio sobre la opinión de sus conciudadanos, y en las primeras elecciones á diputados, alcanzó la suspirada mayoría de éstos, creyéndose de primeras á buenas contar en el Congreso con un nuevo orador. Hubo unas rectificaciones, y habló, en efecto, dos veces con soltura, con facilidad y hasta con música, porque lo que más se estima en el mayor número de nuestros Demóstenes parlamentarios es la música. Pero con música ó sin ella todos opinaron

lo mismo: que era una exacta copia de Pino-Benítez. Este diputado, ministerial por más señas, figuraba entre los oradores más fáciles, más llanos, y, sin género de duda, más vulgares de la Cámara. Nuestro barón venía á ser como el eco de Pino-Benítez, así como animado fonógrafo que repetía lo dicho, palabra por palabra, con idénticas inflexiones y matices.

En su segunda tentativa lo anuló el ridículo, más temible en aquellas circunstancias que un voto de censura, por boca de la misma oposición, que le designó con este gráfico apodo: *la cotorra del gobierno*. Desde entonces ya no tentó más ensayos. Ni poseía el suficiente caudal de ideas para llegar á imponerse como capacidad parlamentaria, ni era bastante millonario para comprar la tolerancia del vulgo político, que es entre paréntesis el más numeroso de los vulgos. Por lo cual se aburrió en gran escala, ya formando como uno de tantos en las filas de la mayoría, ó bien permaneciendo independiente en los confines de ese limbo de la política, á donde no llegaban los manejos, ni las intrigas, ni los negocios sucios, ni tal vez las imposiciones. No abandonó por esto el salón de Conferencias; pero pasaba sendas horas en su despacho copiando dibujos y acuarelas que había coleccionado en otro tiempo. Recordando que en el colegio de Carrión de los Condes obtuvo

las primeras notas en la clase de dibujo, se consideró desde luego con vocación artística. Triunfos eran estos que se lograban sin cábalas ni sobornos, ante un jurado selecto, pacífico y libre que fallaba incontinenti y sobre el mismo terreno. Adiestróse, pues, en la parte mecánica del arte, y cuando se conceptuó suficientemente dispuesto se fué á casa de Aguado, el paisista de moda por aquella época, para recibir las últimas lecciones, con esos secretos pictóricos que enderezan al discípulo hacia el pináculo del arte. Y si el barón no llegó hasta el mismísimo pináculo, ¡vive Dios! que no fué por su culpa. Su propio despacho tomó el aspecto de una exposición regional de cuadros chicos. Y tal tarea se dió en emborronar lienzos, y tan á pechos la emprendió nuestro hombre, que el célebre Aguado, que multiplicaba sus obras como Cristo los panes, quedóse asombrado y confundido ante tamaña fecundidad.

Mientras se atenía al modelo no iba la cosa del todo mal; lo copiaba con regular exactitud. Pero si se arriesgaba á estudiarlo del natural ó á inventar algo nuevo, allí eran las ansias y congojas del artista y el darse á todos los demonios conocidos. Por último, sus amigos íntimos, con indirectas, con chistes, con símiles y comparaciones, dorando la píldora lo

mejor que se pudo, le hicieron comprender que no pasaba, ni probablemente pasaría, de un mediano copiante por mucho que se atosigara y calabacease. Dos años y medio le duró este furor artístico, y nunca llegó á desengañarse del todo. Poseíanle las bellas artes como los antiguos demonios á los pecadores, de tal manera, que el único cambio que hubo en su monomanía fué el tomarla con la música. Siempre había tocado el piano en los compromisos naturales de un hombre de sociedad, en la reunión de Fulanita ó de Menganita, en el cumpleaños de la generala tal ó cual, etc., etc.; pero entonces le entró la fiebre de la afición hasta empeñarse en aprender armonía y contrapunto, para dominar la teoría como dominaba la práctica, y escribir un nocturno, una melodía, un valsecito ó cosa por el estilo. Esto debía ser fácil y hacedero para el que se encontrara con vocación y fuerzas.

El resultado fué el mismo. Alcanzó una agilidad de dedos asombrosa, un mecanismo especial que deslumbraba al auditorio ensordeciéndole... y pare usted de contar. Ahora bien; con un poco de política, otro poco de pintura y una buena ración de música, resultaba uno de los hombres más atareados y laboriosos de nuestra aristocracia.

Más tarde, si se alargaban las sesiones del

Congreso por *mor* de los nuevos presupuestos, subía al Casino ó al *Veloz-Club*, confundíase con la *crema* de la juventud, acabando algunas noches por tomar un palquito en Variedades. Allí conoció á la Trini, una muchacha rubia y bonitísima, *digna de ser morena* y *sevillana,* como canta nuestro ilustre poeta, que frisaría apenas en los diez y nueve abriles, y era ya célebre entre las del género. Con esta conquista consiguió reverdecer sus antiguos laureles de vencedor. Por supuesto que Elisea no tuvo ni la menor sospecha. Se guardaría muy bien de hacer ostentación de tales hazañas. Todo le hubiera tolerado, y toleraba bastante la baronesa; sus aficiones artísticas, su glotonería, su pasión por la caza, sus continuos derroches en el *treinta* y *cuarenta*, en fin todo, menos una infidelidad. ¡Hasta ese punto podían llegar las debilidades de su marido! ¿Cómo se entiende? Eso no debía consentirlo una mujer digna, honrada, bonita y respetable bajo muchos conceptos. No había nacido ella para ser como la marquesa de Tal, que vivía retirada en Sevilla mientras el bribón del marido la corría por aquí como un desalmado tronera, en compañía de su amiguita la condesa de Cual. Todo, menos esos escándalos. Ella tenía también sus teorías como cualquier famoso general; por ejemplo: la casada que tolera á su esposo la

primera falta, está perdida, irremediablemente perdida. Por eso valía la pena de vivir prevenida, no permitiendo en esta delicada parte del Decálogo el más leve desliz. Ni pensarlo siquiera.

No veía Elisea que cansado el barón de ir y venir, de argumentar, de tocar y de pintar, habría de dedicarse á alguna cosa, que estaba condenado por su temperamento rico y exuberante á la actividad, á hacer algo, á matar el tiempo según la frase española, y que, á no mentir los indicios, acababa por donde había empezado. ¿Qué razones había para que ella tuviera en cuenta la ley de la herencia, y sobre todo la del atavismo que se cumplía inconscientemente tal vez en el barón? Y digo que se cumplía, porque la mayoría de sus abuelos y progenitores pasaron la vida cazando en el cercado ajeno. Pero nada, nada de filosofías ni de excusas. Todo menos aquello. Ya me entienden ustedes.

II.

Y ahora que, bien ó mal, conoce el lector algo del perfil moral de nuestros personajes, y sabe que la baronesa asistió á la Ópera y durmió perfectamente, aunque molestada á prima

hora por el reuma, no estará fuera de lugar añadir que cumplió su palabra, yendo á buscar por la tarde á la señora viuda de Calzada. Como se trataba de un asunto delicado, Carmen se quedó en casa con una amiguita que acababa de salir del *Sagrado Corazón*. Una vez instaladas las señoras, tomó el coche la embocadura de diversas callejas hasta entrar en la plaza del Progreso, y de allí por la de Jesús y María abajo llegó al Lavapiés, calle de la Fé, un portalillo estrecho, entre una *salchichería* y una *fábrica de churros*. Al ruido de la berlina asomóse al balcón de enfrente una viejecilla de cabeza blanca, menuda, sequita, encorvada, amarillaza, y miró con suma discreción por encima de sus gafas á favor de las cuales afanábase repasando la camisa del nieto hecha girones. En aquella tarea tan inútil como enojosa estaba retratado de cuerpo entero el amor de la abuela. Ambas señoras entraron en el portal sin reparar en ello, y empezaron á subir y á respirar el vaho y la humareda que llenaba la casa.

—Y qué apestoso está esto—murmuró la baronesa sacudiendo repetidas veces el pañuelo blanco. Ya iban á llamar en el cuarto, cuando se quedaron en suspenso, paradas, con la mano en el grasiento cordelillo que hacía de tirador, mirándose indecisas, á causa de las vo-

ces que oyeron desde la escalera y que salían indudablemente de aquella jaula.

—¿Qué será esto?—preguntó la de Calzada, en cuyos ojos no pudo adivinarse cierto interno sobresalto, por los espejuelos oscuros que en aquel momento llevaba como preservativo de la luz. Redoblaron su atención. La cosa lo merecía. Oíase con claridad una voz de mujer, fresca y vibrante, algo elevada de tono, que gritaba:

—¡Te dije que no, que no y que no! Vamos, que no abro. ¿Quieres no ser machaca?... Mira que voy á gritar de veras. Márchate, Miguel... Si no te marchas...

La voz del hombre sonaba más próxima, casi en la misma puerta.

—Pero abre tú antes... no seas tonta.

—¡Mira que es mucha música esta! Por última vez, haz favor de largarte.

—Que no me largo ¡ea! con que no me *chiyes*, ni te vengas con... Pero ¿tú sabes lo muchito que te quiero?... pues entonces... Anda, *chavala*, abre un momento.

La voz de ella replicó más alto todavía:

—Miguel, que no me da la gana.

—Palabra, en cuanto te vea me largo. Y ahora, ¿me vas á abrir, vidita?...

—Que no me da la gana, te digo.

—Pues á mí me da, ¡ea!

Y tras esta frase se oyó un golpe tremendo y formidable, un taconazo como de bestia enfurecida, y luego otro, y otro, hasta cuatro ó cinco. Las señoras se contemplaron asustadas. Ya iban alterándose las voces. A intervalos se escuchaba la voz de la mujer, llorosa y suplicante, entre las acometidas de la fiera y aquellos continuos golpes que parecían redoblarse por momentos. A tal punto no vaciló la baronesa, y tiró violentamente de la campanilla. En seguida amainó el estrépito, oyéronse pasos precipitados y en opuestas direcciones, alguien se acercó á la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—¿Está la señora Juana?

A la pregunta de la baronesa se abrió la puerta, y apareció una joven rubia, gruesecita, con los ojos negros y vivaces, lo que prestaba á su fisonomía extraordinaria expresión, y una hermosísima mata de pelo que se rizaba espontáneamente en los pulsos y detrás de las orejas. Encontrándose con tan inesperada visita, se puso como la grana, por más que ya estaba encendida, y como si acabara de enjugarse las lágrimas. Demandáronle noticias de la vecina con quien vivía.

—No está en casa. Ha salido á entregar unas prendas.

—¿Luego estabas sola?

—Sí señora—contestó sin vacilar.

La respetable viuda y su amiga volvieron á mirarse con asombro.

—Vamos, hija mía—repuso esta última,—saca unas sillas ó entremos á tu cuarto. Tenemos que decirte dos palabras.

Guiólas la joven al interior: una pieza en cuadro, á trechos blanca, sin papel en las paredes, con ventana al patio, y á la izquierda una mesilla coja que pasaba por costurero, cuatro míseras sillas de enea, un par de grabados en madera viejos y amarillosos y una cómoda despintada, encima de la cual envejecía un quinqué de loza sin tubo ni mechero, sobre un pedazo redondo de hule. Debajo de uno de los grabados veíase otro cuadro pequeño con cristal, que era una labor caligráfica compuesta de dos grandes letras mayúsculas en el centro de multitud de estrellas, puntos, zig-zags y rasgos variadísimos de pluma, á cuyo pié podía leerse en admirable letra redondilla la firma y dedicatoria del autor: *A mi querida tía Juana en su cumpleaños. Juan Antonio López y Laplana. Año de* 1865.

—Esta señora—continuó la baronesa,—es amiga mía, y ha tenido la bondad de pensar en tí para el servicio de su casa. No creas que se trata de lo más vulgar y enojoso. Tú estarás allí para el cuidado de la ropa blanca, para el

corte y arreglo de los trajes, para acompañar á las niñas; en fin, con todas aquellas consideraciones que se merece una persona de tu clase y de tu mérito. Ya vieron días atrás algunas de tus labores.

—Y quedé satisfecha—añadió doña Antonia.
—Estamos en eso. Tiene V. muy buenas manos, hija mía.

—Muchas gracias, señora... No merezco...

Hubo unos momentos de silencio. La muchacha inclinó la cabeza, y distraidamente empezó á sacarse y ponerse en el dedo una sencillísima sortija de doublé que en él lucía.

—Bueno, y ¿nada más?—insistió la baronesa.—¿No contestas á nuestra proposición, ni dices si la aceptas ó si te parece mal?...

—Yo... ya comprendo, no estoy bien así, porque...

—Qué has de estar bien así, cristiana, ni mucho menos. Precisamente no puedes estar peor. Si viviera tu pobre tía Rafaela, á quien hubo necesidad de socorrer en la Conferencia varias veces, no te aconsejaría de otro modo. Aquella sí que era una mujer religiosa y buena.

—Creo que pertenecía á la hermandad de Santa Rita—insinuó la viuda con su acostumbrada melosidad.—Lo sé, porque en cierta ocasión faltó la señora de Olcina y tuve que acompañarla á V. en su visita.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. Con que ya lo has oido: por los antecedentes de tu familia, por tu propio decoro, no puedes continuar viviendo en semejante abandono. Además, una muchacha bonita, huérfana, que se queda sola en un cuarto, expuesta á las asechanzas de cualquier pillastre...

—Eso, señora...—saltó de pronto la joven. —No vaya V. á creer que porque seamos pobres... La que quiera guardarse...

Oyendo esto la viuda, con mayor desenfado y genialidad que su amiga, replicó en el momento:

—¡Vaya, bueno, niña! Entonces ¿quién era la que amenazaba con chillar más fuerte cuando subíamos la escalera?—Calló la joven visiblemente contrariada y puesta de veinticinco colores.—Eso no está bien hecho, hija mía—prosiguió la interpelante.—Faltar de tal modo á la verdad, engañarnos así, precisamente en el momento en que venimos en su auxilio. ¡Ah! me temo yo que no sea V. ciega de espíritu si no ve en esta casualidad la mano de la Providencia. ¿Y qué? ¿en tan poco estima V. su reputación y su decoro que repugna ponerlos á salvo de mayores peligros?... Créame V., hija mía, hay en este orgullo, en este menosprecio con que nos miente algo de ingratitud. Lo digo por la baronesa y por el interés que ha

demostrado subiendo hasta semejante sitio.

Y la apacible viuda subía y bajaba los brazos para dar carácter de solemnidad á aquella filípica filosófico-moral, oida por nuestra joven con la cabeza baja, pero con escasos impulsos de arrepentimiento. Por fin levantó el rostro, clavó la vista en los oscuros espejuelos de doña Antonia y dijo:

—Ingratitud... no. Es que no tengo el gusto de conocer á esta señora, y como no venía á pelo hablar de aquello. Vds. tampoco...

—Te preguntamos si estabas sola.

—¿Eh? pues no entendí, señora, lo cual qüe no hay por qué taparlo. El que estaba ahí fuera es Miguel, el sobrino de la señora Juana. Se ha colocado en la botica de la plaza y viene los sábados á recoger su ropa. Pero no vaya V. á creer—continuó la muchacha ya tan serena y con gentil espontaneidad,—que me muero por sus pedazos: ¡quiá! si es un silbante, sólo que algunas veces me hace gracia. La otra noche, pongo por caso, se trajo un perrillo de leche y me lo metió entre las sábanas. Yo, que no estaba *enterá*, y no reparo en tal bicho, y me lo encuentro entre los piés... pegué un salto. ¡María Santísima! Figúrese usté.

—Sí, sí, estamos en eso. El hombre es muy divertido, harto se ve. Y también esta tarde—

preguntó la de Calzada en irónico tono,—¿le echaba á V. algún perro?

—Esta tarde...—repuso la joven cuyo animado semblante pareció oscurecerse de repente,—no señora... Esta tarde...—Y no salió de aquí, por no encontrar palabras adecuadas que expresasen el estado interior de su espíritu, algún tanto conturbado y nebuloso.

—Y ¿qué edad tiene V.?

—¿Yo?... quince años y medio.

—¿Quince años?—repitió doña Antonia persignándose lentamente,—¡Ave María Purísima! Pero ¿oye V. esto, baronesa? Yo le daba cuando menos veintitres años. Vaya, hija, que bien espigaditos los tiene V. Y ahora es cuando más me afirmo en la conveniencia de salir cuanto antes de estas estrecheces y soledades. Por mi parte, desearía que mañana mismo se decidiera V. á recoger su ropita; ¿estamos en eso?...

—Cuando V. me mande—asintió la muchacha más bien por salir del paso que por decisión de su voluntad. Levantadas las señoras tornaron á mirarla con aquella curiosidad de cien ojos que ahonda y escudriña hasta los últimos detalles de la persona. Y se asombraron de nuevo: su estatura, sus caderas, el desarrollo visible de sus pechos, su carita redonda y sonrosada, y toda ella confundíase con el

talante de una mujer acabada hecha y derecha. Al llegar á la puerta, volvió doña Antonia la cabeza lanzando una mirada significativa hacia los otros interiores. Comprendiólo la chicuela y dijo con algún sonrojo:

—No está ya en casa; se marchó hace rato.

Cruzaban ambas damas el portal, bastante oscuro en aquella hora que empezaba el crepúsculo, cuando vieron dirigirse al mismo punto, con gran apresuramiento, á la portera de la casa donde había vivido la joven recomendada. Plantóse delante y saludólas con el mayor afecto, deshaciéndose en exclamaciones, suspiros y lacrimosos recuerdos. Todo ello, en efecto, parecía poco si se tenía en cuenta aquel cuerpo rechoncho y abotargado, tan añejo y maduro, de donde sacaba sus historias.

—¡Ah! ¿con que esta señora es la que se lleva á la Adelilla?—preguntó después de tomar aliento, anudarse el pañuelo que se le venía encima de la frente y atusarse la melena.—Por muchos años, señora... y no sabe usté lo que me alegro. Pues nada, en un santiamén la hace usté un favor menudo. Porque lo que yo *la* dije á la señorita, y perdóneme la expresión: esa señá Juana es una mujeracha, una asquerosa, una...—y no pronunció el adjetivo por respeto á sus interlocutores.—Y cuidado que su madre era lo mismo, y como dijo el

otro, de casta le viene al galgo... Pero yo no lo puedo remediar; le tengo mucha ley á la chica, porque la chica es buenaza de por sí. Ya usté ve, señora, la he conocido de leche, hecha una mocosa, sin más aquél que lo que monta un pollo. Que *quié* usté, yo soy así. Además, la vecina que plancha en el otro cuarto me decía, saliendo la otra tarde de San Juan de Dios, donde dejó á su marido: ¡Madre! los pobres no vemos más que lástimas y *mundicias*. Y allí la tiene usté *encerrá* todo el santo día friéndose la sangre, dale que dale, con cinco mocosos y su hombre en el hospital. Pero ya usté ve, señora, al fin es su marido, y ella no va á ser de bronce. Pues ná, le pregunto por Adelilla, y va, coge y me dice: ¿usté sabe que anda detrás de la chica el sobrino de la seña Juana?... ¡Madre... yo que le oigo!... porque mire usté, señora, si conoceré yo la madera de ese mal trabaja... Soy yo muy vieja para que á mí me la pasen. No, y lo que es esa me la llevaba yo tragada... Fijamente en cuanto supe que ese tumbón subía al cuarto una vez tan siquiera... Vamos, más claro, que la planchadora los vió retozar por la escalera. Y si una no conociera á la chica, diría: ¡anda y que te zurzan! pero... ¿verdá usté que eso no puede tener un fin regular?...

Y así en este tono hubiera continuado muy

largas horas aquella honrada y expresiva portera, á no mediar la baronesa, cortándole el hilo de la perorata, y despidiéndose para mejor ocasión y tiempo. Subieron las señoras al carruaje, montó el lacayo, y desaparecieron por la calleja.

III.

Y aconteció que á los pocos días Adelita se encontraba instalada en casa de doña Antonia, y al servicio de las tres apacibles señoritas. Y aconteció también por aquella época que la baronesa entró en fundadas sospechas por la conducta que venía observando su marido. Naturalmente, acostumbrada estaba Elisea á que éste se ausentase cuando y cuantas veces le pasara por la cabeza; pero todavía el señor barón no había llegado al abuso; es decir, que al presente tomaba tanto de la tarde y tanto de la noche, que la mayor parte de los días lo veía únicamente á la hora de comer. De sus aficiones artísticas no se hable, y esto era lo raro. Los pinceles dormían en la caja; el piano lo abría Carmencita para repasar sus primeras escalas; la cuestión política se suscitaba á los postres y de sobremesa, cuando amanecía algún amigote de marras, algún diputado

que trataba de hacer propaganda en uno ó en otro sentido. Añádase que todo esto caía ya sobre llovido. En distintas ocasiones se hubo de lamentar Elisea de los gastos excesivos, ó más bien, despilfarros de su casa. Las malas cosechas y el aumento de las contribuciones ocasionaban el retraso de los colonos en sus pagos, las ventas improductivas y las quejas de los administradores, que si habían de redondearse, como rezaba lo tradicional, el amo se quedaba en cuadro ó poco menos. Debió, pues, el barón haber ido á inspeccionar sus posesiones de Cuellar, y no fué. Debió reducir sus gastos, no los redujo. Debió tomar más interés por lo suyo, no lo tomó. Razones poderosísimas para que Elisea se encontrara nerviosa y disgustadilla á todas horas. En su consecuencia, surgieron entre marido y mujer algunas cuestiones desagradables; se oyó por una y otra parte razones destempladas y palabras agrias. Sólo que ella le quería apasionadamente, y por más que empezara la contienda y se sulfurara y rabiase, y aun diera sus pataditas, á las pocas horas aveníase á firmar la paz en medio de dos ó tres apretados abrazos, dos ó tres cariñitos, que eran su obligado preludio. Hay que confesarlo: el adorado mónstruo abusaba de su posición. Pero todo continuo exceso encuentra por fin un límite lógico y natural en medio

de esa maravillosa red de consecuencias que nos impone la vida.

Era martes. Elisea despertó de mal humor, como siempre; síntoma que vino luego á agravarse con la noticia espetada por la doncella, de que el señorito había entrado en casa al amanecer. ¡Así cumplía su palabra de caballero! Porque precisa advertir aquí, que en una de las escenas más escabrosas, prometió á la baronesa no pasar la noche fuera de su domicilio. Era un detalle; bueno, ella se contentaba con el susodicho detalle. Y, después de todo, sus exigencias no podían ser más justas.

Fué éste el primer tropiezo del día.

Ya bien entrada la mañana, se había lavado, peinado y perfumado, aunque de muy mal temple. Sonó el timbre de la puerta, y anunciaron á las señoras de Calzada. A punto estuvo de negarse; pero las consideraciones sociales, la buena amistad, la despiadada crítica, y otras razones de no menor peso... Por último, salió á recibirlas, de malísima gana, dicho sea de paso.

—Muy buenos días, Elisea, ¿cómo está V.?

—Dichosos ojos que las ven á Vds.; tanto tiempo sin parecer por acá... etc., etc., y empezó la charla. Doña Antonia traía montados sus espejuelos por haber estado sumamente delicada de la vista, ¡una irritación es-

pantosa! Ya se ve, aquellos horribles calores, una sequía tan larga, la desigualdad del clima, y su casa, que era un completo chicharrero. Había que emigrar á cualquier parte; Madrid se ponía insufrible. En cuanto á sus niñas, ¡misericordia! era ya cosa de morirse: á Rosarito se le descompusieron los nervios de tal modo, que, pásmense Vds., no se encontraba remedio positivo á su dolencia.

Eso sí, aborrecía de muerte todo género de pócimas y mejunges; la farmacopea española no tenía un solo específico que le fuese simpático. Pues ¿y los médicos? decididamente eran unos pobres patanes. Y no hablemos de Inesita, que contaba con un abono á diario de neuralgia facial; un dolorcito manso, que ya, ya. Aquello era rabiar, y lo demás pamplinas. La más feliz de todas resultaba la minúscula: le había salido novio, un muchacho ingeniero, de muchísimo *pesquis* y desparpajo, tanto, que había escrito un drama trágico, todo en seguidillas. Por supuesto, que tampoco á la pobrecita le faltaban disgustos, porque el tal ingeniero era una fierecita, con más humos que el gran Capitán. Luego vinieron los trages de la temporada, la modista, los encargos, las compras para unas amiguitas que estaban de luto... Multitud de compromisos. Y para remate de fiesta, la doncella, la famosa Adelita, cayó tam-

bién enferma, y por temor de que fuesen viruelas, se le había trasladado provisionalmente al tugurio de la señá Juana. ¡Cómo! ¿sería posible? Túvolo la baronesa por una falta imperdonable. Por culpa de las de Calzada volvía á caer segunda vez en las garras del enemigo; podía ser víctima de cualquier atropello. Lo conducente en este caso hubiera sido que se le avisara con anticipación para tomar sus medidas y precaver un nuevo peligro.

Fué el segundo tropiezo.

Por fin se despidieron las de Calzada, y pudo quedarse sola, como lo requería su espíritu, disgustado por tantas impertinencias y contrariedades. Bien dicen que la vida es un tejido de continuas desazones. No, no estaba contenta de sí misma. Por el pronto, caía en la cuenta de haber descuidado infinidad de pequeñeces domésticas. Salió al comedor y dió orden de que se le sirviera sin tardanza. Su marido almorzaba en casa del marqués de Campuzano, y no había que contar con él hasta la noche, por lo menos. Las dos cuñaditas le acompañaban muchísimos días, pero aquella mañana tenían al niño mayor en cama, con fiebre, y quién sabe si con erisipela. Ya serían las tres de la tarde, cuando pensando en estos aborrecidos tropiezos y dificultades, oyó que le anunciaba su doncella á la condesa de Belmonte.

No menudeaba esta señora sus visitas, por cuya razón parecióle á Elisea que no podía venir en tiempo más inoportuno y sin objeto determinado. Era hija única del famoso abogado Olcina, y le mortificaba en extremo que la llamaran á secas la señorita de Olcina. Después de una viudez prematura, pues apenas estuvo casada tres años, no ocultaba sus pretensiones de figurar entre las viudas más aceptables de la aristocracia. Por su posición social no cabía duda; por su físico, por sus maneras, por su educación, era ya problemático. Los disgustos domésticos, ó el predominio del temperamento de los Olcina, habían robado á su fisonomía la mayor parte de su frescura y seducción. Aquel rostro de veintiseis primaveras, aguileño, paliducho y amarillento, parecía salir de la infusión de una taza de manzanilla; y hasta su misma dentadura, á pesar del continuo esmero, hería la vista de cualquier admirador con ese matiz particular que toman las fichas de un dominó bastante usado. Al propio tiempo su talle no era esbelto, ni mórbido, ni cimbreante, sino más bien rígido y estirado como el del maniquí que usan los pintores. Tiempo atrás, fué la condesa presidenta de una de las conferencias en la asociación de San Vicente de Paul, satisfaciendo de este modo su afán de brillar, de sobresalir, de dominar, de

llevar la palabra, de mangonear, según vulgar expresión. Demostró allí aptitudes especiales que agradaron á la mayoría de las socias, por cuyo motivo se trató en sesiones posteriores de reelegirla segunda vez, como lo permitía el reglamento. Por dos votos no llegó á conseguir el precitado honor; estos dos votos fueron el de la secretaria y el de la baronesa de Cuéllar. Aunque el acuerdo de la junta fué secreto, alguna debió traspirarlo en conversación particular, porque es indudable que la aristocrática viuda lo sabía de buena tinta. Quien hizo reserva absoluta del asunto, fué la misma viuda. Por lo tanto, Elisea la recibió sin prevención, por más que estuviera disgustada y poco dispuesta á escuchar la música del prójimo. Después de las generales, la de Olcina repitió, sonriendo dulcemente, la misma idea:

—No, no me gusta esto, Elisea: tanto tiempo sin dejarse ver por mi casa. Papá decía: la baronesa debe tener algún enfermo ó algún disgustillo, ó se ha convertido en una mala persona. Nada, nada, no transijo con un olvido de dos meses... Y ¿cómo está Carmencita? Siempre delgada y con poquísimas ganas de comer... me lo figuraba. Los niños, ya se sabe, se les ha de tolerar álgún capricho que otro, sobre todo cuando andan así tan intercadentes. Por el barón no pregunto. Lo ví en

el Retiro con Campuzano. Buen par de pícaros están hechos él y su amigote. Me aseguráron que nuestro marqués había vendido los terrenos del barrio donde pensaba levantar el hotelito. Decididamente es un loco, y lo siento por su marido de V. Yo no sé de dónde salió ese rumor, ni quién lo trajo á casa; pero lo cierto es que no carece de fundamento, y que el administrador andaba estos días con el agua al cuello, bebiendo los vientos y buscando dinero á toda prisa.

—Dispénseme V., condesa—repuso la de Cuéllar—ha dicho V. que lo siente por mi marido, y no entiendo ese enigma.

—¡Oh! no, querida mía; no es un enigma lo que ocurrió con Parejada, que en dos años que la corrieron juntos por París le hizo repasar la frontera con una escolta de acreedores que lo volvieron loco. Y si de ésta sale bien, será la tercera vez que mi señor marqués se pone á salvo, mientras el amigo deja hasta la piel entre media docena de judíos. Ahora ya lo sabe usted, querida; si encuentra V. al barón algo distraido... y ciertas distracciones bien pueden dispensarse siempre que no pasen de cierto límite...

—De ninguna manera, condesa. Si se refiere V. á lo que yo me figuro, crea V. que nunca toleraré distracciones de ese género.

—Entonces...—replicó la de Belmonte con estudiada naturalidad,—ignora V. que han visto al barón acompañado...

—¿Acompañado de quién?—preguntó Elisea con súbito sobresalto.

—Habrá un error en esto... Decididamente hay un error, querida mía. Y le confieso á usted que sentiría en el alma haber dado lugar á la más leve sospecha. Hagamos cuenta que no dije nada.

—Al contrario, condesa, V. tiene antecedentes, pues de otro modo no hubiera hablado sin esa seguridad. Yo le suplico á V. encarecidamente que no guarde consideraciones de ningún género. La verdad, sólo la verdad, y nada de antifaces, amiga mía.

—Insisto en que puede haber un error... ¿por qué no puede haber un error? Por Dios, Elisea...

—¿Con quién le vieron acompañado?—tornó á preguntar Elisea con voz algún tanto alterada.

—No, querida; dejemos las cosas como están. Hay multitud de razones para que una mujer honrada no dé oidos á toda esa chismografía que las gentes ociosas propagan á sus espaldas.

—Pues bien; esa chismografía, ó sea lo que fuere, la verdad, el error, una calumnia, cual-

quiera cosa... V. me hará ese obsequio. Sepamos algo: ¿dónde le vieron?

—Y ello carece de importancia después de todo—afirmó la condesa con una ingenuidad encantadora,—dicen que acompañaba á una muchacha... muy bonita. Y bien: ¿no sería ridículo que no se permitiese á un casado acompañar, por galantería, á una muchacha?

—Pero ¿dónde, quién lo vió, cuándo?

—Lo vieron de noche, en la calle de Argensola, saliendo del número 22. Y aun cuando fuera así, ¿qué tiene esto de particular? Cualquiera pudo confundir al barón con otro caballero que más ó menos se le pareciese. Todos los días nos tropezamos con coincidencias de este género. Y créame V., queridita, cuando V. no recela de su conducta, cuando V. nada ha adivinado, cuando V. vive tan confiada, existen noventa y nueve probabilidades contra una de que ello no pase de ser una chismografía.

Mientras así hablaba la de Belmonte con pasmosa facilidad, oíala Elisea en silencio, habiendo caido en ese sonambulismo de imaginación á que nos condenan las mil reflexiones suscitadas, las sospechas imprevistas, los celos repentinamente provocados. En realidad, estaba como aturdida, y el mal efecto que deseaba obtener la condesa habíalo obtenido. Esta última continuó en su charla:

—Con que nada de cavilaciones, querida Elisea. Desconfiar de una persona por lo que murmuran los demás, atormentarse con imaginarias dudas, vivir en perpetua intranquilidad, creerse morir de pena... ¡Qué tontería más grande! Porque supongo que V. no tomará en serio estos dicharachos de la gente. Vaya, vaya, dejémonos de niñerías; decididamente el señor barón es un buen sujeto, y no está ya en edad de pervertirse con las malas compañías.

Elisea asentía con la cabeza á las afirmaciones de la condesa, pero interiormente, y conforme más charlaba su amiga, más repugnancia y antipatía le causaba. Aquella voz aguda, casi en falsete, que sonaba como un chirrido metálico, le producía ya náuseas y una como irritación nerviosa que hubiera acabado por ponerla fuera de sí, rabiosa y encolerizada. Por fortuna de la paciente, varió la de Belmonte de conversación, y al poco rato se levantó para despedirse. Era tardecito, y aún tenía que escribir al señor cardenal con motivo de una gran festividad que preparaban las señoras del Divino Pastor. Deseando contar á todo trance con la grandilocuente palabra de su eminencia, decidieron acudir, como mediadora influyente, á la condesa, que no supo negarse á su demanda. Apenas la vió salir Elisea, alzó los brazos, llevóse las manos á los ojos, teniéndolos cerrados

largo espacio, y repitió dos veces:—¡Dios mío!... ¿No es esto un sueño?...

Fué el tercer tropiezo del día.

Ya no pudo parar desde aquel instante. Su mismo gabinete le pareció monótono, aun siendo el más alegre de la casa y conservando todavía el encanto, la frescura, la novedad, ese aliño brillante y minucioso que se sorprende en el cuartito de una recién casada. El papel era claro, de un azul pálido, indefinible, salpicado de motitas rojas, violáceas, doradas y verdes, como hojas y pétalos que parecían desprenderse de las paredes cuando el sol del mediodía, entrando de lleno por los cristales, bañaba de dulces y movibles claridades aquella encantadora estancia. Por otra parte, los muebles habían sido renovados á su debido tiempo: su tono general, de un verde-laca algo oscuro, rameado de oro, demostraba el buen gusto del barón al encargarlos. Sobre la repisa de la chimenea veíanse una fila de búcaros y floreros de forma japonesa, chatos y ventrudos, rebosando en camelias, petunias, alelíes, anchos pensamientos de aterciopelada veste, y geranios dobles, cuya encendida florescencia alcanzaba al rojo de la sangre. Harto se adivinaba que la dueña y poseedora era hija de Valencia. Su pasión por las flores constituía uno de sus mayores entretenimientos. Las de su

gabinete, especialmente, se renovaban casi todos los días. Para estas donosas hijas del aire y de la tierra, había conservado su ternura de soltera y su admiración de niña. Pero en aquella hora, y á pesar de semejantes atractivos, consumíase en la impaciencia y entre las congojas de un pesar que no tenía nombre, por lo que se levantó de la butaca y salió como escapada del gabinete. Luego se detuvo, vaciló, y volvió pasos atrás para contemplarse á su sabor en el magnífico espejo que se inclinaba con seductora discreción sobre la chimenea de marmol. Reparó en sus ojos, que brillaban extraordinariamente, y en sus orejas, que empezaban á enrojecerse como cerezas á medio sazonar, contrastando todo esto con la blancura limpia y correcta de su rostro. Se sintió más animada. ¡Cuánto agraciaba su fisonomía aquel peinado sencillo, recogido, casi clásico, que venía á recordar por similitud el contorno de las cabezas griegas! ¡Qué bien dibujaba las perfecciones y líneas de su talle redondo, mórbido y ceñido, aquella chaquetilla de terciopelo azul rayada! Con seguridad que no había motivo serio para considerarse despreciada, ni mucho menos vencida. Palabra de honor: Clara, su modista, sabía cumplir con su obligación á las mil maravillas, siempre que quería; era de lo mejorcito entre las maestras del cor-

te; ¡y eso en este Madrid, donde se encuentran tan excelentes tijeras!

Momentos después entró en el cuarto de costura, y se sentó al lado de la canastilla de flores artificiales, llena de retazos, de tiras, de alambres, de hojas recortadas y de papelillos multicolores, revueltos con otros menudos enseres. Allí se entretuvo un rato, hasta que llegó Carmencita con la ex-colegiala amiga á quien tenían convidada. La vista de la niña le causó inexplicable congoja. Sentíase como humillada y empequeñecida en presencia de su hija. Corrió de nuevo á su gabinete y dejóse caer en los mullidos de la marquesita, como un cuerpo de plomo que viene á tierra. Fué el momentáneo desfallecimiento que precede á la crisis. Ocurríanle allí mismo multitud de pruebas, de lazos, de sutiles artificios para depurar la verdad y obtener la evidencia completa de la traición. Y no pedía poco. Una de las cosas más ambicionadas en este desdichado planeta, es esa misma evidencia que buscaba Elisea. ¡Qué felicidad ó qué desdicha, si consiguiéramos verla clara y trasparente en cuantas ocasiones se cree uno calumniado ó vendido ó burlado ó sustituido!... Pero esto no es posible, por hallarse en abierta contradicción con la hipocresía social, que siempre nos habla con careta.

Acordándose estaba Elisea de ciertos pormenores y circunstancias sobre las cuales pudiera formar, como con hechos patentes y justificados, el proceso del culpable, cuando apareció éste en la puerta. Ni siquiera volvió ella la cara. Lo vió aproximarse por la imagen reflejada en el espejo que tenía á su derecha. El barón no reparó en ello. Vestía levita clara y pantalón azul oscuro rayado, entonces de moda, sombrero nuevo flamante, blanco, de copa alta ó poco menos. Sentóse en un sillón frente á su mujer, y empezó á excusarse de la tardanza, refiriendo las sesiones preparatorias en que se había enredado con varios amigos, decididos á comprar unos hermosos sotos, algo de monte, para cazar á sus anchas sin molestias de ningún género y con la seguridad de encontrar buenas piezas. De pronto se puso en pié. A pesar de su obesidad incipiente aún conservaba la estampa y la arrogancia de una gran figura.

—¿Qué es eso?—preguntó á la baronesa poniéndole la mano sobre la frente.—¿Ya tenemos encima la jaqueca?

Miróle Elisea atentamente, y respondió con el gesto y la quejumbrosa voz de una verdadera enferma:

—¿Has visto á las niñas?... pensaba llevarlas esta noche al Príncipe Alfonso. Hay una

zarzuela de espectáculo que les gusta muchísimo. Tú nos acompañarás.

—Lo dices en un tono... Y ¿ha de ser esta noche? Pues lo siento de veras hija mía. No puedo complacerte.

—¡Cómo!... ¿Que no puedes?—Preguntó Elisea removiéndose en su asiento como si despertara en aquel instante de una tremenda pesadilla.—¿Que no puedes? Ya sé lo que eso significa... y no me creas tan flaca de memoria. Esta es la tercera ó cuarta noche que te niegas á venir con nosotras. Te lo advierto. Y hace tiempo que vengo reparando en cosas bastante singulares. Te dije lo muchísimo que me desagradaba el desorden de las horas, y hoy mismo... ¡martes había de ser! ¡Dios mío! Si parece que todos se han conjurado para atormentarme... ¡y sólo faltabas tú! Vamos á ver: supongo que dejarás esas dichosas ocupaciones, y que podremos contar contigo.

Escuchaba el barón como absorto, con la cabeza recostada, ambas manos en los brazos del sillón, y la mirada vaga y contemplativa alrededor de la araña de bronce con sus blancas bujías, que colgaba del techo. Al mismo tiempo percibíanse fuera las resonantes voces de las niñas que acababan de abrir la puerta á *Chuti*, la inquilina más traviesa y alborotadora de la casa, siendo recibida con generales

aplausos y exclamaciones de alegría. *Chuti* era una ratonera de escascs tres meses, que tenía su partida de nacimiento en el entresuelo. A los aplausos siguieron luego grandes risas y esas carcajadas sin término, que suenan en los labios de las niñas con la vibración de un trino nervioso, lanzado en competencia con otros.

—Pues supones muy mal—contestó al fin el barón sin levantar su bien peinada cabeza, y con aquel aplomo impertinente, aprendido ó copiado de los maestros en las escaramuzas políticas.—Ni sé tampoco á qué viene esa rociada de tonterías.

—No me tientes, Julián, no me tientes... porque soy muy capaz de dar un escándalo.

—¿Qué es eso de escándalo?...—replicó el amenazado medio tartamudeando de asombro.—Pero esta mujer está mala. ¡A tí te debió pasar algo esta mañana. ¡Vaya una salida de!...

—¿Por qué no quieres acompañarnos? Una razón; dame una razón, y basta.

—Pero ¡qué testaruda eres, hija! Ahora que te empeñas en ello, es cuando yo me cierro de piernas. ¡Vaya! hemos concluido.

—¿Es la definitiva?

—Y para siempre...

—¿Es la definitiva?—insistió la baronesa,

que abusaba de la dúplica como un orador sagrado del apóstrofe.

—¡Bravo! ya la tenemos armada, y cúmplase tu voluntad. Pero venga V. acá, señora Fuguillas, ¿se puede saber á qué obedece semejante antojo? Porque convengamos en que no merece otro nombre. La verdad es esa. Y entrando en otro orden de consideraciones, yo no sé con qué derecho se me hace justiciable por una cosa tan nimia, tan pequeña, tan baladí como esa. Yo entiendo que debe existir alguna causa especial para abordarme en parecido terreno. ¿Me vas á hacer el obsequio de descifrar ese rompe-cabezas?

En todas estas contiendas conyugales, lo mismo que con sus amigotes, complicado el amor propio, revistiendo lo debatido alguna gravedad, asomaba su oreja el diputado, y entre párrafo y párrafo interpolaba de intento alguna frase política, algo del estilo parlamentario, que hacía el efecto de un galón de oro sobre la bocamanga de una levita.

Al oir la anterior pregunta, inclinóse Elisea hacia adelante, puso la blanca y tentadora mano por sus graciosos hoyuelos en las rodillas de su marido, y mirándole con provocativa insistencia, interrogó á su vez:

—¿Tú quieres que sea un antojo?...—Perfectamente, concedido. Pero no por eso deja-

rás de complacer á las niñas. Esta noche eres nuestro, y no nos vengas con maulerías, vaya. Después de todo, ¿qué sacrificas por las pobrecitas?...

—¡Y dale!—masculló el barón montando una pierna sobre otra.—¡Bendita terquedad! Lo que es cuando se te mete una idea entre ceja y ceja... buenas y gordas, ni frailes descalzos te convencen á tí. Mire V. que es mucho jaleo para todos los días... Te dije que no dos veces consecutivas, y tú, dale, y vuelta, y venga... y siempre con la misma sonaja. ¡Por vida del demonio, hombre, que esto saca de sus casillas al mismísimo niño de la Bola!

—Tienes razón. Para oir semejantes groserías no valía la pena de pedir explicaciones.

—¡Elisea!—gritó el macizo aristócrata levantándose, ó mejor dicho, creciéndose de repente.—¡Por Cristo crucificado! mide bien las palabras. Te advierto que midas bien las palabras. Rato hace que andas tú buscando cuestión, y lo vas á conseguir, pero en gordo. Aún no sabes bien cómo las gastan los de Cuéllar. ¡Cuidadito! y hazme el favor de retirar esa palabra.

Y con efecto, Elisea, que ya estaba de pié, dió media vuelta, cerró con ira y de golpe la puerta del gabinete, y dejó á su marido plantado, de frente, furioso, con los brazos cruza-

dos y en la actitud de un duelista que espera con fiereza al adversario. A seguida, viéndola salir, lanzó el barón un terno brutal y seco, que sonó como el chasquido de un látigo, y se abalanzó detrás. Pero al abrir la puerta, oyó como la caida de un cuerpo, y luego voces, risas, gritos y bullanga de gente indisciplinada y traviesa. Y fué el caso que las niñas habían colocado á *Chuti* encima de un velador para que luciera sus habilidades y saltara de corrido, y que saltando, hubo casi de reventarse, acudiendo á los lastimeros quejidos del animalejo doncellas y criados, con susto y temor de que fuera mayor lo sucedido. Este pequeño incidente robó la mayor parte de su interés á la empezada lucha. Al presentarse *los señores* á la mesa, nada indicaba en sus semblantes que hubiesen tenido el más leve disgusto. Tal vez sus pasiones se reconcentraban para tomar más fuerza; tal vez sentíanse débiles y con miedo: el uno por el cariño que conservaba todavía á su contrincante; el otro por la inquietud y sospecha de que se hubieran traslucido sus aventuras. Unicamente, cuando las niñas repugnaban algún plato y empezaban con asquillos y dengues, insinuaba la baronesa esta inocente advertencia:—Vamos, ricas, comed de este frito, no seáis fastidiosas... Si coméis como papá Julián, os llevaré al teatro.

A pesar de tales indirectas, y levantados los manteles, papá Julián se marchó como las demás noches, con el cigarro en la boca, el abrigo al brazo, bastón en mano, después de besar á las chicuelas y despedirse de Elisea amistosamente, sin calor y sin ceño, como un colegialillo de su hermana. Mucho impresionó á la baronesa esta diplomática indiferencia. Quedábase sola... Verdad es que más tarde acudían sus dos cuñadas, con el simpático novio de la más joven, y un primo de Elisea que estaba en el ministerio de Estado, sin contar con su respetable tío, el brigadier La Riva, que raras veces faltaba. Siempre venía gente. Pero aquella noche, con el desaire recibido, con la duda en el corazón, tormento de celos más odioso y perturbador que la misma traición, no pudo calmar la excitación rebelde de sus nervios, que la traían á mal traer. Necesitaba salir, andar, precipitarse, ver algo, tentar algún camino... Y para que nadie acertara con el verdadero motivo que la lanzaba á la calle, dió las oportunas órdenes á la doncella: una amiga enferma, un aviso de alarma, cualquier pretexto. Vistióse, pues, de trapillo, con una falda oscura y un velo arrebujado á la cabeza. No llevaba plan determinado. Tomó un coche de punto y pronunció las señas en voz baja: *Argensola*, 22. Una vez dentro del ve-

hículo, percibió un olor de repugnante acidez.

Por aquel extremo, la barriada que termina en la Ronda de Recoletos cuenta con numerosos claros. A uno y otro lado se ven solares en venta, con sus recientes cercas de tablas, y casas en construcción que muestran al espectador, como un cuerpo vacío, el esqueleto raquítico de madera que las sostiene. En otros puntos, forma el terreno ligeras elevaciones ó imperceptibles declives, sobre cuya calvicie se distinguen unos cuantos mechones de hierba, que la humedad del sombrío reverdece indefinidamente. Serían las nueve y media de la noche, una noche de Junio templada y clara, cuando Elisea mandó detener el coche á regular distancia de la casa que le indicaban las señas. Algunos soplos de viento, viniendo de la parte del Oeste, traían á intervalos el inmenso rumor de la ciudad que desbordaba por aquel lado, buscando el esparcimiento de las verbenas, de las arboledas, de los anchos paseos y del ambiente inofensivo, dulce y aromático que parecía recoger en su seno los últimos efluvios y perfumes de la primavera. Percibíase una claridad intensa y fascinadora. A cualquier parte del cielo que se elevara la vista, se encontraba ese reflejo vago y solemne que precede al rompimiento del alba. Creíase á cada instante que iba á hacerse de día; tal

era la diafanidad de aquella adorada sombra que tenía para los humanos ojos la trasparencía de un velo. En el primer momento sintióse Elisea más confortada. Asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje, y miró resueltamente á lo largo de la calle, llegando á imaginarse al poco rato que su escapatoria era un sueño. Mecíase ya en la idea de que las sospechas y barruntos que tanto le habían atormentado se irían desvaneciendo lentamente, como nacidos de bocas anónimas, embusteras y traidorzuelas. No le pesaba aquel espionaje vulgar y sin objeto; sin objeto, puesto que ella ignoraba en absoluto si su marido visitaría la casa, y dado caso que fuera así, si llegaría á tiempo para cerciorarse de la horrible y supuesta falta. Pero obrando de este modo había dado expansión á sus sentimientos de venganza, y satisfecho aquella insaciable sed que nace de la duda.

Ya no debía dudar; ya se decidía, por último, á abandonar el campo de sus exploraciones, cuando en el portal de la citada casa vió aparecer dos figuras: eran hombre y mujer. Salieron y avanzaron hacia el coche. Retiró Elisea la cabeza y quedó sin aliento y como desvanecida, en el fondo nauseabundo del coche. Los había conocido. *Ella* se apoyaba en el brazo del infame. *El* le iba hablando quedo,

muy quedo, como suspenso de su mirada, como embriagado por la música desvanecida de sus palabras, por el peso del cuerpo que sostenía... Fué una visión horrible, un desencanto espantoso, un verdadero golpe de gracia, golpe más duro cuanto más inesperado. Porque aquella á quien su marido acompañaba era Adelita. Su cara rubia, redonda, mofletuda, con sus ojuelos negros y vivaces, como los de una ninfa de Rubens, no podía confundirse con otra alguna. Luego su andar, el contoneo gracioso de su cuerpo, la estatura, el desarrollo y cierto aire desenfadado que conservaba todavía, hacían imposible la menor duda.

En cuanto pasaron saltó Elisea del coche y corrió tras ellos como una loca; luego se detuvo, llevóse las manos á los ojos, intentó correr de nuevo y no pudo. Se apoyó en la pared, y en su actitud desesperada, triste y fatigosa, pudieron muy bien tomarla por una mísera vergonzante, que se arriesga por vez primera en la sombra de cualquier calleja. Quiso llamar al cochero, pero su garganta seca y dolorida se negó á articular las palabras. Acudió á las señas. Por un fenómeno nervioso ó por un esfuerzo de la imaginación, las desvanecidas figuras de los fementidos se presentaron con mayor intensidad ante sus ojos. Los vió cruzar como antes, con lentitud, dichosos, ab-

sorbidos por la pasión ó su capricho, saboreando aquella inefable calma de la noche, aquella respiración de la atmósfera saturada de perfumes, que removía la savia de la tierra como el sol de Marzo, y la ardorosa sangre como un afrodisiaco. Los vió un instante, y su dolor fué más punzante y más hondo, más intenso que nunca.

Pensar que su maldecida rival era la misma mujer á quien había salvado del deshonor, del vicio y quién sabe si de la miseria. ¡Dolorosa ironía de la suerte! No pudo haberla herido más en lo vivo. Así es que tras el aturdimiento del golpe que le hizo elevar sus miradas á la suprema altura, como buena católica, quedóle en el fondo del corazón una rabia sorda y perenne, una irritabilidad de delirante, para la cual no hay medicina moral ni material. ¿Sería un castigo? Reflexionó muchas veces. No podía ser un castigo. ¡Qué absurdo! No se comprende que llegue el cielo hasta recrearse en estos refinamientos de la pena, en esta injusticia patente y manifiesta. ¿Sería una casualidad? No existe en el concierto del mundo moral, ó la casualidad es entonces un dios ciego, insensible y déspota, que hiere al inocente sin reparar en los medios. Y si así fuera, ¿de qué serviría aparecer vencedor en la lucha de las pasiones que nos degradan, quedando nues-

tro pecho al descubierto y como blanco á los tiros anónimos de la casualidad?

Atormentada por estas contradicciones, por esta lógica de los sucesos, aun incomprensible para espíritus superiores, por estos hechos que parecen presentarse casuales, aislados, sin antecedente alguno, hiriendo brutalmente como el rayo, Elisea contó las horas de la noche en un completo desvelo. El día empezó mal, pero lo que es la noche... la noche fué horrorosa. No recordaba en su vida haber pasado una semejante. Y entonces, en medio del desasosiego, del insomnio, entre el recrudecimiento de las heridas, recapacitando sobre la magnitud de la ofensa, hizo firme propósito de desarraigar de su corazón aquel entrañable afecto que carecía de correspondencia, que había sido pisoteado de tal modo. Por humillaciones tan odiosas como las de aquella noche, no debía pasar su dignidad de esposa. Tomó también otra resolución grave, solemne, trascendental contra su marido... pero ya al amanecer, rendida de tanto cavilar y de dar vueltas y de ensayar posturas nuevas, quedóse adormilada y presa de fatigosa pesadilla.

IV.

Una tarde del último Setiembre notábase inusitado movimiento en la Castellana y rondas adyacentes; casi todos los *simones*, ómnibus, coches y carricoches de la invicta villa habían galopado por allá, llevando sobre sus cajas, con más ó menos gallardía, á ese Madrid curioso y movedizo que acude en pos de la novedad á cualquier reclamo, fiesta, entierro, apoteosis ó rechifla. Era la tercera carrera de caballos. Con tiempo despejado y espectáculo gratis, el concurso de gentes, sobre todo el de la burguesía humilde y pedestre, prometía ser numerosísimo. Ya se distinguía alrededor de la pista muchedumbre compacta, escalonada como un cuerpo de reserva que ha tomado provisionalmente posiciones. Allá más lejos, hacia la izquierda, en la tribuna de *libre circulación*, entre otra agrupación de gentes menos compacta y más encopetada, charlaban unos cuantos caballeretes, que por sus trages flamantes y correctos, por sus maneras y expresiones, debían pertenecer á ese elemento joven que bulle en estrados y salones y puede rendir culto, como cercano satélite, á los grandes astros de la belleza, de la aristocracia y de la banca. El más alto de

los siete que formaban la tanda, un muchacho moreno, flaco y enjuto como jamón añejo, iba pasando revista y haciendo historia, no ya contemporánea, sino del día, del actual momento, de última hora, digámoslo así.

—Allí va Cuéllar—indicó de repente. Cinco ó seis gemelos dirigieron la visual al punto señalado.

—¡Toma! Si va con Pino-Benítez. Yo creí...

—¿Qué? Lo menos se figura este que iba á traer en coche á su prójima.

—Bonita *lámina* haría, con ese aire de guardia civil y su monumental barriga al lado de la chiquilla.

—Pero hombre, ¿han visto Vds. suerte más loca que la de ese megaterio? Más suerte que Manolo, que es el colmo de la idem.

—¡Jop! ¡jop! ¡jop!—voceó el caballerete moreno blandiendo el bastón como si fuera látigo.—Aquí viene nuestro gobernador con el reglamento en el bolsillo. Vaya un trotecito que se trae para poner orden.

—Oiga V., Juanito... ¿V. conoce la historia de esa conquista?

En este instante se aproximó al grupo otro muchacho rubio, delgadillo, bastante pálido, pero con la palidez del vicio sostenido á perpetuidad. El que llevaba la palabra tendióle gallardamente la mano y con énfasis le dijo:

—Hola, *punto*... choca si quieres ser de los nuestros. Te advierto que esta semana tengo la gran sombra. Y á propósito; tú conoces la historia de lo de Cuéllar: ¿de dónde diablos sacó ese bonito ejemplar que es de lo mejor que se ha puesto en circulación en la presente temporada?

—Ya lo creo: Adelilla Miñano. La que pescamos en un rinconcillo del Real oyendo *La Traviata*.

—*¡Sacrebleu!* esa misma.

—Pues mira, no tiene que recurrir á ninguna *martingala*. Ese las toma de casa de sus amigas, ¡y tan fresco!

—¡Cuidado, con sus cuarenta y cinco años y el apéndice que lleva por delante!—exclamó con lúgubre ironía el muchacho moreno, que estaba en la pista y en la conversación.

—Ve ahí, sin dificultad ninguna, es cosa sabida. Se fué á casa de las de Calzada, la vió, se encaprichó, la convenció. Vínose la pájara á la mano, se pusieron de acuerdo para fingirse enferma y escapar de la jaula, y héteme á mi hombre dueño de la situación y... de lo demás.

—Choca, *punto*. Eso de lo demás es de primer orden. Caballeros, lo declaro á la faz de la Europa civilizada: Julianito Cuéllar es uno de nuestros grandes hombres. Así se conquista lo bueno. ¡Jop! ¡jop! ¡jop! ya vuelve nues-

tro gobernador con el marqués de Olmedilla, el gran *sportsman* de nuestra época, y otros no menos ilustres personajes.

—¿Ha visto V. á la baronesa, Luisón?—preguntó otro del grupo al recién venido.—¿Qué no?... pues nos sorprendió la tarde anterior en el landó de las de Alcázar.

—Algo desmejoradilla la encuentro; pero está guapísima y rabiosa inclusive. Lo sé de buena tinta: por el cochero despedido, que según me sospecho fué el que puso al marido en la pista.

—*¡Mon Dieu!* hombre de gusto si los hay. En un pronto se parece al nuestro, que es el farruco mayor de toda la Península, con más orejas que la burra de Balaam.

—Pero, señor, ¿qué *handicap* es este que nunca empieza?

—Pero ¿es V. concurrente?—repuso á su vez el caballerete rubio, á quien molestaban las interrupciones, mientras asumía la curiosidad de su auditorio.—¿Sí ó no? Pues entonces deje V. que arda el mundo. Y continúo: Yo sé que la baronesa está desesperada, que ha habido entre ellos serios y profundos disgustos, y que viven en completo divorcio; yo sé que ella es lo que se llama un carácter, una mujer templada como el acero, fuerte, dura, intransigente, y sé más todavía: sé que ha jurado á una

persona de la familia, que jamás en la vida volverá el barón á ser su marido... bíblicamente.

—¿Oye V. esto, Juanito?

—Bravísimo, caballeros. Yo declaro á la faz de la Europa civilizada que la bella baronesa es una de nuestras primeras... vacantes. Repito que no la faltarán memoriales. ¡Jop! ¡jop! ¡jop! ¡el gobernador! Atención, señores, que empieza el *handicap* y hay un buen campo. Esta es la mía. Ahí van veinticinco duros: soy *Mistrigris*.

Dirigiéronse todas las miradas hacia la pista. Hubo un momento de espectativa, tras un ligero murmullo en el punto y hora de partir los vistosísimos jokeys. Luego continuaron las apuestas, las críticas, las últimas versiones y diálogos interrumpidos. Con este, que cogimos al vuelo en la citada tarde, nos basta y sobra para finalizar, sin mayores complicaciones ni comentarios, nuestra primera crónica.

Noviembre, 1883.

POR SUERTE Ó POR DESDICHA.

(CRÓNICA AUTOBIOGRÁFICA.)

I.

FELIZ ENCUENTRO.

Cumplidos los veinte años y muertos mis señores padres, quedéme dueño absoluto de mi persona, sin más dirección ni cortapisa que la de unos tíos maternos que tuve por tutores, hasta tanto que llegara á la mayor edad. No era mi carácter travieso y decidido, y sin embargo, engolosinado con tanta libertad y algunos dinerillos frescos de la herencia que no supieron negarme, empecé á correrla de lo lindo. Doleríame en el alma que mis lectoras tuvieran que ruborizarse, y aun doblar la hoja pecadora antes de acabar su lectura; pero hay cosas que uno se ve obligado á decirlas de cualquier modo que sea, porque encierran y resumen el génesis de la historia, cuento ó biografía que se narra. Ahora la dificultad estriba

en saberlas decir, de cierta manera delicada, con tales primores y perfecciones, con frases tan atildadas, que sin desnudar el asunto lo deje ver indeciso y semi-velado, como algo que se sumerge en el agua sin ir á fondo, ó se descubre en el horizonte al través de la neblina de la tarde. Y para concluir: cualquiera de los que abren libros de este género, habrán tratado en el comercio del mundo con dos, tres ó cuatro mujeres, antes de conocer la propia y legítima, pero dudo mucho que conocieran á cierta señora viuda, que vivía en la calle de San Marcos, allá por los años del 68 al 70.

A pesar de ser viuda, no pasaba de los veintinueve, si bien representaba muchos más por su continente, por su gravedad y peso específico, por el temple y colorido de sus carnes. No recuerdo dónde tropecé con ella la primera vez; creo que me la presentó un grande amigo mío, como persona de excelente carácter y condiciones. Estos amigos siempre han de hacer de las suyas. Lo que es como guapa, era guapísima; porque en todo aquel barrio no había mejores ojos que sus ojos, sin contar con la blancura de su cutis y la abundancia de su pelo castaño y sus brazos marmóreos, que parecían hechos á cincel por lo macizo y hermosos. El haberse redondeado con exceso le quitaba algo de su esbeltez y delicadeza al torso,

talle y extremidades. Largo tiempo duraron nuestras relaciones, y aun pienso que duraran, si ella... si yo... Vamos, esto no me atrevo á estamparlo. Se necesita tener mucha frescura, menos amor propio, y menos... Y es el caso que en estos tres años que vivimos tan amartelados dejé mi carrera empezada, me comí los dineros frescos y añejos que hube á mano, pesqué una anemia de dos mil diablos, regañé con mi familia, me indispuse y casi me olvidé de los buenos amigos, me aficioné al *cognac*, y me salió la primer cana el día 25 de Noviembre, al caer la hoja; fecha melancólica y fatal hasta en sus menores detalles. ¡Qué resultado y qué elocuencia más convincente la de los hechos!

De esta manera, y en virtud de semejantes andanzas, me encontré más allá de la flor de mi edad sin oficio ni beneficio, con algunas deudas, aburrido, desesperado, maldiciendo de las hembras, y en las mejores disposiciones del mundo para concluir por un disparate. No lo hice, y bien saben los cielos que pasó varias veces por mi cabeza y que me faltó valor ó me sobró juicio. De todos modos, entiendo que fué aquella ocasión una de las pocas en que dí acertadamente en el clavo. Viéndole ya las orejas al lobo, y mientras buscaba los medios de ganarme el pan nuestro, solía distraer mis melan-

colías por las afueras y paseos menos concurridos de la villa. Pensaba en las tristezas de lo presente. Nunca me había ocurrido, ni por asomos, que tuviera tan trágico y funesto desenlace un asunto que empezó á las mil maravillas, sin tropiezos de ningún género. Bien es verdad que mis honrados tíos, predicando alguna vez sobre el mismo tema, me anunciaron en sentido apocalíptico ó figurado lo que me sucedería. He aquí sus palabras:

Mira Ramoncete, dices tú que tienes unos cuartejos para gastarlos alegremente, y que no necesitas de nadie. ¡Patarata! Paréceme que los que te aconsejan que sigas en esas truchimanerías no te querrán bien. El dinero se acaba, y los malos caminos no. Aquel que no sabe ganarse una peseta, es más pobre que el último pobre de la esquina. Y aun cuando ganaras el oro y el moro, de poco te serviría manteniendo mujeres que comen como lobas, y luego: comida hecha, compañía deshecha. Ya te acordarás algún día de tu tío Gumersindo. El mundo da muchas vueltas, y la necesidad, que tiene cara de hereje, te hará sentar esa cabezuca tan destornillada. Pero entre tanto, si tú te lo quieres tú te lo ten, fraile mostén.

Pensando en estas y otras no menos sustanciosas reflexiones que me espetó el tío Gumersindo, llegué una tarde á Chamberí, y por ser

todavía temprano alargué mi paseo hasta la nueva barriada de Tetuán. Como tarde de primavera y como día de Pascua era extraordinaria la animación en los puestos, tahonas y merenderos. Con aquel sol de oro que parecía acabado de acuñar por lo mucho que brillaba; con aquella loca alegría de los concurrentes que santificaban la tarde comiendo á más y mejor, hacía pésimo contraste la aridez de los terrenos que se extienden á izquierda y derecha del camino, pintarrajados de verde á trechos, sin un árbol mísero, sin algo que regocije la vista, y dé un poco de sombra. No es un sitio de esparcimiento; es un desierto con dos docenas de casas. Escapábame de la gente por no tropezar con personas conocidas, cuando fuí detenido por las voces de una señora que pronunciaba mi nombre, y hacíame señas desde lejos con un lío de ropa que traía en la mano.

—¡Don Ramón, don Ramón! no huya V. de sus amigos. ¿Ya no me conoce V.?...

Conforme me iba aproximando, caía en la cuenta del nombre, fecha, historia y carácter de mi interpelante. Saludéle al momento, y con el cariño retrasado de más de quince meses, que era el tiempo durante el cual no nos habíamos visto.

—¿Qué es eso?...—me preguntó después de examinar con suma atención mi fisonomía.—

Lo encuentro á V. muy desmejorado, señor don Ramón... ¿Está V. enfermo? Ese colorcillo de limón verde me da muy mala espina...

No quise confesarle el hambre y sed de justicia que venía padeciendo, y le dejé entrever, por ciertas expresiones, que todo ello no era sino consecuencias de algunos pecadillos propios de la juventud.

—Y ¿de cuándo acá le veo á V. solo por estos barrios? ¿Dónde dejó V. á su amiga?

—¡Buenas amigas te dé Dios! Quién se acuerda ya de eso... ¿No sabía V. que regañamos hace una barbaridad de tiempo?

—No, señor... Esta es la primera que tengo. ¡Caramba con don Ramón, y qué bromitas me gasta!

—La que las gasta, y de mala ley, es la otra, la viuda, esa Concha que el infierno confunda. V. no sabe de la misa la media. En fin, no hablemos de esto, porque empezaría á disparatar y V. me tomaría por loco. Y no sé, doña Rosa, no sé cómo me encuentra V. libre y salvo, pues obrando á derechas y en justicia, ella debía estar comiendo tierra, y yo pudriéndome á la sombra.

—Me deja V. lela, hombre, con eso que me cuenta—repuso doña Rosa limpiándose con la punta del manto los ojos, que se le humede-

cían con frecuencia.—De modo que la causa del regaño fué por...

—Eso es un cuento muy largo—repliqué, bajando misteriosamente la voz para entretener su curiosidad nunca satisfecha.—De esto y de otras cosas hablaremos en su casa de V., si le parece. Y, ahora, dígame V. algo de su vida.

—¡Caramba con don Ramón!... pues la de siempre... ya sabe V. Continúo en la calle de Tudescos con mi humilde choza, y así vamos viviendo. Tengo bastante gente: un señor comandante, don Antonio, con sus dos sobrinos; la Petrilla, aquella que vino de Málaga; un estudiante de farmacia, otro caballero que no come en casa... Pero no crea V. que todos andan corrientes... El peor es ese chiquillo, el farmacéutico. No, verá V. cómo el mejor día lo plantifico en mitad del arroyo.

¡Qué había de plantar aquella alma de Dios! Frisaría mi amiga en los cincuenta, pero era una naturaleza *sui generis* por lo consistente, por lo sufrido, y sobre todo por su invariabilidad. No pasaban años para aquella mujer ni flaca ni gorda, ni baja ni talluda, ni fría ni caliente. Habiendo muerto su tercer marido, y viéndose poseedora de algunos miles de reales en acciones de carreteras y papel del Estado, tentóla el diablo por donde menos imaginaría

nadie que conociera su carácter: por poner casa de huéspedes. Ignoraba yo si en estos nuevos rumbos había prosperado ó naufragado, quedándose peor que estaba; pero en cuanto oí aquello del farmacéutico, abrí mi corazón á la esperanza y pensé para mis adentros: He aquí un sér excepcional, grandemente humanitario, que es lo que á mí me conviene. Porque hay que poner los puntos sobre las *ies* asegurando á quien me lea, que una vez metido en aquellos trotes de la viuda, hube de trasformarme en un holgazán de primera, en una planta parásita ó en la perjudicial cizaña de que hablan los moralistas que apedrean con metáforas. Mi idea fué rápida, y apenas concebida irradió en mi rostro, que debió tomar su expresión más dulce y complaciente.

—Si á V. no le perjudica—insinué á mi antigua amiga y paisana—le acompañaría á su casa, y así podríamos charlar más largamente.

Avínose á esto sin ningún reparo, mostrando en su cabeceo y cariñosas miradas el reconocimiento de que se sentía poseida. Continuamos andando hacia Chamberí. Después de desflorar diferentes asuntos, me preguntó de pronto:

—Y V., ¿qué se hace?

Lo primero que me ocurrió para desvanecer los temores que originarían en su hospederil

espíritu mi patente de holganza, fué contestarle que estaba de escribiente en la notaría de un conocido de mis tíos. Conservaba yo de la educación escolar una preciosa forma de letra, facilidad de expresión, bastante gramática, algunos latines y abundantes nociones de química general, zoología y botánica; pues ha de entenderse que mis señores padres me dedicaron de primera intención á la carrera eclesiástica. Con la revolución del 68 se trastornó mi vocación, y emprendí la de farmacia con algún aprovechamiento, dicho sea de paso y en honra de la modestia que me caracteriza. Echaba, pues, mano de lo único que podía valerme. Y á la verdad, que un hombre solo con poco está servido. Llegando á este punto, paróse de nuevo doña Rosa, y repuso:

—¿Por qué no se viene V. á mi casa?... Reservé yo allí para un amigo, que al cabo no llegó, un cuarto interior, con buena cama, limpio, en fin, lo que V. necesita.

Como era esto precisamente lo que yo buscaba, no me hice de rogar mucho, y quedamos comprometidos bajo nuestras respectivas palabras. Por dos pesetas y cincuenta céntimos diarios me proporcionaría idénticos servicios de mesa, cama y limpieza que á los demás huéspedes que le pagaban catorce reales. Al cruzar por Chamberí me dijo, señalando

hacia su diestra una fea casuca de dos pisos:

—Con el permiso de V. voy á subir al segundo á ver si me cumple esa gente. El día que salgo de casa no es para perder el tiempo, señor don Ramón.

Y dicho esto, entróse en la referida, mientras yo me plantaba en el portal madurando mi plan tan rápidamente concebido. Pasados unos diez minutos oí grandes voces como de personas que disputan, las cuales voces, según pude colegir al acercarme á la escalera, salían de las ventanas que daban al patio de la casa. A las voces siguieron luego repentinos ruidos, así como portazos, golpes ó carreras. Entre tanto, doña Rosa no parecía, y á mí se me acababa la paciencia. Por fin, oyóse más de cerca aquel tumulto, se abrió la puerta del cuarto y salió mi amiga como disparada, con la mantilla caida, la rosca del peinado deshecha, las orejas rojas, húmedos los ojos, más encendida que pimiento riojano y arrastrando por tierra un buen pedazo de enagua, no muy limpia por cierto. Tras ella aparecieron instantáneamente tres formidables hembras, dos viejas y una joven embarazada, con la tripa en la boca, como suele decirse; pero cuyo aire resuelto y amatonado mostraba bien á las claras el éxito de la contienda.

—Oiga usté, señora—gritó esta última pues-

ta de medio lado y con la siniestra mano en la cadera,—cuando vuelva *pa cá* otra vez tráigase un *mimorial*.

—Eso mismo—añadió una de las viejas.—Es que *semos* nosotras muy cabales para no dar lo que es nuestro, como usté se habrá *enterao*.

—Yo daré parte—replicó doña Rosa, sin volver la cara y bajando la escalera con suma precipitación.—Yo daré parte, y veremos si queda eso así.

—Puede...—repuso la joven embarazada en un tono de chunga tan musical y característico, que me hizo perecer de risa.

—Déjala, mujer...—terció la segunda vieja, más flemática que las otras.—Asosiéguese usté, señora, y recójase esa enagua, que van á decir que sale usté de un mal paso.

—¡Indecentes! ¡malvadas!—gruñó doña Rosa en cuanto pisó el portal;—son unas indecentes.

—Pero ¿qué es esa gritería?—pregunté á mi amiga, disimulando la risa que aún me retozaba en los labios, y mientras las tres mujerazas lanzaban sus más expresivas interjecciones desde lo alto de la escalera.—¿Quiere V. que avise á la pareja?... Lleva V. el pendiente roto... y un arañazo en la mejilla... Eso es más de lo que parece. Voy á llamar en seguida.

—Quieto, quieto—repuso la ofendida deteniéndome por el brazo.—No se moleste V., don Ramón. Eso le pasa al que se mete con semejantes tías... Lo que siento es el pendiente, que era de oro... Faltan las dos estrellitas del remate...—Aún echó por el suelo dos ó tres miradas llenas de profundísima tristeza.—Por aquí no estarán, con seguridad... ¡Malvadas mujeres!—Aplicóse el pañuelo á la mejilla y se limpió una gotita de sangre que se iba acumulando en la punta del arañazo.—Lo de menos es esto...

—¿Por qué no me indicó V. á dónde subía, y con qué clase de gentuza tenía V. que lidiar?

—Pero V. no puede figurarse la cara que me plantaron cuando les reclamé los treinta duros. Lo que yo les dije con el mejor modo del mundo: estamos á veintitres y me prometieron ustedes entregarme el dinero á principios de Abril... Me parece que ya era tiempo. Dos veces he venido, y nunca las encuentro en casa.

—Entonces debe V. citarlas.

—Cómo ¿ir al Juzgado? No puede ser. Yo les presté esos ahorrillos al veinte por ciento.

—Ya, vamos. Creí que era deuda.

—¡Ah, porreta! Si fuera deuda...—exclamó doña Rosa, amenazando á las ausentes con el puño cerrado;—¡habían de saber ellas quién soy yo! Y claro, como no pago contribución,

estoy imposibilitada para obligarlas á que me cumplan.

Y así, entre desahogo y suspiro, un rato charlando y otro gimiendo, dejamos la Puerta de Bilbao á nuestra izquierda, para tomar la calle de San Andrés. De vez en cuando se detenía, mirábame como esperando la contestación, y luego volvía su pasito corto, mesurado, perezoso. ¡Qué pacienzuda mujer! Mucho más de una hora me costó atravesar aquel barrio y llegar á su casa.

II.

¿QUÉ LE PARECE Á V., PETRILLA?

Por fin llegamos á la calle de Tudescos. Allí estaba. Subí tras ella al tercer piso y nos abrió uno de los huéspedes: el señor comandante, hombre de mediana catadura en apariencia, alto, seco, acartonado, de recia complexión y excesivamente huesoso. Lo que más se divisaba en su rostro eran las narices, el bigote y la perilla entrecana, larga y espesísima: lo demás desaparecía en el conjunto de estas tres señas particulares. Se presentó descubierto, en bata de color ceniza, con las bocamangas dobladas, la cual bata, llegándole hasta los talones, le daba el aspecto imponente de un asceta.

Sin más preámbulos y antes de llegar al comedor, se dirigió á doña Rosa:

—Señora mía, V. no necesita reloj seguramente, porque siempre viene V. á casa á la hora que le pasa por la cabeza. Le advertí á V. esta mañana que quería comer á las seis en punto, y son las seis y media. Excuso añadir, por mi parte, que no podemos continuar de esta manera.

—Mire V., don Felipe, dispénseme V. por esta vez, porque...

—¡Eh, qué dispensa ni qué niño muerto!—tornó el huésped montando más en cólera.—Esto no es una casa; esto es una pocilga. Aquí no hay arreglo, ni horas, ni limpieza, ni sabe uno á qué hora se come, ni qué es lo que se come, ni cuándo se lo come. *¡Trompones* con la mujer! Nos tiene V. cargados hasta por encima de los pelos, ¿lo entiende V., señora? Y aquí no es V. la que va á zurruscarse en todos; somos nosotros los que nos zurruscaremos en V. ¡Hasta ahí podíamos llegar! *¡Trompones* con la mujer!

A este aguacero de indecencias y denuestos, oponía doña Rosa seráfica paciencia, palabras ininteligibles, excusas improvisadas; á veces un silencio profundamente religioso, en medio de una temperatura de espíritu que oscilaba entre los quince y veinte del centígrado.

—Por Dios, señor don Felipe... Voy á sacar la sopa ahora mismo. Tuve que cobrar esta tarde unos piquillos... Pero voy al momento. Será cosa de cinco minutos.

En aquel mismo instante salió á nuestro encuentro una mujer, joven todavía, de resuelto talante y fisonomía animadísima, aunque algo picada por la viruela. Entrando de pronto en el debate, preguntó á doña Rosa:

—¿Dónde demonios puso V. mis enaguas y las chambras y los puños bordados, que no los veo ni blancos ni negros? He revuelto la cómoda, he mirado en la sala, y en la cuerda no hay nada colgado. ¡Esto es divino!

—Mire V., Petrita...—pronunció mi amiga tímidamente.—Déjeme ahí las planchas preparadas para hacerlo á mi vuelta en un santiamén. Ahora mismo...

—Cómo, ¿aún están ahí? ¡Que no la llevaran á V. doscientos mil demonios! Las siete de la tarde, y á las ocho he de estar con precisión en el teatro. ¿Le parece á V. que es hora?

—Si voy ahora mismo.

—Señora, vaya V... por allá y por acullá.

A esta sazón oyéronse por dentro tremendos golpes de cucharas y tenedores, y ruido de platos que se restregan, entre voces hombrunas, recias y chillonas, pues de todo esto había, que gritaban:—¡Doña Rosa, doña Rosita!

¿viene esa sopa ó no viene?—Luego se formó un coro especial, acompañado de los repetidos golpes de las cucharas, que empezó por tararear aquello de un antiguo pasillo:

Qué es lo que se dice,
qué es lo que se cuenta,
de esos pastelitos
en la vecindad.

No se inmutó doña Rosa con semejante rechifla. Depositó el lío de ropa en una silla, y sin quitarse siquiera la mantilla, entró en la cocina, avivó la lumbre, alcanzó la sopera, apiló media docena de platos, metió la cuchara de palo en dos ó tres pucheretes, y empezó á ir y venir desde el fogón al comedor, desde el comedor al vasar, con un apresuramiento mesurado, como el del péndulo, hablando consigo misma, ó calmando las iras de los exacerbados. Al olorcillo del frito que comenzaba á percibirse, me senté en un rincón del comedor con el permiso de los cuatro caballeros alborotadores. Según después supe, eran éstos: el llamado don Antonio, con sus dos sobrinos, ya bastante talludos, y el estudiante de farmacia. Acudió á poco rato el comandante, pero la Petrilla no vino porque aquellos días le servían la comida de un café vecino, ó se marchaba á casa de un *íntimo* ó pariente ó cosa por

el estilo. Quiso por fin el cielo que apareciese la sopa humeante, caldosa y algún tanto quebrantada de color. Sin embargo, no debía estar mal sazonada ó poco gustosa, pues escasamente quedaron tres cucharadas en la sopera.

—¿Por qué no come V. con nosotros?—me preguntó mi pacienzuda amiga.—Acérquese V. una silla, caramba.

Vacilé un momento, pero no en vano pasea un hombre tres largas horas, y se presenta con rabioso apetito y tan oportunamente, para rechazar el confortable plato de sopa con que se le brinda. Tomé, pues, asiento entre los huéspedes. Levantaron éstos la cabeza y lanzáronme una mirada particular, rápida y muda, como de protesta y de envidia. El feroz egoismo del estómago estaba retratado en todos aquellos ojos que se alzaron para expresar el mismo pensamiento: ¿otro más?

—Oiga V., excelentísima señora—saltó entonces el estudiante, volcando los residuos del caldo sobre su plato.—¿V. quiere que el señor se sirva sopa, ó que se enjuague los dientes con ella?...

—No me venga V. con bromas á esta fecha, don Juanito—replicó mi amiga.—Si no quedó sopa, se sacará en seguida.

Y no sólo la sopa, sino todos los subsiguientes platos anduvieron escasos.

Al otro día, entre diez y doce de la mañana, para no faltar al almuerzo, trasladé mi baúl con todas sus consecuencias, y lo deposité á los piés de la cama, en un cuartejo interior, sin más luz que la que pudiera recibir del pasillo por un ventanuco de á cuarta. Al sentarme segunda vez á la mesa estudié á mis compañeros con mayor atención, y quedé asombrado del efecto producido por la primera impresión, la luz artificial, la simpatía ó extrañeza de los nuevos rostros, etc., etc. ¡Qué trasmutación esténica más grande! En el cambio operado sólo mejoró, según mis últimas impresiones, el estudiante de farmacia. Me pareció más joven, más simpático y mucho más distinguido que sus atláteres, gentes todas de mediano pelaje y poco fondo, exceptuando á Petrilla, que iba ricamente vestida y se daba aires de gran señora. A los quince ó veinte días ya pude observar que ésta sola cumplía exactamente con los deberes del buen pagador. Todos los demás andábamos como á remolque ó bastante retrasados. El estudiante por rumboso y derrochador, don Felipe por atenciones que tenía fuera de casa, el pleiteante y sus sobrinos porque las suspiradas letras de Filipinas llegaban tarde ó no llegaban nunca, y yo por encontrarme en los términos y límites de una rigorosa liquidación. Mis sortijas, mis alfileres

de corbata, mis gemelos de oro, amén de algunas ropas y vestimentas de calidad, todo desapareció como por ensalmo, ya en la calle de la Cruz, ya en el piadoso Monte, ya en manos menos limpias y redentoras. Exhausto, ó poco menos, quedó el fondo de mi baúl, tal y como si fuera bolsa de viajero desbalijado. Y puesto que no hay mal que por bien no venga, en medio de la penuria y vacuidad presente, yo empecé á engruesar, recobrando los juveniles bríos de antaño. Muchos días me daban las once de la mañana en los perezosos deleites de un despertar que, aun sin mayores alicientes ni atractivos, procuraba alargarlo hasta la hora del almuerzo. Esto alarmaba á doña Rosa, que se deshacía en advertencias y reflexiones á la puerta de mi cuarto.

—¡Caramba con don Ramón! No va V. á llegar á la oficina á su debido tiempo. Mire usted que es muy tarde. ¡Cuidado con lo holgazanote que se vuelve! El mejor día me lo plantan á V. en la calle, y entonces verá lo bueno.

También mi apetito se mantenía en lo firme. Mis compañeros me observaban con cierta sonrisilla, animándome á concluir con la ración, en aquellos casos en que por puro miramiento me parecía excesiva. Hasta el simpático estudiante, según me refirieron algún tiempo después, murmuró de mí una noche.—¡Dios de

Israel! ¡Qué magníficas tragaderas! Este señor escribiente debe tener cuatro estómagos, lo mismito que los rumiantes.

Fué lo más triste cuando al finalizar el mes, respondiendo á las dulces indirectas de la viuda, le hice comprender aproximadamente mis apurillos. En la actualidad me era imposible pagarle la comida. Más adelante... Figurósele me que desde aquel punto y hora me miraba con desconfianza y que ponía algo de despego en sus menores expresiones. Pura cavilación mía, porque ni aun en broma, que yo sepa, se permitió la buena señora aludir á mi falta ó descubierto. Ahora sí, desde el primer día comprendí que las mayores atenciones se las llevaba Petrilla, y mucho más cuando, cansada del mal servicio del cafetucho, se decidió á comer en casa, pagando por todo ello veinte reales. Era la mejor contribuyente; aunque por otra parte tenía que consentirle una multitud de exigencias, además de su carácter arrebatado, irascible y caprichoso. Trataba doña Rosa de complacerla á toda costa, pero imposible.

—Esta Petrilla me va á volver loca—nos decía una noche de sobremesa.—Me envía por *cold-cream* á la farmacia del doctor Vera, precisamente á esa y no á otra. Se lo traigo, lo huele y no le gusta. Ha de ser *creme-Simón* de la perfumería tal ó cual. Hoy mismo, la

venida de la modista me ha costado media docena de viajes á su obrador. ¡Caramba! son ochenta y nueve escalones... Cualquiera los sube seis veces sin reventarse. ¡Ah! y en cuanto le apetece una cosa, ya querría que se la colgasen de la mano. Y dígala V. que no puede. Se ha de poner furiosa, soltando cada palabrota y cada descaro que tiene que oir... Mire V., don Ramón, que á mí no me asusta nada, y sin embargo, cuando esa mujer suelta la lengua... es que levanta ronchas. Yo no sé dónde aprende esas atrocidades.

¡Cómo le hacían sudar aquellos veinte reales á mi estimada amiga!... Singular carácter el suyo; pues poseyéndola de cuerpo y alma el demonio del ahorro, ó llamémosle más bien, de la miseria, luego á cualquier petición de persona conocida ó amiga echaba mano al bolsillo y no hallaba medio de excusarse. Excepto Petrilla, todos los huéspedes le debíamos algo: quien quince duros, quien veinte, quien una docena de camisas, quien dos meses del lavado, y así á este tenor. La simplicidad de su espíritu corría parejas con la caridad inagotable de su corazón. Sólo su paciencia superaba en mucho á estos abundantes dones del Espíritu Santo. Ninguna contrariedad le ponía fuera de sí, ni le sacaba de su paso cauto y mesurado. Encendíala el comandante con sus

brutalidades; la resignación de Job era poca para sufrir con calma los arrebatos y genialidades de Petrilla; la familia del cesante filipino pasábase el día pidiendo, ora agua templada, ora fuego para el brasero, ya trapos viejos para imitar el burlete y taponar las rendijas de los balcones, ya algodón ó hilo fino para zurcir su ropa blanca, pues sospechábase que era gente pacienzuda y medio china, que entendía por economía de costura. Juanito no pedía nada. Lo tomaba de cualquier parte, y rara vez lo devolvía. Si alguien de la casa necesitaba un cepillo, una palangana, unas tijeras, un espejo, una cafetera ó cosa así, ya se sabía: había que ir á buscarlo al cuarto del estudiante. Unos gruñían, otros blasfemaban, armábanse al menor pique peloteras, ruido, jarana. Pero doña Rosa impertérrita, sufriendo, rogando, suavizando las asperezas de todos, domesticando el carácter de cada uno.

Y respecto al carácter, el más reservado y misterioso era el de Juanito. Sostenían algunos que aquello del estudio venía á ser simple mojiganga que encubría otro género de vida; por ejemplo: el juego. Como nunca recibía cartas ni misivas, suponía doña Rosa que había roto por completo con su familia; y la causa secreta del rompimiento suponíase también, por leves indicaciones y conjeturas, que debía

proceder de su madrastra que lo echó de casa. ¿Por qué motivo? ¿Qué razones fundamentales mediaron? Se ignoraba. A tanto no alcanzó por entonces su espíritu de investigación. Cierto que había algo de verdad en el fondo de estas murmuraciones, porque rarísima vez se le escapaba al estudiante cosa que se refiriera á su familia ni á su posición buena ó mala. Cuando contaba con dinero abundante no le dolía gastarlo, y todos los compañeros de mesa estábamos en el secreto. Los días de gran escaséz se traducían en él, por un triste mutismo y amodorramiento, que procuraba ocultar encerrándose en su cuarto ó pasando el día fuera de casa. También en ocasiones se levantaba de dormir á las cuatro de la tarde, y la frase general era esta:—¡El pobre Juanito no está de vena!—Don Felipe añadía esta otra, por su cuenta:—¡Voto á bríos! No todos los días se saca ánima del purgatorio.—Juanito se excusaba de estas crueles alternativas de su vena con la irritación de la bilis que le amargaba el estómago y le robaba el buen humor. Susurrábase, asimismo, entre los huéspedes, que al par de la farmacopea, cultivaba la poesía amatoria, y aunque yo soy lego en la materia, bien puedo asegurar que le oía recitar versos con frecuencia, desde el cuarto del señor comandante, que se avecinaba al suyo. Y era muchacho que te-

nía frases de esas que quedan y se repiten.

Con este carácter especial concordaba su fisonomía, que no por ser agradable dejaba de tomar expresiones ó matices netos y marcados de seriedad profunda, de refinada ironía, de repulsión invencible. Traté yo de *intimar* con él, y le acompañaba alguna noche al billar ó al teatro; pero luego, con suma habilidad, se iba desprendiendo de mis atenciones y me dejaba solo. En nuestra crítica al menudeo del *establecimiento* y moradores, estábamos conformes la mayor parte de las veces, y nos reíamos como bobos de las rarezas y tonterías de doña Rosa. Y una de las más grandes, que casi rayaba en lo absurdo, eran las consideraciones que guardaba á la cómica Petrilla. A mí me llegó á sublevar aquel estúpido respeto que quiso imponernos á todos en lo tocante á sus caprichos. Las horas de la comida habían de variarse á gusto de aquélla. Y todo ¿por qué? porque pagaba veinte reales diarios. ¡Dichosos veinte reales! Entre otras mil impertinencias, mantenía la susodicha una galga americana, sucia, pegajosa, espiritada, cuya única gracia consistía en dormitar sobre las camas de los huéspedes, dejando señales inequívocas de su paso en algún rincón del cuarto. Patentizado el abuso, carecían de número como las arenillas del mar, las maldiciones que llovían

sobre *Panchita* (así la llamaba su ama). Aquella cáustica frase que lanzó un concejal, no há mucho tiempo, discutiendo los asuntos del Municipio, ya había sido pronunciada por Juanito al descubrir el centésimo abuso de la perra y la quincuagésima irrupción de cucarachas en la cocina.

—Las personas decentes—dijo sentenciosamente el joven,—están de más en esta inmunda perrera. Aquí hay que barrer, y barrer bien, y barrer mucho.

A pesar de esta secreta inquinia, siempre que me encontraba con Petrilla comprendía por sus miradas y sonrisitas que no le era antipático, ni siquiera indiferente.

Y aquí viene como de molde presentar algún rasgo ó vislumbre de mi físico, ya que no lo hice al comienzo de mi relato, y que ahora doy por supuesto que haya podido fijarse en él una nueva hija de Eva, no exenta de experiencia y de cierto buen gusto, si hemos de creerle bajo su palabra. Tengo entre las manos la fotografía que regalé más tarde á Petrilla, y en ella me veo y represento, aunque sin color ni vida, como hombre más bien alto que bajo, mejor que grueso delgado, de fisonomía vulgar, á ratos animada, de esas que cruzan todos los días y en todas partes á nuestro lado, con ojos claros y grandes, escaso color en la

cara, nariz gruesa y boca irónica. Lo que más luce, ó en lo primero que repara la vista, es en el cabello castaño, lustroso y abundante; en cambio mi bigote, que apenas medra, y los cuatro pelillos de la barba, afeminan de tal modo mi rostro, que ya mis camaradas de otro tiempo le llamaron rostro de capellán. Esta idea suscita en mi imaginación otro gran recuerdo. Siendo yo estudiante de teología, vino á nuestro seminario un famoso predicador jesuita, el padre Barbadillo, hombre intransigente, severo, rigorista, de aparatosa elocuencia, que hizo mucho ruido en la villa y numerosas conversiones en el confesonario. Los mal intencionados escolares encontraron al momento maravillosa semejanza entre mi fisonomía y la del famoso predicador, limpia como una patena, por lo que discurrieron nombrarme Barbadillo el joven. En mi memoria quedó igualmente impresa y como archivada, una volandera quintilla que improvisó contra el jesuita uno de aquellos ensotanados, que era de la piel del diablo:

Por más que tu ingenio escarba
y halla eco y aplausos pronto,
todo en tí es *materia parva;*
pues tienes pelo de tonto,
pero no pelo de barba.

Volviendo ahora á mi cuento, en lo que atañe al afecto ó simpatía de Petrilla, habré de añadir que estando una tarde en el comedor con el estudiante, cruzó ella por allí, y en cuanto entró en su gabinete le dije á mi compañero:

—¿Qué le parece á V. Petrilla? Está guapa, mucho más guapa que antes.

—Género de las rapaces, familia de los vultúridos—afirmó gravemente el joven.—Son aves de presa, con el pico largo y encorvado en forma de horquilla, y las alas grandes y poderosas, por lo que se elevan tan alto en los aires, que suelen perderse de vista. Pájaros flojos y perezosos, pero muy voraces. Yo los tengo por indomesticables; sin embargo, si se consigue su domesticación, aprenden á comer dulces á porrillo, á cantar, tocar el piano, algún idioma extranjero, y sobre todo, el baile francés.

—Fuera de guasa, amigo Juanito. ¿No la encuentra V. aceptable? ¿No vale la pena de perder algún tiempo?...

—Entendámonos—replicó mi estudiante con la misma gravedad, un sí es ó no es cómica, de un hombre maduro.—Si no se trata más que de perder el tiempo...

Daba la coincidencia ó casualidad que á la hora que salía yo al comedor había de pasar

Petrilla dos ó tres veces. Ya una mañana eché tras ella y llegué hasta la entrada de su cuarto.

—Pase V., Ramón—me dijo con cierta dulzura no muy común en sus labios.—Pase usted, que no le comerán.

—No quería poner en su conocimiento que la bocamanga de mi *chaquet* se halla en un estado lamentable, porque claro... Vds. no pueden oir estas cosas sin tomar la aguja y una hebra de seda. Y sería demasiada molestia...

—¿Qué está V. diciendo, hombre? A ver, cierre V. esa puerta. Así me gusta á mí la gente, que hable clarito. Siéntese V. por ahí, en cualquier lado, donde V. quepa. Esto está hecho un baratillo. Pero ya se ve, se levanta una á las doce; doña Rosa no mueve una mano sin pedir permiso á la otra. ¡Qué mujer, comparito! Está más *guillá* que los de Leganés. ¿No le parece á V., Ramón? Yo no sé si será verdad, pero me contaron que duerme con la botella debajo de la almohada; y eso, comparito, cala mucho; digo, ¿eh? ¡si cala! ¿Dónde pondría yo esa *maldecía* seda?...

Y así, mientras charlaba, empezó á corretear de un rincón á otro, á abrir cajones, á remover la ropa, á buscar por encima de la cómoda y del velador, hasta que tropezó con una cajita de madera muy barnizada, con ligeras incrustaciones de nácar, donde guardaba sus

agujas, sedas y carretes. Nunca ví mayor revoltijo que el que había en aquellos seis metros de habitación, contando por supuesto con la alcoba, que aunque irregular, era grande. Sobre el sofá las almidonadas enaguas, recién acabadas de planchar; sobre las sillas una bata de cuadros blancos y negros, un abanico, dos toallas sucias ó poco menos. Las zapatillas usadas asomaban sus desdentadas bocas por debajo de la cama; por otro lado aparecía una botita nueva, con su tacón largo, torneado, casi redondo, ignorándose el paradero de su compañera. Andaban por encima de la cómoda una sombrilla, dos ó tres cajas de guantes y unos cuantos frascos, puestos en fila, ya de perfumes, ya de aguas recomendadas, ya de prodigiosos extractos, leches ó pomadas, con sus llamativos rótulos de colores, y el imprescindible *Gran Perfumerie. París.* Veíase también un espejo pequeñito, en forma de óvalo, manuable, pulimentado, y que terminaba en mango para poder manejarle con mayor facilidad. Otro más grande, de clara luna, parecía el complemento de su compañero, y no obstante, el mayor de todos estaba coronando la cómoda, como obligado adorno y en consonancia con los demás muebles, los cuales muebles, por lo ajados y marchitos de color, veníase en conocimiento de su especial uso y de la clase de

personas á quienes habían servido. Y en medio de tanta baratija aún no había yo reparado en *Panchita*, que dormitaba sobre un almohadón encarnado de lana, hecho á propósito, en un rincón del gabinete, entre una butaca y un rimero de cajas de cartón y sombrereras, chicas y grandes. Cuando entré yo, tenía el hocico escondido entre las patas traseras y temblaba toda ella con frecuentes estremecimientos como de frío, á pesar de estar agazapada y convertida en una rosca de carne, de color canela muy claro.

La impresión que me causó tal desbarajuste, sería difícil de analizar y aun de definir. Parecíame tan extraño, tan chocante, tan original... Además percibía yo allí un olor singularísimo, entre agrio y agradable, mezcla del vaho de la alcoba, de las mil esencias reunidas, de la ropa planchada, del jaboncillo, de los polvos de arroz ó *velouptine*, de qué sé yo... Con todo y con eso, me senté en uno de los sillones al lado de Petrilla, después de entregarle el *chaquet* para que repasara el descosido de la bocamanga, lo cual hizo muy á la ligera y como por demás. Ella continuó hablando de doña Rosa. De repente cambió de conversación:

—Pero V. ¿no es sobrino de los de Valmeiro?... de esos que tanto figuran en política, que tienen abono en la Comedia, y coche propio y

viven en el Barrio; porque V. se llama también Bermúdez y Valmeiro, ¿no?

—Pariente soy, pero nunca me tomé la molestia de saludarlos. Estamos á bastante distancia, y supongo que no me reconocerían como sobrino.

—¿Con que sobrino y todo?... Pues no lo acierta V., comparito. Hasta en el infierno conviene tener amigos; cuanto más parientes de ese fuste, y de ese volumen y con tanta *guita*, digo. Cá, no me arrimaría á ellos... poco.

Yo, por decir algo que justificase mi alejamiento de aquellos grandes señores, añadí:

—Parientes con más orgullo que don Rodrigo en la horca... ¡quite V. allá, por Dios! Y por añadidura reaccionarios, oscurantistas, retrógrados, conservadores... Desengáñese V., Petrilla: soy yo muy liberal para ir á quitármeles el sombrero.

—Liberal... Vamos, V. debe ser de los de *beef-steak* con patatas. Váyase V. á paseo. Mire V. con lo que nos sale ahora. No sea V. *tipo* y óigame V. á mí, que entiendo la aguja y me sobra *pesquis*. Yo divido á los políticos en tres clases.

—¡Hombre! ¿Sólo en tres clases? Qué bonito es eso.

—Déjeme V. hablar. Políticos de cocido, políticos de beef-steak con patatas, y políticos

de cocina á la francesa. Los primeros pertenecen de buena fé al partido extremo que se echa á la calle, y ¡toma cada sofoquina! Los segundos al partido medio que se contenta con hablar mal del gobierno. Los terceros, sin meterse en estos líos, se divierten. Hay buen humor porque hay *guita* abundante. Y estos son los míos, comparito, y lo demás no vale un rábano.

—Y los míos también—repuse yo riendo de aquella nueva clasificación de nuestros políticos, al mismo tiempo que me aproximaba á Petrilla para cogerle la mano.—Digo que también son los míos, porque me gusta todo lo bueno. Hijita, he visto pocas manos tan bonitas como ésta.

—Cuidadito amigo, que con ésta suelto yo un revés al lucero del alba.

—Es, que como yo no soy lucero...

—¿Pues qué es V., so *tipo?*... Vaya con los liberales de á dos pesetas y cincuenta.

Despertada por nuestras voces, alzó *Panchita* la cabeza y nos miró con sus ojos turbios hinchados y reventones como los de un apoplético. Luego abrió el hocico, que pareció rasgársele hasta las orejas, lanzando un quejido particular á manera de sollozo humano, que me puso de mal humor como si fuese una salida de tono.

—¡Maldita perra! ¡La voy á estrangular!—

exclamé de pronto saltando del sillón y cayendo de improviso sobre el animalejo.

—¡Ramón!—gritó á seguida Petrilla, que corrió tras de mí.—¡No me la toque V., no me la toque V.! Pero este hombre está loco... Vaya un *tío*. ¿Será V. bestia?

—Si es una broma, mujer... ¿Qué se había V. figurado?...

—Digo el niño, mire V. qué gracioso.

—Pues no se asusta V. de poco, hijita—repuse yo con socarrona risa, mientras cruzaba el brazo derecho al rededor de su cintura.

—Vamos, *tipo*, déjeme V. á mí de bromas.

Nos aproximamos al balcón, sin que ella consiguiese separar mi brazo, y yo levanté la cortinilla de la izquierda. Miramos en frente. Bajando la mirada distinguimos al través de los cristales, en el fondo semi-oscuro de una habitación, á un hombre de cierta edad, calvo, de mofletuda y grave fisonomía, aunque de enfermizo color, que, en mangas de camisa y navaja en mano, procedía á una minuciosa rasura de su barba, delante de un espejillo redondo. Habíasele quedado abierta la pechera de la camisa y dejaba ver algunas protuberancias de su macizo tórax, velludo como el de un oso.

—Es el prestamista del principal—afirmó Petrilla.—Siempre se afeita en mangas de camisa y calzoncillos. ¿No ve V. aquello que pa-

rece un compás forrado de papel blanco? Pues son sus piernas, que las tiene de grillo, á pesar de su gordura. Vaya un bicharraco bien raro. Al principio yo me reía en sus barbas de semejante visión, y él... ¡tan fresco!

—Yendo tan ligero de ropa, eso es natural.

—¡Cuidado! ¡mucho cuidado!—repuso Petrilla frunciendo el entrecejo.—Que no permito yo que se guasee V. del vecino. Un hombre que presta es siempre respetable.

Y así estuvimos bromeando dos horas largas, porque aquella mañana no había ensayo en el teatro de Jovellanos, donde Petrilla, además de cantar en los coros si preciso era, hacía algún papelito que otro, no de mucha importancia por supuesto.

III.

UN TERCETO ABOMINABLE.

Cuando salí de su cuarto quedábamos tan amigos y tan conocidos como si nos hubiéramos tratado veinte años antes con gran intimidad, volviendo á confirmarme en la idea de que bien valía la pena de perder algunas horas en su compañía. Cierto que tenía genialidades, caprichos, descaros á quema-ropa, enfurruñamientos repentinos; pero, estando á su lado,

olvidábame de todo esto y me encantaban sus ojos, su voz, aquel cuerpo tan bonito, tan esbelto, tan bien hecho; aquel rostro, fresco todavía, y que aún señalado levemente por la viruela, no carecía de finura ni mucho menos de gracia, por su perfil aguileño y picaresco. Algunas veces hasta el contraste de sus mismas maneras de gran dama, de que alardeaba, con sus palabrotas y groserías, seducía mi imaginación, sobre todo cuando remedaba al empresario del teatro, ó á su representante, de abultado abdomen, ó algunos de los tipos más caracterizados y salientes que frecuentaban los cuartos de las actrices. Los de casa encontraban en ella un magnífico intérprete; y el mejor y más propio era el señor comandante, con sus voces de ordeno y mando, y aquella energía de carácter que solía derrochar hasta en las cosas más nimias y pequeñas.—A las seis en punto se come en esta casa. Ya lo sabe V., señora mía.—Pero mucho antes de la hora indicada, había de salir de levita y tirilla, rasurado, muy peripuesto, y asomándose al comedor y viéndole desierto, empezaba de nuevo su romance:—Señora doña Rosa, le advertí á V. con sobrado tiempo qne habíamos de comer á las seis en punto. ¿Qué *trompones* es esto?...

Otra mañana que estábamos de mucha guasa en el gabinete, se presentó una amiga de Pe-

trilla con no sé qué objeto. Parecía mujer ya madura, pero guapetona, bien conservada, fresca de carnes y excesivamente gruesa para corista ó figuranta. Lo único que la afeaba eran los dientes ya negros, y su voz que sonaba como asargentada. Después supe que cantaba en el mismo teatro, y estaba recomendada por un antiguo amigote del empresario. Sospechábase también que había viajado por Francia con uno ó con otro, porque entre bastidores no se le daba más nombre ni apodo que Mari. Mari por arriba, Mari por abajo, con lo cual dicho está que era allí muy popular y conocida. En los casos de aparecer entre los coros, vestida de paje ó de faldellín corto, con exhibición de piernas, señalábala el público de las galerías como la más escultural y de mejores formas, corriendo ó circulando estas frases:—Allí está la rubia.—¡Magnífica!—Esa segunda de la izquierda.—Muy bien vestida.—¡Buena mujer!

Sin duda que al ver la corista nuestra intimidad y franqueza debió sospechar más de lo que había; pero callóse la especie, como una grandísima bellaca, y al día siguiente fué con el cuento al amigo ó pariente de Petrilla. Y sucedió, como era natural, que de allí á poco tiempo éste subió á nuestra casa en ocasión de estar yo ausente, promovió un alboroto con su amiga, gritó, vociferó, amenazó á doña Rosa

y juró que había de volver para armar la de Dios es Cristo, y convertirnos en polvo ó punto menos. De modo que al llegar yo de noche abrióme doña Rosa, me hizo entrar en su alcoba, y allí, á media luz, en voz baja, con gran pavor y susto me enteró de lo acaecido con el otro.

—Y V. ¿qué decide?—me dijo mi dulce amiga, apenas acabó de ponderarme las amenazas y el escándalo y la situación difícil en que me veía colocado.—Porque el otro vendrá... eso delo V. por seguro. Yo, ya conoce V. mi carácter... que soy enemiga de belenes y no quisiera que entre los señores de mi casa hubiese el más pequeño disgusto. Pero V. es así... ¡Caramba con don Ramón, y qué mañas va sacando!...

—Mire V., señora—repuse yo con deseo de cortar aquella conversación, que como todas las suyas llevaba traza de eternizarse.—El que está á las maduras debe estar á las crudas: que venga ese señor elefante, y que se me coma ó que se me almuerce, ó que me tome en píldoras, se me importa un pito. Yo nada tengo que ver con su Petrilla, ni aquí se le ha tocado al pelo de la ropa. De modo que tan tranquilo, y ahí me las den todas.

—Vamos, don Ramón, que por pasar el rato con ella, V. no se acuerda de la oficina ni de nada de este mundo.

A punto estuve de desengañarla y probarle que no existía tal oficina, ni yo era escribiénte de ningún notario; pero pensándolo bien, desistí al momento de entrar en semejantes explicaciones por las consecuencias que éstas entrañaban. A la mañana siguiente que me ví con Petrilla me refirió el lance con la mayor frescura, añadiendo que por su parte la tenía sin cuidado, y que si el otro se propasaba en lo más mínimo, era ella muy mujer para plantarlo en mitad del arroyo. Bromeando yo sobre estas que me sonaron á bravatas ó exageraciones, le dije:

—Eso es lo que V. no se atrevería á hacer. A lo menos, á mí me parece.

—Digo, si lo haría. ¡Ay, comparito, V. no conoce bien á la hija de su madre! Pequeñita soy, pero á más fibra y á más corazón y á más poca vergüenza, otra que salga; por supuesto, sin faltar á la decencia. Si yo de lo razonable no me voy, y con la razón en la mano á cualquier parte se me lleva. Digo, no faltándole á una *pesquis* y talento y su poquito de *mundología*... Y en cuanto á esa Mari, como la pesque yo á solas, la voy á dejar señalada lo mismito que á los borregos. Ya me sospeché yo, cuando ví entrar aquí á ese *maldecío* embutido de piltrafas, que no vendría con buena intención. Porque se la come la envidia, así, clarito; porque

no hay persona de gusto que se le arrime; porque al fin y al cabo allí no hay más que buena planta. Lo demás, los brazos, el cuello, los pechos, todo lo tiene acribillado de lacras; es una pura herpe. Nada, que está podrida por dentro y por fuera. Sí, hombre, sí, la que arma tales líos no puede estar de otro modo.

Luego añadió sobre el cuerpo del delito otros pormenores no menos interesantes, como coronamiento del retrato de su amiga, por más que sin aquéllos podía cualquiera darlo por completo y acabado. Pero ella era así, más clara que el agua. Al salir del gabinete me tropecé de manos á boca con doña Rosa, que me miró algún tanto sobresaltada. Esto me hizo sospechar que estaría escuchando nuestra conversación, con la oreja pegada á la puerta, probablemente por curiosidad y no con otro objeto. Intención dañina no cabía en aquel espíritu pasivo y sencillote. Sólo por decir algo me preguntó, al cruzarse conmigo en el pasillo:

—¿Se va V. á la oficina?... Este don Ramón de mis pecados... V. ni se arrepiente ni se enmienda.

—No hay de qué, señora, no hay de qué. Vaya, hasta la tarde.

Desde allí me encaminé al café del Pasaje de Murga, donde nos reuníamos diariamente cinco amigos y paisanos, más ó menos vi-

vidores, aunque todos de la misma madera.

El más viejo de éstos conocía al director de uno de los departamentos del ministerio de Ultramar, y habíame prometido colocarme en alguna seccioncilla con cinco ó seis mil realetes. Mucho le agradecía yo aquel vivo interés, pero los días corrían entre tanto, siempre con la esperanza del suspirado destinillo, que me hubiera venido de perlas en aquellas circunstancias. Hablando de esto, de mujeres, de toros y de política, como españoles netos, se nos pasó la tarde. Ya oscurecía cuando me despedí de mis camaradas. Iba yo andando y reflexionando sobre mi actual situación, nada halagüeña por cierto, convencido de la imposibilidad de continuar en este género de vida. Había llamado, en distintas ocasiones, á puertas que encontré cerradas. Para concluir mi carrera, no contaba desde luego con recursos. Algunos amigos me prometieron eficaces recomendaciones y cartas, que nunca llegaron á mis manos. Los parientes me habían olvidado por completo. Mi tío Gumersindo se retiró de su comercio *Las Colonias*, con el riñón bien cubierto, según la frase de un aragonés conocido mío. Su hermano se volvió al país. Me repugnaba pisar de nuevo su casa, después de haberle mandado á paseo con sus buenos consejos. ¿Quién me negará que en determinados

momentos los obstáculos y contrariedades parecen agigantarse? Vénse las cosas todas que nos rodean, desde puntos de vista oscurísimos. Las circunstancias no han cambiado en un ápice, y sin embargo, se encuentra uno en peor postura. Nos acomete el desaliento, como una especie de fiebre que turba los sentidos. Más tarde aparece la desesperación, un ardiente deseo de venganza, un odio reconcentrado contra aquellas personas que tanto podían haber hecho en nuestro favor, y no lo hicieron. Se cree nuestro espíritu en un aislamiento moral, de tal fuerza, que se asemeja por sus consecuencias á un principio de asfixia. ¡Y esto á los treinta y seis años, es horrible! Pues bien, con este desaliento y en tal estado de ánimo, volví ya de noche á la calle de Tudescos. Abrióme Juanito la puerta, y con su habitual gravedad, me dijo:

—Ahí dentro hay un perfecto caballero, que desea hablar con V.

No recordaba yo lo del otro, pero al instante caí en la cuenta, oyendo este preliminar. Doña Rosa asomó por los últimos términos del pasillo con un quinqué en la mano.

—Por aquí, don Ramón,—pronunció en voz alta.—Pase V. por aquí.

Había en los demás cuartos de los huéspedes sepulcral silencio. Dos ó tres caras que di-

visé al pasar, me parecieron que se quedaban en espectativa. Cosa más rara... Ya con esto, me entró cierto desasosiego, algo como temor, pero estaba tan desesperado aquella noche, que casi me agradó la idea de un lance, de un choque, de una escena violenta, extraordinaria ó peliaguda. Precedido, pues, de mi amiga, me presenté en el comedor, que para estos casos servía de sala de recibo, donde se paseaba un caballero, no mal portado, grueso, entrecano, de excelente encarnadura, que frisaría en los cuarenta y nueve, con lentes de oro sobre la gran nariz, muy peinado y perfumado, porque trascendía á agua de la Florida, pastillas del Serrallo ó cosa semejante. Levantó, al aparecer yo, la cabeza, y me midió de arriba abajo con una mirada impertinente ó despreciativa.

—Es V...

No le dejé acabar.—Servidor de V. ¿A quién tengo el honor de hablar, si es que puede saberse?—Ante estas palabras, perfectamente entonadas, su semblante varió de aspecto. Doña Rosa cerró la puerta y nos dejó solos.

—Señor mío,—repuso el caballero en el mismo diapasón en que puse mi anterior pregunta. —El objeto que me mueve á llamarle á este aposento, es muy sencillo. Por persona de confianza, y aquí no importa el nombre, he sabi-

do que V. frecuenta el gabinete de la señorita Petra, y esto, como V. comprenderá, puede traernos consecuencias bastante desagradables.

—Pues no veo las consecuencias...

—¡Chist! permítame V.,—añadió, interrumpiéndome y alzando el bastón á la altura de mi pecho.—Las consecuencias, como V. comprenderá, no suelen percibirse en el primer momento. Para mí, y para cualquiera persona de mediana experiencia, no deja de ser trasparente la significación de esas visitas á una joven soltera. Ruego á V., por lo tanto, que desista de sus pretensiones y galanteos; pues de otro modo, me veré en la necesidad de aplicarle severo correctivo. La recíproca debe constituir la norma de todo caballero bien nacido; espero, por consiguiente, que, correspondiendo á mi manera de proceder, me evite V. el hacerle la segunda visita, que seguramente había de serme más penosa y desagradable que la primera.

Aquí debieron empezar mis excusas y acabarse la conferencia, pero tal vez sin fundamento, se me metió en la cabeza qua las exigencias del amigo de Petrilla no eran razonables, y así se lo espeté en crudo. Replicóme él con más acritud, y yo insistí de nuevo. Me sentía tan molestado por sus palabras, ó no sé qué

demonio me tentaba, que el asombro del otro salió de punto, cuando escuchó lo siguiente:

—Caballero, todavía no se ha dignado V. decirme su nombre, y por lo visto su intención es continuar en la misma reserva. Excuse V. de pedirme explicaciones que no acostumbro á dar nunca á ningún anónimo. Además...

—Permítame V. ¿No le consta á V., por mis afirmaciones, que soy la persona interesada por la señorita Petra?... Pues esto basta, y el nombre es lo de menos. Sin embargo, le apuntaré ahora mismo, vista su insistencia sobre ese punto relativamente accesorio. Cipriano Quiñones de Parada, notario de la Villa, juzgado del Centro, etc... Comprenda V., señor mío, cómo el derecho á exigir las debidas explicaciones es inconcuso...

—¿Explicaciones de mi conducta?

—¡Chist! no de su conducta particular; de la que V. ha observado para ó con la señorita Petra. Permítame V., no es lo mismo, y yo voy al fondo, al espíritu, al verdadero sentido de la frase. Estando conformes y unánimes en esto, tiene V. que concederme de buen grado el derecho de interrogarle acerca de esas frecuentes visitas á mi interesada.

—En resumen—le interrumpí con aspereza, —V. me prohibe que entre en el cuarto de Petrilla; yo entro allí como amigo, como artista,

como huésped, como Juan particular, y esto es lo que V. no puede impedirme desde luego.

—Eso es marcharse por los cerros de Úbeda. Yo no le prohibo...

—Me marcho por donde se me antoja; y ¿sabe V. lo que le digo? Que ella es la única que puede darme con la puerta en las narices.

—Ella seguirá mis consejos.

—O no los seguirá.

—¡Caballero!—exclamó don Cipriano volviendo á alzar el bastón á la altura de mi cabeza.—Está V. faltando á las consideraciones más elementales de buena crianza... Es V. un insolentuelo indecente...

Al oir tal palabra, le así con violencia del brazo y lo arrastré hacia la puerta.

—No es este sitio á propósito para semejantes calificativos—le dije.—Vámonos fuera. Los que carecen por completo de vergüenza son los únicos insolentes que conozco, y V. será de esos cuando se presenta á tales horas con exigencias tan ridículas y tan necias. Estos negocios se ventilan siempre en otra parte.

—Donde V. guste—contestó mi hombre con ronca voz, el rostro arrebatado y tragando saliva á más y mejor, porque no creyó sin duda tropezarse con un desesperado de tal calaña, con un truchimán decidido á todo. El portazo tremebundo que dí yo al salir, cerrando de

golpe, resonó en la habitación como un petardo ó explosión de pólvora y alarmó á los demás huéspedes, meros espectadores del incidente. Petrilla apareció en el pasillo.

—¿Van Vds. á dar algún pésame?...—nos dijo con mucha sorna.—Pues no llevan ustedes poca prisa... Vamos, entren Vds. en mi cuarto, que Dios es grande como dicen los turcos, aunque yo no lo he oido.

—Siempre has de estar de cháchara y de broma—repuso don Cipriano con flemático enojo.

—Haznos el favor de retirarte.

—¡Hombre! no hay que atosigarse por tan poco. Mi mamá me aseguró que una buena cara no pagaba contribución... Con lo que tengo convido, comparito, y el que no lo quiera que lo deje, que no voy á ponerme de rodillas ni por su excelencia ni por nadie.

—Si la cuestión no es esa—afirmó el notario ya en alta voz.—Aquí la cuestión se reduce á lo siguiente:

—Entraremos si á V. le parece—dije yo entonces, interviniendo entre los dos. Entramos, en efecto, detrás de Petrilla y seguimos discutiendo de pié, alrededor del veladorcillo, el mismo tema de antes, con idénticas expresiones y menos acritud. Petrilla afirmaba ó negaba rotundamente.

—Queja del señor—decía señalándome—yo no tengo. Aquí viene, se sienta, charlamos un rato y nós reimos. Y qué ¿no puede uno reirse y gastar una guasa, siempre en el buen terreno? Vaya, hombre, pues estamos frescos.

—Tá, tá, tá, si no es eso.

—¿Cómo que no es eso?

—¡Chist! permíteme. A mí se me ha asegurado que el señor pasa aquí la mañana y parte de la tarde y aun algo de la noche; que un día almorzó contigo, precisamente el mismo que estuve yo en Guadalajara. ¿No es eso cierto? Pues eso son libertades y franquezas que no estoy dispuesto á tolerar en manera alguna.

—Pero ven aquí, Ciprianito de mi alma, ¿no acepté una cena de tu amigo Florencio á la salida del teatro, y no dijiste esta boca es mía? Y recuerda, hijito, que cuando hablamos de esto celebraste que hubiera admitido la galantería.

—Lo celebré y lo celebro todavía, sí señor, porque convidando á tus compañeras hubiera sido manifiesto desprecio no convidarte á tí.

—Este caballero trae unos pastelillos muy ricos de crema, y me dice: permítame V., Petrilla, que le ofrezca este postre que sé que es de su agrado. La inmediata entre personas decentes, ya tú la sabes, comparito; y almorzó conmigo.

—Luego tú le convidaste, lo cual...

—Señor don Cipriano—repuse yo á este punto, interrumpiendo su dilema,—la verdad ante todo, y esa ha de salir á trancos ó á barrancos. Oiga V., no puede verse á mi estimada amiga sin hablar con ella, y no se le puede hablar sin apreciarla, y apreciándola como yo la aprecio, es más que natural que se atreva á gastar una broma con su amigo. Lo del almuerzo es una broma, porque después que le ofrecí los pastelillos, me dijo: he preparado un almuerzo á estilo de mi tierra. Quédese V. á almorzar conmigo. Accedí á sus repetidas instancias, y ¿sabe V. lo que me reservaba para obsequiarme? Una magnífica fuente de gazpacho... ¡El mejor vomitivo que conozco!

Sonrióse el notario al oir esto, mientras Petrilla, asiéndole de la barba y obligándole á alzar el rostro, le decía:

—¿Lo ves, gran bestia, lo ves?... ¡Pero qué bestia eres, Ciprianito de mi alma! ¡Mira tú que hacer yo de prima sólo por regalar ese gustazo á ese *tipo*!... tendría que ver. ¡Qué hombres! Apuesto yo las orejas á que si te sacudiera con un palo habías de dar bellotas.

—¡Petra!—bramó don Cipriano con tremenda voz,—que no te oiga otra vez esas sandeces, y tengamos la fiesta en paz.—Luego añadió filosóficamente:—En vosotras todo es presumible. Sois mujeres y basta.

—Comparito, me ocurre una idea: podíamos cenar juntos, aquí mismo. Son las diez y media, yo no he comido y tengo una carpanta atroz. Por haber dudado de tu Petrilla, vas á convidarnos esta noche. Nada, nada, lo dicho. No hay remedio. Piensa mal y pagarás una cena.

Miróla el notario como estupefacto, oyendo tan inesperada salida. A mí me dió escalofríos la frescura de aquella figuranta, después de tales belenes, ruidos y zarandajas. Pero ella, sin el menor reparo, se levantó del sofá y tiró de la campanilla. Antes de aparecer doña Rosa, ya estaba en la puerta llamándola con sus acostumbrados requiebros.

—¡Doña Rosa, corra V., que aquí estamos pereciendo de hambre tres almas de Dios! Cá, no vendrá luego, no, ni correrá tampoco, aunque nos viera reventar como bombas. Apostaría la cena á que esa *desaboría* mujer está durmiendo la *curda*.

Al poco rato se presentó nuestra viuda, que por ser hora tan avanzada, escuchó los encargos que le hacía la huéspeda, con nublado rostro y como á regañadientes. Ya habrían dado, por lo tanto, las doce de la noche, cuando trajo el mozo del café los platos elegidos, y empezamos á cenar, en medio de una animación poco expansiva. Don Cipriano continuaba mi-

rándonos con estudiada frialdad, pero en cuanto cató el Valdepeñas y vió que era de ley, se animó muchísimo, comiendo como un Heliogábalo y bebiendo cuádruple que nosotros. Cualquiera comprendía, observando su esponjoso y encendido semblante, lo que gozaba con los buenos bocados. Después de destapar una botella, llenaba su copa y metía las narizotas casi dentro, diciendo:

—De primera, amiguito, de primera. Respondo de ese vino.

Luego vaciaba la rebosante copa en su estómago, añadiendo:

—¡Y esto sin ejemplar, señores!

Acabada la cena, se levantó nuestro hombre de la silla medio tambaleando, se asió del brazo de Petrilla y de ella tiraba en dirección á la alcoba. Yo le miré atentamente. Chispeaban sus ojos, abultábansele las venas del cuello, retozaban en sus carnosos labios la socarronería y la lujuria, y así, riendo y con leve tartamudeo, incitó á su amiga para que le acompañase:

—Anda, pichoncita, vente conmigo... no me abandones... Se me ha entrado una modorra en el cuerpo... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! vaya una modorra que tengo.

Los dos protestamos al momento:

—¿Cómo se entiende?... señor don Cipriano...

—¡Largo, largo de aquí!

—¡Aún se atrevería V. á hacer el niño! Vamos á la calle.

—Eso es. ¡A la calle con él! Pues hombre, no faltaba otra cosa.

Y como no bastaran las palabras, á empellones y codazos, entre Petrilla y yo lo sacamos del cuarto, aunque él también protestaba y se agarraba á los muebles como un chiquillo, maldiciendo de su suerte y afirmando que aquello no estaba bien hecho. Luego fuí yo el que le acompañé á su casa.

IV.

RÓMPESE EL TERCETO.

Desde esta famosa noche quedaron firmadas las paces entre nosotros. Pude, por consiguiente, entrar, salir ó permanecer en el cuarto bromeando con Petrilla, como uno de sus más íntimos amigos, y aun cuando me encontrase don Cipriano con ella nada decía, y contentábase con ponernos cara de condenado. Tratábalo ésta á veces con un desparpajo, con una familiaridad burlona, casi rayana del menosprecio, lo que fundadamente amostazaba á mi hombre, y según el humor, concluía por alzar el grito ó por jurar que no había de volver más á su aborrecida presencia. Por dos ó tres días cum-

plía su juramento, pero al cuarto ya se le veía sentado á cierta distancia de Petrilla, grave y seriote, aunque dispuesto á perdonar la mayor ofensa. De hecho y de derecho continuó, pues, nuestro increible terceto, si bien nos guardábamos todos tres aquellas consideraciones y miramientos impuestos por las circunstancias especiales en que nos habíamos colocado. Y tanto era así, que hasta la misma Petrilla, estando entretenidos con el tute ó el tresillo en el gabinete, me indicaba en ocasiones la salida, diciendo:

—Pero, ¿no iba V. á ver á sus paisanos, Ramón? Por nosotros no lo deje V...

Cierto que todo ello se amañó y tomó cuerpo sin intención preconcebida. Yo nada exigí ni calculé. Las consecuencias vinieron por sí solas. En suma, que por aquella época, mayores atenciones que con su Ciprianito tenía la figuranta conmigo, sin duda por no haberme tratado tanto tiempo. Por mi parte, y en obsequio al gran pedazo de amistad que me tocaba en el reparto, hube de pensar en algunos regalillos, tal como un guardapelo de oro, unos pendientes, una pulserita ó cualquier chuchería que, aun siendo de poco coste, representaba para mi escuálida bolsa un imponderable tesoro. Debía á doña Rosa el hospedaje de tres meses, y ya empezaban nuevas necesidades.

¿Cómo cubrir este déficit? ¿A dónde acudir en mis apuros? Soñaba yo, como los hombres de alguna imaginación, con algo improvisado: una mina, un premio de la lotería, un buen negocio, un testamento á mi favor... La casualidad vino en mi ayuda. Una mañana que bajaba por la calle de la Montera, indudablemente en busca de la mina, pues no llevaba objeto determinado, me tropecé, poco menos que de frente, con mi venerable tío. Cedíle la derecha y lo dejé pasar. Subía él con gran lentitud, mirando los escaparates, como el que piensa comprar algo y con anticipación lo elige y se recrea en ello. Por impulso impremeditado y rápido, volví pasos atrás y corrí hacia él gritando:

—¡Tío Gumersindo, tío Gumersindo!

A mis voces enderezó la cabeza y me miró despacio, después de guiñar ó achicar el ojo izquierdo, según su costumbre.

—¡Calle! ¿eres tú?... ¿De dónde sales ahora?... ¿qué es de tu vida?... Dijéronme que te habías ido á Buenos-Aires con aquella mala mujer. Yo pensé para mí: Ramoncillo la entrega luego. Pero equivoquéme á lo que veo; estás más gordo que antes. ¿Eres ya hombre de bien? ¿te ocupas en algo? ¿sentaste ya esa cabezuca tan destornillada? Alegraríame mucho, Ramón, sobrino mío, porque tu padre, que

en gloria esté, sabía desenterrar un ochavo por hondo que estuviese... y no era bobo. Con que déjate de embelecos, que en este mundo el que tiene es el amo, y aquel que no guarda ha de esperar las sobras como los perros. Ya sabes, Ramón: las sobras son pocas y los perros muchos. ¿Qué me cuentas?

—Que estoy conforme con lo que V. me dice, y muy arrepentido...

—Vamos, menos mal, menos mal—repitió mi tío, desarrugando el entrecejo que había conservado durante su perorata.

—Estuve de escribiente en una notaría hasta hace dos semanas; pero luego aminoró el trabajo y me dieron de baja. Ahora buscaba una ocupación por el estilo.

—¿Es cierto, sobrino?... porque tú traes cara de holganza y de *bona vita*, más que de haberte desojado sobre esos papelucos que dices.

En tal aprieto no dudé de arrollar por todo linaje de consideraciones, y exclamé contemplando á su merced con afligido rostro:

—Le juro á V., querido tío, por la memoria de mi padre, que es mucha verdad, y que estoy dispuesto á trabajar como nunca, y quisiera que V. mismo hiciese la prueba. Le juro á V...

—Con uno basta, Ramón; que á mí las obras habrán de convencerme más que doscientos pa-

res de juramentos. Vente mañana por casa y hablaremos de este asunto. Adios, adios, que siento frío y no me convienen estas largas paradas para el reuma.

Dió en seguida media vuelta y le ví continuar su paso calle arriba con gran sosiego, embozado en un ancho *carrik* (entonces de moda) de color gris oscuro, con cuello de pelo y muy cumplida esclavina. Esta despedida, tan de sopetón, no me dejó agraviado, por ser natural de su carácter. Al otro día no falté á la cita. Era hombre corriente y expeditivo, y ya me encontré en su casa con un caballero, antiguo amigo suyo, propietario, bolsista y director de no sé qué sociedad de crédito, y á quien eficazmente me recomendó para secretario, administrador, escribiente ó cualquier otro cargo que conformara á mi aptitud y capacidad. Aquel caballero viejecito, menudo, con el cabello blanco y vestido de negro, aún era más activo que mi tío Gumersindo. Después de algunas preguntas y advertencias, me hizo coger el sombrero y seguirle hasta su casa, que estaba en la calle de Relatores. Pasamos al despacho. Había á la entrada de éste una antesala pequeña, clara, alegre, adornada sencillamente con cuatro ó cinco muebles nuevos y media docena de sillas, lo preciso para el objeto que se la destinaba. Me señaló la mesa, el

silloncito, el escritorio, los librotes de asiento, y me dijo:

—Aquí tiene V. su oficina. A las diez de la mañana le he de ver á V. todos los días en este sillón sentado y trabajando. Después de las dos vendrá V. al *Banco Central* á recibir órdenes y los encargos consiguientes que deje en la Dirección. Advierto á V. que muy pocas personas consiguen en Madrid esa buena fortuna de llegar y besar el santo. Ahora, de su comportamiento depende lo demás. Si V. no es tonto y no se duerme en las pajas, creo que podrá V. complacerme y complacer á su señor tío, persona apreciabilísima bajo muchos conceptos.

Respondiendo á estas reflexiones, prometíle cumplir con todo aquello que alcanzasen mis fuerzas, pues el propósito firme y decidido de trabajar ya lo traía formado y hasta con raíces, según lo veía yo de medrado y vigoroso.

Empezó la tarea. A fin de mes cobré religiosamente mi soldada, y con parte del dinero compré á Petrilla una hermosa sortija de oro esmaltada, con su bonito lema, que decía «Recuerdo.» Pero no siempre se acierta en esto de los regalos. Habíase encaprichado con unos pendientes de coral, embutidos en oro, lo más precioso del mundo; y yo, tonto de remate, sin consultar antes su gusto, le presento la sorti-

ja. ¡Válgame el Señor! ¡Lo que se incomodó y lo que habló á causa de semejante tontería! Nada, que tuve que prometerle los consabidos pendientes, para más adelante. ¡Mujeres, trapos, baratijas y caprichos, habrán de ser siempre inseparables! ¡Válgame el Señor!

Algunos días era tanto el quehacer, andando de ceca en meca, con los mil encargos y obligaciones que me imponía la administración, que apenas llegaría á veinticinco minutos lo que hablaba con Petrilla. Cuando ella volvía del teatro, ya estaba yo entre sábanas, rendido de aburrimiento y de cansancio. Esto alegraba al señor don Cipriano, que aun guardándole nosotros las debidas consideraciones, me acechaba de continuo, tras sus gafas de miope, con la mirada inquieta y recelosa.

Solíamos celebrar juntos los días de fiesta tomando café y copa (por supuesto de *cognac*) después del almuerzo. Y no iban las cosas mal durante el primer año, fuera de las genialidades de Petrilla, que rayaban en lo inverosímil y absurdo, como afirmé en el comienzo de mi relato. Al invierno siguiente marchóse la compañía de Jovellanos á recorrer algunas provincias, pero Petrilla no quiso abandonar los Madriles, porque estaba encariñada con su teatro y con aquel género de vida especial, raro y extravagante. Mucho perjudicó á su salud estos

cinco ó seis meses que estuvo sin contrata, viniendo en tan grande holganza á extremar sus vicios y su manía de vivir en completo desorden. Acostábase las más de las noches después de las tres de la madrugada, y amanecía á las cuatro de la tarde. Como se levantaba sin pizca ni asomo de apetito, enviaba á doña Rosa por pasteles, empanadas ó cualquier dulce, y luego se atiborraba como engolosinada paleta. Para entrar pronto en calor se hacía preparar un enorme tazón de café, rociándole abundantemente con *cognac* ó anisete. Ya de noche, salía á callejear, ó á algún teatro, con dos amigas coristas, y siempre, por fas ó por nefas, habían de ir á parar al *Habanero* ó á *restaurant* de cierta nombradía, donde se cenase á gusto del concurrente y hubiese ostras frescas, que eran el plato más sabroso y exquisito para Petrilla.

Empezando la segunda temporada cómica por aquellos días, se formó en el teatro de la Alhambra un cuadro lírico-dramático, no despreciable, aunque de poca importancia, por las actrices y cantantes que figuraban en él. Con tal motivo, aconsejó don Cipriano á su amiga que entrase á formar parte sabiendo que la empresa le había hecho proposiciones, hasta ventajosas si se quiere; pero contestó aquélla que no estaba tan vieja ni tan desamparada

para ir á enterrarse en un *teatrucho* de última fila. Tal contestación me parecía un desatino, y así se lo dije. Fué una de aquellas tardes que andábamos en estos dimes y diretes el señor don Cipriano con ánimo de convencer á Petrilla, y cuidado que cuando él daba en una tema, no había en toda la cristiandad machaca mayor. Era un verdadero quebranta-huesos. A la cuenta, y una vez metidos en harina, parece que hubo entre los dos la gran polémica, ó mejor dicho, una *agarrada* muy gorda, y que ella le echó del cuarto á cajas destempladas. Yo lo ignoraba, por estar en mi despacho, y sin embargo, debió sospechar Petrilla que nos habíamos puesto de acuerdo. Apenas llegué á casa, ya de noche, entré en su gabinete y le pregunté, con la mayor naturalidad:

—¿Cuándo cantamos en la Alhambra? Porque supongo que te habrás decidido...

Oir tal pregunta, y volverse como una furia, fué todo uno. Miróme como solía mirar ella en ocasiones, con una altanería, con una arrogancia, con un inmenso desprecio, que no le cabía en los ojos, y señalando á la puerta, me dijo:

—Ya estás tú *pitando* de aquí. Largo, largo. Bastantes solfas tiene una fuera de casa, para que me vengas ahora á calentar las orejas con esa dichosa música.

—Pero, Petra, ¿qué significa esto?...

—Significa que conmigo no se divierte nadie, ¿lo oyes? y menos *tipos* como tú. Con que largo de aquí.

Aquella descarga cerrada, y tan sin ton ni son, me hirió en el amor propio más que otras veces, y en idéntico tono de zumba que acostumbraba á gastar con nosotros, me acerqué y le dije:

—¿Tú te has mirado hoy al espejo, vidita? Pues mírate bien, y tú verás si eso que parece cara puede divertir á nadie. Quita allá, mujer, quita allá ¿á quién ha de divertir? Y apártate de mi vista, porque eso no es un tipo, sino un castigo. Vaya que tendrá sandunga el que te tome por pecado; ¡qué majadería más grande! Si ya tú no pudiendo ser pecado, te has convertido en penitencia, y de las más pesadas.

Púsose furiosa y desatinada oyéndome requebrarla de este modo, y empezó á echar sapos y culebras por su boca.—Yo voy á hacer y acontecer, y maldita sea la hora en que te conocí en esta porquería de casa, y hay hombres que debían estar majando terrones en vez de alternar con gente bien nacida, y tú no tienes vergüenza ni poca ni mucha, y habrás de ver si te suelto un revés que te vuelva loco.

—Vamos, que tú no sueltas nada.

Se revolvió de pronto como fierecilla herida, corrió hacia mí, y descargó sobre mi rostro un

bofetón tremendo. Asíla entonces de ambos brazos y la hice sentar de golpe en uno de los sillones, al mismo tiempo que ciego de coraje levantaba el crispado puño para aplastarle el cráneo... pero tuve miedo, ó lástima, ó asco, y allí la dejé tendida, pálida, con los ojazos abiertos de una loca, y un castañeteo de dientes que indicaba la sacudida de sus nervios y la intensidad de su rabiosa cólera. Cuando fuí á salir del cuarto, ya me encontré á doña Rosa, á Juanito, al Filipino y á don Felipe, que habían acudido á las voces y á la algazara promovida por nosotros. Querían entrar á curiosear ó á consolar á la triste, pero yo en la duda, cerré inopinadamente la puerta y me guardé la llave. Con esto se armó nueva tremolina, y mi pacienzuda amiga, hostigada sin duda por los otros, me echó en cara el ser yo piedra de escándalo en aquella casa, antes tan pacífica y ordenada. Repuse yo á mi vez que aquello no era casa, sino vertedero público, y se lo demostré allí mismo citándole las innumerables veces en que nos habíamos levantado de la mesa sin probar bocado, y señalándole los rincones más ó menos visibles, de los cuales, según la locución corriente, había que apartar los ojos con horror y el estómago con asco. Así era en efecto, y todos los compañeros de hospedaje se me hicieron antipáticos por esta conformidad

con tan intolerables suciedades. En resumen: que al día siguiente liquidé cuentas con mi ex-dulce amiga doña Rosa, y me trasladé de domicilio.

V.

CONSECUENCIAS DE UN VIAJE. ¿BUENAS Ó MALAS?

Mi invencible aversión á todo cuanto oliese á viudez, contaba con un motivo más en su favor. Tarde ó temprano, debía salir escarmentado de parecida zahurda, y así sucedió.

Recomendáronme mis paisanos, en vista de aquel desenlace, á una señora de verdad, madura, solterona y de bonísimo carácter, en cuya compañía viviera yo hasta el venidero siglo, á no tropezar con ciertos inoportunos huéspedes que hacían y deshacían en la casa, por ser antiguos en ella y conocer el flaco de doña Pepita. Sin embargo, allí estuve dos años. Al empezar el otoño me dió el señor don Juan José Ruidalls, y aún no había dicho cómo se llamaba mi principal y jefe, una comisión para la villa de *Sárrata*, donde éste tenía algunos terrenos que podían ser comprados por el municipio.

La posición de los mencionados terrenos, el estar en llano, bien orientados y tan cerca de

la villa, inducía al municipio á quedarse con ellos y destinarlos para escuelas públicas.

No nos faltaban, aun en medio de esta indudable conveniencia, competidores, y mi comisión se reducía en el presente caso á explorar los ánimos concejiles, y buscar á todo evento personas influyentes que decidieran la contienda en nuestro favor.

—Si sale V. airoso de su empeño—me dijo mi administrado,—yo le probaré á V. que Ruidalls no es ingrato con las personas que saben complacerle.

Había, pues, una recompensa en lontananza, y esto centuplicó mi actividad. ¿Qué podría ser ello? En dos días arreglé mis papeles, me despedí de mis paisanos, y embutí en una maletilla el preciso equipaje. Por la primera vez ofrecióseme recorrer aquella parte Norte de la Península, y la natural curiosidad de lo desconocido, que iba á satisfacer dentro de breves horas, me sirvió de gran distracción para el camino.

Ocurría lo que cuento el día 29 de Setiembre. Apenas nos apeamos en la estación de *Sárrata*, dirigí una mirada á mi alrededor y ví la empolvada tartanilla con su caballejo blanco, que nos esperaba á la puerta, en un todo conforme con las señas que me anticipó uno de los viajeros que venían en el mismo wagón de se-

gunda. Después de acomodarnos de nuevo en el carricoche dos comisionistas y mi humilde persona, estreché por centésima vez contra el pecho mi cartera de bolsillo, donde había encerrado la carta-recomendación para don Eugenio Mompuig, sugeto de influencia en el *país*, y de quien debía esperar gestiones eficacísimas. Cavilando ya en los preparativos de mi campaña, asomé la cabeza por la ventanilla del asendereado vehículo y me ví frente al rótulo que se alzaba sobre la puerta con estas letras: *Fonda Nueva*; tal vez la única y la más antigua de la población, pero todo aquel que viaja se acostumbra con facilidad á sorpresas de este género.

Nos recibió sentado en una banqueta del comedor el mismo fondista, con el chambergo calado y el cigarro en la boca. Esta primitiva franqueza me encantó sobremanera. En la distribución de habitaciones me tocó la última que quedaba en el piso principal, con balcón á la calle y cama de hierro, á la francesa, de cuyas cuatro varillas colgaba un mosquitero poco menos que en girones, como descomunal tela de araña de color incalificable. Aunque se me figuró hombre de pocas palabras, al tropezarme segunda vez con el dueño le pedí las señas de don Eugenio Mompuig.

—Calle Mayor, 44, principal.

—Y ¿V. le conoce personalmente?

—Por supuesto—respondió mi hombre con gran cachaza, y como si tuviera que deglutir las palabras.—Es una buena persona, pero ya se ve... hay cosas irremediables, como si dijéramos, cosas así... tan... Y V. vendrá por muchos días, eso ya se presume...

—Es probable que me detenga más de lo que pienso, porque la población no me desagrada. Hay calles anchas, excelentes paseos, numerosas fábricas y el vino inmejorable. Son los datos que me han proporcionado y supongo que no exageran.

Siempre con el cigarro en la boca, miróme el fondista sonriendo, y más satisfecho que si hubiera sido el poseedor de todas aquellas lindezas y maravillas. Sólo añadió esta frase:

—Por supuesto.

Había en la puerta de la fonda un viejecito de fisonomía tan risueña y despierta, de un aire tan marcadamente benévolo y sociable, que, sin reparar en pelillos, entré con él en conversación, preguntándole la dirección de la calle donde vivía el señor Mompuig.

—Siga V. derecho por este lado hasta dar en la plaza—contestó á seguida, apuntando con el bastón hacia el remate de este primer itinerario.—Una vez puesto en la plaza, toma V. la segunda de las callejas que desembocan en

ella, siempre costeando la derecha, y esa es la calle Mayor.

—Muchísimas gracias, pero... permítame V. que vuelva á molestarle... V. debe ser hijo de *Sárrata*, si no me equivoco, y conocerá al señor Mompuig... Yo vengo recomendado á este caballero.

—¡Hombre! don Eugenio, sí, señor, sí—exclamó el viejecito con algún entusiasmo.—Mucho que sí, vaya si lo conozco. Bellísimo sugeto. Yo estaba en la secretaría del ayuntamiento... el año 55, justo, cuando don Eugenio era alcalde. Pero... ya le digo á V., á veces se presentan circunstancias harto lamentables para una familia... tan caracterizada. En fin, caballero, V. le visitará esta tarde, y no hay razón de que V. pierda el tiempo con mi charla... ya le digo á V.

Calló el anciano al llegar á este punto, y comprendiendo yo que por delicadeza ó por cualquier otro motivo no hablaría más de don Eugenio, díle las gracias por tanta amabilidad y despedíme de él, con mayor impresión y curiosidad que la despertada por las palabras del fondista.

Diez minutos más tarde entraba en la casa del 44. Era un portal espacioso, fresco, limpio, recién pintado, con anchas escaleras que recibían luz de una cerrada ventana, al través

de cuyos cristales veíase la fuente del patio, chorreando sus hilitos de agua sobre sí misma y sobre unos tiestos de flores que languidecían á su lado. Tenía la casa agradable aspecto, y á pesar de eso me pareció triste, como si encerrara algo de conventual y de rígido en sus entrañas. Salióme á abrir la puerta una mujer de edad, con el cabello blanco y las cejas negras, contraste rarísimo y extraordinario, que me distrajo hasta el punto de no haber entendido su contestación.

—Dice V., señora...

—Que don Eugenio está en sus posesiones de San Feliú, y aún tardará en volver á casa tres días cuando menos.

—Siento muchísimo no encontrarle... etc. Y efectivamente no mentía, aparte de la necesidad de verle por aquel endiablado asunto del municipio. Para matar el aburrimiento que esto me produjo, y poder hablar de la villa con datos auténticos y positivos, me encaminé hacia las afueras. Por más que estuviera bien situada en un hermoso llano, comprendíase á primera vista, distinguiendo los montículos y lejanas elevaciones del terreno, que aquél venía á asemejarse á un plano inclinado, sobre el cual la heróica *Sárrata* disfrutaba de extensos horizontes por una parte, y de cielos limitados por otra. Crucéme en el paseo con varios gru-

pos de campesinos, con alguna que otra familia que regresaba de sus viñas, y con dos tandas de viejos que me estudiaron al pasar con esa viva curiosidad que despierta un desconocido en lugares donde todos se conocen.

Ya al oscurecer, llegué á la *Fonda Nueva* guiado por un envidiable apetito, de lo cual deduje que los paseos y alrededores de *Sárrata* eran higiénicos en sumo grado. Los comensales no pasábamos de media docena, y al punto divisé á los dos comisionistas, mis compañeros de viaje, que cumplieron su cometido á las mil maravillas. Baste decir que su voracidad superaba con mucho á mi apetito. Al parecer, el más expansivo y alegre de todos nosotros era el caballero que se sentaba á mi derecha, pues sostuvo la conversación con pasmosa facilidad, tenedor en mano y sin perder bocado. Por algunas preguntas y respuestas que mediaron, pude colegir que venía de la capital, y que había vivido años anteriores en *Sárrata* como co-propietario de una fábrica de tejidos que competía con las mejores de la provincia. Desde luego simpatizó conmigo, y me habló, cuando solos quedamos en la mesa, de las buenas cualidades de sus paisanos, de la fertilidad de aquel suelo, de los proyectos que acariciaba, y de otras mil cosas referentes á la villa. Ocurrióseme entonces que este hombre,

que tantos pitos tocaba, acaso pudiera aclarar mis dudas, y encajéle, apenas vino á cuento, la consabida pregunta:

—¿Y V. conoce á don Eugenio Mompuig?

—Si fuimos concejales juntos; figúrese V. si le habré conocido y tratado.

—Me aseguraron que es bellísima persona—añadí con disimulado gozo.

—Mucho, mucho. En *Sárrata* se le aprecia en lo que vale, y crea V. que se lo merece. Sí, señor; son muy recomendables sus prendas de carácter, de probidad, de inteligencia... ¡Ah, lo que es como inteligente!... Pero en ocasiones diríase que nada de esto ni sirve ni basta para detener la fatalidad. Debe haber familias predestinadas, así como existen enfermedades hereditarias, según yo creo. Y esta es una opinión mía...—Aquí se detuvo, cambió de tono y añadió:—De modo que nos veremos con alguna frecuencia ¿no es eso? Perfectamente; he tenido un verdadero placer en conocerle, y V. sabe bien que puede disponer de un amigo en tal punto...

Yo, que me había quedado entre perplejo y aturdido por tan inesperada despedida, apenas acerté á agradecer con algunas frases su simpática cortesanía. Aquel maldito *pero* volvía á atravesárseme por tercera vez entre lo misterioso del señor Mompuig y mi natural curiosi-

dad. No era yo supersticioso, bien mirado, pues de otro modo hubiera desistido de mi empresa, tomando por un mal presagio esa especie de oscuridad que proyectaba la historia de nuestro personaje. Y ahora recuerdo que, durante la noche, me desperté de improviso atormentado por esta diabólica idea del mal agüero. ¡Ea, á dormir! no pensemos más en ello, me decía á mí mismo; pero la idea tornaba á danzar á mi alrededor después de tomar forma, como un pequeño mono de hocico innoble y estúpidas contorsiones. Cuando mi vecino de cuarto subía de tomar el chocolate, vestíme á toda prisa y bajé al comedor entre un grupo de viajeros que acababan de llegar en el tren de las nueve. Luego leí algunos periódicos, escribí una carta, y antes del medio día me puse en camino de la calle Mayor.

No pensaba encontrar todavía al señor Mompuig; así es que cuando la criada me rogó que le diera mi nombre, la contemplé como suspenso y encantado. Entré en el despacho. Allí apareció en seguida un hombre de madura edad, fuerte, musculoso, de buena talla, ancho rostro, ojos vivaces, cuyo primer aspecto y continente revelaban vida, energía, fuerza, pero cuyo color bajo y como de tierra semejaba al de un enfermo crónico, ó al del convaleciente de alguna afección hepática. Este hombre

era Mompuig. Saludóme con suma afabilidad, y sólo extrañó que me observara de vez en cuando de una cierta manera, que yo llamaría recelosa.

—¿Con que V. es el encargado de mi amigo Ruidalls?... No sabe V. cuánto celebro tener noticias suyas, y conocer á una persona de quien siempre me ha hablado con verdadera satisfacción. V. sigue colocado en su casa como antes ¿no es eso? Total, doce mil reales. No es mucho, pero en cambio no hay que temer la cesantía, ni la caida del ministro protector, que será rematadamente pésimo como todos.

—¡Ah, señor Mompuig! no suelo yo encontrar ministros que me protejan, así como así... que si los encontrara...

Sin parar mientes en mi observación, continuó nuèstro don Eugenio desembuchando cuantas ideas guardaba en su magín desde luengo tiempo.

—Comprendo que esto de hablar mal de los ministros es una vulgaridad, pero qué quiere V. que le diga: aquí en provincias estamos apestados de esos grandes personajes que se pasan la vida pronunciando discursos. Y créame V. á mí, señor Bermúdez, á mí, que sé tomar el pulso á la opinión pública. Si en nuestro país, en *Sárrata*, hoy mismo, se pusieran

esos grandes hombres á la venta, nadie daba por ellos ni dos cuartos, ¿qué digo dos cuartos? ni siquiera la millonésima parte de un ochavo. Ténganlo entendido esos inflados políticos, que se rodean de esbirros y de polizontes para que ningún infeliz se propase á rozarles el pelo de la ropa. Se me contestará con lo que ellos valen. ¡Oh, sí, señor! ¡mucho talento, una elocuencia exorbitante, una sabiduría sin ejemplo! Yo no dudo que sepan más que el Espíritu Santo, no, señor; pero ¿qué hacemos los contribuyentes con eso? Nuestra industria, nuestra fabricación, nuestra tintorería, en competencia con la del extranjero, necesitan un poco de protección ¿no es cierto? Pues bien, esas tarifas, esos tratados de comercio, esos convenios internacionales, todo eso es un buñuelo, va contra nuestros intereses, nos crea dificultades insuperables. Total, el gobierno no nos protege. ¡Maldito sea el gobierno!

Dichas estas palabras por el señor Mompuig, recostóse en la mesa del despacho para tomar aliento, y luego me preguntó con perfecta tranquilidad:

Y ¿qué es lo que V. deseaba?

Le expliqué entonces el asunto, y la necesidad que había de buscar una persona influyente que me recomendase á la bondad del municipio, si así puede llamarse, pues nadie igno-

raba cómo se entorpecían esta clase de negocios, aun siendo de corta tramitación, en los legajos de la secretaría ó en las comisiones nombradas *ad hoc*.

—Perfectamente—contestó don Eugenio.—No hablemos más de eso. Yo le recomendaré á V. al secretario, que es íntimo amigo mío. Los terrenos volverán á avaluarse de nuevo, y confío en que podamos evitar esa competencia extra-oficial á que V. se refiere.

Olvidóseme decir antes que al entrar en el despacho reparé en una joven que cosía al lado del balcón y medio escondida tras el cortinaje blanco. Respondió á mi saludo con alguna timidez, y hasta me pareció que su fisonomía inteligente y agradable, se velaba á ratos con una gran tristeza. De repente volvióse don Eugenio hacia la joven y le dijo:

—Mira, Rosalía, no estará de más que hagas otra visita á nuestra enferma...

—Pero, papá, si vengo ahora mismo de allí.

Ante la mirada amenazadora que lanzó el padre á su hija, mirada que no admitía réplica, levantóse prontamente la joven y salió del despacho. Estando ya solos, aproximó Mompuig una silla á la mía, y continuó en un tono de confianza que me llamó bastante la atención:

—Esta pobre muchacha... ya habrá V. vis-

to su modestia, su aire, su sencillez, sus maneras, pues todo es natural en ella. Veintitres años, un corazón de oro, y una posición que envidiarían muchísimas paisanas de V. Y sin embargo, aquí la tiene V. á mi lado, trabajando y consumiendo lo mejor de su vida en una esperanza sin término. No hay un joven que se atreva á dirigirle una lisonja, ó echarle una flor, ni siquiera por mero cumplimiento. Esto es muy triste amigo mío... Y ¿á V. qué le parece?

En aquel momento le escuchaba yo estupefacto, y estaba tan ajeno de oir en sus labios semejante pregunta como de ver volar un asno. Por fortuna mía, y aun de don Eugenio, se presentó Rosalía en la puerta, evitándome así la dificultad de una respuesta repentina.

—Cómo ¿ya de vuelta?—repuso el señor Mompuig.—Pues de tí se trataba.—Sonrojóse la aludida hasta la raíz de sus cabellos y se dirigió á su asiento con dolorosa resignación, según la mirada que sorprendí en sus ojos.—Hablábamos de tus buenas cualidades, de tu belleza, de tu...—Luego, señalándome con el índice grueso y rígido de su mano, añadió:—He aquí uno de tus grandes admiradores: este joven modesto y laborioso, de notable ingenio y excelente carácter, encargado de mi buen amigo don Juan José Ruidalls, se declara admirador

de tus prendas personales: ¿no es cierto, caballero Bermúdez?

Ya entonces pude contestar al punto:

—Decididamente, señorita, me congratulo de ser uno de sus mayores admiradores, como afirmó su papá de V.

Respondió ella con la sonrisa en los labios y de una manera muy discreta, pero harto dejó traslucir que estos dimes y diretes no eran santo de su devoción. En realidad, no resultaba fingida su modestia; y así para cortar la conversación me levanté, y despedíme de los dos hasta el siguiente día.

Aquel último incidente del señor Mompuig me había chocado en extremo, aunque bien pudiera tomarse por una rareza del cariño paternal. La exageración de cualquier hondo y humano afecto produce á menudo estas extraordinarias rarezas. Por otra parte, lo que más me preocupaba era el misterio que debía existir en el foro interno de esta apreciable familia. Recordaba muy bien el *pero* del fondista y las frases oscuras y evasivas de mi compañero de mesa, juntamente con la contestación enigmática del viejecito que encontré en la puerta de la fonda. Sobre este cañamazo incoloro y sin límites, complacíase mi imaginación en bordar la figura de la joven, tal como la veía en la realidad, con su pálida y triste carita, como la de una

novicia, con sus ojos negros y pensativos y su cabeza inclinada sobre la labor, tal vez en interna contemplación. De este modo se explica, más que por el interés del asunto que entre manos llevaba, cómo al otro día pude adelantar la hora de la visita, y encontrarme á Rosalía sola en el despacho.

—Dispense V., señorita—me apresuré á decirle—que me haya dirigido á V. sin qué ni para qué, y que se me escaparan algunas palabras que no debieron ser de su agrado.

—Todo lo contrario, señor Bermúdez; no hubo en ellas ni la más pequeña frase que me molestara. Mi tristeza, si es á esto á lo que V. se refiere, tiene otra explicación, y V. me permitirá que haga de ello completa reserva—añadió la joven apagando la voz como si temiera ser escuchada.

—Siendo así, me ratifico en lo que fué dicho con toda sinceridad. Me apenaba muchísimo haberla ofendido con mi franqueza, y no tener desde luego sus simpatías.

—Desde luego las tiene V.

—¡Ah, Rosalía!...—Y no continué porque la presencia de don Eugenio, entrando á la sazón, heló en flor toda la elocuencia que iba á nacer de aquel sencillo prólogo. Mucho se alegró el padre de verme tan madrugador, y después de recordar mi asunto, del cual no se había ocu-

pado todavía, me dió la enhorabuena por el buen efecto producido en los sentimientos de cierta personita, muy allegada suya. Oyendo la joven tales indirectas, bajaba la cabeza para disimular el rubor que enrojecía sus mejillas. Veíala yo desde un costado y con el rabillo del ojo. Y cuando me preguntó don Eugenio:—¿qué opina V. de esto, señor Bermúdez?—sin poder contenerme, acaso sin caer en la cuenta de lo que afirmaba, respondí:—que me felicito de haber despertado ese género de sentimientos en favor mío, aun sin merecerlo.

—Ya lo oyes, hija mía—repuso mi interlocutor, contemplando con paternal satisfacción á Rosalía.

—¡Por Dios, papá! no debemos hablar de esas tonterías. ¿Qué pensará este caballero de nosotros, cuando vea que perdemos el tiempo tan lastimosamente?

Miró Mompuig á su hija con tal severidad, que aun sin ser para mí la mirada, causó en mi espíritu una impresión triste y desagradable. Ya en la visita anterior había sucedido lo mismo. Aquella extraña mirada hizo enmudecer á Rosalía, que continuó cosiendo, con ese aire de resignación que no acertaba yo á explicarme, cuando tenía tantas razones para protestar ó marcharse. Después hubo un detalle que me suscitó nuevos temores. Sentóse don Eugenio

á la mesa del despacho, y empezó á escribir una carta con cierto apresuramiento. Habría escrito apenas diez ó doce líneas, cuando cogió el papel, leyó en él y lo rasgó. Tornó á empezar otra carta, hasta que escritas unas cuantas líneas, la rasgó como la primera. Por cinco veces consecutivas se repitió la misma operación. Notándolo Rosalía, se levantó sin ruido, le quitó la pluma de la mano con cariñosa solicitud, y le dijo así:

—Hoy no tienes buena la cabeza, papá. Mañana escribirás mejor... sí, mañana, puesto que hay tiempo de sobra.

Con gran sorpresa quedóse el padre mirándola un largo espacio de tiempo, pero no replicó palabra ni le puso mal gesto. Yo interrumpí este silencio para saludar y retirarme, más impresionado que otros días, después de haber dirigido á la joven dos ó tres miradas, que muy bien pudieran traducirse por un interrogante.

Llegué á la fonda, y me encerré en mi cuarto para reflexionar con alguna mayor detención sobre los últimos pormenores de la visita. Convencidísimo estaba de que debía existir, y existía en todo aquello, un misterio impenetrable á mi limitado talento. Así transcurrieron ocho días, al cabo de los cuales el asunto del municipio no prosperaba gran cosa. En cambio,

yo me consideraba dichoso con tal de ver á Rosalía y sentarme á su lado. Su padre presenciaba nuestras conversaciones, y parecía estar contento aunque callase. Y no se había equivocado en su juicio sobre las cualidades morales de la joven, en donde la bondad ingénita de su alma quedaba siempre y en todo á la altura de su discreción. Alguna noche, al cruzar la calle Mayor, me acordé de la fea zahurda de doña Rosa y de mi amiga Petrilla.

Rosalía... Petrilla... ¡qué diferencia y qué contraste entre estas dos mujeres! Yo mismo, en el cortísimo tiempo que venía tratando á aquella singular muchacha, me contemplaba como otro sér más caballeroso, con mejores formas sociales y más inclinado al orden y al sosiego de la familia. Insensiblemente me iba haciendo prisionero de sus encantos. Acaso ella no me correspondía con el mismo afecto, pues con frecuencia notaba en sus expresiones cierta fría reserva, que ponía á raya mi curiosidad y mis apasionamientos de enamorado. Y como nunca ó rara vez la encontraba sola en su casa, caí en la tentación de escribirle, manifestándola con toda claridad la pureza de mis intenciones. La respetable ama de gobierno, que solía abrirme la puerta, fué la portadora de la misiva. Con gran desasosiego esperé la contestación á la mañana siguiente. La contestación no vino.

Otro día, después del almuerzo, se presentó en la fonda un caballero preguntando por mí. Indicáronle mi habitación, y subió. Cuando llegó á mi presencia se me figuró un hombre como de cuarenta años, poco más ó menos, alto, recio, sanguíneo y pletórico, con dos grandes manazas que semejaban palas, y un ceño agreste y antipático que contraía constantemente su fisonomía.

—¿Es V. don Ramón Bermúdez?—me preguntó á seguida, sentándose sin ningún cumplimiento en la primera silla que encontró á mano.—Y V. debe ser también el encargado del señor Ruidalls, que trae tal y cual asunto, y visita á la familia de Mompuig.

—Justamente, ese mismo.

—Vamos á ver, ¿no es V. el que ha escrito esta carta á doña Rosalía Mompuig?—volvió á preguntar en un tono más seco.—V. ignora, sin duda, que es casada; V. ignora igualmente la situación del susodicho don Eugenio... En fin, ya veo, por su asombro, que es V. un ignorante en toda la extensión de la palabra.

—¡Señor mío!—repuse con acritud y levantándome del asiento.

—No hay por qué sulfurarse, caballerito. Yo le llamo ignorante en lo referente á este asunto. Por lo demás, si V. hubiera estado en

autos, ya habría sido otra cosa. Con que siéntese V., y hablemos claro.

¡Casada! murmuraba yo mentalmente sintiendo en el fondo de mi pecho inexplicable angustia, y un desaliento profundo que me debilitaba por momentos, como el que se queda sin sangre. Hice un supremo esfuerzo y me senté.

—Sepa V., señor Bermúdez—prosiguió el recién venido;—sepa V. que aquí se tiene miedo de hablar claro por la influencia de los Mompuig; pero á mí se me da tres cominos de don Eugenio, y de toda su bendita parentela. Yo soy Saturio Balduque, marido de doña Rosalía, de quien me he separado hace cinco meses por la misma razón. Su padre está loco ó poco menos, es decir, más que monomaniaco. ¿Hemos de aguantar por eso sus caprichos? ¿Por qué no declarar la verdad á todo bicho viviente? ¿Por qué andar á todas horas con paños calientes y con embusterías? Vamos á ver, ¿por qué no se le encierra en un manicomio, como á cualquier otro demente? ¿Es acaso de naturaleza divina, que haya de respetársele de ese modo? Ahora bien, y para acabar más pronto: el tiempo que gaste V. en hacerle la corte es tiempo perdido. Él no sale de casa si no es acompañado, y aun cuando se presente solo en el ayuntamiento ó en cualquier centro

oficial, nadie le atiende como se le atendía y respetaba en otro tiempo.

—Y V. se separó de doña Rosalía por motivo de...

—Sépalo V., señor Bermúdez: la hija parará en loca, lo mismo, idénticamente lo mismo que su padre, y no digo más. Son las únicas satisfacciones que suelo dar á las personas extrañas que me preguntan acerca de esta cuestión. Y así como el padre padece de la monomanía del casamiento de su hija, la hija á su vez está ya medio atacada del respeto y del sentimentalismo filial. ¡Cuidado con tocar al buen nombre de su padre! ¡Qué ingratitud, si se viera obligada á separarse de su padre! En fin, es una familia de locos. Y á otra cosa. La señora doña Antonia, á quien V. entregó la carta, me ha impuesto en el secreto de sus visitas de V.

—No sé que haya ningún secreto entre nosotros—repuse algún tanto contrariado.

—Despacito. Sin duda por no disgustar á su padre, esa susodicha doña Rosalía ha tolerado que V. la obsequie y enamore. Vamos á ver: ¿es esto decoroso? Por lo tanto, y para evitar que influyan en el día de mañana estas tonterías del día de hoy, si me decido á firmar las paces con mi mujer, preciso es que V. le escriba una segunda carta. En ésta habrá V. de

declararle que todo fué un pasatiempo, una broma de mal género, y que no se acuerde de V. ni poco ni mucho.

—Eso es imposible, señor mío—volví yo á replicar con un ardor incomparable.—Yo no miento tan descaradamente.

—¡Cómo imposible! ¿Qué diablos significa esto?—repuso el hombre de las manazas golpeando fuertemente el suelo con su grueso *roten*.—¿O es que desea V. que nos veamos en otro terreno? Porque por mi parte estoy siempre á su disposición. Aquí no se trata de mentir, sino de buscar un paliativo á sus tonterías de V. Con que vamos á ver...

Comprendí por aquellas formas brutales y descompuestas, que no retrocedería ante ningún escándalo, y cedí en su consecuencia á redactar la carta en el sentido, algún tanto suavizado, que se me exigía. De este modo acabó el incidente.

En cuanto al asunto del municipio, contra las suposiciones de don Saturio, me atendió y aconsejó con mucha diplomacia el secretario, amigo de Mompuig, resolviéndose á la postre en favor nuestro. Se hizo la pamema de admitir otras proposiciones que se presentaron después de la de mi jefe; pero la comisión sólo aceptó y votó la nuestra por unanimidad. Despachado este negocio, fuíme á despedir del se-

ñor Mompuig y de su hija, agradeciéndoles en el alma sus infinitas atenciones para conmigo, y desde su casa pasé á la estación, donde me reuní con los dos comisionistas, mis antiguos compañeros de viaje. Eran gente de broma, y me distrajeron mucho. Aun en el camino, cansado y entre sueños, no dejaba de acordarme de Rosalía y de aquel pobre monomaniaco á quien el exceso de cariño condujo á tal extremo.

Y digo esto, porque el caballero que se sentaba á mi diestra en el comedor, después de contarle el incidente, me descubrió el misterio y pude saber por fin que la causa de aquella monomanía provino del desdichado matrimonio de su hija con don Saturio Balduque, un hombre déspota y arrebatado, que llegó, en ocasiones, hasta maltratarla de obra y de palabra. El mismo don Eugenio se equivocó respecto al carácter insufrible del marido, y esta equivocación se clavó en su mente como idea fija, como contínuo tormento de su espíritu. Siempre andaba buscando novio para Rosalía, y cualquiera observación que se le hiciese en sentido contrario, le ponía furioso.

Cuando me ví en Madrid y en el despacho del señor Ruidalls, imaginábame yo que todas estas cosas pasadas las había soñado, ó que pertenecían á un mundo diferente del que ha-

bitaba en aquel momento. A mi jefe no le conté absolutamente nada. Sólo mis paisanos y compañeros de café llegaron á enterarse de lo sucedido con sus mismos pelos y señales. Discurriendo más tarde sobre ello, en las horas que lo permitía mi tarea, deduje de mis juicios y meditaciones, que setenta ó más leguas de distancia trastornan por completo nuestro modo de ver lo interno y lo externo de la vida, quiero decir, los afectos y las opiniones.

VI.

BUENAS Ó MALAS, CONTINÚAN LAS CONSECUENCIAS.

A todo esto, ya habían transcurrido cinco meses, y á pesar de mi buen desempeño en el asunto de los terrenos, nada anunciaba por boca del señor Ruidalls la realización de su prometida recompensa. Un día que estuve convidado en casa del tío Gumersindo, á donde iba á pasar algunas veladas, me hizo entrar á su despacho y cerró la puerta.

—Vamos, sobrino,—me dijo después de arrellanarse cómodamente en su sillón de gutapercha:—¿no pensaste alguna vez en tomar estado? Ese modo de vivir que llevas ahora rodando de aquí para allá, como perrito en bodas,

no se puede alargar sin peligro del cuerpo. Pasas ya de la edad en que debe elegirse con juicio la mujer que nos conviene... y un hombre está expuesto á mil contingencias en la vida. Días atrás me hablaba el señor Ruidalls de esto mismo, porque él protege á la familia de un primo-hermano suyo, en cuya familia hay una rapaza muy juiciosa, con una regular dote, y que acaso acaso pudiera hacer tu felicidad.

—Y ¿es esa la recompensa que me había prometido?—pregunté á mi tío con cierta sonrisilla de desdén.

—¿Y qué? aunque fuera esa misma... Paréceme, sobrino, que lo tomas á beneficio de inventario, y como cosa de poco más ó menos. Darías prueba de ser un solemnísimo majadero, si de tal modo pensaras. ¿Qué esperabas á tus años?... ¿que te iba á proporcionar alguna princesa palatina?... Pues no creas que entrar en una familia respetable, tropezar con una muchacha de juicio y pescar una dote regularcita, son gangas que se encuentran detrás de cada esquina... Nada de eso, Ramón, nada de eso. Con que cavilámelo, haz que te presenten, y luego lo consultas con la almohada.

Y no es que tuviera antipatía al matrimonio; no señor, sino que acordándome de Rosalía, cualquier otra mujer había de figurárseme por

necesidad, repugnante, ó fea, ó pretenciosa, ó áspera y de mal carácter. No obstante, por complacer al tío, tuve con mi protector una segunda conferencia. Contestóme, en resumen, que me presentaría á la familia, y más adelante trataríamos de indagar si era bien recibido en el supuesto de pretendiente, y si la sobrina simpatizaba ó no conmigo.

La muchacha, en efecto, era algo fría, aunque no carecía de gracia, y tal vez por este contraste con mi temperamento, mucho más ardoroso, obtuve sus simpatías. Pero como me sospeché muy bien, comparábala yo con Rosalía y me quedaba yerto, mustio y melancólico á su lado. Con todo, reflexionando y meditando en las dificultades del paso, ya me inclinaba al sacrificio, ya lo repugnaba, porque en el fondo yo no podía pretender mejor premio, ó mayor ganga, como decía mi tío. Un acontecimiento inesperado vino á dar al traste con estas vacilaciones. Entrando una mañana en el despacho de mi jefe, ví una carta de luto que me sobresaltó sin saber por qué. Al volver por la tarde, esperé á que él saliera de casa, como de costumbre, para evitar la más pequeña sospecha. La carta estaba recogida, pero había quedado sobre la mesa una esquela de defunción que sin duda debía venir dentro. Abríla de prisa, y con turbación leí lo siguien-

te: «Don Saturio Balduque y Comas falleció el dia 15 de Febrero de 187...» Tres y aun cuatro veces repetí su lectura.

Un mundo de ideas se despertó de pronto en mi imaginación. Sentimientos enérgicos y extraños renacieron en mi pecho, pareciéndome que recobraba nueva vida ó que yo me transformaba en otro hombre con distintas aspiraciones y con mayores aptitudes para todo. Mi primer pensamiento fué correr á casa de mi tío, confesarle la historia de Rosalía, y pedirle consejo sobre mi situación actual. Después hablaría con el señor Ruidalls, y no dudaba que me otorgaría el permiso para un nuevo viaje, siquiera fuese con la intención de tentar el vado, y ver de realizar una de las mayores empresas de mi vida. Realizar... ¡quién sabe! Cuando Rosalía daba parte de aquel triste suceso á la familia de Ruidalls, quién sabe si habría pensado en que la anunciadora esquela pudiera llegar á mis manos. ¡Va tan lejos á veces la imaginación de la mujer! ¡Es tan sutil y tan mañoso su entendimiento!

Como hombre de pasiones, siempre tuve fé en mis presentimientos... y estaba contentísimo. ¿Por qué? Lo ignoro. En muchas circunstancias como esta, parece una monstruosidad nuestro regocijo; forcejea el corazón por estar triste y no puede. Y sucedió en uno de aque-

llos días, que el señor Ruidalls me llamó á su despacho y me dijo:

—¿Cómo es eso?... hace tiempo que no va V. por casa de mis primos... ¿Se ha cansado V. ya? Trinidad me preguntó por V. con bastante interés, y esto es algo, amigo mío. La cosa marcha viento en popa, y hasta creo que su declaración de V. sería bien recibida. ¿Quiere V. que su señor tío tome la iniciativa en este asunto?

Quedéme al pronto como embobado sin saber qué contestar, y él, que no me quitaba ojo de encima, repuso:

—Vamos, ya veo que V. no se decide. ¿Ha surgido algún nuevo inconveniente? ¿O es que V. necesita más tiempo para pensarlo con mayor detenimiento? Entonces consúltelo V. con don Gumersindo, que no será ciertamente sembrar en seco, por lo mucho que su tío le estima.

Ocasión era aquella de hablar claro, bien lo comprendo; pero un mal entendido respeto, el temor de que juzgase ó calificase mi negativa de desprecio, y no sé qué falta de sinceridad sin ningún fundamento, ataron de tal modo mi lengua, que no acerté más que á proferir unos cuantos embustes. Le dije que en aquella misma semana se había marchado al país, enfermo de gravedad, un íntimo amigo mío, y que en-

contrándose allí solo, sin recursos y en peligro de muerte, me escribía para que corriese á su lado. Sus parientes más allegados estaban en Buenos-Aires, y hasta tanto que recibieran noticias suyas, bien podía morirse veinticinco veces. Yo ignoro si creería el señor Ruidalls en este cuento, que ya traía urdido; pero es lo cierto que sin poner óbice ni reparo alguno, me dió la licencia que tácitamente le pedía, habiendo de volar al socorro del enfermo y detenerme á su cabecera quince ó veinte días. Lo esencial estaba conseguido, que era justificar mi viaje. Del tío no quise despedirme, temiendo que, como más conocedor de mis trapisondas, llegase á sospechar algo, y aun algos, de la que llevaba tramada. Discurrí ponerle cuatro líneas y enviárselas por el correo interior, por ser esto lo mismo, dada la precipitación forzosa de la marcha. También á mis paisanos los dejé en blanco. Volví á sacar la consabida maletilla, y embaulé lo preciso de mi vestimenta.

Veinticuatro horas más tarde dí con mi cuerpo en *Sárrata*, y en el mismo aposento que ocupé en mi primer recorrido. Tal coincidencia me pareció de muy buen agüero. Era aquel día domingo, y presumiéndome que no había de faltar *ella* á misa mayor, me encaminé á la iglesia, en la seguridad de tenerla á mi lado, ó

delante cuando menos. Pero fuese por la luz escasa del templo, ó por las muchas mujeres que entraron de luto con los velos echados, no acerté á distinguirla y me quedé con los buenos deseos. Uníme á la salida á un grupo de hombres que esperaban en la plaza, y esperé á mi vez, con el corazón oprimido por este primer contratiempo. Afortunadamente duró poco. Se había retrasado entre las últimas, pero apenas apareció en el cancel no tuve que dudar ni un instante. La encontré algo más pálida y ojerosa, aunque su rostro, sus maneras, aquel dulce atractivo de su persona, todo lo percibí y tornó á encantar mi espíritu con mayor fuerza que antes. Adelantándome á saludarla, creí adivinar en su semblante un ligero matiz de rosa bajo el tupido velo del manto. Le acompañaba su antigua servidora doña Antonia, ó Antonieta, como decían ellos, por cuyo motivo nuestra conversación fué breve. Prometíle visitarla en su casa, y respecto á mi venida, la fundé en un nuevo negocio del señor Ruidalls.

Al entrar en el cuarto de la fonda eché una mirada al espejo de dorado marco y no limpio cristal que colgaba de dos clavos, y me contemplé con satisfacción, tal como me conservaba todavía en esta época, no mal mozo, con un aire regularcillo y sano color, pues aquellos

dos años de buena conducta me devolvieron cierta apariencia de juventud que no rezaba mal con mis actuales pretensiones. Y aun habrá quien diga que la moral no es higiénica. Llegó, después de comer, la hora de la visita, y me dirigí á casa de Rosalía, no sin alguna turbación y desasosiego que no pude apartar de mi ánimo hasta que estuve en su presencia. Me recibió en el despacho de su padre, que aún continuaba con su idea fija, y que salió á mi encuentro con los brazos abiertos y rebosando en la mayor alegría del mundo. Hablamos de cosas generales, aunque á ratos, cuando caía don Eugenio en sus acostumbradas distracciones ó empezaba á emborronar papel, el comunicativo terceto se convertía en un duo admirable.

Se me figuró encontrar á Rosalía más animada, más alegre, y por de contado más parlanchina que en el otoño anterior. Esto me desagradó algún tanto, porque amenguaba la idea que me había formado de su carácter sencillo, sobrio, angelical y pronto al sacrificio. Quería yo refrescar aquella primera impresión, sin comprender lo inútil de mi empeño por la variabilidad inmensa de las situaciones humanas, que nunca se reproducen más que aparentemente. Debía haber desde luego mayor intimidad y franqueza entre nosotros, puesto que

ella me conocía más á fondo, y era más libre que antes para oir los galanteos de un hombre que podía ser su marido. Esto saltaba á la vista, y sin embargo...

Sin embargo, menudearon mis visitas. Con frecuencia pasaba las tardes en su compañía, charlando y avivando nuestros recuerdos, unas veces en aquel mismo cuarto donde nos conocimos, y otras muchas asomados al balcón posterior de la casa, que caía á un jardincito en miniatura. Estaba este balcón al Poniente; y desde su altura distinguíamos las chimeneas altas, redondas, siempre humeantes, de algunas fábricas; dos calles abiertas recientemente en un extremo de la villa, con sus casas aisladas y los solares señalados; ya más lejos la carretera de Morodell, y por encima de una hilera de nogales, aún se veían los viñedos en un extenso montículo que cortaba el horizonte. Al caer la tarde, aquel silencioso panorama parecía entrar en el concierto de las cosas que viven. Bañábalo una ráfaga de carmínea luz; oíase el alegre repiqueteo de la campana en las fábricas; algunos carromatos subían con lento paso la cuesta de la carretera; cruzábanse por diversos puntos los grupos de los obreros que se particularizaban por sus blusas, y familias enteras se dirigían á campo traviesa para llegar más presto á *Sárrata*. Por allá avan-

zaba un pelotón compacto de campesinos; por aquí unos cuantos paseantes; en todas partes se movía algo humano con su color especial, armonizando singularmente con aquel conjunto inmenso y vastísimo donde se recreaban mis ojos.

Era un paisaje suave, campestre, sosegado, sin gran originalidad de dibujo ni de tintas. Y á pesar de su monotonía, no se hartaba mi vista de admirarlo. Naturaleza poco risueña, tierra no muy fecunda, que lleva impreso por todos sus llanos y escabrosidades el sello de la labor humana, constante y fatigosa.

—Mi país es mucho más rico que éste,—le decía yo á ella algunas tardes.—Con esto no transigía la hija de Mompuig; más aún: no concedía que existiese otra tierra más abundante, otro cielo más hermoso, otro país más tranquilo ni más industrioso que su patria. Su adoración por todo lo bueno que á ésta se refiriese, rayaba en idolatría. Y ahora comprendo cuánto debí herirla en mis primeras conversaciones cuando me burlaba de sus costumbres, de la tacañería de sus paisanos, de sus maneras ásperas y antisociales, de aquel dialecto inarmónico y duro que suena en nuestros oidos como mazos que golpean sobre hierro. Con gran habilidad cambiaba al momento de conversación, y me hablaba de su niñez, de su familia,

de aquellos venturosos años en que vivía su madre y sus hermanos, en medio de la abundancia, de la actividad, de las consideraciones que guardaban pobres y ricos á don Eugenio como persona recta y capaz, como una de las primeras inteligencias de *Sárrata*.

Así como en mis relaciones con Petrilla no se apartaba de mi imaginación la idea de una irremediable suciedad, de igual manera fueron aquí mi tormento los celos necios y ridículos que tomé por el marido. ¡Amar á una viuda cuando hay tantas solteras, frescas y bonitas, que nos esperan con el alma y la vida! ¿Había yo de estar siempre á las sobras?... ¿Se me destinaba á morir de empacho de viudez, como á nuestro general invicto de empacho de legalidad?... No en mis días. Pero, entre tanto, corrían las semanas sin que dejase de visitar por eso la casa de Mompuig. Bien decía ella que yo era un niño grande, un niño mal criado, una voluntad virgen y sin freno... y esto lo afirmaba Rosalía después de sufrir las consecuencias de aquellas cavilosidades que tanto me atosigaban. Jamás traía á cuenta cosa que atañera ó tocase á su marido. Por el contrario, yo la instaba para que me diese idea, señas, perfiles y circunstancias de su vida, de sus costumbres, de sus rarezas, del cómo y cuándo se conocieron, de mil pormenores que ella me negaba por

delicadeza, excusándose siempre con lo mismo:

—Pero Ramón, ¡por todos los santos! no sea V. niño... ¿Quién se acuerda ya de semejante cosa?

—V. no quiere recordar eso, porque... yo me sé por qué...

—No, vamos, no es posible seguir así—replicaba la pobrecilla.—¿No sabe V., amigo Ramón, que agua pasada no muele molino?... Pues entonces... Yo le confieso á V. la verdad: no he conocido nunca un carácter tan especial y tan quisquilloso como el suyo. Y desde ahora se lo prevengo: si ha de conservar V. mi estimación y mi cariño, no me pregunte V. cosas que no recuerdo, y que aun recordándolas, no debo tener presentes para V., porque... no debo, vamos. Yo no he de hablar mal del otro, ni poco ni mucho... ni nada. Si es esa la satisfacción que V. me exige, renuncie V. desde luego á tales exigencias. No crea V., Ramón, aunque me calle las más de las veces, que no veo el blanco á donde V. apunta. Tampoco le haré la ofensa de sospechar que esto sea con intención calculada, sino que procede de su carácter suspicaz, receloso y descontentadizo como ninguno.

Regañábamos, y á la tarde siguiente ninguno de los dos nos acordábamos del pasado regaño. Así transcurrió un mes. Fuéme preciso

escribir al señor Ruidalls por mediación de un amigo que le llevó la carta, en cuya carta le pedía nueva prórroga á causa de haber caido enfermo de bastante consideración. Tres días después, por conducto del mismo amigo, contestó mi jefe señalándome quince de término, para el alivio completo de mi dolencia, finalizados los cuales, buscaría otro administrador de salud menos quebradiza. Y era hombre que cumplía su palabra. Púsome esto de tan mal humor, que á las primeras de cambio lo advirtió Rosalía, y me dijo:

—Mala cara trae V., amigo Ramón. ¿Ha tenido V. noticias desagradables de Madrid, ó qué es ello?

—No es nada—repuse con alguna dureza.

—Algo será que debo yo ignorar cuando lo niega V. tan rotundamente.

—¿No guarda V. también sus secretos?—repliqué entonces como cualquier Otelo de pacotilla.—Pues cada uno con los suyos y Cristo en los de todos.

Callóse Rosalía, y no se habló más del debatido tema. Con esto de los secretos me envalentoné de nuevo y torné á las andadas, es decir, á los celos, á las desatenciones, á la idea de la viudez, que me envenenaba hasta la dicha de estar á su lado. Por otra parte, deseaba saber ella á qué móvil obedecía aquel miste-

rioso viaje que le anuncié de improviso otra de las tardes. ¿Por qué no confesarle la verdad?... Mi conducta con Rosalía aparece inexplicable no teniendo en cuenta este afán instintivo, brutal y terco de mortificar su amor propio, de herirla en sus sentimientos, de chocar con sus opiniones, sólo por el gusto de caminar en sentido contrario.

Pocas veces varía nuestra índole torcida ó generosa. Pensando algunas veces en estos extravíos del sentido moral, en estas inconsecuencias de mi carácter, he recordado que cuando niño adoraba los pájaros y solía comprarlos polluelos aún para darme el inmenso regocijo de criarlos; pero apenas se rebelaban contra mi tutela ó trataban de huir de su cárcel, les hería con un alfiler en la cabeza, y pocos ó ninguno llegaban en mis manos á la flor de su edad.

Siendo así el niño, ¿cómo queríais que el hombre no se le asemejase?

Otra tarde, al ver Rosalía mi decisión de marchar á Madrid, me preguntó con una dulzura incomparable:

—Y ¿cuándo volverá V., amigo Ramón? Porque supongo que V. será de los que vuelven.

—Me ofende V. con su duda más de lo que V. se imagina.

—No hay semejante duda; y lo digo única-

mente porque otros, en su caso, serían más francos, y no harían un misterio de particularidades que no deben tener transcendencia. Yo tal creo.

—¡Otros!—exclamé incontinenti acentuando la palabra con una ironía muy marcada.—Siempre ha de salir la comparación para aguarnos la fiesta. Y V., después de todo, bien merece disculpa... Porque es lógico, es evidente, es natural que se encuentren las diferencias. La torpeza está de mi parte... eso lo ve cualquiera. Pero ya no hay que buscarle remedio. Tarde ó temprano la imbecilidad sale á la cara, porque es un error perpetuo que no tiene cura. Otros aciertan á la primera...

—No se canse V., Ramón—me interrumpió Rosalía con visible sonrojo y seriedad,—no se canse V. Si he tolerado hasta aquí esas reticencias, esos insultos, esas alusiones, esos continuos alfilerazos á mi amor propio, ha sido en la convicción de que esto pasaría, por proceder de un exceso de afecto, de celos imaginarios ó de no sé qué; pero ya me convencí de la imposibilidad de que pase.

—¿Cómo imposibilidad?...

—La razón es bien sencilla: el mayor tormento de V. estriba ó depende de haber pertenecido antes á otro hombre. Yo, que estoy interesada en complacerle por lo mucho que le

aprecio, desearía borrar esa especie de mancha que tanto me desfigura; querría que no se hubiese realizado mi anterior matrimonio: ¿comprende V., amigo, lo imposible que es esto? Desde el primer día que V. pensó en mí, por simpatía ó por conveniencia, debió V. afrontar las consecuencias de mi estado, y esto sí que era lógico y natural, y todo lo que V. guste. Pero ahora lo reflexiona mejor, se arrepiente de haber ido tan lejos, y busca por medios indirectos el rompimiento de lazos que yo desde luego desato.

—Así debía ser, después de las ofensivas palabras que V. me dedica, y de esas otras suposiciones no menos ofensivas.

—Y así será, Ramón, así será. De otro modo yo no comprendo sus repetidas reticencias, ni el fin que se propone con hacerse tan odioso á mi amor propio. Y por último: no acabo de entender su carácter. V. es un hombre que desde que tiene uso de razón, no se ha guiado más que por su única y santa voluntad; y ahora, por capricho mío, no se ha de ver V. en la precisión de torcerla ó doblegarla. Con que no hablemos más de eso.

Yo aproximé la silla, le cogí las manos para besárselas é intenté convertir mis impertinencias en pura broma, comprendiendo por sus palabras, y aún más por su semblante, que el

debate revestía la mayor gravedad posible.

—¡Muy bien, queridita mía, muy bien! ¿Qué se había V. creido, que gruñía yo de verdad y con la mala intención de molestarle? pues no es eso, ni muchísimo menos. ¿A dónde íbamos á parar entonces?... Y ¿V. sabe que está V. más bonita, y que le sienta á las mil maravillas esa seriedad, esa formalidad con que me predica?

—No, Ramón, no; apártese V. déjeme V.—repitió ella desasiéndose suavemente de mis brazos.—Me arrepentiría muchas veces de haber cedido... Hace ya años era yo una niña, y pude equivocarme á pesar de la experiencia de mi padre. ¡Aquella primera equivocación nos ha costado tantas lágrimas... tanta amarga pena! Pero no se sufre sin aprender algo y sin conocerse á sí mismo. Harto he medido á dónde llegan mis fuerzas. Amor sin estimación, pasioncilla que no nace de dentro del alma, afecto sin mutuo sacrificio... No, Ramón, no los quiero. Mi carácter los repele, mis sentimientos se sublevan... ¡No sería dichosa!

—Pero si está V. en un error, querida mía, en un gran error. Esperando la felicidad de V., como la espero, ¿quién ha dicho que la estimación y el cariño no vayan unidos, que no confundan sus caricias en un solo abrazo?...

—Estas ideas—continuó Rosalía sin poner atención mayor en mis afirmaciones;—estas

ideas que me he formado del verdadero afecto, serán una de las muchas ilusiones que habré de perder más adelante. Se lo concedo; pero entre tanto yo he de vivir y de respirar en ellas, necesito que se me respeten... Según yo veo, V. ha debido tratar á otras mujeres con una libertad ilimitada, con una franqueza que á mí me parece excesiva... Comprenda V., amigo Ramón, que no somos todas iguales. Será otra ilusión mía, quizá, esto de la dignidad de la mujer, y del respeto que puede exigir del hombre que pretende honrarla con su nombre... ¡Oh! sin duda alguna, pues ya habrá V. advertido cómo no estamos acordes, cómo no vamos por la misma senda.

—Pero bien, hija mía, eso no es esencial: opiniones, ideas, exterioridades... Se fija V. también en pequeñeces...

—La vida se compone para nosotras de esas pequeñeces. Así que... por mi parte...

—¿Lo exige V.?... le pregunté al abandonar mi asiento, con un aire trágico y decidido.—Bajó ella los ojos, y encerróse en un silencio triste y doloroso, expresado únicamente por la fijeza de su mirada y la palidez intensa de su rostro. Entonces cogí el sombrero, y me salí del gabinete y luego de la casa, sin despedirme de nadie. Cegado por mi vanidad, creí que al otro día me enviaría una carta ó expresivo

recado con Antonieta.—Esa mujer...—pensaba yo á mis solas,—esa mujer no ha dicho su última palabra.—Pero me engañé. Llegando ya la noche, me puse en observación cerca de su casa. Un rato después, distinguí á la servicial Antonieta que se dirigía, vía recta, hacia el portal donde yo estaba escondido. Pasó de largo. A seguida saqué yo la cabeza y la llamé. Se alegró mucho de verme, y me contó que su señorita se había encerrado en el cuarto durante el día sin salir á comer ni á faena alguna, como si se encontrase enferma. Y una vez que entró para avisarle la hora, le pareció haberla sorprendido con los ojos arrasados en llanto. Por mi parte, encargué á la mujer que no refiriera á persona de la familia nuestra entrevista, pues creía oportuno escribir á Rosalía antes de mi marcha.

Lo hice, en efecto, á la mañana siguiente, contándole en la carta la verdad lisa y llana, y la precisión, por lo tanto, de volver á mi puesto antes de que concluyese el plazo concedido por mi jefe. Esta carta no tuvo contestación. Yo la esperé en balde veinticuatro horas seguidas. Vista esta tenacidad de la ofendida, este silencio tan digno y tan elocuente (así lo comprendí transcurrido algún tiempo), opté por la retirada, una retirada pronta y vergonzosa; pero en cuanto empezaba á arreglar el equipa-

je, sentía inexplicable desaliento, y una agitación creciente como de fiebre, que me incapacitaba para todo, ó me arrastraba de un lugar á otro, de mi cuarto á la calle, y de la calle á los paseos solitarios de la villa.

¡Cuántas veces determiné volver á casa de Rosalía y arrojarme á sus piés como el último y más vulgar de los enamorados!... Tentado estuve también de sacrificarle mi viaje, mi empleo, mi promesa al señor Ruidalls, coronando el valeroso sacrificio con estas dulces palabras: —Querida mía: ya no existen los lazos que ataban al mundo. Desde este momento pertenezco á tu voluntad.—¡Ay! necesitábase para consumarlo, una decisión heróica, un esfuerzo supremo, que no se avenía con mi carácter impetuoso é inquieto, pero no enérgico ni obstinado. De manera, que entre dudas y vacilaciones, saqué mi maletilla, pagué mi cuenta, sonó la hora de la marcha, y me encaminé á la estación. Paseábame ya en el andén, y aún me sentía inclinado á desandar el camino y rehacer mi plan. ¡Qué horrible lucha! Conté quince minutos. No había posibilidad inmediata. Me acomodaba en mi asiento, guardábame el billete en el bolsillo, desaparecía de aquel mundo de encontradas pasiones arrastrado por el tren rápido, avanzando, siempre avanzando hacia otro desconocido destino. Como último re-

curso, ya no me quedaba más que el arrepentimiento.

VII.

LA HISTORIA ACABA, PERO NO MI VIDA.

Apenas me ví en Madrid, y sin descansar siquiera media hora, me presenté al señor Ruidalls que, como era de preveer, me recibió con rostro y severidad de juez. Repasó los días que me había señalado de plazo, resultando que llegaba con cinco de retraso, por cuya razón, y á pesar de mis buenos servicios, me daba la despedida.

—Señor Bermúdez,—me dijo dos ó tres veces:—yo no tengo nunca más que una palabra. El que no cumple con su obligación en mi casa, está de más. Siento muchísimo verme en la necesidad de proporcionar disgustos como el presente... pero, yo no tengo nunca más que una palabra.

En la misma semana se enteró mi tío Gumersindo de la cesantía, y á escape me envió un recadito con el criado. Después de tan grandes aventuras, considerábame yo como hombre mísero y desdichado, y necesitaba desahogar mi corazón con alguien, aunque este alguien fuese el último de mis conocidos ó paisanos, cuanto más el tío Gumersindo que siempre me de-

mostró apreciarme, allá á su manera. Inútil es añadir, que me confesé con él. En cuanto concluí el relato, lo recordaré toda mi vida, alzó el rostro, aquel rostro tan aguileño y duro de contornos, miróme por encima de sus gafas, sacó el pañuelo del bolsillo, sonóse fuertemente como tenía costumbre, y arrojándolo sobre la mesa del despacho, exclamó para sí:—¡Majadero! —Luego volvióse hacia donde yo estaba sentado, y me disparó la siguiente:

—Eres de los hombres más sandios y majaderos que conozco. Si parece increible que haya personas tan faltas de sentido.

Buenas ganas se me pasaron de protestar enérgicamente de aquel calificativo, pero era un anciano, y además un buen tío, amén de convenirme demostrar que acataba su autoridad, que merecía mis mayores respetos, y que quizá no se equivocaba. La conclusión de nuestra conferencia fué entregarme una carta de recomendación para un acreditado notario de su distrito, que hubo de intervenir en su pleito, y que debía á don Gumersindo bastantes favores y parte de la clientela con que contaba. Y véase cómo por su mano vino á depararme la suerte la imaginaria plaza de escribiente con que me engalané algún día. No era esto lo que más satisfacía mi vanidad. Con todo, me presenté al notario que como en aquel

momento no tenía vacante de que disponer, me suplicó que le concediese una tregua, la cual tregua se convirtió en cinco meses muy largos de talle.

Mientras tomaba posesión de mi nuevo empleo, caía el tío en un hondo abatimiento, en una tristeza y laxitud de espíritu, que le sugirió la idea de volver al país para fortalecerse y recrearse entre los tres hijos de su hermano, únicos parientes que le quedaban. Rodeábanle en Madrid algunos buenos amigos, pero en esta ocasión no le bastó su afecto como medicina moral, y hechos los preparativos del viaje, yo mismo bajé en el ómnibus con él y le acompañé hasta el momento de meterse en un coche de primera. Para los peligros del camino disponíamos de un sirviente de completa confianza. Tranquilo ya en esta parte, abracé por última vez á mi querido tío, prometiéndole una visita en su propia casa en cuanto apuntase la próxima primavera. A esta sazón, parece ser que había llegado con gran retraso uno de los trenes del Norte, y notábase en la estación extraordinario barullo y animación de pasajeros, sobre todo en un grupo qne era de los que más reían y alborotaban. Lo mismo los hombres que las señoras del citado grupo, vestían trages de moda, con muchos adornos, plumas en los sombreros, y colores vivos y chillones. De

repente se separó una de las que allí charlaban, y corrió hacia mí para echarme los brazos al cuello.

—¡Chiquillo, Ramón!—exclamó la mujer; —ya tú no me conoces. ¿No te acuerdas de tu Petrilla?...—Fijéme en ella y la reconocí al momento, á pesar de venir como disfrazada con aquellos arreos tan vistosos y flamantes, y de estar más gruesa y redonda de cara, si no mentían mis ojos.

—Pero, chiquillo, ¿qué es de tu vida? No sabes lo grande: me contraté de segunda tiple con esta gente. Después de tomar las aguas de Sobrón, ó de Luzón, ó del demonio, se me puso la garganta más sana que la de un canario. Canto como la primera; eh, ¿qué te parece? Ahora venimos de Bilbao y nos quedamos por toda la temporada en Jovellanos. Me dan mis duretes correspondientes ¡y al pelo! Pero, chiquillo, tú estás bobo, no dices nada. ¡Ah! ¿sabes? también envié á paseo al señor de Quiñones; así, limpieza general, y ahora vivo con Mari, que ya creo que conoces, porque es una mujer muy arreglada, muy decente y muy lista, y me conviene vivir en compañía. Hemos alquilado juntas un cuarto en la calle de Silva, lo más monísimo del mundo. Ayer mismo fuimos á verle y nos gustó tanto... Supongo que mañana vendrás por casa.

Al punto hice un gesto ó movimiento de labios para contestar á tales suposiciones; pero no permitió su copioso aluvión de palabras que pudiera yo meter baza.

—Sí, sí, ya sé lo que vas á decir: que no me acuerdo de aquello... ¿quién se acuerda de aquello? entonces era yo una chicuela, sin más pesquis ni sustancia que una mosca, y me dió por ahí como me pudo haber dado por otra barbaridad. Pero ahora es diferente, señor mío; habrá formalidad, y tan amigos como siempre. Mira, Ramón, esto no debía salir de mis dientes afüera, porque vosotros os dais demasiado tono y luego amanecen las ínfulas. Pues ¡ea! yo no he simpatizado con ningún hombre de valer como simpaticé contigo ¿lo quieres más clarito? Con que, adios; hemos bajado á buscar estas amigas que acaban de llegar con tantísimo retraso. Toda esa gente es el resto de la compañía. Somos de oro, chiquillo, y pesamos mucho para venir de una vez. Me voy; creo que me llaman. Adios, que no faltes mañana ¿eh?

—Pero oye, mujer...—Iba yo á preguntar, á indagar, á saber de cosas y personas que no había visto en tan largo tiempo, cuando se me escabulló ó perdió en medio de una oleada de cómicos y viajeros que se dirigían á la puerta de salida.

Quince días después de este incidentillo,

volví á tropezarme con Petrilla en la Plaza de Santo Domingo, y entonces sí que no tuve escape. Se colgó de mi brazo, y quieras ó no, me obligó á acompañarla hasta su casa, y luego hasta su cuarto. Ya arriba, me extrañó lo indecible el encontrarlo amueblado con tal lujo, y me asombró por igual la limpieza de las alfombras, el lustre de los muebles, el esmero doméstico y minucioso que se descubría por todas partes. Y como pronosticó ella misma desde la frontera urbana de los Madriles, quedamos tan amigos como siempre. Ocasiones hay en la vida en las que el hombre, al revés de lo que pasa con el niño, conforme corren los años, va menguando y menguando de estatura. Luego, cualquier desdichado día, se mide uno por dentro y se ve tan pequeño...

Desde aquella memorable fecha se han ido acumulando los sucesos con tanta precipitación, que habré de elegir los más culminantes y señalados para no fatigar la memoria de mis lectores. Por boca de Petrilla supe en una de las primeras veladas que nuestra dulce amiga doña Rosa había muerto en la mayor miseria, aunque rodeada de sus numerosos deudores, que en esto y en otros pormenores demostraron sentir mucho y muy hondamente tan lamentable desgracia. Malo es el mundo, pero un corazón honrado nunca se ve solo. También

murió mi querido tío Gumersindo. Fueron mis primos los que me sorprendieron con esta triste noticia en una carta, no menos triste, donde me participaban que, á pesar de las majaderías del sobrino, se acordó el tío de él en su testamento, regalándole una casita que le producirá quince mil reales anuales. Bien lo necesitaba para remediar en algo mis desdichas, si es cierto aquello de que los duelos con pan son menos.

Mi soltería se declaró ya crónica como el reuma de su pierna, dicho sea con el respeto que me merece su memoria. Llevo á cuestas cuarenta y seis años, y he dejado de creer en infinitas cosas de este mundo, que no apunto ahora, ni aun á vuela pluma, por evitar repeticiones. Sin embargo, no soy feliz. ¿Lo sería habiendo seguido los consejos de mi tío? Dificilillo me parece. No sé quién aventuró la afirmación de que si el matrimonio no es la felicidad, es por lo menos su único camino. Y aquí salta al papel el nombre de una mujer sin par. Con frecuencia, en mis ratos de soledad, he querido confundir á Rosalía, imaginariamente por supuesto, con otras mujeres hipócritas, falsas, buenas en apariencia, pero nunca lo conseguí. Cierto buen sentido se opuso y se rebeló siempre contra semejante amasijo. Y ¿qué fué de ella? Tengo entendido que á los dos años de nuestro rompimiento, se

casó con un diputado de la provincia, hombre probo y sencillo, aunque pésimo orador. Después aún la he visto en la Castellana, ostentando como una gran duquesa deslumbradores dijes, magnífica capota y larga falda de seda. Ella no debió conocerme.

Por suerte ó por desdicha, nos encontramos á una inconmensurable distancia, y todo ha terminado entre nosotros, excepto el recuerdo de aquella felicidad, de aquellas esperanzas, de aquella última juventud irreparablemente perdida. ¿Se acordará de mí?...

Marzo 1884.

Á MIS QUERIDOS AMIGOS

Y COMPAÑEROS DE COLABORACIÓN

D. BALDOMERO MEDIANO, D. MARIANO DE CAVIA,
D. VALENTÍN MARÍN, D. PABLO ORDÁS
Y D. GERMÁN SALINAS.

Redúcese la primera parte de la presente crónica á una conversación de tres amigos, aficionados á discutir cuestiones de filosofía contemporánea, aunque sin pujos ni pretensiones de convertir su reunión en academia. Vosotros, que sois hombres de letras y pensadores al propio tiempo, tal vez no encontréis este diálogo impertinente, y acaso lo leáis con más complacencia que disgusto, no por bueno, sino por ser mío. ¿Sucederá otro tanto con los demás lectores? Con anticipación quisiera pedirles su indulgencia, y rogarles, para el caso de que les desagradara, que pasen por él como habrán pasado por otras lecturillas semejantes, observando y reteniendo lo que buenamente les consienta su buen gusto. Sin embargo, duda el autor de que estos mismos no hayan escuchado discusiones y polémicas de ese género con al-

gún interés, ó cuando menos con curiosidad. Si él no acierta á despertar en su espíritu parecidas emociones, será desde luego porque no supo reproducir con arte las inflexiones de la voz, la energía de la frase, los diversos movimientos del ánimo, esos imperceptibles matices de la persona que habla, que discute, que razona, y pone en sus réplicas y afirmaciones algo del calor y de la vida que dentro de sí misma lleva. Con tales advertencias y distingos, aceptadla vosotros como recuerdo de la buena amistad que os profesa vuestro compañero y amigo,

José M. Matheu y Aybar.

DOCTORES Y CLIENTES.

I.

En frente estaba el doctor; á su derecha Germánico, que cautivaba al público con su prosa sencilla y pintoresca, y era además un artista de esperanzas; á su izquierda el dueño de la casa, donde se ostentaba el bienestar, un cierto lujo, la comodidad, el oro ganado día por día y en virtud de una rara perseverancia. Veíase en medio la mesilla baja, redonda, tallada, sobre la cual humeaban tres anchas tazas de café, esparciendo por el ambiente del cuarto un aroma exquisito y penetrante. Antigua amistad y verdadero afecto reunían en aquel sitio y á aquella hora de la tarde estos tres hombres, que completaban, estudiados sintéticamente, la personalidad humana: la razón, la imaginación y la voluntad.

Pasaba ya nuestro doctor de los cincuenta años, siendo el rasgo saliente de su fisonomía simpática y reposada la severidad, ó mejor

dicho, cierta gravedad triste que es muchas veces reflejo del espíritu fatigado por continuos esfuerzos ó por excesivas vigilias. Su cabeza proporcionada, ni grande ni pequeña, pero enérgica en sumo grado, revelaba al observador el equilibrio de su inteligencia. Todos habréis visto este género de cabezas pensadoras, graves, características, un poco calvas, de frente abovedada y de alguna dureza en las facciones, en los grabados de acero que representan á Linneo, á Buffón, á Gall, á Lavater ó al insigne Liebig.

Germánico, por el contrario, tenía la movilidad nerviosa del pájaro que á un mismo tiempo canta, se alisa las plumas y picotea en la rama. Llamábase Valeriano Quintana, pero prefería como pseudónimo este gran nombre, que tuvo su resonancia en los comienzos del romano imperio, y con él firmaba todos los lunes sus animadas revistas. Tanto ó más que la antigua, conocía Germánico la historia contemporánea, habiendo conservado, en medio de las luchas y decepciones políticas, una fé viva en el humano progreso, en el mejoramiento de todas las clases, en las energías del espíritu que, apenas desenvueltas, han aportado á la Europa esta civilización inmensa, múltiple y libérrima del siglo XIX. Pudiera achacársele algo de optimismo en su manera de ver

y juzgar esta sociedad moderna que no ha cambiado de idolatría, sino de ídolos, que tanto se paga de palabras vacías y retumbantes, dispuesta á sacrificar hasta su dignidad por un puñado de oro ó de reposo; pero de todos modos, la sinceridad de sus opiniones le ganaba la admiración y el respeto de sus adversarios. Los hombres sinceros en política van siendo, en efecto, bastante raros.

El dueño de la casa, Lorenzo Cámara, se sentaba, discutía y sonreíase con calma, sin apresuramiento, como el trabajador que da un golpe, dos, tres, cinco, doce, luego para, respira, cambia de postura y sigue golpeando. Su historia era triste y breve como un día de invierno. A los quince años concluyó, como cada *quisque*, su bachillerato, y pudo ingresar en la escuela de ingenieros industriales entre la escasa pléyade de jóvenes que por aquella época se sentían con vocación y con fuerzas para tentar este camino. Poco tiempo después murió su padre, secretario de un pueblo de la Mancha, y llamado á la jefatura de la familia, se encontró con ocho hermanos y una madre imbécil por enfermedad, y por lo tanto inútil. Ganó la secretaría vacante, ideó nuevos medios, multiplicó su actividad y allegó recursos, logrando sacar á flote, no sin un trabajo constante, rudo y doloroso, á aquella nidada de

huérfanos que se iban derechamente á pique, es decir, á la miseria. Cumplidas sus obligaciones de padre provisional, ya con mayor desahogo, se presentó en Madrid; visitó la Bolsa como corredor de comercio, y señalóse por su probidad y buen golpe de vista en los negocios. Con esto alcanzaba en parte la realización de sus sueños: un capital manejable, numerosas relaciones, un establecimiento de giro para las principales plazas de la Península... Ya era algo. En esta modesta Odisea, nunca olvidó nuestro héroe sus aficiones de escolar. Los breves ocios que le permitía el trabajo de sus empresas, dedicábalos á la lectura; de manera que en su despacho solía tropezarse con libros, folletos ó revistas, pero rara vez con periódicos, cuya excesiva abundancia le desconsolaba y mareaba. No acertaba á explicarse cómo una idea política podía presentar tantos y tan diversos matices, y estos variadísimos matices tal copia y número de defensores.

En cuanto á sus relaciones con el doctor, no podían ser más cordiales. Lo había conocido en Bruselas en un gran *hotel*, entre esas cinco ó seis personas que por simpatía ó por su carácter más sociable se quedan de sobremesa cuando los demás desaparecen, y empezando por generalidades acaban á los tres días de verse por exponer sus opiniones, sus gustos ó sus

preferencias. Basta que haya un mismo punto de vista, desde cuya elevación miren y discutan la mayoría de las cuestiones. Para el doctor como para Cámara, este punto de vista no era otro que sus convicciones respecto al atraso, á la apatía, á la enervación, á la debilidad social y política de su patria, y por consiguiente á la necesidad de reformas amplias y verdaderas. Dos graves dolencias, según ellos, aquejaban este desdichado cuerpo nacional que se llama España: la primera impedía la circulación de la riqueza, de los capitales, la explotación de las pequeñas industrias, y era un horrible miedo á toda reforma, á todo espíritu de innovación y de verdad, una especie de *neurosis* del movimiento que había atacado en especialidad á las altas clases, á las que hoy denominamos clases directoras.

Clasificaba nuestro doctor á la segunda, más general que la anterior, como una enfermedad constitucional, heredada, casi gloriosa por su tradición y su abolengo; era, en fin, una ignorancia monstruosa, inconcebible, que mataba en su misma cuna la abstracción filosófica, la reflexión, el sentido práctico y ciertas aptitudes del genio que en otros paises encontrarían siempre estímulo y recompensa.

—Cítenme Vds. si no—exclamaba en una de sus polémicas con un tradicionalista rabioso;—

cítenme Vds. en esos siglos tan decantados un Parmantier, un Vatt, un Jacuard, un Lavoisier, un mecánico notable, un filántropo ilustre, un gran hombre cualquiera que por sus inventos prácticos y beneficiosos pueda ser bendecido por todos, pobres y ricos, por la masa honrada y laboriosa de nuestro país. Ellos conquistaron pacíficamente la inmortalidad de su influencia, y su obra vive. Nosotros conquistamos un mundo con el sable, y somos la última palabra de la Europa. Nos queda todavía el orgullo: somos nietos de aquellos invictos capitanes que tuvieron á las potencias de primer orden en un puño. ¡Gran cosa, en efecto! Pero esto no impide que la prensa satírica extranjera represente nuestra fanfarria bajo la simpática figura de un asno (1). No impide tampoco que pasemos por humillaciones nacionales que nos debieran hacer pensar en otras cosas más que en si la fé se pierde ó no se pierde, si las costumbres varían, si hemos de andar hacia atrás ó hacia adelante, problemas y lamentaciones bien inútiles..... ¿Me pregunta V. por qué? Pues sencillamente porque no puede evitarse que nuestros padres fueran en lo intelectual hijos de Voltaire, y que nos hayan concebido

(1) El autor ha visto esta caricatura en un número del *Punch, or the London Charivari.*

en medio de la lucha de dos principios, de dos antagonismos, ni más ni menos.

Y cuando trataba de ponderar la ignorancia de sus compatriotas, decía con mucha gracia:

—Es una ignorancia enciclopédica.

Estos apasionamientos, estas sátiras dictadas más bien por irritación que por desprecio del carácter patrio, no carecían de explicación más ó menos verosímil: su familia procedía de Baviera, y algo había en su temperamento de la raza sajona, activa, seria y laboriosa. Llamábase Alejandro Gravidius. Había viajado por Francia, Bélgica y Norte de Alemania, completando de este modo la base de sus estudios, pues además de poseer con alguna profundidad la ciencia médica, arriesgóse á penetrar en el terreno de la psicología para concluir en un psicólogo acérrimo y batallador. Quizás en el entusiasmo con que abrazó la bandera de la escuela inglesa experimental, iba más allá que Lewes, Carpenter ó Maudsley, defendiendo teorías y conclusiones que no pasan de hipótesis ó conjeturas para estos insignes pensadores.

Y decimos batallador, porque siempre se encontraba dispuesto á sostenerlos en cartas, revistas ó públicamente, por más que su palabra, que nunca fué elocuente, no había resonado en círculos, conferencias ni Ateneos, ni en centro

alguno de propaganda. No era orador; y aquí tendremos que apuntar otro rasgo ó preocupación propia suya, presumiendo cuánto podía influir esta carencia de condiciones en su enemiga contra la oratoria.

De modo que para el doctor venía á ser el hombre un mundo mecánico, un organismo nervioso complicadísimo en estado de exploración. Para Germánico, el rey del universo, el espíritu superior, el hombre-idea, que debía dominar por completo la naturaleza. Lorenzo Cámara dividía á sus semejantes en dos numerosas razas: explotadores y explotados. En cuanto á su destino, para él continuaba siendo el gran misterio.

Muchos días del año y casi todos los festivos reuníanse estos tres amigos en casa de Cámara, con tres objetos distintos y un solo almuerzo verdadero, según la frase de Germánico. Primero, para comer más barato que en el *Inglés*. Segundo, para hablar mal de todo el mundo, incluso del anfitrión. Tercero y último, para saborear el delicado moka del banquero. Poseía éste una cafetera de sistema ruso que él mismo reformó, quedando en la plena convicción, después de la susodicha reforma, que uno de los mejores cafés de Madrid se tomaba en su casa.

Después del almuerzo dejaban á las señoras

en el comedor, según costumbre inglesa, y se trasladaban al gabinete-despacho, donde podían discutir con entera libertad, fumar y dedicarse con mayor recogimiento á las delicadezas gastronómicas del moka. Su mujer y sus hijas ni siquiera intentaban espiarlos. Los encontraban fastidiosos con sus eternas discusiones filosófico-sociales.—¡Vayan benditoz de Dioz!—decía la señora de Cámara, que era una andaluza graciosísima, que llenaba todas sus cartas de zetas.—El día que ellos ze entiendan, me hago yo turca.

El cuarto, convertido en *smoking-roon*, salón de sesiones y rincón de café, era un sencillo gabinete con balcón amplio y rasgado, una gran chimenea, y alcoba á la francesa en el fondo, que servía más bien como desahogo de muebles ó librotes. No tenía el carácter moderno de jaula. Ni papel claro en las paredes, ni cañas doradas, ni adorno en el cielo raso, ni colores chillones, ni bronces bruñidos en las puertas. Por el contrario, el techo era alto; el papel de color crema oscuro se veía surcado por perpendiculares azules que bajaban á morir á un estrecho friso de granate, cuyo friso semejaba de lejos lazos prendidos en la misma cinta. Sillones y butacas de un verde apagado de hoja seca, contribuían por su parte á amortiguar la viva luz, armonizando con este conjunto de sosie-

go y de amplitud que encontraba el visitante al primer golpe de vista. En aquella claridad sin brillantez, en aquellos tonos de color que se confundían por leves graduaciones, su mirada reposaba con agrado, sentía repentino deseo de sentarse, de mirar, de percibir el calorcillo del ambiente, de abandonarse á la comodidad y á la contemplación de los diversos objetos que le rodeaban.

A ambos lados de la chimenea tendíanle sus encorvados brazos dos grandes mecedoras; si alzaba los ojos, encontrábase sobre la repisa con dos hermosas figuras de barro rojo, la Risa y el Llanto. Un niño de inteligente fisonomía, y *burgués* por su vestimenta, mirando con indecible regocijo el aleteo de un petirojo casi implume que acababa de sacar del nido; y una niña triste y azorada que se inclinaba hacia adelante y á punto de romper en lágrimas, viendo á sus piés los dispersos pedazos de su muñeca. Subiendo aún más arriba, podía dar alas á su espíritu y recrearse en dos acabados paisajes de nuestro Haës; sus cielos de otoño, sus amarillos follajes, sus tintas desvanecidas y melancólicas eran una nota más que respondía al tono general del gabinete. Ahora, si el visitante separaba las cortinas del balcón, y avanzaba su cabeza hasta tocar en los cristales, distinguía allá en lontananza un ángulo de

la calle de Sevilla, con sus grupos de curiosos, de cómicos, de políticos, charlando, discutiendo y animando aquel concurrido pasaje que no carece de historia, y cuenta también sus víctimas y sus abonados como las gradas del café *Tortoni* de París. Allí estaba la vida, el movimiento, ese continuo oleaje que salta á nuestros mismos piés, denunciando la eterna lucha social de todos los días. Pero preciso es que volvamos á internarnos, si queremos oir á estos tres personajes, espectadores de ella, y muchas veces también actores.

II.

Había empezado el debate. Transcurrieron unos momentos de silencio. El doctor se puso á observar atentamente la taza de café, donde la inmersión del azúcar producía imperceptibles burbujas. Germánico se aproximó al balcón, miró al nublado cielo, ocurrióle una idea y volvió á sentarse. Cámara se arrellanó en el silloncillo, probó el líquido, lo halló en exceso caliente y esperó sin impaciencia, cruzando las manos y haciendo girar ambos pulgares.

—Es decir—apuntó el doctor—que Vds. creen de buena fé en el libre desenvolvimiento de nuestros afectos. Se figuran nada menos que

nuestro espíritu posee una especie de varita mágica ó cosa así, con la que obra maravillas en el palacio encantado donde habita. ¿No es eso?

—Justamente— asintió Germánico. — ¿Qué cosa más admirable que su consorcio? Lo moral influye sobre lo físico, y á su vez lo físico tiene también su influencia. ¿De qué modo? ¿Bajo qué relación? ¿Hasta qué grado? Vea V. ahí otra maravilla.

—Eso es lo que trata de inquirir la ciencia, amigo mío. Y no se asuste V. de lo que voy á decirle.

—¡Diantre! lo que me asusta es la advertencia. Después de la que nos soltó V. el otro día, poco nos queda que oir.

—Sin embargo, resérvese V. algún valor. La mayoría de los pensadores están acordes en esto, que para las gentes... sensatas debe sonar á herejía ó disparatón mayúsculo. Yo no admito las consecuencias de esa añeja clasificación de espíritu y cuerpo. Para mí no hay en el hombre más que una sustancia con infinitas apariencias, una unidad con doble aspecto, ni más ni menos.

—¡Misericordia, doctor!—exclamó Cámara hasta entonces silencioso.—Pero, ¿V. ha pensado en la transcendencia de esas afirmaciones?

—¿Lo ve V., Valeriano? Ya lo creo, aunque

no vaya V. á figurarse que lo saco de mi cabeza porque sí. Sólo diré á Vds. que, admitiendo esta buena idea, los fenómenos psicológicos, el sonambulismo, el idiotismo, las relaciones del sistema nervioso con la conciencia, se explican con alguna más claridad. De otro modo nos quedamos en perpetua penumbra, siempre con hipótesis y suposiciones entre cincuenta escuelas filosóficas que van turnando en el poder pacíficamente.

—¡Oh! bah... si V. tiene la pretensión de explicárselo todo—repuso Cámara con su puntita de ironía;—entonces...

—Poco á poco, señores. Semejante pretensión no puede tenerla ningún nacido. Ahora, lo que no me negará usted es que la ciencia, ó más claro, cincuenta siglos de constante investigación, dan algún derecho á la verdad.

—Muchos siglos me parecen, caro doctor—objetó Germánico sonriendo y sorbiendo en la taza.—Pero, en fin, como yo no he de cargar con ellos, transijo.

Durante esos cincuenta siglos, convertida en famosísimo acróbata, la filosofía clásica ha hecho podigios de fuerza, de habilidad y de imaginación. *Intellectus agens.* ¿Y qué resultados ha obtenido? Edificar sobre el vacío ó poco menos. Ella charló por los codos como una buena co-

madre sobre el ente, y las sustancias, y las categorías, y las causas eficientes, y las causas finales... y después de todo ¿qué? muchas sutilezas, mucho silogismo, mucha teoría, excesivas clasificaciones: la verdad formal, la verdad transcendental, la verdad externa, la verdad subjetiva, lo cual no impidió que se marchara por los cerros de Úbeda, trabajando sobre el espíritu, ó como si dijéramos, sobre una pura invención...

—¡Por Dios! caro doctor, déjeme V. en paz á ese desdichado espíritu. ¿O va V. á negarnos hasta la luz que nos alumbra?

—No terminé el periodo y ya se me echa V. encima.

—Acabe V. y veamos.

—Llamo pura invención—continuó Gravidius, después de paladear el último sorbo de café,—á toda esa novela que se ha urdido por los metafísicos con el nombre de vida interior, actividad del alma, funciones del espíritu, separándola de la materia, y analizando sus condiciones como si se tratara de un nuevo metaloide. Comprendan Vds. el absurdo de esta separación. ¿Dónde y cuándo hemos visto ni ha visto nadie un espíritu aislado y solo campando por su respeto? De aquí el que imaginen algunos que este respetable caballero se sirve del cuerpo como de un instrumento cualquiera.

Nada, lo mismo que el músico de su flauta.

—Hombre, muchas gracias. Yo soy de esos que creen á cierra ojos en lo del instrumento,—replicó Germánico sacudiendo una manotada á la mesilla, como excitado suavemente por el moka.

—Cuidadito amigo,—le advirtió Cámara,—que va V. á hacer bailar las tazas, y eso no es buen argumento.

—¡Este doctor es inverosímil! Vamos á ver, vamos á ver. Supóngase V. que acabo de almorzar ó de comer, y que al salir de mi casa me acomete un borracho con navaja en mano. Mi espíritu se turba, y la digestión se paraliza por completo. ¿No es aquí evidente la influencia del espíritu? ¿No se destempló el cuerpo como cualquier otro instrumento?

—Pero, señor, si ya le dije á V. que esa influencia absoluta, como V. la concibe, no existió nunca.

—Demoñejo de hombre. Pruébelo V.—vociferó Cámara, antes de abrir la caja de olorosos tabacos habanos y ofrecerla á sus comensales.—Porque V., amigo Alejandro, se parece á Juan Niega, y eso tampoco nos convence.

—¿Yo?... Tiene gracia, hombre. Casualmente mis mejores platos son las pruebas, los que dan carácter á la comida. Pero vamos al grano, como decía el juez de la anécdota: la

causa de esa paralización no es el miedo en abstracto, un hecho puramente mental, sino la emoción que va acompañada de mi estado particular del cerebro y del sistema nervioso. Este estado del cerebro determina el trastorno del estómago, ni más ni menos.

—Pero en último resultado, el principal motor de la máquina, la rueda catalina, es el cerebro ó yo no lo entiendo,—repuso nuestro prosista exaltándose por momentos.—Aquí—continuó después de aplicar á su frente una buena palmada;—aquí reside mi inteligencia, aquí palpita mi espíritu, aquí siento el acicate imperioso de mi voluntad, aquí la potencia creadora de la imaginación. Por esta pequeña chispa inmaterial vivo y amo, soy hombre, me considero con destino superior á las bestias, con aspiraciones á un infinito que no deben ser un sueño, puesto que constituyen la médula tradicional de la humanidad, puesto que en toda gran religión el sér inteligente siempre se creyó hecho á imagen y semejanza de la Primera Causa.

—¡Bravísimo, compañero! Casi es V. mejor orador que yo—exclamó Cámara, siempre con sus puntas y ribetes de bondadosa ironía.—Y si entendiera el italiano había de aplicarle el consabido *se non è vero è ben trovato;* pero ya que no es así, le repetiré lo de los ortodoxos al fa-

moso tribuno *in illo tempore:* la música es buena, pero el libreto malo.

—Pues yo le diré otra cosa que corre por ahí—repuso Gravidius.—¡Ya pareció aquello! Sí, querido, sí, yo no niego la Primera Causa, ni que V. sea su hechura, ni todo eso de la médula, ni ese es el camino. Lo que repito es que el pensamiento puro no se puede separar de la materia pura; que cuando hablo de un fenómeno mental, debe entenderse que me refiero á una causa de doble aspecto, porque el efecto producido no lo es solo del espíritu, sino del espíritu en compañía del cuerpo. Y la única doctrina que aceptamos los fisiólogos, es que lo mental y lo físico caminan juntos, van siempre unidos, son inseparables, como dos hermanos gemelos. Añado, además, por lo que afirmaba V. antes, que á un pájaro se le puede privar del cerebro, y sin embargo, queda sensible á la luz y al sonido como cualquier otro bicho, lo cual prueba que aun sin cerebro conserva el animal los órganos de los sentidos, así como sus funciones.

—Demoñejo de hombre ¡pues no nos compara con los volátiles!

—Alto ahí, amigo Cámara. La misma observación es aplicable al hombre, que así como oye con solo un oido y ve con un ojo, puede también pensar y discurrir con solo un hemis-

ferio cerebral. Mi resumen es este: todas las propiedades, todos esos tiquis-miquis que ustedes los ideólogos designan con el nombre de actividad del espíritu, no son más que funciones de la sustancia cerebral, ni más ni menos.

—Funciones—apuntó Germánico—que no hemos visto los ideólogos, ni creo que haya laboratorio químico donde se exhiban. Sin embargo, en cuanto se presente el primer caso avíseme V. con anticipación, pues dispuesto estoy á pagar mi butaca á cualquier precio que sea.

—Su guasa de V. no me intimida. Y allá va más claro: no puede V. resolver una ecuación algebráica, ni mostrarnos una idea original, ni aun acertar una charada, sin consumir más oxígeno, sin acelerar la circulación de la sangre, sin elevar la temperatura de su cuerpo, movimientos todos puramente materiales. Y para remate de fiesta, creo con varios alemanotes, de esos que han estudiado algo más que nosotros, si no lo llevan Vds. á mal, que nos es tan necesario el cerebro para producir el pensamiento, como el hígado para preparar la bilis, y los riñones para la secreción de la orina.

—¡Cuando digo que este doctor es invorosímil!... Pero ahora verá V., amigo Cámara, cómo se ruboriza y se niega á confesar su materialismo. Esa base es materialista ¿no?

—Vamos, dejémonos de motes, señor de Valeriano. ¿En cuántos tonos lo he de repetir? No soy materialista, ni idealista, ni panteista, ni siquiera krausista... Soy sencillamente un observador del hombre, un experimentador, un médico que no se asusta de la lógica como otros muchos. El análisis científico nos ha dado el conocimiento de este mundo, que colocaban nuestros abuelos en el centro de la creación: ¿por qué nos ha de negar constantemente el del organismo humano? No le dé V. vueltas, amigo Valeriano; toda psicología que no se apoye en observaciones zoológicas, anatómicas y fisiológicas, hará el papel ridículo de un *fantoche*; trabajo de muñecos que tienen apariencia humana, pero que carecen de vida.

Antes de que el doctor pronunciase estas palabras, ya se había levantado Germánico como más inquieto y nervioso, y puesto de pié frente á la mesilla, con el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos, en esa actitud del fumador impertérrito que empieza á chupetear y echar humo, y no acaba nunca. A su derecha se alzaba la figurita del *burguesillo*, que reía con tal inocencia y de tan buena gana. Por dos ó tres veces, al través de la humareda, fijó sus miradas en aquel rostro de niño. El rostro parecía haber acentuado su sonrisa. ¿Era acaso un fenómeno de óptica producido por grada-

ciones insensibles de luz, ó por la imaginación del espectador? Momentos hubo en que el mismo Germánico hubiera vacilado en contestar á la pregunta. ¡Qué modo de sonreir! Nadie diría sino que era una estatua animada por un rasgo fisonómico, algo vivo y extraordinario que tomaba parte en la polémica, burlándose interiormente de aquel eterno combate de la razón con la imaginación que se reproduce á todas horas, en todos los siglos, en Occidente lo mismo que en Oriente, entre los helenos como entre los latinos, en la raza meridional imaginativa y voluble como en la raza anglo-sajona práctica y positiva, siempre que se eleva algún tanto el nivel de la cultura en un pueblo, y existe el pensamiento investigador dueño de sí mismo.

—Pero, ¿no han reparado Vds. qué cara de simple tiene este muchacho?—preguntó el prosista, sin quitarse el puro de la boca y señalando là estatuita de barro.

—*¡Sancta Simplicitas!* como dice Mefistófeles —repuso Cámara.—¿Pues qué cara iba V. á plantarle á la inocencia? ¿La de alguna vecina de la Arganzuela? Y mucho me extraña que siendo V. tan artista no comprenda el mérito de esa gran figura.

—¡Hola, hola, hola! La habrá V. pagado bien cara, de fijo. Con que su mérito... Mire

V., amigo don Lorenzo, esta es una opinión particular mía; á no ser que por un sencillo almuerzo y una taza de café pretenda V. que me deshaga en elogios de todos sus cachivaches...

—Demoñejo de hombre, ¡pues no llama cachivaches á las dos mejores obras que han salido de casa de Marthi!

—Ya se cayó V., compañero. ¡Vaya una gracia! El que éstas sean las mejores no prueba su bondad; en todo caso serán las menos malas de entre las muchas medianejas que de allí salen.

—No le haga V. caso—insinuó el doctor.—Como yo le trituré con mis argumentos, ahora intenta desquitarse con V. Bien se ve la intención.

—¿Qué es eso de triturar? Lo que hizo V., caro doctor, es sacar la discusión de su verdadero terreno. La cuestión era ésta: ¿es el hombre libre en sus pensamientos, afectos y determinaciones? Yo sostuve que sí; V. respondió que no, pero sin pruebas.

—¡Ah! ¿Con que no lo probé? Pues, hombre, yo creí que le tocaba á V. antes probarnos lo contrario.

—Cá, no, señor. Yo suelto mi moneda; V. sostiene que es falsa; luego á V. le toca decir por qué.

—La verdad es, señores—afirmó Cámara

entre irónico y grave,—que esa pregunta, al parecer tan sencilla, envuelve una transcendencia de... trescientos metros de profundidad.

—Póngale V. quinientos, y aún se queda V. á flor de tierra... comparativamente.

—Yo ya les dije á Vds.—terció el doctor:—para mí no existen más que hechos y leyes, ó de otro modo, los fenómenos y sus relaciones. Por consiguiente, mi proposición es ésta.

—Va V. á ver cosa buena, señor de Cámara—interrumpió el prosista acercándose á la mesilla, y empuñando su magnífica *breva* á guisa de florete.

—Déseme un individuo cualquiera donde pueda estudiar su ascendencia, su pasado, su constitución, su idiosincrasia, el medio ambiente, las influencias exteriores que más obraron sobre su manera de ser, etc., etc. Yo me atrevo á augurar á Vds. algo del término probable de ese hombre.

—¿No es ese el fatalismo de Edipo?

—Ni mucho menos. Eso es lo que llamamos el determinismo.

—¡Diantre! ¿otro *ismo?*

—Sí, señor; este es el *ismo* ciento cincuenta y nueve.

—No lo tomen Vds. á guasa—replicó el doctor con su acostumbrada gravedad, mientras con la derecha mano acariciaba sus recias pa-

tillas grises.—Porque en términos generales, en el uso corriente del lenguaje Vds. lo admiten lo mismito que cualquier empecatado materialista.

—¡Calla, si hablaré yo en verso sin haber caido en ello!—repuso Germánico.

—Mil veces habrán exclamado Vds. al enterarse de que un hombre de bien, á quien conocen, resulta autor de un acto punible: ¡Asombroso parece que persona tan honrada y cabal cometiese semejante picardía! Debió ser impulsado por algún motivo especial ó muy poderoso... De otra manera no nos explicamos el hecho. Y aquí entro yo con permiso de Vds.

—Es V. muy dueño.

—En el acto de ese individuo admiten Vds. tácitamente la necesidad, ó más bien, una causa, condición ó fenómeno, que influyendo en su voluntad la determina á cometer un delito, que tal vez sin esta circunstancia no hubiese llevado á cabo. Ni más ni menos.

—Qué quiere V. que le diga—contestó Cámara bajando su mirada hasta el cigarro que tenía entre los dedos, y que como de esmerada fabricación conservaba una hermosa contera de ceniza.—Muy bien dora V. la píldora, ó la necesidad... es lo mismo. Pero no pasa, vamos, no pasa. No puedo deglutirla, para que V. lo entienda.

—Además—añadió el prosista,—no se encuentra uno á sus anchas entre tanta y tanta triquiñuela. Es como si me pusiera una camisa corta, figúrese V... Deja V. traslucir que el hombre es libre, pero... que la voluntad no es fatal, pero... Todos se vuelven peros... y ninguno madura. ¿En qué quedamos? ¿Hay necesidad ó hay libre albedrío? ¿Somos ó no somos responsables de nuestras faltas?

—Según y conforme. Créame V., Valeriano, es dificilísimo señalar esa línea divisoria de la responsabilidad, que separa provincias tan afines en el mapa geográfico de la psicología. Delitos existen donde la responsabilidad del delincuente llega á ser nula. Los criminalistas no se han puesto de acuerdo todavía; sólo la ciencia médica alcanza á esclarecer estos problemas. En otro orden de hechos, naturalmente, el hombre siempre aparece responsable. Fluctúa, vacila, reflexiona, pero el primer impulso ó deseo viene de fuera de su voluntad; no es suyo.

—Logogrifo tenemos—apuntó Germánico en tono de broma.—¿Con que no es del hombre lo que nace del fondo de su espíritu, sea esperanza, deseo ó lo que fuere? ¿Pues de dónde lo saca entonces, del bolsillo del chaleco?...

—Calma, Valerianito, calma. Busquemos una imagen para dar cuerpo á la idea. Y ad-

vierto á Vds. que la imagen no es de mi cosecha; porque, aunque abra tienda, yo no diré al parroquiano, como ciertos autorcillos de comedias que V. conoce, que fabrico el género.

—Me gusta ese modo de señalar. Vamos andando.

—Antes de determinarse á un acto, al sentir el movimiento interno de la voluntad, V. lo piensa, lo razona, lo delibera. Pues bien, esta deliberación se parece á la carrera de un perro de caza. El sabueso se mueve libremente, es verdad; pero la pista que persigue, y por lo tanto, el trayecto que recorre, no fueron trazados por él. Esto es innegable.

—Innegable para V. Entendámonos.

—Nuestras ideas—continuó el doctor,—se suceden sin interrupción como la corriente de un río, ni más ni menos; lo cual significa que tienen movimiento propio, independiente del espíritu, que acaso podrá mantenerlas por momentos en una dirección determinada, pero no detener su curso ni cortar repentinamente su cauce.

—El árbol por sus frutos, una doctrina por sus consecuencias—afirmó el prosista con cierta impetuosidad de creyente.—Según esa que V. proclama, conviértese nuestro cerebro en una máquina complicada, eso sí, pero al fin máquina. Todo el organismo humano es un labo-

ratorio químico; tal sensación, modificando tal ó cual célula nerviosa, produce por necesidad tal hecho. Que es lo mismo que: tal cantidad de carbono combinada con otra doble de oxígeno, da por resultado una mucho mayor de ácido carbónico, ¿no es eso?

—No, señor.

—El héroe que rompe y desbarata el cuadro del enemigo, obedece fatalmente á su temperamento, lo mismo que el asesino que mata por vengarse; ¿no es eso?

—No, señor. Una máquina será más ó menos complicada, pero su mecanismo es conocido. Por el contrario, en el hombre se desconocen los infinitos motores que le impulsan, esa telegrafía del sistema nervioso que tanto influye en la vida del pensamiento. La fisiología contemporánea, con mejor sentido que la metafísica, se ocupa sin descanso en la exploración de estas selvas vírgenes de nuestro cerebro. ¿Y por qué negarlo? No lo negamos nosotros; hay fenómenos inexplicables, operaciones incomprensibles, delante de las cuales el hombre de ciencia no se cruza de brazos ni acude al silogismo, sino que espera la solución en el próximo número, es decir, en un escalpelo más hábil y en una inteligencia más vasta que la suya.

—Vamos, este doctor es intraducible. Si

acaba V. por donde yo empiezo, señor don Alejandro, por demostrar el déficit de nuestros conocimientos en este punto. Se sabe muy poco.

—El señor habla como un libro—añadió Cámara.—Unicamente, que antes de concluir un capítulo se pasa al otro, como los lectores de novelas por entregas. Volvamos, pues, al anterior. De todo ese cuentecito, no mal hilvanado, deduce V. que aquél que conozca los antecedentes de la vida de un hombre, puede profetizar su porvenir. ¿No dijo V. eso?

—Cuidado con las palabras, amigo Cámara, que yo no me eché á profeta todavía. Yo hablé de términos probables, y esto después de analizar profundamente sus elementos propios y heredados, y las fuerzas sociales que actuaron sobre él, cosa bastante peliaguda, como V. comprenderá.

—No, señor, no estoy en casa—contestó el banquero levantándose con gran pereza de la silla.—A mí no me hable V. de elementos, ni de fuerzas sociales, ni de leyes fisiológicas que desconozco. ¿Quiere V. que le presente mi punto de vista mondo y lirondo? pues es este: el hombre es un lobo domesticado. Mientras conserva sus hábitos caseros todo va bueno, pero cuando se le sublevan los instintos selváticos, no hay demonio peor en los infiernos. ¡Si yo admito con el compadre Darwín la lucha por

la existencia! Y creo más: creo que siempre acaba por llevársela el más fuerte. Ya ve V. cómo también yo poseo mi filosofía. Filosofía práctica, clara, popular, puesta al alcance de todo el mundo, como el arte de tocar la guitarra.

—¡Filosofía lobuna, voto á cribas! Así será ella—exclamó Germánico, después de dar una vuelta y quedarse plantado delante del banquero.—Y no se ofenda V., amigo Cámara, si le contesto lo que el cínico Voltaire al socialista Rousseau: «Siempre que os leo me dan ganas de andar en cuatro piés.»

—Bueno, es un chiste. Ya sabe V. que Voltaire era de aquellos que por un chiste sacrificarían á su padre.

—No, dispénseme V. No es eso; lo que él quería probar con su buen sentido, es que la preconizada libertad del salvaje, resulta falsa. Y por mi parte que su comparación de V. con el lobo, peca de errónea, porque el hombre es algo más que una fiera.

—Qué tiene que ver. Es mucho más fiera—repuso Cámara acentuando la frase.—¡Oh! si V. hubiese luchado á brazo partido con los caciques de los pueblos, si se hubiera visto obligado á conmover á gentes que llevan su corazón en el bolsillo, ó sacrificarse por salvajes fanatizados que no tienen siquiera la inge-

nuidad del primitivo salvaje, ya me daría V. la razón. Pero V. no ha pasado hambre, ni ha dormido al raso con la miseria por almohada, ni habrá V. vacilado entre una infamia y un buen destino.

—Algo y aun algos hubo de eso. Yo luché lo indecible entre esa multitud que se codea á las puertas de una redacción, de un ministerio, de un Ateneo, de un teatro, en busca de nombre de reputación, de algo que suena, y digámoslo en prosa: en busca de un pedazo de pan. Porque la primera necesidad del que trabaja es esta.

—Entonces resultamos camaradas.

—Oiga V.—continuó Germánico asiendo fuertemente con la diestra el musculoso brazo del banquero.—Vds., que no han pasado por ello, desconocen lo que hay de repugnante debajo de ese trabajo intelectual, periodístico, literario, tan fácil y tan halagüeño á primera vista. Apasionamientos fingidos, envidias disimuladas, infamias que parecen mayores porque no se pagan con oro, vilezas corruptoras, intrigas de pequeños que ahogarían á los grandes, si pudieran, á fuerza de salivazos... Yo lo he visto de cerca y me basta. Es un infierno, aparte que no se asemeja á los otros. Allí se suda tinta, allí...

—¡Oh, bah! tinta... Es peciso sudar sangre, amigo mío.

—Yo creo, señores—terció á este punto Gravidius,—que ambos á dos han batido Vds. bien el cobre, que lucharon como buenos, y que han dejado algo de su piel entre las zarzas. Esto nos pasa á la mayoría de los hombres. Pero existe una diferencia: Valeriano, como más nerviosillo y apasionado, procede por impresiones, no muy duraderas por cierto; luego su nativo, su bellísimo carácter.

—Estimando, caballero...

—No es favor, sino pura psicología. Digo, pues, que por su buen carácter no ha nacido para la crítica acerba y despiadada. Sus tendencias son más bien conservadoras que revolucionarias. Su pluma no se transformará nunca en látigo, ni siquiera en estilete. En cambio, el amigo Cámara, por su temperamento bilioso, por su buena constitución, por la solidez de sus riñones, es apto para los combates largos y reñidos. Las impresiones que recibe se graban en su imaginación, y allí quedan como heridas jamás cicatrizadas. Es de los buenos; pero si se arma zafarrancho y es forzoso morder, no será de los que menos dentelladas repartan. ¿Se ríen Vds.? ¡Alto! no me interrumpa V. y concluyo, amigo Valeriano. Si dí cerca del blanco, como me indica esa risita, no lo atribuya V. á mi puntería, sino á mi carabina, que tiene más alcance que la de Vds. Ni más ni menos.

Puestos los tres de pié, avanzaron á la par hacia el balcón y permanecieron en el hueco como en secreto conciliábulo, aunque sin decirse nada.

Germánico golpeó con los dedos sobre el cristal, Cámara se sacudió la ceniza de la bata, y el doctor siguió con la mirada los pasos de un hombre que venía cruzando la calle desde la esquina del café Suizo.

—Oiga V.—preguntó este último al prosista,—¿no es aquel su amigo Lázaro?

—¡Toma! pues es verdad.

—Ya sé yo á dónde viene—añadió Cámara, aproximándose á los cristales y alzando su cabeza dura y tan oblonga que casi semejaba un enorme martillo.

—Y yo también. Y van Vds. á decir que no pierdo ripio si continúo la comparación entre su carácter y el del amigo Valeriano. Como Navidad está cerca, no dudo que Lázaro se atreva á recordárselo; V. le dará ó no le dará. Pero estoy segurísimo que nuestro compañero de la derecha no le habrá negado jamás un par de pesetas. ¿Acierto?

—Es un desdichado, ¡qué diantre!—replicó Germánico.—Un pobre diablo abandonado por su familia y explotado por los curiales. La primera no quiso perdonarle su holgazanería y su ineptitud. Los segundos consiguieron

arrebatarle hasta los cuatro terrones que heredó de su padre.

—No voy á eso, amigo Valeriano. Voy á que todo ese cúmulo de antecedentes añadido á sus sentimientos, le determinan á obrar en tal sentido. V. se ve como obligado á ser caritativo.

—Por supuesto, contando con las dos pesetas.

—Naturalmente. En cuanto al pobre Lázaro, lo conozco muy bien. Una sola idea se ha fijado en su cerebro; una pasión mal sana en su corazón. ¡Quién sabe!... Ese infeliz debe acabar mal.

—¡Cómo! ¿qué dice V.?

—Que los pronósticos de la ciencia salen raras veces equivocados. Hay en su organismo cierta predisposición... Aquel mirar extraviado, aquel color enfermizo de su rostro, aquella incoherencia de sus ideas... Me temo que algún día llegue á atentar contra... Vamos, ya charlé demasiado. ¡Maldita lengua! Esto sí que es echarla de profeta, amigo Cámara... Pero no se fíen Vds. de mi almanaque... Ya lo ven Vds.: cada uno tiene su *chifladura*, y á mí me da por los pronósticos.

Acababa el doctor de pronunciar estas palabras, cuando asomó por un lado del portier la cabeza del criado.

—El señor Lázaro — dijo respetuosamen-

te,—está en el despacho y pregunta por V.

—Que pase por aquí—contestó Cámara, después de dirigir significativa mirada á sus amigos. Pasados dos segundos, el llamado Lázaro se encontraba en su presencia.

—Me dijo Francisco que podía entrar, y aquí me tienen Vds.

—¿Cómo andan esas pretensiones?—le preguntó Germánico.

—Mal, muy mal, como siempre. Al fin se falló el pleito á favor de los otros... ¿qué había de suceder? ellos son ricos, mientras que uno... Aquí ni tenemos justicia, ni leyes, ni tribunales, ni *náa*.

—Eso ya es viejo; lo del pleito—repuso Cámara.—Nuestro amigo se refería á su colocación de V. ¿Cuándo suben los suyos?

—¿Los míos?...—pronunció Lázaro con cierta agradable sorpresa.—¡Ah! ya. El señor Cámara es un guasón de primera... Los míos, ¿y dónde están esos caballeros? V. cree, vamos al decir, que si uno contara con tres amigos de responsabilidad, de esos que entran y salen por la casa *grande*, de esos que tratan á todo dios de tú, no estaría yo colocado por el Ayuntamiento?... Claro que sí. Pero á un hombre de bien, por hombre de bien que sea, nadie se le arrima si no tiene mucha mano, ó mucho *cunquibus*. Y como hoy todo es cuestión de nego-

cio... Por eso meramente, porque no hay amistad, ni desinterés, ni verdad, ni esa buena ley que le saca á un hombre de cualquier compromiso, porque sí y nada más. ¿V. me comprende?

El que así se expresaba vendría á tener unos cuarenta y seis años, aunque representaba muchos más de cincuenta. Su rostro flaco, huesoso, sucio, como el de un Cristo viejo de madera, estaba en perfecta armonía con la vestimenta. Aquella su armazón de huesos, que parecía llevar la ropa colgada á guisa de percha, cubríase con un *sobretodo* de invierno de color indefinible en fuerza de bregar con el polvo, el sol y la lluvia. Estos tres elementos, cosa rara pero muy frecuente, cayendo sobre él con sorda y perseverante inquinia, le habían transformado por su interior en un inmenso guiñapo. Por fuera, este guiñapo conservaba cierta decencia aparente y quebradiza. Los rasgados ojales, las trencillas deshilachadas, los girones de las bocamangas, los zurcidos visibles, como placa de mendicidad, denunciaban al observador la devastación interna y la externa fragilidad. En cuanto á sus pantalones, anchos, de grandes cuadros y de un gris amarillento, bien merecían guarecerse bajo cualquiera prenda. No hablemos de sus botas viejas y desfiguradas que protestaban, retorciéndose con dolor

bajo sus talones, de aquel viaje por calles y plazuelas, de aquellos paseos sin objeto ni término, de aquel ir y venir que convertía al mísero hombrecillo en el segundo Judío Errante de nuestra época. Para completar el boceto, añadiremos que de toda esa singular vestimenta, desprendíase un olor fétido y penetrante de tabaco, ó más bien de apestoso humo de cigarrillos, que hacía pensar que su dueño no respiraba otra atmósfera, ni se alimentaba de otra cosa.

—¿Te conviene colocarte fuera de Madrid? —le preguntó Germánico tras breves instantes de silencio.

—¡Pché!—Lázaro hizo un gesto particular con los ojos.—Para embolsarse una miseria en cualquiera estación ó poblacho, ó mala fábrica, ó qué sé yo; para eso, chico, meramente para eso, no. Miseria por miseria, prefiero la de aquí. Por aquí vas tirando, vamos al decir, y el día menos pensado te viene una derecha. Y tú dices: juego, ¡y á vivir! Mira tú si vas á encontrar esto en otra parte. Cá.

—En otra parte—objetó el doctor,—la vida puede ser más barata, las amistades más verdaderas, la honradez más conocida...

—Cá. Nunca conoceré yo el terreno que piso como le conozco aquí. Y déjese V. de lilailas: ¿cree V. que si á mí me sonaran en el

bolsillo cuatro ó cinco mil reales no armaría contradanza? ¡Ay, caballero, y qué poco conoce V. este país! Menuda contradanza armaba yo. Lo que es menester es dinero, meramente dinero. Lo demás se lo guarda V. y por muchos años. Deme V. dinero, y á los quince días le mando á V. el ordenanza de mi oficina con un *besa la mano* como cualquier directorazo de por ahí. ¿V. me comprende?

—Lo que veo es que mira V. demasiado el pelo de lo que le proporcionan.

—No digo que no. Hay personas que lo admiten todo. No estamos en ese caso, ¿V. me comprende? Yo no puedo ser barrendero.

—¡Demoñejo de hombre!—exclamó Cámara sacudiéndose por última vez la ceniza que había caido sobre la bata.—Y ¿quién le propone á V. aquí el ser barrendero?

—No, vamos al decir. Ya sé yo que el señor no me soltará una proposición como esa. Pero sepa V. que no ha faltado un sugeto que haya contestado detrás de mí:—¿Y por qué no coge una escoba su recomendado de V.?—Cá, no, señor, no será el hijo de mi madre, Lázaro Méndez, el que coja una escoba. Todo menos eso. Y tenga V. entendido que si algún día se volviera la tortilla del revés, yo le diría á ese caballero de la escoba lo que hace al caso. Se le ajustarían las cuentas y sabríamos de dónde

han salido esos caballitos y esos lujos y toda esa bambolla que me gasta. Lo menos, lo menos, tendría que ir á presidio, ¿V. me comprende? ¡El grandísimo pillo! Vaya que estamos frescos con lo de la escoba.

Un reloj de pared dejó oir en aquel preciso momento, desde algún rincón de la casa, su voz grave y sonora por cinco veces consecutivas. Sacó Germánico su *remontoir* de oro, miró la hora y dijo:

—Señores, la compañía de Vds. es muy grata, pero la obligación me espera en otro lado. Anda, vente á la redacción—añadió encarándose con el llamado Lázaro.—Allí acudirá ese diputado extremeño que conoce á tu familia. Veremos cómo se explica. Te participo que ese señor es una especie de lapa política... Lo que ese no consiga...

El interpelado torció la cara y volvió á hacer su mueca favorita, que se reducía á hinchar las narices y alargar el hocico como el que percibe olor desagradable.

—¡Pché! qué sé yo... Pero en fin, vamos allá. Yo te lo agradezco...

Despidiéronse de los amigos que allí quedaban, y pocos minutos después se les vió cruzar contra la corriente, entre los grupos pacíficos y domingueros que desembocaban por la calle de Sevilla.

III.

Habían transcurrido bastantes días desde el incidente que acabamos de reseñar, y Lázaro continuaba sin colocación, asomando la cabeza por cuantas puertas podían abrirse á sus pretensiones.

Navidad, entre tanto, se presentó de mala manera, con faz fría y huraña, con ventiscas de nieve y envuelto en pertinaces nieblas. En estas acometidas del invierno las necesidades redoblan. Algunas veces nuestro hombre se deslizaba hasta el despacho de don Lorenzo para hablarle de su situación eternamente pésima y angustiosa. El antiguo corredor, y hoy compasivo propietario, le ponía al despedirle unas cuantas monedas en la mano. Limosna espléndida, dádiva de banquero, porque hay ciertos necesitados á quienes no puede socorrérseles con un pedazo de pan, ni tampoco con dos reales.

Tales visitas no se repetían más que de tiempo en tiempo, sin llegar nunca al abuso.

Una mañana subió Lázaro al despacho y sentóse en la butaca más arrinconada, esperando que concluyera de almorzar su favorecedor y amigo. En la mesa próxima trabajaba

todavía uno de los escribientes, cuando se presentó el cobrador y le entregó cierta cantidad con más de diez ó doce billetes de una letra vencida que venía de hacer efectiva en aquel instante. Contó el escribiente el dinero y le colocó á su derecha, junto con los billetes y la correspondencia recibida. Al poco rato apareció Cámara.

—Bien puede V. marcharse, Antonio—avisó al escribiente. Terminó éste una nota, cerró el gran libro donde escribía, y salió del despacho.

Lázaro se adelantó á saludar á Cámara como de costumbre, y como de costumbre empezó en un tono caliente, vivo, animado, lleno de incoherencias y de alusiones, aunque algo monótono como el tic-tac del péndulo, que siempre suena lo mismo. Oíale el otro con sosiego, con benevolencia, con la atención reflexiva que suele prestarse á cosas de verdadero interés; pero apenas cesó de hablar, se levantó el banquero y le dijo:

—Espéreme V. un momento, Lázaro. Voy á recordar á mi mujer un detalle, que yo también recordé al tiempo de sentarme. Vuelvo en seguida.

Apenas se vió solo, clavó su vista en el manojillo de billetes, que aún flotaban sobre las cartas y papeles de la mesa, y sintió como

un escalofrío, un gran desasosiego interno, producido por la idea rápida y fatal que acaloraba su imaginación, La lucha pudo durar quince segundos. Abalanzóse á la mesa y los billetes desaparecieron en el acto. Cualquiera hubiera dicho, al observar la rapidez del escamoteo, que aquel infeliz llevaba veinte años en el *oficio*; y sin embargo, era la primera vez que tomaba lo que no le pertenecía. Una vez dado el primer paso, revelóse el segundo instinto de la fiera: la fuga. Se encaminó á la puerta con paso entre tímido y cauteloso. A la salida tropezó con don Lorenzo.

—¡Cómo! ¿Ya se va V. tan pronto?

—Me pareció haber oido la una y media—contestó Lázaro con leve alteración de voz.—Y á esa hora me esperaban dos paisanos para almorzar juntos... Los encontré ayer tarde, y...

—Bueno, bueno. Vuelva V. otro día. Es lo mismo.

Mientras de tal modo se excusaba, no tuvo ni un solo instante de arrepentimiento, sino momentánea turbación, con un sordo golpear de los latidos en ambas sienes. Luego bajó la escalera muy de prisa. En cuanto se encontró en la calle, respiró á sus anchas, y mirando á todos los lados, según su costumbre de vagabundo, emprendió la caminata hacia su vivienda, ligero y receloso como zorro que escapa con la

presa. Cruzó sin detenerse la Puerta del Sol por entre la fila de curiosos que esperaban la embajada de Persia, que debía salir del Gran Hotel de París, y siguió á buen paso por la calle Mayor abajo. Ya casi al final, y delante de una tienda de vinos, con su cortina encarnada en la puerta y su exiguo escaparate de fiambres, se detuvo dos ó tres minutos, como si vacilara ó tratara de orientarse. La vista de unos asados muy doraditos y un ancho plato de aceitunas gordas y lustrosas, había despertado la imperiosa necesidad de su estómago. No obstante, venció el temor, y continuó su camino. En este brevísimo espacio de tiempo fué alcanzado por un hombre que, empujándole hacia el portal más próximo, le dijo:

—Escúcheme V. dos palabras.

Entraron en él. Al encararse Lázaro con este individuo, que no era otro que el escribiente de don Lorenzo, conservaba una sangre fría admirable, y estaba dispuesto á negarlo todo. El escribiente representaba menos de veintiseis años; un muchachote riojano, fresco, rubio, fornido, más apto para echar un capote ó poner un par de varas á cualquier *cornúpeto*, que para llenar el libro mayor de números. Así es que con una franqueza semi-brutal y semi-heróica, porque Lázaro tenía cara de pocos amigos, le dijo agarrándole de una de las solapas

del *sobretodo*, que debió quedar entre sus dedos:

—Ya comprenderá V. lo que busco. Acaban de faltar de nuestra mesa doce mil reales por junto. Nadie ha entrado en el escritorio desde que los dejó el cobrador, más que V. y yo. Calcule V. ahora quién se habrá quedado con ellos.

—Mire V. bien lo que habla, amigo mío—repuso el interpelado con altanería.—Vds. solos meramente estaban en el despacho cuando entré yo. Cuando volví á salir me despidió el mismo don Lorenzo. Quién entraría después... yo no lo sé. ¿V. me comprende?

—Esa duda tendríamos si yo no hubiese subido á casa por otro asunto. Entro y me pregunta el principal: ¿y esa plata? Yo que miro y no encuentro... ¡Cristo! me quedé más frío que el hielo. En seguida caí en la cuenta. Buena manera de agradecer los favores que V. le debe.

—Repito á V. que hay aquí una pequeña equivocación, y no es á V. á quien debo dar las explicaciones que me exige.

Pálido y sereno en apariencia, con la cabeza inclinada hacia adelante y sin pestañear, Lázaro no quitaba ojo al escribiente. Este, que tuvo que correr para darle alcance, se hallaba casi sudando, con el rostro inflamado por la

fatiga y la cólera, que reprimía á duras penas.

—¡Ea! acabemos de una vez. ¿Me va V. á dar los billetes?—le preguntó de pronto, envolviendo en lo rápido y cortado de la frase una verdadera amenaza.

—¿Qué billetes?...

—¡Ah! ¿no quiere V. nada por las buenas? Pues eso lo verá V. ahora mismo, so canalla.

Y dicho esto, lanzóse sobre Lázaro con evidente propósito de arrebatárselos.

—Eso sí que no. No me toque V., Antonio, no me toque V., ó no respondo de mí—vociferó con rabia, desviando el cuerpo de la acometida del joven. Luego se arrinconó en el fondo del portal, con los puños cerrados, el cuello erguido, los ojos fijos, sintiendo el amargor de la revuelta bilis en la boca, y decidido á rechazar la fuerza con la fuerza.

—Deme V. los billetes—repitió el escribiente acercándose poco á poco.

—Mire V. bien lo que hace. Yo no los tengo.

—¡Ah! ¿con que V. no los tiene?—Y tornó á caer sobre Lázaro con tanto empuje, que aun resistiéndole el otro con no menos brío, rodaron ambos contendientes por el suelo. Como era el portal estrecho, y por demás oscuro, no llegaron los transeuntes á apercibirse de la lucha. Esta fué breve, porque el vigoroso joven supo sujetar con una mano los movimientos

convulsivos de su contrario, mientras exploraba con la diestra los bolsillos tan hábilmente, que tropezó al momento con lo que buscaba. Todo su afán era este. Por lo tanto, cesó de oprimir al desdichado, que todavía se agitaba y revolvía su nerviosa cabeza buscando donde morder. Armas no llevaba, pues de otro modo la lucha no hubiera terminado sin sangre. Levantóse del suelo lleno de coraje, magullado, polvoriento, con dos ó tres girones en las mangas, y mirando con torva vista á su contrincante. La conmiseración con que Cámara lo recibía siempre que se presentaba en su despacho, se había comunicado, ó más bien infiltrado, en el corazón y espíritu del escribiente; de modo que éste no paró mientes en aquella mirada furibunda, ni quiso dar parte á la pareja para que la justicia se entendiera con aquel declarado ladrón. Sólo por vía de amenaza, volvióse hacia Lázaro, y le dijo antes de salir á la calle:

—No vaya V. á creer que esto quedará así. Hoy mismo tomará don Lorenzo las medidas que corresponden.

Bajando más, Lázaro se dirigió al viaducto, atravesó las Vistillas, cruzó por delante de San Francisco, y luego torció á la derecha para entrar en una calleja que terminaba en el Portillo de Gilimón. No reparó en aquella llorosa

niebla que humedecía las losas, y penetraba hasta los huesos con su doble filo de frialdad y de tristeza. Sobre los últimos términos del horizonte, sobre aquellos lejanos campos que verdegueaban á trechos, extendíase el nublado al igual de gigantescos vellones, amenazando con tempestad de agua ó de nieve, oculta todavía en su fondo ceniciento, inmóvil y melancólico. Sin detenerse un punto, embocóse Lázaro en un portalillo largo y estrecho, á modo de corredor de vecindad, con puertas por todas partes, y á cuyo final se encontraba, antes de empezar la escalera, un patio irregular y sucio empedrado como la calle. Estas últimas casas no levantan más de dos pisos, pero su vientre viejo y voluminoso aparece horadado en todas direcciones, como el terreno ribereño de los topos. Habíale cedido un agujero, por no sabemos qué precio, la dueña de la habitación, una pobre viuda, propietaria en la plaza de un tingladillo, donde vendía diariamente naranjas, pasas, higos secos, castañas y otras fruslerías. Allí dormía nuestro hombre; allí se refugiaba en las grandes tormentas. Y por su aspecto de soledad, y por la escasez de sus comodidades, bien podía considerarse este escondrijo de tres metros en cuadro como muy semejante á una Tebaida en pequeño ó mísera tienda de campaña. Dormía allí en un ca-

mastro roto y desvencijado, debajo del cual se tendían sábanas de polvo y de pelusa, tan grandes, que los mismos ratones no se decidían á atravesar aquel espantable Sahara sin ingeniosas precauciones.

Al subir por la escalera oyó el ruido de los cacharros que fregoteaba una de las vecinas. Había pasado la hora de comer. Debían ser las cuatro de la tarde, y Lázaro estaba todavía con una triste copa de aguardiente en el estómago. Sentóse, pues, en el camastro con el espíritu fatigado, temeroso, sin fuerzas físicas y una inmensa revolución de ideas en su cerebro. En determinados momentos ¡qué árida y qué desolada parece la vida! El hombre va y viene como una bestia de carga, bajo el duro látigo de la necesidad, en busca de *algo* que rara vez encuentra. Si mira á su alrededor en demanda de socorro, no ve más que la indiferencia. Mientras tanto un día sucede al anterior, trayendo las mismas escaseces, las mismas esperanzas, idéntico desaliento. Esta lucha no cesa. Empobrecida la sangre por esfuerzos perpetuos, por los insomnios de la noche, por las vigilias del día, recorre como una ola amarga las vísceras centrales, que en vez de reparación y de energía, reciben la envenenada ponzoña que sorben á todas horas nuestros labios. Una inteligencia vulgar y miserable queda

aniquilada por un momento de desesperación.

Lázaro buscó con extraviados ojos un punto de apoyo. Todo parecía huir de sus manos. No sentía remordimientos, sino dolor punzante, sed abrasadora de venganza, profundo desprecio de los hombres, desvanecimiento completo de sus sentidos. Y á pesar de este estrabismo con que contemplaba y percibía la realidad de las cosas, aún recordaba, como si de aquel día fueran, su orfandad, su juventud, su edad viril. Engañado por unos, saqueado por otros, despojado de la herencia por sus parientes, ¿dónde estaban los beneficios, ó los favores, ó los obsequios recibidos? No hubo una mano leal que le señalara el verdadero camino, por lo cual sus tentativas todas resultaron infructuosas. Cierto que su inteligencia era corta, pero esto, bien mirado, no consagraba el derecho ó la astucia de los que se le acercaron para explotarle. ¡Y lo fué tantas veces! La buena fé no existía; sólo abundaban los bribones, los egoistas, los farsantes, los grandes explotadores. ¿Era esto vivir?

Semejantes desafueros le hicieron saltar del camastro, y se puso á andar, ó mejor dicho, á dar vueltas en aquel especie de cubil que medía escasamente tres metros. Su irritación creció ya tanto, que al pensar en las amenazas del escribiente, creyó que no debía temer las con-

secuencias, y que tenía poderosas razones para haber obrado de aquel modo. Después de dar cinco ó seis vueltas, se paraba y hablaba en alta voz, ya defendiéndose de las inculpaciones de Antonio, ya dirigiéndose á sí mismo las excusas.

—Aquí no hay amistad, ni desinterés, ni verdad, ni buena ley, ni nada que valga un comino... ¡No hay nada! ¿Qué mundo es este? ¿Para qué vivir?... Siempre pierde el pobre.

Esta era su idea favorita: cierto estado de cosas abominable á manera de un nihilismo moral que hubo de convertir nuestro mundo en una descomunal Bolsa donde se cotizaba todo género de valores. El pobre, meramente el pobre, se quedaba á la puerta, no teniendo valor nominal ni positivo para aquella gente. Concedíasele tan sólo el derecho de vagar por las encrucijadas como perro sin amo, lo mismo que él se cansaba de hacer todos los días, desde remota fecha.

Después de este monólogo, sintió leve escozor en la garganta y se dirigió á uno de los rincones, debajo de la única ventana que daba escasísima luz al cuarto. Había allí una mesilla baja, torcida, enclenque, con delgadas patas, cubierta de percalina oscura, desfigurada por las manchas, y acariciada por el polvo como los demás efectos visibles, por ejemplo: la

cama, un camisón sucio colgado á la cabecera, dos sillas viejas, un espejillo sin cristal, cuyo descolorido marco aparecía señalado por la carcoma con innumerables agujeritos á modo de penetrantes alfilerazos, etc., etc. Entre la media luz de la tarde, y al primer golpe de vista, aquella mesilla arrinconada tomaba el aspecto de una gigantesca araña, tejiendo silenciosamente los hilos de sus mamelones, tan peligrosos para sus víctimas. Luego, al aproximarse, desaparecía la ilusión, y advertíase con más asco que curiosidad, sobre la cubierta de trapo, las manchas de aceite y de tinta dilatadas, extensas, como las cinco partes del globo en un mapa-mundi. Lázaro, sin sentarse, tomó de encima de la mesa una botella y sorbió breve rato. A seguida tornó á su paseo y empezó el monólogo:

—No, aquello no era vivir como persona. Más feliz el animal, que no discurre.

Un ruido sordo, que sonaba al parecer en la escalera, le dejó de repente como clavado en el suelo. Alguien subía. Con esto se acrecentaron de nuevo sus temores, y fué á sentarse al lado de la mesa. Sentía un cansancio extraordinario. Las sillas, el camastro, el camisón mugriento, el espejillo roto, todo parecía moverse á su alrededor con perturbadores estremecimientos... El escozor de su garganta se iba

convirtiendo en una sed ardiente y devoradora. Era acaso el comienzo de grandísima fiebre. Echó mano segunda vez á la botella, y bebió con ansia, bebió mucho más que antes. Extraña alucinación le hizo creer en aquel momento que le subía por la muñeca arriba un bicho negruzco y repugnante, y se la sacudió con furor repetidas veces. Cuando volvió á mirar á la ventana, ya no entraba la luz, sino una oscuridad más intensa y más agresiva que otras noches.

—Esto se acaba—fueron las últimas palabras de su monólogo. No sabemos si Lázaro se refería al licor confortativo, ó á cosa de mucha más importancia.

IV.

Al otro día, una mañana de Febrero, entristecida por la niebla que continuaba apoderada de las alturas, escribía Germánico esa prosa sencilla y pintoresca, encanto de sus lectores, cuando se abrió la puerta, apareciendo una mujer de edad, no mal vestida, con pañuelo á la cabeza, un recio mantón de color de rata que se le caía de los hombros, y en cuanto á su aspecto moral, cierto aire de curiosidad y apresuramiento, revelador de la emoción que pugnaba por salir á sus labios.

—Dispense V., señorito—dijo á Germánico —si me presento así... tan de sopetón... Venía por lo de... V. no me conocerá, me parece. Porque el señor Lázaro me ha hablado de V. muchísimas veces, y aunque yo no recordaba bien las señas...

El prosista presintió que se trataba de algo grave.

—Bueno, sí, ya lo sabe V.: yo soy su amigo. ¿Qué ha pasado?

A la buena mujer se le nubló el semblante, y se llevó á los ojos una punta del pañuelo.

—Una verdadera desgracia...

—Por Dios, señora, hable V. sin rodeos, ¿qué desgracia es esa?

—Mire V., señorito; ya hace días que el pobre no comía caliente. Todo lo malo viene de la miseria; los pobres... digo, sí, á eso voy. Pues ayer tarde volvíamos mi sobrina y una servidora del puesto, y cátate que la puerta del cuarto estaba abierta y que le vemos largo en el suelo. Al pronto nos figuramos otra cosa, pero nada. Por más que le llamamos ¡señor Lázaro, señor Lázaro! ¿cómo había de responder? ¡Jesús, Dios nuestro! estaba ya tieso, tieso, lo mismo que un pájaro. Nosotras le tentamos y le movimos, y si viera V., señorito: aquello sí que daba compasión. Su cuerpo era un puro hueso. Yo no he tocado otro más fla-

co en los días de mi vida. Avisamos en seguida al señor Andrés, que ha sido sereno y ha andado en estos apuros, y ya V. ve. El señor Andrés por un lado, mi sobrina por otro; yo fuí á la Casa de socorro, porque se dan casos de personas que parecen muertas y no lo son. A todo esto era de noche, y como vino el señor juez, y nosotras con el susto, y unas cosas y otras, yo no pude avisarle, ni mucho menos. Ya V. ve.

Sin contestar palabra, vistióse Germánico el abrigo, tomó el sombrero y salió de casa acompañado de la mujer del mantón, que apenas podía seguir sus pasos. Su primera visita fué para el médico de la casa de socorro. Según éste, á Lázaro se le encontró caido en tierra, pero sin fractura ni señal alguna de violencia que demostrara la intervención de otras personas en el suceso. Por de pronto creyó que su muerte había sido ocasionada por la asfixia en una neurosis convulsiva; y únicamente el testimonio de las vecinas, con datos y observaciones posteriores, llegaron á prestarle alguna luz para la aclaración del misterio. A su juicio, la causa de tal muerte no era otra que una lenta intoxicación por el alcohol. En semejante estado morboso, la inmistión de una gran cantidad de este líquido determinó la agitación, el delirio, las contracciones espasmódicas, con

todas las consecuencias dolorosas del envenenamiento. Mucho impresionaron á Germánico estas declaraciones del médico, porque venían precedidas de ciertos augurios y pronósticos que nunca echó en olvido. En aquel abandono de Lázaro, impuesto á su amigo por circunstancias especiales, ¿no había algo de fatal y de reprensible? De cualquier modo que fuese, la profecía del doctor Gravidius se cumplía al pié de la letra. Pensando en esto, perdíase su imaginación en un dédalo de conjeturas. Posible era también atribuirlo á una de esas coincidencias inexplicables, ante las cuales conviene cerrar los ojos como ante un problema sin solución.

El acto trágico é inesperado de Lázaro, ¿había sido libre?

Aquel día lo pasó Germánico en cumplir las formalidades y requisitos del caso, para que el funeral de su amigo no encontrara entorpecimientos, y tuviera en su muerte las atenciones que no alcanzó en vida. Al volver solo y de noche á su casa, entregóse de lleno á las tristezas y recuerdos del suceso. La contemplación de la muerte deja siempre algo imborrable en el fondo del alma. Ocurrióle en aquella hora participárselo al doctor como un desahogo, y en efecto, se puso á escribirle largo y tendido. Muchas cosas le contaba en la carta, referentes

al desenlace del infeliz que ya no existía, pero sobre todo, recordábale en dos ó tres párrafos su profecía, insistiendo en ella como en una idea que no se puede desechar fácilmente de nuestra imaginación. Así lo comprendió el doctor, que le contestó al día siguiente con estas brevísimas líneas:

«Mi buen amigo: Su carta de V. me ha sorprendido por completo con la noticia de esa desgracia, y me uno de todo corazón á sus sentimientos. Me hago cargo de la disposición especial de su espíritu, y le aconsejo que no piense en ello, ni se deje llevar de nuestras dudas. No se acuerde V. de conversaciones y disputas que nada significan, de pronósticos que se echan á volar sin más razón ni fundamento que el de una idea improvisada.

Dice V. que ha acertado en todo esto; y bien, no lo niego; pero ¿cree V. que es ciencia la que se contenta y satisface con estos fáciles triunfos? De ninguna manera. La ciencia sólida y positiva exige mil testimonios, mil pruebas, mil datos, cien mil hechos repetidísimos, claros, evidentes como la luz del día. Sí, amigo mío, sí; es tan hermosa y tan grande la verdad, que con gusto se le sacrifica lo que más apreciamos en el mundo: este infinito orgullo de poder decir: ¡yo solo acerté! Hoy tal vez confiesa lo mismo que ayer puso ella en tela de

juicio; avanza y retrocede, porque cada día y á cada momento ve surgir nuevos problemas. Arde para iluminar á semejanza de los astros, pero como los astros carece de reposo. Su divisa es la misma que la de la antigua casa de Toscana: *Festina lente.*

Bien sabe V. cuánto le quiere su afectísimo

Alejandro Gravidius. »

Enero 1883.

MAXIMINO MAURY.

(ESCRITA Y COMENTADA POR UN AMIGO NATURALISTA.)

I.

—Ya conocéis al joven Maximino Maury, uno de nuestros primeros fumadores. Es un hombre moreno, ó más bien cetrino, delgaducho, de cabeza redonda, de ojos inquietos y apacibles al mismo tiempo, cabellos crespos y rizosos y una notable curvatura en la aguileña nariz, todo lo cual caracteriza su fisonomía con tal expresión, que no se explica sino comparándolo con alguno de esos productos vivos de la naturaleza que los zoólogos clasifican entre los animales ovíparos, sangre roja y caliente, cuerpo guarnecido de pluma, familia de los *túrdidos*, y á los cuales pudiéramos también llamar, por su pico delgado y puntiagudo, *subulirostros*.

Si nuestro hombre creyera en la metempsícosis ó transmigración de las almas, en muchas ocasiones hubiera llegado á preguntarse: ¿ha-

bré volado yo en otro tiempo? ¡Hay rostros tan problemáticos y extraños! Existe en un mismo individuo tal variedad de aptitudes, tal ligereza y movilidad en su espíritu, que á veces hasta el observador más minucioso y realista imagínase que aquél va á tomar vuelo. Y en efecto, si observáis á Maximino después de apurar la senda taza de café, con el cigarro en la boca, los codos en la mesa, terciando con gran contento en la charla de sus compañeros, alzando ó bajando la voz según el calor del debate, en medio de una viveza que no carece de atractivos, le encontraréis pasmosa semejanza con esos innumerables pájaros que alegran con sus chillidos, ya que no con sus trinos y gorjeos, el ameno boscaje.

Exteriormente aún lleva otro distintivo, otra especie de nota dominante por la cual se le puede reconocer en cualquier agrupación ó concurso de gente: viste siempre de claro. Su gabán ó su *pardessús* de invierno será más ó menos corto, de un medio color gris ó de un matiz más señalado de *marrón*, en la forma que el figurín de París lo determine; pero que ha de pecar de claro, esto es indudable. De aquí la contraposición, lo que con más prontitud hiere la vista de sus amigos asaltados por idéntica idea: hombre moreno, trage claro: él es.

A Maximino podéis verlo todas las noches

en el Suizo entrando á la derecha, ó en los confines billarescos. Es de los fijos. Su pasión favorita fué siempre el tabaco, y después del tabaco las muchachas. Conoce á la primer ojeada su procedencia, su calidad (la de los tabacos), su labor más ó menos esmerada, si son filipinos ó argelinos, si arribaron de Malta ó verdaderamente de Cuba. Con semejantes aficiones hasta su habitación ha tomado hace ya tiempo aspecto de estanco. Tal es el sin número de cajas, paquetes y venerables latas que conserva en sus estantes. Allí estuvieron las *conchas* de suave y delicado perfume; más allá los *trabucos;* encima de éstos las *brevas*, esas *brevas* morenas, fuertes, sabrosas, que acreditaron á Cabañas. En las cajas de la derecha yacían las *reinas*, cortas y redondas; á su lado los primeros *entreactos*, y más arriba las *regalías* de Partagás; *regalías* superiores, de la Vuelta de Abajo, envueltas y fajadas en papel plomo con su bonito anillo, para que no pierdan, viajando, la menor partícula de su aroma.

En otra parte del cuarto, y encerrados en sus estuches de fina piel encarnada, se ve una colección numerosísima de pipas. Otra más numerosa que la suya no se conoce. Desde la simple boquilla de ámbar, hasta esas complicadas manufacturas de la industria alemana, que representan un pequeño tronco ó declive,

sobre el cual se recuesta dulcemente una mujer desnuda, ó trepa un ciervo de inverosímiles astas. De imitación ó de espuma de mar, de pasta ó de cerezo, las hay de todas clases; y allí las conserva numeradas y ordenadas pór años, como un monetario de grandísimo valor. En su casa siempre le encontraréis fumando por placer; por distracción ó por *culotar* una pipa. Su mejor desayuno es un *pitillo*. Su postre diario, preciso, eterno, imprescindible, un cigarro puro de cualquier género que sea, habano ó filipino, venga de Valencia ó de Sevilla, con tal que arda á satisfacción. Como haya lastre en el estómago, el mejor digestivo que se ha inventado es una *breva*.

Esto no lo sabía Chapoteaut cuando tuvo que recurrir á la famosa peptona pépsica (vaca digerida y asimilable) para hacer la guerra á los extractos de carne y demás alimentos, desprovistos, como él mismo dice, de todo poder nutritivo. ¡Qué ignorancia! Y á guisa de corolario de la anterior doctrina, el joven Maury repetía muchas veces: «Un banquete sin habanos, es un baile sin música, lo más insípido del mundo, lo más tonto de la creación.»

¿Quién afirmó que el fumar es un vicio? Hombre primitivo, inepto, en el estado ridículo de la inocencia, sin necesidades ni aspiraciones, tal vez un eunuco á quien el despotismo

ó la naturaleza le privaron de conocer la delicadeza de este calmante, la embriaguez de este delicioso néctar. Para Maximino era indudable: un fumador decidido podía atravesar el desierto de Sahara, ó hacer el viaje de Nueva-York á San Francisco sin perro ni escopeta, con tal que llevara abundantísimo tabaco.

Deducción: el mejor compañero del hombre es un cigarro.

Consecuencias: envidiaba al gran Sultán, y soñaba con el Oriente.

¡Ah, el Oriente! ¡aquella vida vegetativa, sensual y perezosa, aquella naturaleza fecunda, exuberante, abrasadora; aquel sol de fuego que calcina la arena, dora la palmera y condensa en un grano de moka, como el químico más perfecto del universo, sabor, aroma, excitación, energía, lo espiritual y lo dulce, el placer de los sentidos y los espejismos de la imaginación! Había que oirle hablar de estas cosas, esa es la verdad.

Después del tabaco, las muchachas; aunque en esta parte no podía ser más inofensivo, conocido su carácter, su formalidad y sus deseos de consumar cuanto antes el sacrificio, quiero decir, de conseguir la mano de la simpática señorita Adelaida Corba de Tejero. Por lo demás, nadie sería capaz de propagar la especie de que, una vez casado, volviese Maximino á sus picar-

dihuelas. Suelen verse aficiones ficticias ó antinaturales, primas hermanas de las viruelas locas, que no dejan en el individuo que las pasa la menor huella; y tengo para mí que sus inclinaciones de Tenorio no debieron ser constitucionales, sino más bien intermitentes como la *satiriasis*. Creo, pues, que la señorita Adelaida obraría con mucho seso, no perdiendo el sueño por semejantes pequeñeces.

Sin embargo, como acontece en la generalidad de los casos, la opinión triunfante ha sido llevada por sus amigos á tal extremo, que se pusieron en duda hasta sus calaveradas más infantiles y vulgares. Se ha sostenido, y á mi juicio con poco fundamento, que nuestro joven Maury no había tenido aventuras, que carecía de carácter, de inventiva, de buen humor, de *vis* cómica; que era un pobre diablo; que las páginas de su juventud estaban aún en blanco; en fin, mil tonterías por el estilo que él mismo se encargará de refutar á renglón seguido, pues con motivo de la cuestión arancelaria y desestanco del tabaco filipino, asistimos juntos á unas conferencias que se dieron en el Fomento de las Artes, y hubo ocasión, que ni pintada, de que me hiciera algunas revelaciones interesantes acerca de su pasado. Le dejo, por lo tanto, la palabra. Ninguno como el protagonista podrá pintar mejor lo que ha visto por

fuera, ni expresar con más viva emoción lo que sintió por dentro. Habla Maximino.

II.

En aquel tiempo aún no había yo cumplido veinte años. Paquita Ramírez pespunteaba gorros y sombreritos en la calle del Carmen, y maniobraba con sus ojos con la misma agilidad y soltura que con la aguja, siempre que los transeuntes se detenían delante del lindo escaparate de su tienda. Era lo único que me traía algún tanto desasosegado, porque en punto á su honestidad, recato, cariño y buena intención estaba yo, no digo seguro, sino claveteado. Y ¿de qué sospechar? La veía recogerse todas las noches, acompañada de su madre, que era, por otra parte, una señora gruesa y redonda por los cuatro puntos cardinales. Hermosísimo ejemplar femenino, que se arrastraba penosamente, al subir por la calle de la Montera y rodaba al descender por la del Barco, como la consabida bola de nieve, que va creciendo, creciendo y creciendo...

(Al llegar á esta comparacion no pude menos de interrumpir á mi interlocutor, haciéndole observar la inexactitud de la figura, pues á ser verdadera hubiérale sido bastante difícil

á la buena señora entrar en su casa.) Continúa Maximino.

Además tocóme ser el preferido de su corazón entre la media docena de estudiantones que la perseguían y floreaban, y á quienes clasificábamos por desprecio en el orden de las *zancudas*.

Por último, ateníame á aquella máxima de Mahoma que dice: «Antes dudarás de la ligereza de tu caballo que de la fidelidad de tu amada.» Así es que yo adoraba á Paquita por un millón de razones: por su palmito trigueño y retrechero, por su talle coquetón y cimbreante, por su manera de andar, por cierto no sé qué que me producía tiritones al estrechar su mano y me hacía pensar en ella á todas las horas del día. La verdad es que las contábamos felices: cuando la acompañaba galantemente al volver desde su casa á la tienda, después de dar un paseito por la plaza de Oriente, y hablar de nuestras cosas. ¿De qué hablábamos? ¡Ah! sí, ya recuerdo: del zapatero de la Corredera Alta, que tosía como un becerro siempre que pasábamos por delante de su portal; de unas chicas vecinas que se pintaban y polvoreaban la cara con exceso; de las fieras del Retiro; de *Fray Liberto el del Cencerro*, que vimos una noche en la Infantil, y de otras muchas novedades públicas, teatrales, ecuestres y ca-

llejeras. ¡Ah! también hablábamos de su madre, que me guardaba cierta ojeriza, porque, á su parecer, Paquita merecía más ilustre y encopetado partido, y sobre todo porque á su niña no le sobraba el tiempo para perderlo en noviajos sin sustancia ni transcendencia.

—Chica—le decía yo en broma,—te voy á recomendar al embajador de Rusia. Es una buena persona. Verás tú cómo te pone de pieles. ¡Y poco bonita que irás con él á la Castellana, con tanta piel de oso y de conejo blanco!

—No estás tú mal oso—replicaba Paquita, mirándome con aquellos ojillos negros tan pícaros, y sonriendo, entre burlona y grave, con aquellos encendidos labios tan provocativos. Y luego añadía:—Oye, no me vuelvas á sacar á cuento á mamá para nada en este mundo. Ya te lo dije el otro día.

La gran cuestión se planteó entre nosotros al avecinarse los Carnavales. Pero antes hubo un incidentillo de poca monta. Para una cena opípara y mayúscula había yo reservado hasta quince duros en oro. Sabíalo ella, porque al fin y á la postre, como afirma el Corán, no hay corazón joven con viejo secreto; y una tarde tuve la inadvertencia de escondérmelos en la palma de la mano, cerrando apretadamente ésta, y proponerle que adivinase la cantidad reunida. Forcejeó ella con tal destreza, que

sus dedos, como sutiles cuñas, se abrieron camino hasta el fondo y me pescaron una moneda de cinco. En cuanto la vió en su mano, la levantó cuanto pudo, exclamando al mismo tiempo con una alegría que me sorprendió bastante:

—¡Para mí, para mí será! Ya tengo para una toquilla.

—Vamos, no seas tonta, devuélveme eso.

—No lo verán tus ojos. Anda, ¡como que me viene poco bien esa pieza! Habrá toquilla, chico, habrá toquilla.

Pues amigo mío, con la moneda se quedó. Al pronto me puse de mal humor, pero bien considerado, no creí que tuviera transcendencia ni malicia de ningún género, porque son cosas que pasan todos los días.

(Naturalmente; mientras haya novios como Maximino y dinero sobrante, ¿qué ha de suceder en toda tierra de cristianos? Por lo que toca á su malicia... no, lo que es como malicia... maldita la que lleva. Eso bien claro está.)

A pesar de este incidente, negábase Paquita á venir al baile con unas amigas, y mucho menos conmigo, por lo cual yo estaba triste y me acordaba del Instituto del Cardenal Cisneros y de aquel latín tan bonito que aprendíamos de corrido: *Laudate nomen Domini, laudate servi Dominum. Eripe me de inimicis, velociter me exaudi.*

No se atrevía á abordar á su madre para conseguir el permiso, porque la buena señora consideraba los bailes como lugares de perturbación, de tentación y corrupción. Jamás los había pisado, ni aun los conocía de vista. La consecuencia era inmediata. Paquita no debía verlos tampoco, puesto que su mamá, mujer ejemplar, como senté al principio de mi historia...

(Aquí interrumpí de nuevo á mi amigo. Ejemplar hermosísimo, á mi parecer, no es lo mismo que mujer ejemplar, y debe haber lastimosa confusión de conceptos. Maximino convino en ello y continuó de este modo:)

Pues como iba diciendo, con esta enemiga de los bailes, desgraciadamente no vería á Paquita en el teatro de Jovellanos, que era el punto de la cita. ¡Ay, amigo mío! no es hoy la Zarzuela, ni con mucho, lo que fué en otros tiempos. En mi época, por ejemplo, á revueltas de alguna paloma equívoca, pero rara, tropezábase con muchachas bonitas, con algunas modistas pudibundas, y hasta con pollitas de primer vuelo, que ensayaban el vals ó la mazurca, recién aprendida en la tertulia de sus amigas. Al través de sus infinitas peripecias, el baile conservaba una fisonomía risueña, pero honesta. Hoy, la fisonomía se ha convertido en una carátula. El dios que preside en nuestros días es un sátiro feo, incivil, borra-

cho, entre *burgués* y paleto, vestido de americana y *hongo* plebeyo, que después del baile se va á dormir la *turca* con la primera que encuentra.

Ahora volvamos á Paquita. Yo estaba desconsoladísimo. Cuando conté su negativa á mi amigo Ginés, á quien solía sacar de algún apurillo, pagándome estos favores con consejos de buen vividor, echóse á reir desaforadamente:

—Con que dice su madre... ¡ja! ¡ja! ¡ja! Con que no se atreve... ¡ja! ¡ja! ¡ja! Mira, no seas tonto y mándale billetes.

—Pero hombre, si ella...

—Mándale billetes y no seas tonto.

No quise oir más. Escapé de aquel demonio de hombre que dudaba de la veracidad de Paquita, cumpliendo con el sublime precepto de Mahoma: «Cierra tu oido á la calumnia y abre tu bolsa al peregrino.» Pero dos horas más tarde... ¡el corazón humano es tan veleta! me reuní con Ginés y cinco compañeros de cola, para ir á la Zarzuela y pasar una noche divertida. Vestíme, pues, de negro, como era de rigor en estos casos, y desde el café de Madrid, mesa quinta de la derecha, nos trasladamos al teatro. Ya cuando llegamos estaban danzando dos ó tres docenas de parejas. Entre éstas, la que más picó mi curiosidad, fué la de una joven vestida de beata, esbelta, bajita, bien formada,

tipo esencialmente madrileño, abrazada por un caballero alto, grueso, de barriga mayúscula, patilludo, que frisaría en los cincuenta, y que bailaba con el furor y el entusiasmo de un horterilla que se lanza al salón, después de doce meses de rigurosa abstinencia. Observándole desde cierta distancia, parecía un bolsista; desde cerca, y á pesar del lustre innegable de su levitón, pudiera muy bien confundirse con un pinche ó jefe de cocina. No había en todo el teatro una pareja más incongruente. ¿Quiénes serían estos... danzantes? Vaya V. á saber. Es que se ven cosas muy raras en un baile.

(Líbreme Dios de dudarlo, pero entiendo que no reza con el joven Maximino aquello del Salmista: *Nihil novum in saltatione.*)

También danzamos nosotros un buen rato, y fuimos á reponer las agotadas fuerzas, durante el intermedio, al *restaurant* del segundo piso. Zumbaba alrededor de las mesas una multitud de parejas buscando atropelladamente sitio donde sentarse. Como llegamos de los últimos, apenas nos quedó un rinconcito, que aprovecharon nuestras respectivas parejas. Los varones cenamos de pié al igual de los israelitas, que si mal no recuerdo, así celebraron su Pascua. Aquello me trajo á la memoria el proverbio árabe: «Desayúnate acostado, come sentado y cena de rodillas.» Cenar bien, y cenar

barato, ya se sabe que es un problema dificilísimo, por no decir imposible, en el *restaurant* de un baile. Se toma cualquier pastelillo, cualquier friolera con una copa de Jerez ó de *Chartreuse* y ¡á vivir! Pero, amigo, nuestras compañeras, y en particular la mía, que era una sanluqueña con remuchísima gracia, nunca acababan de pedir:

—Mozo ¿no hay riñones salteados?

—A mí me trae V. otro beef-steak.

—A mí un entrecôte.

—¿Qué es eso? A ver, sírvame V. uno.

—Pero ¿se viene V. sin aceitunas?...

—¡Eh! mozo, que sean de la Manzanilla.

Entre tanto, mi amigo Ginés, cómico y exagerado como ninguno, se apoyaba en la mesa, levantaba sus flacos brazos que semejaban paraguas enfundados, empuñaba una botella, y amenazando á las muchachas les gritaba:

—Chiquillas ¿vais á tener formalidad? ¿Qué pretensiones son esas? Sofocar al digno camarero con tanto y tanto... Vaya, hombre, pues estamos aviados... ¡Silencio! repito. A la primera que pida dos veces la reviento, la aplasto, la *espachurro*, la disuelvo y me la bebo. ¡Cáspita con las niñas!

Había á nuestra derecha un grupo de estudiantes y tres mascaritas que con cuchillos y tenedores marcaban el compás de una polka,

coreada valientemente por ambos sexos. Cuando entramos en el *restaurant* acababan de cenar y empezaban con sus canturias y libaciones. Ellas se habían puesto las caretas, lo que no les impedía alborotar en grande. Sobresalía entre todas una que, con servilleta en mano y sombrero calado, sacudía servilletazos á diestro y siniestro, como si manejara una batuta, y hacía verdaderas diabluras. Iba vestida de gitana, con corpiño negro, falda de color rosa con grandes volantes, peina dorada sobre el enroscado cabello, y unos collares blancos, que figuraban ser de perlas, velando algún tanto su seno de virgen, túrgido y moreno. ¡Ah! qué cosa más rica. Admirábala yo con curiosidad, con envidia, con muchísimo gusto, cuando apoyándose en mis hombros, me dijo el amigo Ginés á media voz:

—Mírala bien, Maximino, mírala bien, y buen ánimo, hijo mío. Prepárate...

—Pero ¿quién es?

—¿Aún no la has conocido? Esa es tu Paquita. ¡Anda con ella!

—Por de pronto dí un respingo... ¡Cristo santo! Luego solté la carcajada, porque ni en sueños podía haberme ocurrido semejante dislate. ¿Paquita en el baile? ¿Paquita en aquel trage? ¿Paquita bebiendo? ¿Paquita con sombrero de copa?... Vamos, hombre, se necesitaba tener la

cabeza á la gineta, haber perdido un tornillo de la idem ó ser un *lila* completo, para soltar un desatino tan mayúsculo y desaforado. ¡Y cuidado que era flojo! ¿Cómo? Aquella Paquita á quien yo adoraba como á las niñas de mis ojos, aquella honesta y reflexiva joven, llegaba sin más ni más al extremo de... Hombre, ni se te ocurra siquiera, y acuérdate del aforismo de Mahoma, que es lo que te conviene: «El sétimo cielo no ha sido creado en verdad para los falaces.»

Mientras hablábamos de esto, se levantó el grupo de estudiantes en masa y se dispersó en el salón, en medio del tumulto, siguiendo la música de un wals vertiginoso que hacía girar las parejas en arrebatados círculos. Nunca después en ningún baile he visto danza que se le pareciese. ¡Cristo santo! casi le daba la razón á la mamá de Paquita. Me asomé á la puerta como dudando: aquello imitaba al natural una polvareda de sabandijas, un aluvión de saltimbanquis, un ventisquero de muñecos, una tempestad de condenados. Todo el mundo se destornillaba.

Cuando decidimos entrar, la animación era loca, la bullanga indescriptible, la concurrencia inmensa, y reinaba esa alegría resuelta, provocativa, petulante, que se despierta á los postres de un gran banquete, ó más bien de

una gira en el campo entre gente animada y divertida. Concluido este primer wals, logramos reunirnos con nuestras parejas y seguir trabajosamente, entre pisotón y codazo, el aire *allegro moderato* de una polka íntima.

(Esta intimidad, así como lo demás que se ve por allí tan de cerca, me parece bastante sospechoso, tratándose de muchachas honestas, de modistas pudibundas, de pollitas de primer vuelo, etc., etc.)

Al acabar la primera vuelta, alcé los ojos y me fijé en un palco principal, de donde salían frecuentes risas, voces, ruido de palmas y bullían en el fondo unas cuantas máscaras. La más próxima se acercó al antepecho, quitóse la careta, miró al salón y se la puso al momento. Fué como un relámpago; pero yo me quedé frío, extático, inmóvil. El rostro de la joven máscara tenía increible semejanza con el de Paquita. ¡Cristo santo! tuve intención de subir al palco y... ¿subiría? Pero cá, luego me convencí de mi tontería. Nadie, ni aun de lejos, hubiera confundido la voz, las maneras, el aire desenvuelto de la susodicha máscara, con el hechicero recato de mi adorada. ¡Qué diferencia! ¡qué notable diferencia! Entonces recordé aquel proverbio árabe que dice: «El ojo del cazador rastrea las huellas de la leona, y adivina las de la gacela.» No me cabía la menor

duda de que Paquita, mi seductora gacela, no hubie... Un fuerte pellizco de la sanluqueña, que iba colgada de mi brazo, me sacó del éxtasis y me volvió á la realidad, preguntándome si me había quedado en oración mental. ¡Ay qué gracia!

Es que era muy chistosa mi pareja.

(Me temo que el chiste estuviera en otra parte.)

Por último, á las cinco de la mañana, cansados y molidos, nos encontramos en un palco principal con los seis compañeros de cola. Casualidad inexplicable: caía nuestro palco al lado de aquél, donde había visto mucho antes la máscara del parecido. ¡Vaya una casualidad!

A seguida se me ocurrió una idea diabólica. Eramos calaveras; nos preciábamos de muchachos originales, de jóvenes de chispa... Mi idea lo confirmaba. Bien es verdad que me arriesgaba á tener un lance, un lance serio, formal, desagradable, de esos que... Pero ¡qué demonio! yo estaba alegre, y V. sabe bien lo que es un hombre alegre.

(Noten Vds. ahora lo mal que pega un lance serio con un hombre alegre, y sin embargo, Maximino *forte che forte*. ¡Oh, príncipe de la juventud conquistadora tres veces admirable, el porvenir es tuyo!)

Sucedió, pues, que al salir ellas del palco

con los estudiantes, salimos también nosotros en un hermoso desorden. Ocasión como esta... Me adelanté hacia la joven mascarita, la abracé muy á mi gusto y le planté dos soberanos besos en el cuello. Eh, ¿qué tal? Desasióse de pronto, me arrancó el sombrero de la cabeza, me le dió tremendo apabullo y lo arrojó en medio del salón desde el antepalco donde finalizó el lance. Sus compañeros que esto vieron se arremolinaron, gritaron, aplaudieron á rabiar y se oyó por todas partes una lluvia de bravos, hurras, bravísimos, ¡bien por mi niña! ¡olé por la gitana! ¡viva tu gracia!

Me dí por convencido.

(Darse por convencido propio es tan sólo de los grandes hombres. D. Antonio Cánovas del Castillo, en no sé qué sesión del Congreso, no hace mucho tiempo, se dió también por convencido.)

Y quedé desengañado. Decididamente, no era Paquita. La hubiera visto ruborizarse hasta el blanco de sus ojos, desfallecer de vergüenza, ó protestar con santo coraje de aquel atropello de su dignidad... Pues nada, como si tal cosa. Convinieron mis camaradas en lo peligroso de la prueba, apenas les expliqué el motivo, felicitándome al propio tiempo por mi atrevimiento en el acometer, mi brío en el resistir, mi prudencia en el vencer y mi gloria

en el resultado de este triunfo. ¿Eh? ¡qué triunfo para la reputación de Paquita, y qué buen argumento contra la incredulidad de mi amigo Ginés! Figúrese V.

(Advierto á mis lectores que, á pesar de la bondad de este argumento y del consabido triunfo, el compañero Ginés continúa en sus trece. Es mucho Ginés este bribón, como diría Maximino.)

Al día siguiente esperé á Paquita en su calle. Paquita no salió de casa. Tal vez estaba enferma, lo que constituía otro género de prueba que la aquilataba á mis ojos y la colocaba á quince codos de altura sobre las demás ninfas del baile, sin exceptuar á la sanluqueña. Pasados los Carnavales volví á encontrarla, como era natural, en la Corredera Alta y la acompañé hasta la tienda. Según mis razonables sospechas, había estado en cama con un espantoso catarro, y debo confesar que me pareció más bonita que nunca con aquella palidez de su rostro, con aquel mirar triste, con aquella melancolía y abandono con que se despidió de mí dejando su mano entre las mías.

Después se presentaron los calores, pero Paquita no se curaba del catarro. La observaba yo algunas veces de perfil y otras de frente, chocándome sobremanera el achatamiento de su cara y el que su nariz, por otra parte, tan

graciosa, se afilase más de lo conveniente. Algo pasaba en el interior de aquella pobre chica. Diríase que se iba transformando en otra mujer que no era ella. ¡Pícaro catarro! Estos aires tan fríos del Guadarrama, y estos cambios tan bruscos de temperatura, son de lo peorcito, peorcito que tenemos. Por consiguiente, en vista de la persistencia del catarro, decidió mamá enviar á la muchacha á su país, á casa de unos tíos maternos que la echaban muy de menos, y que pensaban obsequiarla con el alma y la vida.

Valga mi apreciación lo que valiere, yo creo que Paquita era manchega, y lo deduzco de su afición al vestido corto.

¡Cómo quedan grabadas en la memoria estas juveniles escenas! Lo recuerdo á maravilla. La noche del 30 de Julio bajó al portal de su casa para despedirse, y yo la abracé tiernamente, deseando que volviera prontito á los Madriles para... repetir el abrazo. Llevaba un pañolito azul de seda cruzado sobre el pecho, falda de color habana con sencillísimos plegados y un delantal blanco, que acostumbraba á ponerse siempre que cosía. Me miró de un modo... Y con todo y con eso no me atreví á besarla. Imaginábame ver una monjita. ¡Pícaro catarro!

Á escape pasó luego el verano. En Agosto

hubo una ligera sublevación de no sé qué general de caballería, sin grandes consecuencias para el gobierno. Esta salida de tono del susodicho general fué mal recibida por el país, cansado y aburrido al considerar que todos nuestros generales, así de agua como de tierra, no sepan hacer otra cosa. Llegó el Diciembre á buen paso, y lo que más me afectó, sin contar con el frío, fué el no tropezarme con Paquita por ningún lado. La verdad es que estas enfermedades del pecho suelen pecar de traidoras y pertinaces, por cuyo motivo no extrañaría que la pobre muchacha... Lo sentiría de veras.

Dadas nuestras cariñosas relaciones, ignoro á dónde hubiéramos ido á parar de tropiezo en tropiezo. Pero mire V., todos los que la trataban decían lo mismo. Es un ángel esa criatura, lo que se llama un ángel. Por lo que toca á mi proceder, y hablándole á V. con franqueza, yo hubiera conseguido de Paquita lo que se me hubiese antojado, porque me quería muchísimo, y cuantas veces nos abrazábamos al despedirnos, siempre era ella la que más apretaba. Ahora bien, figúrese V. si yo... ¿eh?

V. tenga en cuenta estos antecedentes y va V. á oir lo chistoso del cuento; porque lo más chistoso fué después, al entablar relaciones formales con la señorita Adelaida Corba de Tejero. Estaba yo tan orondo y tan satisfecho

pensando en los preparativos de la boda, cuando un día se presentó el padre en mi casa y me anunció con visible prosopopeya, pues era un viejecillo muy seco y muy antiguo, que nuestro asunto no podía pasar adelante: mediaban ciertos excesos de mi parte... que yo les había ocultado algunos trapicheos... que aquello era grave, y que patatín y que patatán...

—Pero, señor, explíquese V. más claro—le dije yo sin caer en aquello de la gravedad.—Ya sabe V. que estas cosas trascienden... Adelaidadita recibió anoche un anónimo, y según de él se desprende, V. tuvo relaciones *íntimas* con una muchacha... modista.—Y bien, las tuve.—¿Y aún creerá V. que eso es poco?...—¡Hombre! ni poco ni mucho. Relaciones sin consecuencias, de esas que...—Sin consecuencias, pero no sin fruto.—¡Caballero! no diga V. desatinos.—El anónimo aseguraba que la susodicha había salido de Madrid para dar á luz en casa de unos parientes de su madre.—¡Qué disparate! Crea V. que eso es una invención, don Laureano. (Llamábase don Laureano.)—¿Luego lo niega V.? Pues el anónimo jura y perjura que ella tuvo un niño.—¡Calumnia, don Laureano, calumnia! ¿Quién se atreverá á sostener en público tan bárbara calumnia?—Cuando el río suena... Esas murmuraciones no se propalan sin algún fundamento; algo de verdad debe haber en el

fondo.—No, señor, ni en el fondo ni en ninguna parte. Paquita Ramírez era un ángel, una muchacha honesta y reflexiva, incapaz de deslizarse conmigo ni con nadie. A ver cómo me prueban lo contrario. ¡Mentecatos! ¿qué entienden ellos de pudor, ni de honestidad, ni de decoro? Luego hablan de lo que no entienden.

Ante afirmaciones tan claras y rotundas, dióse don Laureano por convencido, y no pasó más. Faltaban datos, pruebas, detalles y otros requisitos, no menos necesarios, para que aquella paparrucha se convirtiera en un hecho real y positivo. De manera que mis relaciones con la señorita Adelaida Corba de Tejero, continuaron sin el menor obstáculo por su parte.

En resumen: siempre que veo al amigo Ginés, insiste en lo de Paquita. Ahora está en el empeño de haberla columbrado uno de estos últimos inviernos entre las bailarinas del Teatro Real, en el cuarto acto del *Roberto*, cuando las jóvenes evocadas abandonan sus tumbas y empiezan á danzar, después de aquellas palabras de Beltrán:

Voi l' incauta promessa ademlir gli farete
Quella ad esso celando, che la mia man gli ordi
terribile rete.

Es empeño bien tonto. Sobre que yo detesto de buena fé la música de Meyerbeer, y apenas

oigo tres óperas al año, estoy segurísimo de que Paquita nunca aprendió á bailar ni tuvo afición á ninguna clase de zarandeo. ¡Bonita madre le regaló el cielo, para consentir que su única hija concluyese en danzante!

III.

Y aquí acaba, sin más comentarios, la relación de nuestro ilustre fumador Maximino Maury, á quien por ésta y otras aventurillas que me callo, tengo y estimo por un consumado calavera, por un hombre de mundo ingeniosísimo, por un narrador de primera fuerza, pues tal ha sido siempre su mayor deseo, que no dudo confirmaréis vosotros, amables lectores míos, y el que me rogó que diera mi dictamen, después de haber comprendido y aun saboreado su anterior inédita confidencia.

Posteriormente he visto que mi amigo Maury figura en la nueva estadística de la población entre los casados. Supe también, aunque esto por referencia de personas que le tratan, que á su dulce esposa, Adelaida Corba de Tejero, tiénela encantada con la charla de sus aventuras y lances amorosos, por más que ella no le permite disfrutar de aquella libertad de acción que logran otros maridos, tal vez menos

estimados y queridos. Una apreciación de tanta monta influye, á mi parecer, para que entre ya Maximino en el orden de las aves trepadoras, familia de las *psitácidas* ó papagayos, cuyas especies son aún más numerosas en España que en nuestras Antillas, de donde proceden.

Manolito Antúnez.

EL TESTAMENTO.

Todavía sobre el pedazo de cielo que ilumina el Poniente como un espejo de plata, dibújase negra la silueta del labriego al descender de la empinada senda ó al atravesar el carrascal; delante de sus pasos y con el hocico alzado, camina sin cansancio el perro fiel, olfateando á izquierda y á derecha el viento de la tarde, que trae entre débiles soplos los rumores de la aldea.

Al mismo tiempo que el crepúsculo, aparece en el horizonte la estrella fúlgida, como un brillante de fuego microscópico, cuando es un mundo que avanza como la tierra en colosales órbitas. La noche está ya próxima. Detrás del labriego asoma un grupo de viajeros en fuertes y pacíficas cabalgaduras, que atravesó no há muchas horas las crestas del Pirineo. Compónese este grupo de dos hombres y tres mujeres: la última parece por su trage campesina, y lleva un niño de pechos en sus brazos. A su

lado van dos bravos mozos, montañeses, de calzón corto, rústica alpargata, con la faja ceñida á la cintura, sombreros de grandes alas y una recia vara en la mano, que les sirve de apoyo, ó más bien para aligerar la perezosa marcha de los mulos. En otras circunstancias hubiera parecido caprichoso este viaje por la montaña aragonesa, la parte más fragosa y quebrada del Pirineo; pero en aquel tiempo eran muchísimas las familias que se arriesgaban, por ser casi una necesidad, cuando la guerra civil, cuyo principal foco se mantenía en las Provincias Vascas, impedía ó por lo menos hacía muy difícil el paso del Bidasoa.

Aún duraba el crepúsculo cuando el grupo de los viajeros entró en el pueblo. El aspecto de la posada donde se detuvieron no era verdaderamente halagüeño; pero el de más edad, débil todavía, no podía seguir adelante sin reponer sus fuerzas. Hicieron, pues, alto las cabalgaduras, y empezaron á desmontar, primero los hombres y luego las señoras. El equipaje entró sin obstáculo en la posada. Unos cuantos chicuelos sucios y desarrapados, formaron fila en la puerta, cerrando el paso y espiando hasta los menores detalles. A este punto asomó la posadera, que había bajado á recibir los huéspedes con la zalamería de una gata acariciada, y apenas vió á los curiosos, empuñó una

de las más recias varas y dirigiéndose hacia la puerta con no santa intención, los puso en precipitada fuga. Luego se puso al frente del grupo y acompañó á los viajeros al mejor departamento de la casa, que era una gran sala, fea, baja de techo, con las paredes blancas y desnudas y balcón á la calle. Tenía además una alcoba discretamente velada por una especie de cubrecama de descoloridos ramos violáceos, que servía de cortina, pendiente de una simple varilla de hierro.

Una de las recién llegadas se dirigió en voz baja á la posadera, y le dijo:

—Ya arreglará V. esa cama lo antes posible para acostar al enfermo. Y luego avisa V. al doctor.

—¿Al doctor?...—preguntó la mujer como si no comprendiera bien.

—¿No hay médico en este pueblo?

—¡Ah! Sí, señora, sí. Tenemos un buen físico. Mi Francisco irá en un vuelo cuando V. mande... Con que ¿tan enfermo está ese señor? No, yo bien decía para mis adentros cuando le ví la cara... Y apuesto algo bueno á que debe ser su marido, porque...

—Suplico á V. que no tarde mucho—afirmó la viajera interrumpiendo la charla descosida de la montañesa, que no se fué de allí sin haber saciado sus ojos en la contemplación del aspec-

to, maneras y vestimenta de la que le hablaba.

—Vaya, que es bien reguapa esta señora— pensó para sí.

Y en efecto: era una señora gruesa, rubia, en el apogeo de la madurez, de regular estatura, con el andar de una niña y la distinción de una gran dama. Había en sus ojos pardos y pequeños una extraña fijeza, lo que unido á la blancura intensa de su cutis y á la corrección, algo desfigurada por la gordura, de su rostro, formaba una de esas fisonomías que no se borran con facilidad de la memoria. Y lo que influye en esto no es un rasgo saliente, la curvatura de la nariz ó la redondez admirable de la barba, sino más bien el conjunto; un conjunto simbólico y expresivo que nos suscita esta idea: esa mujer debe ser lista.

Después de hablar con la dueña de la posada, se acercó al caballero de enfermizo semblante, á quien rodeaban con diligente celo los demás viajeros.

—¿Qué tal te encuentras?—preguntóle con singular dulzura, inclinando la cabeza para recoger la mirada casi caida del interpelado.—Ahora tomarás algo y podrás descansar á tu gusto. Decididamente ha sido un disparate venir por esos infames vericuetos... pero en fin, tú te empeñaste y aquí estamos todos.

Volvióse luego hacia la viajera más joven,

que había quedado sentada y soñolienta con el abanico en la mano, y le dijo:

—¿Cómo está ese ánimo, Matildita? Aún no se le quitó el susto á mi hermana. Y la verdad es que había para asustarse con lo que hemos visto. Tú te hubieras quedado en Pau de mejor gana ¿no es eso? Mire V., Andrea—añadió después de abrir una bolsa de viaje y sacar un envoltorio de papel;—estos fiambres no sirven para nada. Baje V. á la cocina y disponga V. nuestra cena... una cosa ligera... ya sabe V., á mí me atosiga la grasa.

Mientras la llamada Andrea iba á cumplir su encargo, entró una de las Maritornes con ropa blanca, bastante limpia, y avió la cama. Salieron del cuarto las señoras, y el más silencioso de los acompañantes, que parecía criado de confianza, desnudó al caballero de enfermizo semblante, y lo acostó en el lecho.

Por fortuna, el físico había ya vuelto del vecino pueblo, llamado para una consulta, y sin sacudirse el polvo del camino se presentó al poco rato, vistiendo levita negra, polainas de cuero, un *sombreráculo* inmenso, igualmente negro, tan idóneo para el sol como para la lluvia, y gafas azules que preservaban sus ojos, un tanto húmedos, del polvo y de la intensa luz. Parecía un buen hombre, á pesar de su hocico de zorro y de sus diez años de viudez, más

cuidadoso de su salud que del honor de la ciencia. Saludó con la gravedad que el caso requería y se aproximó á la cama. Pulsó dos veces al enfermo, observóle la lengua y miró con profunda atención el color ictérico de su rostro. Era, según su opinión, una enfermedad honda y traidora, cuyo diagnóstico no se formulaba en vista de las primeras observaciones; pero comprendió la gravedad del mal, y así lo hizo presente á la señora que le asistía. Al salir de la posada tropezó con Andrea, que le agarró de un brazo y le llevó al rincón de la puerta.

—Dispense V., caballero—le dijo con visible ansiedad;—soy el ama de la niña; hace más de nueve años que conozco al señorito; he comido su pan y no quiero ser desagradecida. ¿Podría V. decirme cómo se encuentra el enfermo?

Reflexionó el médico un momento, y no comprendiendo la intención del ama, contestó:

—A mi juicio, está grave... Yo no me atrevo á pronosticar el resultado, pero...

—¿Pero qué?... ¡Dios mío!... Cuando Vds. hablan así, es que no tiene remedio...

Como calló nuestro hombre, continuó el ama más afligida:

—Mire V., señor, no sé por qué me parece V. una buena persona, y voy á ser franca

con V. Con V., que puede hacer muchísimo en favor de una criatura... Porque, sépalo V., querido señor, se trata de cometer una infamia.

Oyendo esto el Galeno, se separó algún tanto del ama, quitóse las gafas para limpiarlas, y en el intermedio la miró recelosamente. Vió una mujer pequeña y maciza, con los brazos cortos como las aletas de la trucha y los pechos altos, lo que le prestaba cierto continente entre marcial y cómico. Su cara, redonda y mofletuda, expresaba en aquel momento tal sinceridad, que, apaciguados los recelos del doctor, entróle en su lugar la comezón de las gentes de cortijo, ayunas de grandes y extraordinarios sucesos. A su vez el ama echó en derredor una mirada y continuó diciendo:

—Ahora no hay nadie que nos escuche. Pues bien, en pocas palabras le pondré á V. al corriente de todo. Creo que puede V. hacer mucho en favor de la niña, y por eso se lo explico. Pero confio en que V. no me descubrirá.

—¿Y quién es esa niña?

—Mi señorito es de esos hombres que la han corrido bastante... en fin, tuvo una niña fuera de matrimonio; ya V. me comprende. La madre, pues, no existe... ¡Pobre señora! ¡Otra cosa sería si existiera!... Bueno, vaya, que después como mi señorito es así... entró en re-

laciones con esa tan guapa que ha visto V. sentada á la cabecera.

—¡Hola! Con que esa... Y su señorito de V. es el otro caballero enfermo... Pues parece de mucha más edad.

—Cuarenta y siete años y diez meses—replicó el ama incontinenti.—Ha perdido lo que no es decible de poco tiempo á esta parte. Y no crea V., es persona acaudalada, rica, muy gana-la vida, que ha estado en la Habana y hasta mucho más lejos... pero muy descuidada para lo suyo... Ya V. me comprende.

—Ya, ya,—repitió el médico, quitándose de nuevo las gafas y mirando hacia las oscuridades del fondo, donde se veía ir y venir una lucecita. Esta lucecita no era otro objeto que el candil del cebadero ó mozo de cuadra, que andaba á aquella hora en sus periódicas faenas.

—Como ahora se queja tanto—prosiguió el ama—y tiene tan mala cara, me temo, querido señor, una desgracia. ¡Y en qué sitio, Dios mío! Y en manos de esa... señora, que guarda bajo llave sus papeles... Por último, señor, yo desearía que le hablase V. de esto mismo, del peligro en que se encuentra. Y si consiguiese V. que hiciese testamento... ¿No está en la obligación de mirar por su familia, la verdadera familia, de mirar por su pobrecita niña? Vamos á ver, ¿no es siempre padre, pese á quien

pese? Yo no puedo olvidar que le dí el pecho y la crié como si fuera hija mía, que no ha cumplido aún diez años y que esa criatura se queda abandonada, tan pobre y tan desnuda como la parió su madre.

—Verdaderamente es grave eso que V. me cuenta—afirmó el médico, después de colocarse las gafas y reflexionar un breve espacio.—Yo no sé cómo recibirá ese caballero mis consejos, y esto sin contar con el resultado de la enfermedad, que ha de influir en sus resoluciones. Lo que podemos hacer es esperar á mañana. El señor cura es amigo mío, persona bonísima y apta para estos casos de conciencia. Puede que se le llame, y entonces... ¿me comprende V.?

Durante esta escena preparatoria, no se separó la señora rubia de la cabecera del enfermo. A media noche cayó éste en una gran postración, precedida de calofríos erráticos y ardientísima sed. Así pasó la mayor parte, agitado por continuos ensueños, y sólo consiguió descansar breves momentos al clarear el día. Cuando despertó, ya más tranquilo, y volvió la cabeza, sorprendió á la enfermera con lágrimas en los ojos.

—Estoy mucho mejor, Felisa mía—murmuró á media voz;—¿por qué te afliges así?

Miráronse ambos con profunda lástima en

apariencia, y no se atrevieron á expresar sus pensamientos. Media hora después se presentó el médico, demostrando con esta exactitud el interés que había tomado por su nuevo cliente. Observóle con atención, estudió los síntomas más alarmantes, y se retiró con la promesa de volver á medio día. Felisa le detuvo en el pasillo.

—Puede V. hablarme con franqueza, doctor. Estoy dispuesta á todo. ¡Qué noche hemos pasado, Dios mío, qué noche más horrible!

—Pues bien señora, hay un ligero alivio; pero continúa la gravedad.

—Me encuentro en una situación difícil y embarazosa... ¿Cómo le haríamos comprender el peligro á que está expuesto? Es un terreno resbaladizo que Vds. únicamente pueden abordar con mayor probabilidad de éxito que nosotros. Nunca agradecería á V. bastante esta deferencia para conmigo... Porque en la cuestión de intereses existe un completo abandono. La necesidad de testar está casi indicada y aun justificada por su opinión de V. ¿No lo cree V. así, doctor?

¡Qué coincidencia! Nuestro doctor la miró con verdadero asombro.

—Yo creo que sí,—respondió sin saber lo que respondía.

Luego calculó mejor, y añadió:

—Si quiere V. que le haga esta tarde alguna indicación...

Quedaron, por lo tanto, convenidos en que volvería al oscurecer y se hablaría al enfermo del asunto. Cuando supo el ama la determinación, parecióle sin duda muy extraña, porque dijo:

—Yo que creí que ella había tomado ya sus medidas... ¡Cosa más rara! Bueno, pues... trate V. de cogerlo á solas y hablarle al alma, al alma, sin perder el tiempo en rodeos.

Daban las siete de la tarde á tiempo que el médico con tardo y perezoso paso subía las escaleras de la posada. Ya en presencia de la señora, sacó un pañuelo encarnado de cuadros de color café, que por su admirable tamaño semejaba un banderín; limpióse el sudor repetidas veces, y anticipó este ligero consejo por vía de indirecta.

—Son estas precauciones higiénicas que debemos tomar para evitar un percance. Pero V. hace muy mal en permanecer en la alcoba tanto rato. En este periodo álgido de la enfermedad, las emanaciones de la fiebre son temibles. Puede haber hasta contagio.

Por un resto de pudor inexplicable ó por temor al contagio, Felisa lo dejó solo con el enfermo. Sentóse el doctor á la cabecera y empezóle á hablar de las contingencias de la vi-

da, de la necesidad de mirar por la familia, por los intereses creados, por el porvenir de los hijos, y que respecto á éstos había reparaciones justas y necesarias que eran el regocijo de nuestra conciencia.

—Yo he visto—repetía el doctor,—yo he visto la intranquilidad de su señora...

—¡Ah! ¿Es ella la que le indica á V que me hable en este sentido?—preguntó el enfermo levantando la cabeza por un movimiento de dolorosa sorpresa.

—Yo encuentro natural esta precisión. ¿No hay acaso individuos que en plena y cabal salud disponen de sus intereses? Estas cosas hechas, amigo mío, nunca están de más, y así queda tiempo para modificar nuestra última voluntad y obrar acertadamente...

—Basta—interrumpió el enfermo con sequedad.—Las indirectas sobran; pero juro á Dios vivo que no seré tan imbécil como hasta aquí.

Y sacando de entre las sábanas una mano escuálida y sudorosa, señaló con ella el bajo vientre por encima del cobertor.

—A ratos, siento en esta parte unos dolores intensos que me crucifican y anonadan. ¿Qué será esto, doctor? ¿Suelen durar mucho? Ahora estoy bien; tanto, ¡que me dejan pensar en eso! ¿Con que ella misma propuso?... ¡Oh, la mu-

jer! Sí, señor, sí; no soy tan ciego que no lo conozco. ¡Qué necio es el hombre que se deja guiar como un asno por este muñeco de trapo!

No era el doctor hombre de pasiones, sino un respetable viudo que adoraba sus pequeños vicios, y no comprendió la significación y alcance de esta *salida*, que parecía una broma. Aplazaron, pues, el asunto para el día siguiente, en que se avisaría al notario, testigos, etc.

Apenas se fué el médico, apareció Felisa, que debió oir la conversación tras la puerta de escape, porque se abalanzó á la cama y abrazó al enfermo, haciendo sobrehumanos esfuerzos para romper á llorar. Nunca faltan lágrimas á tales ojos; lágrimas de comediante, que bajan de la cabeza, y ni lavan ni purifican.

—Tú misma le has aconsejado que me mortificase, tú misma—repetía el enfermo, á la vez que con ambas manos separaba de sí la cabeza perfumada de Felisa, que se inclinaba para besarle.—Tenías recelos de que me olvidase de tí, porque piensas hacerlo tú de mí, ¿no es eso? ¡Oh! Sí; esperaba yo de esta mujer más consideraciones, más cariño, más sentimiento y menos interés.

—No, por Dios, Luciano; no es eso... Mi idea era muy distinta. Deseaba dejar á salvo mi decoro... Comprendía instintivamente, sin reflexionar ni darme cuenta de ello que sólo

una estimación profunda y verdadera podía legitimar lo que hubiese recibido de tí. No lo dudes, Luciano.

—Y otra gran necedad: ¿por qué le hablaste de mi hija? ¿No me has prometido velar por su porvenir como si fuera tuya? ¿A qué conduce entonces eso de las satisfacciones de la conciencia?...

—No hablé de semejante cosa; me atrevería á jurarlo...

Luego Felisa añadió de repente:

—¡Ah! Ya sé quién se lo ha dicho... Siempre que subo ó bajo me encuentro con Andrea en la escalera. Ya veo que sirve para procurador de pobres, y esa es la que se entiende con el médico. No puede ser otra.

Después de reconciliarse con su *amiga*, reaparecieron los dolores y el mísero no pudo conciliar el sueño hasta las altas horas de la madrugada. Como las cosas marchaban de mal en peor, y el médico había tomado algún interés, siquiera por la novedad del caso, decidió hablar con el señor cura, y éste, juntamente con el escribano, pusiéronse de acuerdo aquella misma mañana para llevar el asunto á sus términos regulares. Así es que apenas se recibió aviso del testador por haber entrado en una mejoría relativa, se adelantó nuestro galeno, aconsejado por los dos *notables*, con objeto de

prepararlo. No era hombre de los que improvisan sus argumentos; pero como en esta ocasión los llevaba pensados, estuvo más hábil y más diplomático que en su anterior conferencia. Oíalo el enfermo con atención suma, y casi creemos que en sus últimas palabras se excedió á sí mismo.

—No extrañe V., amigo—acabó diciendo, puesto ya de pié,—que me haya extralimitado de mis facultades hasta penetrar en el terreno privado, íntimo, secreto, digámoslo así, de la conciencia. No me guía otro interés que el de la simpatía... Concédame V., cuando menos, un poco de experiencia; pues bien, la experiencia sirve para estos casos, ó no sirve para nada. Y créame V. á mí que soy ya viejo: una buena obra es un tónico más excelente que la mejor preparación de quina. En cada naturaleza hay un nuevo misterio, es decir, afinidades desconocidas; por eso caminamos á ciegas. ¡Quién sabe, en ocasiones, á qué se debe la salud! ¿Es á la amargura de la genciana ó á la reacción moral que produce un resentimiento disipado?... Son, pues, provechosos todos los paliativos si nuestro fin es bueno. Cuando le recuerdo á V. que tiene una hija, y que ha de velar por ella no dejándola en mercenarias manos, no dudará V. de la sinceridad de mis intenciones...

Al concluir su peroración, sacó nuestro doctor el histórico pañuelo de cuadros y se enjugó el sudor, que con extraordinaria abundancia brotaba por todos los poros de su cabeza.

—Sí, bueno—murmuró el enfermo de malísima gana y tomando otra postura;—ya le he dicho á V. antes que me fatigan estas repeticiones... Vamos, déjeme V. en paz, y que entren esos señores...

El acto del otorgamiento vino á durar dos horas largas. A su vez el señor escribano se permitió hacer algunas observaciones jurídico-morales que motivaron un impetuoso arranque del enfermo:

—¡Por Cristo crucificado! Parece que traen Vds. aprendido el mismo sermón...

—Dispense V., caballero, nosotros...

—Es mucha manía la de esta gente... Nada, nada; de un modo ó de otro he de recompensar á las personas que me rodean y que sacrificaron su reputación y su libertad por mí. Su falta de estimación es lo único que haría variar mi regla de conducta.

Inclinó el oficioso curial sobre el papel su cabezota, rapada como la de un clérigo, y continuó escribiendo aquel prefacio solemne y litúrgico, detrás del cual viene la voluntad del testador, respetable, inconcusa, grave y repartida en capítulos como los mandamientos de

la divina ley: *Primero*, declaro que, etc., etc. Fuera de algunos legados y mandas insignificantes, disponía de la herencia en favor de doña Felisa Vicente y Pueyo, viuda, de mayor edad, etc., etc. Firmaron los testigos y acabó el acto. Ligero murmullo de voces vagó por la estancia del enfermo, y todo quedó en silencio. Las personas de su intimidad entraron después con cierto temor religioso, y mirando tímidamente al principal actor. Felisa, su hermana Matilde, el enfermero mudo, la misma Andrea parecían preocupados por algún grave acontecimiento. ¿Es que acababa de cometerse una iniquidad, como decía esta última?

Aquella misma noche avistóse el escribano con sus amigos, el señor cura y el interesante doctor, que al conocer el espíritu y letra del testamento, pasó malísimo rato, porque era de los que, encariñados con una buena idea, se indignaban en cierta medida contra aquéllos que no la habían aceptado. Por su propia boca lo supo también la Andrea; pero el ama era otro temperamento, y al saberlo lloró y se enfureció, jurando por su nombre que las cosas no habían de quedar así, y que si era preciso, quemaría los *papeluchos*. Entre tanto el enfermo continuaba sufriendo y revolviéndose en el angosto lecho, cuando los dolores, como rabiosos perros, parecían lanzarse á su vientre y hacer

presa en sus carnes; así lo veía al menos en fatigosos ensueños.

A la mañana siguiente llamó Felisa á una de las criadas, y le entregó una carta para el correo. Como el ama estaba casi siempre entre la escalera y la cocina, subiendo ó bajando, conoció la letra del sobre, al pasar la otra con la carta, y echó tras ella. Alcanzóla en la calle y le dijo:

—Chiqueta, dame acá esa carta, porque yo tengo aquí otra y llevaré las dos.

Titubeaba la muchacha en entregársela; pero el ama añadió en seguida:

—Pareces tonta, mujer; vete donde quieras, y no digas á la señora que me has visto.

Al mismo tiempo que doblaba la esquina, vió al final de la calle el *sombreráculo* del médico entre un grupo de montañeses.

—Viene V., señor, que ni llovido del cielo. Esta carta es de la señora, y no sé por qué me da el corazón que nos ha de servir de mucho.

—Vamos al portal de enfrente—repuso el interpelado.

Entraron dentro, y rasgaron el sobre. Después de quitarse las gafas leyó lo siguiente:

«Querido Ricardo: cuando recibas esta mía, nuestro pobre Luciano estará Dios sabe dónde. A juicio del doctor que le asiste, la enfermedad no tiene remedio... ahora lo *principal* está ya

en salvo. Pero ¡cuánto nos ha costado ponerle en el camino razonable! Matilde, el doctor, Eusebio, yo misma, hemos estado machacando cuatro ó cinco días sobre el mismo tema. Ya conoces su carácter reservado y quisquilloso... Y si he de decirte la verdad, me temí un verdadero fracaso. Bástete saber, que hasta el ama intervino con sus acostumbradas sonajas, y tuve que dulcificar su ruido con la música de una formal promesa: con la promesa de recoger esa chicuela que pasa por hija suya, aunque yo no lo creo. Estas cosas siempre cuestan algún sacrificio, siquiera sea de palabra; por supuesto que pagándolo bien... Por razones que comprenderás, reservo los detalles para el día, tal vez muy próximo, en que tenga la dicha de abrazarte tu cariñosa prima, *Felisa.*»

—¿Eh? Señor, bien dije yo, que la carta había de abrir los ojos al más *cegambo*.

—Pasma semejante frescura—contestó el doctor.—Aquí habla de su marido ó lo que sea, como del moro Muza...

Acordes ambos en lo que había de hacerse con la carta, despidióse nuestro Galeno de Andrea, y se dirigió á casa del escribano. Aconsejóle éste la presentación del documento detenido, repitiendo lo mismo que le encargó días atrás.

—Todos los medios son buenos cuando el fin es santo. Abrale V. bien los ojos con las revelaciones de Andrea, y si se decide, aún hay tiempo; el reconocimiento de su hija, legítima y forzosa heredera, echa abajo todos los legados y mandas del testamento por la querella de inoficioso. El caso es bastante grave para no tenerlo en cuenta; corra V. allá y avíseme con la misma Andrea.

La excusa de la visita era suficiente motivo para presentarse de nuevo en la posada, aunque no hacía cuatro horas y media que acababa de salir de allí. Pero en este corto plazo ¡qué cambio tan grande y tan inesperado! Cuando se acercó al lecho del enfermo y vió aquel enflaquecimiento de su rostro, aquellos hundidos y lacrimosos ojos, aquel sudor tibio y viscoso que humedecía su amarilla piel, no dudó ni un solo momento en que la batalla se perdía. Era acaso una diátesis purulenta, ocasionada por anteriores fatigas ó por excesivos trabajos. Hízole tomar una pequeña dosis de opio y esperó, sentado á su cabecera, que calmara la agitación en que le había sorprendido.

—¿Cómo me encuentra V., doctor?—le preguntó don Luciano al poco rato.

Trataba el doctor de darle una prueba de su estado relativamente bueno, enseñándole un extraño documento, un documento que le abrie-

ra los ojos respecto á su situación actual y á lo que debía esperar de las personas íntimas que le rodeaban.

El enfermo leyó la carta. ¡Qué horrible desencanto! Al través de sus líneas, parecía asomar su hipócrita rostro el interés sórdido y miserable... Mirando bien, su sonrisa se convertía en una mueca... y á veces dejaba ver su mano fría y temible, aquella mano que había estrangulado moralmente á tantos moribundos. Quiso rasgar el papel, pero se lo impidió el doctor.

—Sí, amigo mío, sí; ahora veo claro... y me arrepiento de no haber reflexionado sobre todos los antecedentes de esa infame mujer... Pero el golpe se ha de dar en secreto: cite V. á sus amigos para esta noche, y firmaremos el reconocimiento de mi hija...

En esta ocasión salió el doctor de su paso y corrió, es decir, bajó apresuradamente las escaleras, donde encontró á la infatigable Andrea. Mientras tanto, Felisa, que había velado hasta las primeras horas de la mañana, dormía profundamente en el cuarto de Matilde. Así pasaron dos horas. Sin embargo, despertó á las siete y se vistió á toda prisa al oir voces, sollozos, pasos precipitados y ruido extraordinario en la escalera. Al momento comprendió la causa, y mucho más viendo en la alcoba del

enfermo al escribano, al médico, á Matilde y á la misma Andrea, que se enjugaba los ojos en un rincón de la sala. Entraba al propio tiempo la posadera con un frasco de cristal en la mano: era la última medicina. Todas las miradas estaban fijas en el rostro descompuesto del enfermo: deliraba sin agitación, aunque harto se traslucía el desorden interno y doloroso de sus funciones. Aquella cabeza extraña con sus mechones grises, con sus extraviados ojos, con su tinte amarillo como una careta de cera, tan flaca y tan espantosa, no parecía la suya. Observábalo el escribano, apoyado en una cómoda, ya en los últimos términos del cuadro, mudo y pesaroso por haber andado remiso en el cumplimiento de sus deberes, y al acercarse al médico, le dijo al oido:

—¿Podemos esperar algo?

—Hemos llegado tarde, amigo mío; esto marcha á escape.

Volvieron ambos el rostro hacia la alcoba, y vieron una cosa extraordinaria.

En medio del recogimiento que se guardaba, acercóse Felisa á la cama y posó una de sus manos sobre la frente del enfermo. Éste, que parecía hablar consigo mismo, murmurando palabras ininteligibles, la miró en silencio, hizo un esfuerzo para moverse y exclamó en voz baja:

—Tú... tú...

Luego, como si mascullara la saliva, abrió los labios y la escupió brutalmente al rostro.

En el momento quedóse Felisa pálida y como yerta ante semejante ultraje; pero á seguida, cubriéndose los ojos con un pañuelo, salió de la alcoba sollozando y repitiendo estas palabras:

—Delira, sí... delira. ¡Dios mío, qué espantoso delirio!

Tres horas después el enfermo era cadáver. Por una vez más, la voracidad de la pasión necesitó una víctima, y la tuvo. ¡Cuántas lágrimas, qué infinitos dolores por un momento de debilidad!

Existen, sin duda, algunos seres que llevan un signo de reprobación en su existencia; y esa misma niña, huérfana de toda fortuna, podrá dudar mañana de la conciencia de su padre, mientras ignore que la pasión desordenada llena de héroes y de locos, de réprobos y de elegidos, aquellos tristes lugares destinados á la muerte.

Marzo 1883.

LAZOS DE SEDA.

Á MI QUERIDO AMIGO D. JUAN REINA.

I.

SOSPECHAS.

Por entre los altos y redondos pilares, en los mismos soportales de la famosa *Acera*, á más de cien pasos de distancia, se divisa el rótulo cuyo fondo es oscuro con las letras doradas, que dicen: *Lanas superiores*. Encima de esta gran muestra que nos indica el género especial del establecimiento, se abre el balconcillo con tres anchas vidrieras, achatado, feo, y tan bajo de techo, que una persona de mediana talla no conseguirá asomarse, sin inclinar la cabeza y saludar con muda cortesía al transeunte. Aquella serie de balconcillos que apenas varían en la forma, semejantes á las tribunas reservadas de algunas iglesias y medio ocultos por las tablas de los rótulos verdes, violáceos, blancos ó dorados, completan la fisonomía antigua y característica de los soportales.

A una hora determinada de la mañana, este pequeño centro se anima, toma un aspecto fresco y risueño en medio de la sombra, teniendo delante de sí la plaza inundada de sol, y se ven pasear á lo largo grupos de ociosos, hacendados ó viejos; algunos oficiales de caballería ó de la Guardia civil haciendo sonar sus espuelas ó luciendo sus casacas azules con solapas y vivos encarnados; curiosos que se detienen en las tiendas para comentar la última sesión del municipio; gentes madrugadoras; muchachas de servicio que se retrasan; alguno que otro viajero madrileño ó del país, comisionista, ingeniero, negociante, personaje político, cómico sin contrata que se distingue por su trage claro, especial, correcto, vistosísimo ó flamante, por sus maneras sueltas y desembarazadas, por cierto aire de superioridad y de desenfado. A esta hora se ve también al dueño de la modesta tienda que se recomienda al público por este título, no menos modesto, de *Lanas superiores*; se le ve, decimos, á la izquierda del mostrador, con la pipa en la boca, una sábana de papel en la mano, engolfado profundamente en la lectura de *La Gironde*, su periódico favorito. Nadie que cruce por los soportales podrá confundir aquella su fisonomía viva y encendida, que tiene la tersura y el encarnado matiz de una manzana de invierno, en cuya parte

superior sus ojillos negros parecen dos agujeritos insignificantes, con las caras morenotas y largas de los criados que despachan ó permanecen recostados en la repisa de la anaquelería con la nariz al aire, esperando la llegada del comprador y poniendo atento oido á los infinitos rumores de la calle. De pronto, una voz fresca de mujer, desde el interior de la casa, saca de sus distracciones á los habitantes de la tienda con estas perentorias palabras:

—Ariscaut, haz el favor de subir un momento.

Oido lo cual por el lector de *La Gironde*, deja, aunque de mala gana, su periódico, enciende la pipa recién apagada, y arrastrando las zapatillas como el que anda en chancletas, se pierde en el fondo de la tienda, que tiene cierta semejanza con un tubo, y se le oye subir las escaleras sin gran apresuramiènto. Luego se perciben con más claridad las voces de Ariscaut y de su mujer alternando con viveza como si disputaran, y á seguida el golpe de una puerta que se cierra violentamente. Pero este conflicto tiene también su historia.

Francisco Ariscaut, natural de Vaucluse, que forma parte de la antigua Provenza, se había casado en Valladolid después de tomar el establecimiento, al que acabamos de echar una rápida ojeada, para la venta de paños y

géneros de lana, especialmente franceses. Su buen humor, su inacabable charla, su carácter bromista y comunicativo, hacían del señor Ariscaut un sugeto apreciable y simpático bajo muchos conceptos. Esto es lo que podemos llamar su lado fuerte, porque también se le conocía su punto vulnerable á semejanza del héroe griego. El calcañar sensible, ó en otros términos, el flaco de nuestro mercader, no era otro que la estética ¡quién lo diría! la estética realizada por el bello sexo. En esta parte parecía conservarse en los veinte años: tal era el fuego y el apasionamiento y el discreteo que lucía en presencia de una mujer joven y bonita; y lo chistoso del lance consistía en que su esposa merecía igualmente este título, y en ocasiones la requebraba y abrumaba á piropos como á cualquier otra, sobre todo si había que acallar sus celos.

Motivos no le faltaban para estar celosa y aun ofendida por la conducta de su marido; pues precisamente el día anterior había recibido por el correo un anónimo en que se citaban personas y se daban detalles curiosísimos, de los que no podía dudarse. Solía el señor Ariscaut, al llegar el verano, hacer un viajecito á Francia para visitar las fábricas y elegir por sí mismo los *castores*, franelas y lanillas que más necesitaba. No todos los años salía de Vallado-

lid; pero aseguraba el anónimo que el señor Ariscaut tenía preparada su maleta y que no haría el viaje completamente solo, según sus datos. Designábase á una modista, institutriz francesa ó cosa así, llamada Valentina, como la compañera probable del susodicho, y añadíase que el punto de parada debía ser la frontera, y el acordado para verse una fonda de Bayona.

Como lo del viaje resultó verdad, temió Victoria (tal era su nombre) que la segunda parte fuese igualmente cierta, por cuya razón exigió de su marido algunas explicaciones aclaratorias. La sesión fué secreta, y no sabemos de qué recursos echaría mano, ni si llegaría hasta la elocuencia, cosa á un comerciante permitida en estos tiempos de *meetings* y parlamentarismo; pero lo que no cabe duda es que Ariscaut la convenció de la perversidad de los anónimos y del escaso crédito que merecían. Verdad era que la abandonaba por algún tiempo; pero su objeto no podía ser más lícito: marchar á Madríd, y desde allí á Valencia, con intención de arreglar ciertos negocios y ponerse de acuerdo con determinadas casas de comercio. Véase, pues, cómo el anónimo mentía lo mismo que un bellaco, ó poco menos, y no daba pié con bolo en maldita la cosa.

Como prueba de su veracidad y de su inocencia, le propuso llevar consigo á Antonio;

era el hermano menor de Victoria, joven aprovechado que acababa de cursar la Jurisprudencia, y en el próximo invierno se haría notario si un adverso destino no malograba en flor facultades tan sobresalientes. Para el porvenir reservábase el emprender la carrera de ciencias, lo que demuestra el alto aprecio que tenía de sí mismo, y la elasticidad de su inteligencia que así abarcaba los conocimientos sintéticos y narrativos como las verdades lógicas y matemáticas.

Con este ofrecimiento de Ariscaut, creyóle Victoria bajo su palabra, y no tuvo por conveniente ni por decoroso que le acompañase su hermano como testigo de vista. Pero á veces, sin saber por qué, asaltábanle de nuevo furibundas sospechas, y llamaba á parlamento á su marido inopinadamente, como hemos visto en el comienzo de nuestro relato, para decirle por centésima vez:

—Oye, ¿no podías dejar ese viaje para más adelante?—El caso es que en estas llamadas y conferencias llegó el último día de la semana, y Ariscaut arregló su equipaje como la cosa más natural del mundo, despidióse de la familia, y aquella misma noche tomó un asiento en el tren de Madrid. Dos días después hubo ya carta, fechada en la corte para mayor descanso de la adorada esposa.

Todo el olor de lo sucedido debió dar sin duda en las narices de aquel endiablado anónimo, porque trató de aguar la confianza y la satisfacción de Victoria con una segunda epístola, recibida casualmente al otro día de la de su marido. A pesar de ser letra desconocida para ella, picóle más que la otra vez la curiosidad, y se decidió á enterarse del contenido, que venía á decir en resumidas cuentas lo siguiente: «Desconfía de los juramentos y de las palabras de los hombres. Ten por muy seguro que el día primero de Julio tu marido y la citada individua deben reunirse en la fonda del Mediodía de Bayona. Pruebas no me faltan, lo que se llaman pruebas; pero no te las remití por demasiado fuertes. Para hácer boca te basta con este anuncio. Prepárate en mi tercera á recibir la *gorda.*»

Pesábale ya á Victoria haber abierto este maldecido anónimo que la entregaba de nuevo á su intranquilidad y á sus sospechas. A tal sazón entró Antonio, el único de la familia á quien confiaba sus disgustos, bien fuese por esa gran confianza que se establece entre ciertos hermanos, ó porque tuviera formada de su talento una alta y ventajosa idea. Dióle á leer el anónimo, añadiendo:

—La letra yo no la conozco, pero ve lo que dice. ¿Será eso verdad, Antonio? Vamos, así

no se puede vivir. ¿Qué te parece que hagamos? ¿Cómo evitar ese aborrecido viaje? ¡Y yo que quedé tan confiada después de aquellas protestas, después de tanta palabrota y tanta cháchara... *velay* lo que son los hombres!

Callaba entre tanto su hermano, sumido al parecer en las profundas y difíciles reflexiones á que la lectura de la carta daba lugar. También ella reflexionó un instante para añadir resueltamente:

—Iré yo misma á Bayona. No creo que tenga valor para seguir adelante estando yo allí. Ya estoy decidida, ¡vaya si estoy decidida! Además... que somos tontas de capirote: tanto afán de casarse para ver estas cosas; para que nos vuelvan la espalda á las primeras de cambio... ¿No es esto un desprecio? díme tú. A mí no me *pinta bien* esto. Yo lo siento como si fuera un desprecio, y no veo que una valga menos que las demás.

Era Victoria rubia, pequeñita, tal vez demasiado pequeña, de formas suaves, finas, redondas, y sin alcanzar una notable belleza, encontrábase en su conjunto la gracia de lo bonito, amén de ciertos delicados detalles como el buen color, una mano blanquísima y cual si estuviera hecha á torno, el cabello castaño, algo rizoso, y otros semejantes que, aun siendo de menor importancia, no carecen de valor estético.

Bien convencida estaba de ello; así se comprende la fuerza de su última frase y lo mucho que le dolía verse obligada á traducir la locura del marido por disimulado desprecio.

Su hermano la devolvió el anónimo y habló por fin:

—No te preocupes por lo del viaje. Sería un disparate que fueras tú sola. Iré yo.

—¿Tú?...

—Lo he pensado detenidamente. En estos caprichos, más ó menos pasajeros, basta la presencia de un pariente ó amigo para que todo quede en agua de borrajas. Si, lo que no es probable, opusiera alguna resistencia á mis consejos, yo le hablaría como debe hablarse á esa señora...

—¿Qué señora?...—repuso Victoria con un mohín de desprecio.

—Bien, á esa individua... que no conocemos.

—Pero ¿de veras te decides? Puede que sea eso lo más acertado.

Parecíale al pronto que la determinación de su hermano iba á poner fácil y sencillísimo término á aquella aventura.

—Pues no que no. Arreglas mi maleta y mañana salgo de Valladolid—contestó Antonio con gentil presteza.

Era mucho más alto y más flaco que su hermana, asemejándose, sin embargo, en los ojos

azules y en el perfil correcto y proporcionado de la cara.

Mientras él se paseaba por la salita con las manos en los bolsillos silbando ruidosamente y revelando en su aire impertinente de doctorcillo toda la importancia de que se revestía y del cual no se apeaba ni aun en medio de la familia, Victoria abría y cerraba los cajones de su cómoda en busca de algo que no encontraba en aquel revoltillo de trapos, ropas y enseres. Con su bata de color de garbanzo y su pañolito escocés de seda anudado al cuello parecía, vista de espalda, una niña algún tanto desarrollada. En este tragín de abrir y cerrar, su imaginación no cesaba de dar vueltas á la misma idea, hasta cambiar poco á poco de modo de pensar. Por último, recogiendo las llaves, se volvió hacia Antonio y le dijo:

—No, mira; no me parece bien que te expongas á tener un disgusto con mi marido. Yo le escribiré. Lo del viaje es una tontería. Porque supongamos que sea todo cierto, que lo sorprendes en Bayona, que tenéis un altercado, que llegas á arrebatarte... pues ese es uno de tus defectos.

—Vaya, mujer, muchas gracias. ¿Crees tú que todavía soy un niño? Es lo que más me revienta en todos vosotros. Nunca ha de salir uno de los diez años. Nada, ni que me faltara

el sentido común ó no comprendiera lo que son estas cosas. Pues ten en cuenta que no lo hacía únicamente por tí: lo hacía por mí, por todos nosotros y por el buen nombre de la familia... ¡Tiene esto gracia, hombre!

—Si te empeñas en ello—repuso Victoria,—no me opongo. Por lo mismo que te quiero es por lo que no me decidía á concederte el permiso. La sola suposición de que pudiera haber entre vosotros el menor choque... Ya conoces el carácter de Francisco.

—Choque... ¿y por qué? Vamos, que no será tan fiero el león como lo pintan. Cansado está uno de oir y de saber en lo que vienen á parar estas niñerías. Por ese lado no hay que temer nada. ¿Con que consientes ¿eh?

Luego, abrazando á su hermana y viendo que ésta no replicaba, añadió en otro tono:

—Joven, fíese V. de este consumado maestro. La verdad es, que teóricamente sé yo tanto como cualquier otro, y sobre todo atengámonos á la ley. Papiniano y yo estamos conformes en eso. Ya verás cómo se porta esta buena personita... ¿ó es que has perdido la confianza en tu Antonio? Pues es el mismo de siempre, que irá por tí á donde no iría por ninguno. En fin, chica, se *madrugará* porque te se aprecia. Con que querrás que me vaya, ¿verdad?

Victoria, que era más débil de carácter por la movilidad de su imaginación que el joven leguleyo, se dejó acariciar sin oponer resistencia y sin negarse á sus reiteradas instancias, lo que equivalía para su hermano á un explícito consentimiento.

II.

¿QUIÉN SERÁ ELLA?

Acontece con alguna frecuencia que en un coche de primera ó segunda clase se reunen diez y aun doce personas pertenecientes al sexo fuerte, y entonces por corto que sea el viaje la conversación se hace general, reinando entre todos una especie de franqueza, según los caracteres, que permite establecer un cambio recíproco de ideas. Bien es verdad que suelen oirse cosas muy raras y ocurrencias las más estupendas del mundo; pero la buena crianza y la falta ó escasez de antecedentes que cada viajero tiene del vecino, influyen grandemente para que estas discusiones y polémicas no degeneren en un reñidero de gallos ó en un pugilato de plazuela.

Hemos dicho con alguna frecuencia, porque en el tren expreso que había salido de Madrid para Francia, y al que nos referimos en este

momento, no se había concertado entre los siete varones que marchaban reunidos, esa buena armonía, ó confianza, ó llámese como se quiera. Hablábase á ratos en dos grupos; otros se contemplaban con cara de aburridos; el sexto leía la interesante *Guía de ferro-carriles*, y el sétimo continuaba reclinado en la ventanilla y observando lo de fuera. De éste nos ocuparemos con preferencia por ser uno de los primeros *papeles* de nuestra comedia. No miraba el paisaje del camino ni las quiebras ni ondulaciones del terreno, porque sus ojos, su atención, todo su espíritu teníalo puesto y como clavado en una mujer que por matar su fastidio, ó por curiosidad, asomábase de vez en cuando á la ventanilla del segundo departamento. No era una niña: frisaría ya en los veintiseis años, que algo disimulaban la blancura límpida y mate de su rostro, sus ojos pardos bañados por esa humedad que parece prestarles más brillantez ó más ternura, y cierta gallardía en sus movimientos, que acertaba á confundirse con la flexibilidad y la gracia de la primera juventud. Sus manos, igualmente blancas y pulidas, jugueteaban con un abanico de esos que llaman pericones, colgado de su muñeca. Las bridas de seda de su sombrerito, anudadas bajo la barba, se habían desenlazado, y flotaban al aire movidas por una li-

gera brisa. A veces, una de éstas, ancha y de un rosa pálido, llegaba á rozar la barba de Antonio (pues este era el viajero), que se sentía dichoso al verse acariciado por aquel suavísimo aleteo de la cinta.

El tren seguía marchando con gran velocidad. Cierto que se sentía dichoso, pero hostigado al propio tiempo por una sensación extraña, no bien definida y rara vez experimentada. No, al lado de Cecilia, su primer amor, nunca palpitó su corazón con aquellos súbitos ardores. Pardos eran también los ojos de la niña, pero aquellas estrellitas no llameaban como los de la desconocida, ni despertaban en sus sentidos inexplicable voluptuosidad. Mediaba, pues, gran diferencia entre Cecilia que representaba la imaginación juvenil con su vaguedad, sus entusiasmos, sus impresiones frescas y vírgenes, y aquella mujer que era como el símbolo de la vida, del placer, de la plenitud, de la realidad hermosa y provocativa y de la pasión triunfante que no se satisface sino con la posesión del objeto deseado.

Mirábala Antonio con fijeza unas veces, con secreto temor otras, cosa que no debía desagradar á la viajera cuando recogía á hurtadillas sus miradas y continuaba asomada y distraida con los objetos más próximos del camino; por ejemplo: á la aproximación inesperada

de una caseta, de una barraca ó de un túnel, imaginábase la posibilidad del choque con aquello que corría ó parecía correr hacia su wagón tan precipitadamente, y cerraba los ojos como presa de un ligero desvanecimiento ó conmoción nerviosa que recorriera todo su cuerpo. Estas timideces de niña, observadas por el joven, sirviéronle de pretexto para entrar en conversación. Al interés manifestado por sus preguntas, contestó ella con la mayor afabilidad. Su lenguaje, su pronunciación y hasta su misma afabilidad, no debían ser naturales de Castilla. Indudablemente, aquella mujer era extranjera.

Su conversación se interrumpía á la llegada de las estaciones. En medio de los silbidos del monstruo, las voces de los viajeros, el correr de los mozos y los toques de marcha de la campana, ponían ellos un punto de reposo y se callaban á un tiempo, á semejanza de las voces cantantes á la entrada del coro general en la representación de las grandes óperas. Alentado por estas pruebas de confianza y aun de simpatía, preguntóle Antonio si iba sola en el coche.

—No ciertamente—respondió la desconocida sonriendo.—¿Con quién diría V. que viajo?

—Casi temo acertarlo. Con un amigo.

—¡Oh! no, todo lo contrario. Es una amiga.

—Felizmente es una amiga. Pues quisiera ser amiga.

—¿Para qué? Yo le aseguro á V. que había de aburrirse bien pronto.

—¡Aburrirme! ¿Yo?... Cuando hace más de dos horas que me tiene V. encantado. Pero ya lo comprendo: hablará V. por sí misma. Mi conversación le debe ser insoportable, ¿no es eso? ¡Aburrirme! Vamos, ¿quiere V. que hagamos una prueba? Yo pasaré á su coche y me sentaré á su lado, ó en frente, como V. guste. Veremos entonces quién de los dos se cansa antes.

—¡Ah! Con que V... Muy bien, hombre, muy bien...—repuso ella riendo de bonísima gana. Con aquella franca y expansiva risa dejó ver á Antonio dos hileras de dientos chiquitos, blancos y afilados como los de un gosquecillo joven.—Lo que es la prueba es chistosa. Decididamente, sabe V. dar una buena broma.

En este momento llegaron á la décima estación, y el tren volvió á hacer alto. Antonio se echó el abrigo al brazo, recogió la manta de viaje de cuadros verdes, oscuros y azules, se encasquetó el *hongo*, tomó en la siniestra mano su maletín flamante y ligerísimo, saltó á tierra, abrió con la derecha la portezuela del segundo departamento y se instaló con la mayor prontitud frente al asiento que ocupaba la descono-

cida. Fué cuestión de cinco segundos la tal maniobra. Pero apenas comprendió que se fijaban en él las miradas de los demás viajeros, se puso encendido como la grana. Sin embargo, devolvióle la serenidad y le aquietó el espíritu la sonrisa plácida y fina de la persona que más le interesaba. Entonces pudo contemplarla á su sabor.

Un *paletó*, de color ceniza, adornado con sencillos pespuntes, dibujaba de un modo admirable su talle, que no aparecía desfigurado ni aun al reclinarse sobre el asiento buscando más cómoda postura. En cuanto al vestidillo, que era de medio color (ocre quemado), profanos ojos habían de distinguir, con sólo verlo, la elegancia del corte y la sobriedad de sus vivos, plegados y volantes. Lucía además en su cuello, cerrado en alto como el de los caballeros, una corbata encarnada de seda, bordada ligeramente en las puntas. De vez en cuando dejaba asomar por debajo de la falda la puntita del pié, juguetón y menudo como el de una madrileña. Había, pues, en su persona un aire de sencillez, de buen gusto, de satisfacción y de pulcritud que contrastaba singularmente con el de la señora que á su izquierda se arrellanaba, cargada de seda de colores, de medallones, de sortijas en los dedos y de flores en el sombrero, tal y como pueda adornarse una

ricachona de provincia. Tan fuerte era la contraposición, que hasta el mismo Antonio, sin experiencia para semejantes observaciones, dudó muchísimo de que fuera su amiga. Fácil le hubiera sido averiguarlo, pero iba tan poseido de un único y exclusivo sentimiento, que no reparó durante el viaje en mil circunstancias y pormenores que le habrían aclarado la verdad. En cambio, sabía ella por espontánea confesión del joven, que se dirigía á Bayona, que su permanencia en la población obedecía en un todo á cuestiones de familia, que, aunque simpatizaba con las francesas, el país le era completamente desconocido. Al cruzar la frontera preguntóle Antonio:

—¿Pero se detiene V. en Bayona? No me había V. dicho nada de eso. ¡Oh, divina sorpresa!

—Puede ser—contestó la desconocida.—Bayona es muy pequeño; no será extraño que nos encontremos.

—¿Dónde?

—¡Oh! curiosillo es V. *Yo* creo que le bastará á V. saber por ahora que nos encontraremos.

Esta última pregunta se encaminaba á formular una cita, pero cualquiera tentativa de este género tropezaba al momento con su sonrisa, con su amabilidad, con una frase aguda

y razonable que esquivaba, sin herirle, una respuesta categórica. Después de salir de la estación tomaron un mismo ómnibus, que les llevó, sin detenerse, á la fonda del *Mediodía*. Antonio saltó del coche y volvióse para dar la mano á la viajera, viendo que se preparaba á bajar allí mismo. Luego le dijo:

—¿Sube V. también al hotel? Es otra sorpresa; mucho más, otra felicidad que no esperaba. Y sola. ¿Cómo se explica eso? ¿No viene su amiguita de V.?

—¡Calla! Pues es verdad... no está en el coche. Ha debido quedarse en la estación. Crea V. que *yo* lo siento en el alma, porque era muy buena amiga.

—Toda una persona decente—añadió Antonio en idéntico tono de conmiseración.

Miróle la desconocida al oir esto, y ambos se sonrieron contentos de haberse comprendido.

Cuando él se encontró en un cuarto de la fonda, solo, rendido, impresionado por las escenas del viaje, por la extravagancia de los tipos, por la novedad de los objetos que le rodeaban, recordó por primera vez que traía un encargo difícil y espinoso, cual era el de representante del deber y del honor de una familia que vuelve por los ultrajados fueros. Sintió de todas veras no hallarse libre, completamen-

te libre, para poder consagrarse á la realización de sus caprichos. Pensó también en su adorable hermana, á quien le prometió escribir, siquiera fuesen cuatro líneas, el mismo día de su llegada; pero en vez de tomar la pluma se tendió en la butaca ó sillón, sacó un cigarrillo de papel y se puso á fumar con sin igual tranquilidad.

Entre las bocanadas del humo se disiparon las últimas ideas que más fatigaron su espíritu, y tornó á recrearse con la gallarda imagen de la desconocida. ¡Qué graciosa mujer! ¿Quién sería? ¿Por qué volvería á su país? ¿No estaría casada? ¿Simpatizaría con él? Sin duda alguna que con él simpatizaba... Y eso pronto habría de verse... Estaba en el comienzo de una gran aventura. Después de apurar el cigarrillo se cruzó de brazos como si esperara contestación á sus preguntas, y respiró fuertemente. Habiendo pasado en claro la anterior noche, la naturaleza reclamó sus derechos con mayor energía que nunca y se quedó dormido como un niño.

III.

RIVALES.

Seguro Ariscaut de haber convencido á su mujer, desvaneciendo hasta la menor sospecha

sobre su conducta, no dudó en conseguir un triunfo definitivo y volver á su casa tan inocente y tan justificado como había salido. Ignoraba por completo lo del segundo anónimo, y se reía muy á su sabor de las mujeres burladas que prometen vengarse.

Apenas llegó á Madrid escribió dos cartas: una para Victoria y otra para la señorita Valentina Croizette. Ya conocemos el contenido ó el espíritu de la primera. En cuanto al texto de la segunda, podría muy bien resumirse en las siguientes palabras: «Querida Valentina: salgo de Madrid sin pérdida de tiempo. Espérame en el hotel del *Mediodía* si acaso llegaras antes que yo, lo que dudo mucho.»

Y en efecto, el señor Ariscaut pernoctó en Bayona el día 1.° de Julio, como había prometido á su amiga, según los buenos informes del anónimo. Enteróse por los camareros de las personas llegadas aquel día, y vió con gran satisfacción que era el primero en acudir á la cita. Entretenido más tarde con algunos amigos comisionistas y marchantes, se acostó después de media noche, por lo cual no pudo madrugar como lo tenía pensado para salir á la estación. Acababa justamente de vestirse cuando llamaron en la puerta de su cuarto, y cuál sería su asombro al ver entrar á Antonio.

—¡Muchacho! ¿Tú por aquí?—saltó mi hom-

bre abrazándole con la mayor cordialidad y disimulando el disgusto que esta inesperada visita le produjo.—Vaya, que lo celebro. Ya era hora de que hicieras una escapatoria, *pardiés*, y al cabo te saliste con la tuya. Así me gusta.

Luego añadió esta frase, corriente por entonces y usual en boca de su hermano:

—En fin, por lo que yo veo, *parece que se madruga* ¿eh? Habrás venido esta mañana en el correo. ¿Y Victoria? Porque supongo que si tú estás aquí será por acompañarla...

—Victoria quedó en Valladolid.

—¡*Pardiés!* Pues yo que contaba...

Y el señor Ariscaut volvió á respirar con la libertad del que se descarga de un enorme peso.

—¿Es decir, que mi mujer no se ha decidido? Lo siento. Bien es verdad que mi viaje fué como improvisado y no tuve tiempo de avisarle.

—Pues nosotros ya lo sabíamos.

—¿Eh?—murmuró el comerciante con no poco susto.

—Claro está—repuso el otro, que deseaba salir cuanto antes del paso sin circunloquios ni rodeos.—Mira tú si lo sabíamos—añadió; y echando mano á su cartera, sepultada en el bolsillo interior del *chaquet*, le puso delante de los ojos, aunque sin soltarle, el consabido anónimo.

Leyólo Ariscaut despacio, muy despacio, mientras hacía su composición de lugar y buscaba una hábil defensa. Al llegar al final le atacó una especie de hipo cacareado y seguido de grandes resoplidos, que era en él la forma más expresiva de la risa, en vista de la cual creyó Antonio de todas veras que le habían caido en gracia las noticias ya confirmadas que en el papel leía.

—Quita allá, hombre, si conozco la letra. ¿Y seréis capaces de creer en esto?—preguntó el mercader con admirable ingenuidad.—Os acreditábais de no ser más que unos niños... Cuando te digo que conozco muy bien la letra. ¿No estamos hoy á dos? Justo; pues hoy mismo ha debido recibir tu hermana carta mía, donde la explicaba los motivos de mi venida á Bayona; motivos puramente mercantiles ¿entiendes?

—Luego el anónimo—repuso el joven después de reflexionar un momento,—supo que venías á Francia al mismo tiempo que tú; ¿cómo compaginas eso?

—*Pardiés*, cómo compaginas eso; porque el anónimo acertó por carambola, deduciéndole de mi costumbre de otros años. De eso precisamente me reía. La autora del anónimo, pues me consta que esas tonterías sólo las hacen las mujeres, debía dedicarse á hilvanar calendarios; de seguro que haría mejor negocio que el

Zaragozano. A tí ¿qué te parece? En cuanto á esa individua, que es la verdadera anónima, puesto que nadie la conoce, ya le dije á Victoria que ello no pasaba de ser un cuento, un castillo de naipes, una cosa que no tiene piés ni cabeza.

Al acabar esta frase sonaron en la puerta dos golpecitos.

—Adelante—gritó Ariscaut; y suavemente se abrió de nuevo, apareciendo la correcta figura de la desconocida.

Aunque por distintas causas, ambos experimentaron idéntica turbación; pero Antonio, para mejor disimular, se corrió hacia el fondo quedándose entre el balcón y la colgadura, no habiendo podido reparar, por lo tanto, en la mirada rápida y significativa que cruzó Ariscaut con su antigua compañera de viaje.

—La señora—dijo éste en alta voz,—es la mujer de un amigo mío que viene á recoger cierto encargo que traigo de su parte. Ahora me hará el obsequio de tomar asiento y me permitirá buscarlo en la maleta.

Mientras Ariscaut se dirigía al rincón del cuarto, donde se veía el equipaje, sentóse Antonio al lado de la desconocida y la interrogó con una mirada llena de inquietud, de pasión y de curiosidad. No satisfecho con esto le preguntó, bajando la voz todo lo posible:

—Pero ¿es cierto? ¿Es V. casada? Por Dios, amiga mía, sáqueme V. de dudas. ¿No podría V. concederme cinco minutos de audiencia esta misma noche? ¡Qué dichoso sería!

—En el comedor, á las doce en punto—respondió nuestra heroina después que hubo abierto su tarjetero.

Antonio ocultó con presteza la tarjeta recibida, en el momento en que el comerciante se volvía hacia ellos con una cajita de terciopelo en la mano.

—Aquí tiene V. el encargo de su marido. Es un pequeño recuerdo: dos pulseras de oro, sencillas, pero de muy buen gusto.

Luego, en un francés claro y abundante, le dijo que era la forma de más novedad y la que más se usaba en el día, deseando, por último, que fuesen de su agrado, ya que por coincidencia ó por su fortuna había mediado en el asunto como consejero de su marido.

—Preciosas, preciosísimas—repuso ella sacándolas del estuche y poniéndolas á más luz. —*Yo* agradezco el recuerdo por lo que representa y por lo que vale. Para V. habrá sido la molestia, señor Ariscaut.

—Ninguna, señora. Para mí no hay molestias tratándose de... Ayer quise llevárselas á su casa, pero sin duda equivocaron las señas y no pude tropezar con ella.

Al oir esto Antonio hizo la reflexión siguiente: si tiene casa propia, ¿cómo se hospeda en la fonda? Aquí debía haber desde luego un gran misterio. Después de algunas frases convencionales y de rigor en tales casos, levantóse la desconocida y se despidió con su acostumbrada amabilidad de los dos parientes. Acompañóla Ariscaut hasta la puerta, y aún se entretuvo algunos minutos más conversando con la susodicha en el pasillo.

En cuanto Antonio se vió solo, sacó la tarjeta y leyó rápidamente estas palabras: *Modes;* y más abajo *Mlle. Valentina Croizette, ex-primera de Mme. Borrison.* Por suerte suya, el apreciable mercader continuaba charlando fuera del cuarto, y no pudo traslucir, ni aun á su llegada, el indecible efecto que le causara aquella lectura. Quedó como ensimismado con la tarjeta en la mano y mirando los cristales del balcón con la insistencia del estúpido que no percibe bien los objetos que tiene delante. ¡Oh! no cabía duda: aquella desconocida, esa incomparable Croizette, no era otra que la amiga citada por Ariscaut. Para el corazón de un joven bisoño como Antonio, la emoción y la sorpresa debían ser profundas. El, que venía á seguir los pasos de su hermano y á poner razonable freno á sus locuras, resultaba á última hora su rival. ¡Intencionado capricho de la fortuna! El

amor le tendía un lazo; había sabido que cierto muchacho, disfrazado de dómine, pero ignorante de las cosas de la vida, tomaba el cayado del Divino Pastor que corre en busca de la descarriada oveja, y le arrojaba al paso á mademoiselle Valentine, diciéndole: arréglate como puedas. ¡Qué extraña coincidencia! Al presente, el problema estaba reducido á saber cuál de los dos contrincantes quedaría por dueño y señor del campo.

No tardó mucho en volver Ariscaut; se acercó á Antonio y le preguntó con naturalidad:

—¿Conocías tú á esa señora?

—¿Yo? ¿Por qué lo decías?

—No quisiera equivocarme, pero me pareció que hablábais en voz baja cuando yo buscaba el estuche.

—¡Bah! media docena de requiebros...

—*¡Pardiés!* ¿A una mujer casada?

—Y tú ¿no eres casado?

Ariscaut agrandó sus ojillos negros y vivaces para observar mejor la fisonomía del estudiante. Había en la voz del joven, en su lenguaje, en su manera de replicar, algo nuevo y singularísimo que no podía pasar inadvertido para el hombre de alguna experiencia.

—Tú no sabes una cosa—repuso el primero tras una ligera pausa.—Aunque parezcan iguales, nuestros papeles son bien distintos. Tú

eres un niño todavía, y á tí te tocaría irremisiblemente el de pagano ó víctima, ó como quieras llamarle; mientras que á mí... ya comprenderás que á mí no me pasan *maulas*. Yo conozco el género, y cuando me conviene toco retirada ¿entiendes? Escurro el bulto y les digo: ahí queda eso. *¡Pardiés*, ya ves que la diferencia es gorda!

—¡Oh, sí, tú madrugas mucho! Pero lo que aquí veo es la tema en que habéis dado todos: tú y tu mujer, tu mujer y tú. ¡Cuidado que es imbecilidad la de ciertas gentes! ¿Con que todavía soy un niño? ¿Según eso no he de salir nunca de vuestros faldones, ni puedo llegar á ser hombre? Perfectamente; en ese caso compradme una chichonera, y hemos concluido.

Rióse Ariscaut del calor con que el hermanito defendía su virilidad y sus derechos de hombre de mundo; pero no hubiera reido ciertamente si sospechara la resolución irrevocable que en aquel instante tomaba su amor propio herido hasta el fondo de sus entrañas. Dió media vuelta por el cuarto, y mirando la hora en su saboneta de plata, le dijo:

—Bien, muchacho, bien. Parece que te peinan á contrapelo, según lo que eso te escuece. Pero no hagas caso... ni hay que tomar las cosas tan á pecho. Fíate de mi experiencia y déjalo correr. Vamos á almorzar.

Aunque el día estaba algo caloroso, salieron juntos para tomar café; después pasearon por las *Alas marinas* y visitaron dos ó tres comercios, antiguas relaciones de Ariscaut. Comieron, sin embargo, en la fonda, no queriendo el suspicaz mercader dejar solo á Antonio, porque tenía sus recelos y aun cierto presentimiento, digámoslo así, de lo que había de suceder. Parecióle al joven muy natural tan asidua compañía; pero al levantarse en el comedor, después de una hora larga de sobremesa, pretextó que se sentía cansado y se encaminó á su cuarto. Subió también Ariscaut, y no se separó de allí hasta que lo vió acostado, tendido y dispuesto realmente á rendirse al sueño.

A las doce de la noche se hallaba todavía nuestro mercader en la trastienda de su amigo Godart, acabando una partida de tresillo á que era aficionadísimo, en tanto que Antonio se vestía á toda prisa para acudir á la cita. Y llegó con puntualidad al comedor donde le esperaba Valentina. Por no pecar de monótonos no trascribiremos su diálogo breve, embarazoso hasta cierto punto, lleno de reservas, erizado de largos rodeos, que terminó, como era de suponer, conocidos los antecedentes, en un completo acuerdo de opiniones sobre el porvenir.

Muy de mañana salía un tren expreso para

Burdeos: su felicidad por el momento estribaba en partir con ese tren ligero y madrugador.

Ariscaut se levantó ya tarde; vistióse de mala gana, porque el calor le atosigaba mucho más que el frío, y porque aquel día debía ser necesariamente uno de los más largos y más aburridos de su vida. Esperó la visita de Antonio, bajó al comedor, desayunóse, se lanzó á la calle; su hermanito no parecía. Preguntó por último á uno de los que estaban en el despacho, y supo por su boca que los viajeros de los cuartos 14 y 24 se habían marchado en el tren ascendente de Burdeos. Ariscaut repitió las señas.

—Pero ¿está V. seguro de no confundir?...

—Segurísimo; son esos mismos.

—*¡Pardiés!*

Subió á su habitación y cerró de golpe. Al entrar tropezó con una silla mal colocada, á la cual disparó un puntapié y rodó hasta la cama. Sus ojos de ratoncillo echaban fuego; sus mejillas, sus orejas, todo su rostro rojo como si le hubieràn abofeteado, atestiguaba á las claras su indignación. Aquella insolencia del leguleyo le ponía fuera de sí. Estaba verdaderamente enfurecido. Y no sentía el escozor de la ofensa en su corazón, más ó menos apasionado, sino en el fondo del alma, donde radica la fuerza de nuestra personalidad, el inmenso

amor propio del hombre. Verse engañado por un estudiantuelo: esto era lo doloroso; ser despreciado por una mujer: esto era lo insufrible. Toda la mañana estuvo pensando en ello. A media tarde se puso á redactar un parte telegráfico para un amigo que residía en Burdeos. Luego le pareció insuficiente, rasgó el papel y escribió una carta; pero ésta, aunque más explícita, debía llegar ya tarde, por lo cual volvió á la faena del telegrama, que no dejaba de tener sus dificultades. Decía, en resumen: «Hoy llegan á esa dos personas jóvenes, amigas mías, con tales y cuales señas; trate V. de saber á toda costa dónde se hospedan.»

Por si acaso sus aclaraciones se recibían á tiempo, y por si daba la casualidad de que los fugitivos se detuvieran en el camino, dejó la carta en el correo después de poner el telegrama. No quiso descansar, y á las once y minutos de la noche, hora de partida del último tren, salió de la fonda y á buen paso se dirigió á la estación, donde tomó un billete de segunda para Burdeos.

IV.

SE DESCUBRE UNA PUERTA.

Aquella misma tarde, aunque á una hora más avanzada, llegaba á la capital de la Gironda nuestra enamorada pareja. El telegrama de Ariscaut había surtido efecto indudablemente, porque entre el grupo de curiosos que esperaban en el andén, dejábase ver un caballero alto, canoso, de alguna edad, pero ágil y robusto todavía, que parecía un polizonte á la husma. Iba, venía, se aproximaba á las ventanillas, se fijaba en todas las fisonomías y estudiaba todos los tipos que le salían al paso. Acaso la susodicha pareja hubiera pasado inadvertida en medio de aquel numeroso desembarco de gentes, si Antonio no se quedara parado y dijera en español neto á Valentina:

—Ahora que reparo, te has dejado la sombrilla en el coche.

Oir esta frase y caer sobre ellos el caballero canoso, fué todo uno. Mirólos con detención, recordó sus señas y dijo para sí:

—Gracias, amigo mío; ya estamos en la pista.

Ninguno de los dos, y mucho menos Anto-

nio, que iba como atontado, acertó á reparar en la escolta que les acompañaba desde la estación hasta la fonda de *Embajadores*, donde se detuvieron. También detuvo su carruaje el que los seguía y esperó largo rato cerca del portal para tener la evidencia y casi la seguridad de que se instalaban definitivamente en aquel punto.

Negóse Valentina á tomar un cuarto para los dos, y se quedó en el inmediato al de Antonio, demostrando con esto cierto pudor y una firmeza de carácter, que tal vez no era común en ella.

Después de almorzar decidieron dar una vuelta por las calles, y á pesar del cansancio de la viajera, salieron alegres y dichosos como dos recién casados, llegando á recorrer, aunque á la ligera, algunos sitios notables de la población: los mercados, el muelle, el gran teatro y el gran puente. A las seis y media volvieron á la fonda. Durante la comida siguió Antonio con la locuacidad, la animación, el apasionamiento de que había hecho alarde en el trayecto de Bayona á Burdeos. Valentina, por el contrario, mostraba cierta reserva, cierta risueña seriedad, si se nos permite el maridaje de estas dos palabras, que no estaba en armonía con la situación de abandono y de confianza en que ambos parecían colocados.

Sin embargo, al subir á su cuarto, el joven planteó el problema:

—Tengo que darte una noticia—le dijo con cómica gravedad y sentándose á su lado.—¿Tú sabes lo que es un descubrimiento? Pues bien, querida mía, acabo de hacer un descubrimiento.

—Alguna tontería, ¿eh?

—Nada de tonterías. Oye y juzga. Examinaba esta tarde, antes de bajar al comedor, los rincones de mi nueva jaula y aquel papel claro, rameado, tan bonito, con sus barcos y sus figuritas, cuando he aquí que me tropiezo con una puerta de escape, bastante disimulada. No ignoras lo que es una puerta de escape. Yo dí un respingo; creo que en mis circunstancias tú hubieras hecho lo mismo. Mi castidad se sobresaltó. Aquella puerta podía dar paso á una mano, un brazo, una cabeza y luego al cuerpo hórrido y extraño. Ved aquí el peligro. ¡Ah, Valentina mía!—exclamó el estudiante asiendo una mano de su compañera de viaje,—¡qué de peligros rodean á la juventud!

Valentina no pudo disimular su risa al ver la expresión enfática y picaresca de Antonio.

—He pensado una cosa—siguió diciendo éste.—Estos bribones de fondistas son más avaros que el demonio, que cargó con el alma de

Judas. Tu habitación y la mía debieron formar *in illo tempore* una sola: gabinete y cuarto de dormir. Luego para hacer las dos que tenemos abrieron una puerta al pasillo, y héte aquí el negocio. Negocio que ataca á la moralidad, porque permite comunicarse dos habitaciones al parecer independientes. Pero se madrugará; nosotros corregiremos el defecto. Pues no que no. Esta misma noche, á eso de las doce y media, yo llamaré en la puertecita de escape y tú te levantas y descorres el pestillo. *¡Gloria in excelsis!* Me cuelo yo dentro y formamos la primitiva, una sola habitación. ¿Qué te parece la idea? ¿Tengo ó no tengo yo caletre?

Había tanta picardía y tanto regocijo en las miradas del aprovechado joven, que Valentina tornó á reir con más fuerza que antes, empezando por una fresca y espontánea carcajada. Luego se tapó la boca con el pañuelo y mordió una de sus puntas. Pero Antonio le apartó con suavidad la mano y se lo quitó.

—No, eso no es lo pactado. Permíteme que lo guarde. ¿Lo toma V. á risa? ¿así se responde á mi pregunta? Señorita, V. ha sido agraciada con unos dientes muy bonitos, y no hay necesidad de ocultarlos al público inteligente. Con que esta noche... quedamos en que esta noche... se madrugará.

—No, mañana. ¡Si vieras qué cansada estoy! Me fastidian los viajes sólo por esto.

—Son ahora las nueve; hasta las doce y media... considera, alma mía, si hay tiempo para descansar. Con que resueltamente, incontrovertiblemente esta noche ¿no es verdad? Dí que sí.

—No, Antonio, mañana. Mañana lo que quieras.

—Pero joven, no sea V. tan incontrovertible. Esta noche me quedo en tu cuarto y mañana también; no hay que confundir los términos lógicos de la cuestión. Y mira, pongamos nuestros relojes de acuerdo, porque el mío se adelanta bastante. El mío es un caballo desbocado. ¿Y el tuyo?

Y Valentina dejó que le cogiera su reló de oro con ligeros esmaltes, y lo fijara en la misma hora que el suyo. Luego se lo acercó al oido y exclamó:

—¡Divino Apóstol! qué constitución más débil: si no tiene pulso... apenas se le siente... Las nueve y cinco. ¡Ajajá! Y ahora que marchan bien te dejo tranquila y sosegada. Ya ves que no abuso de mi posición. Me voy á corretear un rato. Hasta las doce y media; que no seas dormilona.

Y después de abrazarla dos ó tres veces, riendo y bromeando, bajó las escaleras de la

fonda con el cigarrillo en la boca, altivo, contento de sí mismo y más ágil y dispuesto que un colegial en el primer día de vacaciones.

Si hubiera sido posible que Victoria presenciase sin ser vista la anterior escena, es casi seguro que no hubiese reconocido en la fisonomía, ni en las maneras, ni en el lenguaje de aquel joven á su hermano Antonio. Tan cierto es que la pasión profunda, sencilla y verdadera convierte en hombre á un relamido mozalvete, y en ocasiones de un grande hombre hace un niño.

La brisa de la noche, húmeda y fresca, pareció prestar mas energía á nuestro héroe, porque al encontrarse en la calle echó á andar sin dirección fija, buscando la luz y la animación que se notaba por los puntos céntricos. Así de escaparate en escaparate, de calle en calle, tropezó con las puertas de un teatrillo de tercer orden, y como era temprano todavía tomó una butaca y se embocó dentro. Chocóle la disposición de algunas localidades que diferían notablemente de las que recordaba de los teatros de su país, y más que todo el lujo inusitado y llamativo de ciertas mujeres, bastante guapas por cierto, que se apoyaban en los antepechos de las galerías. Todas llevaban un magnífico sombrero, al parecer. Diríase que aquel gran sombrerc les servía

como de contraseña. Antonio estaba encantado. Representábase aquella noche un *vaudeville* con sus correspondientes coplas ó *couplets* y su salpicadura de música esencialmente parisiense y primaveral, ligera, animada, fresca, expresiva, que á veces recorre toda la Francia y viene por último á popularizarse en español á nuestra decaida zarzuela. Con todo esto salió nuestro leguleyo del teatro complacido en sumo grado, al mismo tiempo que daban las doce en la iglesia más próxima, en vista de lo cual apresuró el paso y llegó en cinco minutos á la fonda.

Una vez en el cuarto se quitó el abriguillo de verano, quedóse en mangas de camisa y se tendió en un sillón apoyando los piés en otro asiento para mayor comodidad. De vez en cuando erguía la cabeza y escuchaba: había en aquella hora y en aquella zona de la población un religioso silencio, tan sólo interrumpido por el rumor de un movimiento que iba cesando, como si se oyera cada vez á más larga distancia. Otra cosa también percibía: los latidos de su pecho, que asemejaban á un sordo aleteo. Ya sería la una de la noche cuando se levantó, apagó la luz y se acercó de puntillas á la puerta de escape, la que se abría próximamente en un ángulo de la derecha. Llamó y esperó. En este instante oía con toda claridad hasta las

pulsaciones repetidas de sus sienes. Como nadie respondía por dentro, volvió á golpear más fuerte con los nudillos de los dedos. Tampoco esta vez le hicieron caso. En su impaciencia buscaba las junturas de la puerta, y la nerviosa mano tropezó con el pestillo que la cerraba por aquel lado. Sin descorrer estaba todavía. Entonces no pudo reprimir una interjección rotunda y expresiva. Descorriólo con febril apresuramiento, y grande fué su asombro al ver que la puerta se abría sin resistencia alguna.

—Valentina—preguntó muy quedo;—¿estás ahí?

La misma oscuridad que dejaba en su cuarto encontró en el de su amiga. Avanzó, pues, dos pasos con los brazos tendidos hacia adelante y repitió más alto:

—Valentina, querida Valentina.

Luego marchó resueltamente hasta que sus manos tocaron un objeto, experimentando al tocarle singular sensación: aquel objeto era la cama, que por apoyarse en un ángulo de la derecha, venía á caer frente por frente de la puerta de escape. Antonio se detuvo.

—¡Valentina!—volvió á repetir aproximando el encendido rostro á la cabecera de la cama.

No oyó nada. Angustia indescriptible reemplazó súbitamente al anhelo, á la perspectiva

del placer, á la esperanza, á los ardores de la pasión. Empezó á tentar el lecho con suavidad al principio, y luego con verdadera furia cuando se convenció de que nadie dormía en él. Corrió á su cuarto, encendió la bujía y tornó á mirar por todos los rincones y debajo de todos los muebles, como si en efecto, su hermosa Valentina hubiera podido transformarse en un falderillo ú otro diminuto bicho.

Convencido, ó más bien desesperado por la inutilidad de sus pesquisas, se dirigió á la escalera y bajó hasta el primer piso. Era la una y media de la noche. Dueños y huéspedes reposaban, sin duda alguna, de sus respectivas fatigas. Delante de la puerta del comedor, para cuya entrada había que subir dos escalones, vió Antonio un banco provisional donde dormitaba á ratos el camarero-vigilante. La luz era allí escasa, pues provenía de un solo reverbero colgado en la primera caja de la escalera. Antonio interpeló al mozo.

—¡Eh, muchacho! ¿Sabe V. quién se llevó el equipaje del número 12?

Levantóse el mozo al momento, y mientras restregaba sus ojos, contestó sin vacilar:

—El equipaje del número 12... pues Lucas se lo ha llevado.

—¿Y dónde está ese Lucas? ¿No puede llamársele? Necesitaba saber con precisión ahora

mismo á dónde se fué con el equipaje. ¿Comprende V.? Es que me interesa saberlo.

El camarero, aunque servicial, le miró con sorna, se rascó dos ó tres veces la cabeza y dijo:

—V. quería ahora mismo... Pues no, no puede ser ahora mismo... porque no duerme en casa, señor. Es uno de los cocheros que traen gente al establecimiento.

Antonio le volvió la espalda y empezó á subir la escalera pausadamente, con aire torvo y mohino, de bien distinto modo con que la había bajado hacía poco más de cuatro horas. Entró en su cuarto y quedóse de pié mirando la luz con estúpida fijeza. De repente se tendió en la cama, y dando vueltas y buscando postura se le pasó un buen rato. Por otra parte sentía un calor interno y molesto que le encendía la sangre y le picaba por todos los poros de su cuerpo como si le acribillasen á alfilerazos. Además su cabeza parecía el cráter de un volcán por donde las ideas entraran y salieran abrasadoras como la lava. ¿Es que iba á volverse loco? Por lo tanto, saltó del lecho, y deseoso de respirar aire más fresco, se encaminó nuevamente á la escalera y se encontró en la calle; después en una de las anchas avenidas que desembocaban en la plaza; después creyó distinguir en lontananza una de aquellas

mujeres de magnífico sombrero que llamaron su atención en el teatro. Por curiosidad siguió sus pasos. Ella pareció advertirlo, porque le esperó cerca de una farola, y en cuanto le tuvo á dos pasos se agarró á su brazo con gran familiaridad y le dijo en buen francés:

—Anatolio, mi querido Anatolio... ¡Ah, Dios mío! perdóname, creí que eras tú Anatolio... pero es lo mismo ¿no es verdad? Perdón... ¿no es lo mismo?

Antonio continuaba como embebido contemplando los ojos, algún tanto marchitos, de su interlocutora, y sobre todo aquel sombrerito aéreo blanco, ligero, con sus lazos de seda tan vistosos, que encerraba como en perfecto óvalo el rostro redondo y animado de su dueña. Sentíase al propio tiempo desvanecido por el perfume especial y agradabilísimo que despedían sus ropas. Y es el caso que echó á andar á su lado, porque malditas las ganas que le quedaban de dormir, y se perdió en las sombras de una calleja, andando, andando, hasta no sabemos qué hora.

No tendría explicación esta segunda escapada de Valentina, si no apuntáramos algún breve rasgo de su historia.

Valentina Croizette, aunque nacida en Burdeos, se había educado en París en el obrador de madame Borrison, modista de notables cua-

lidades, que disfrutó de alguna celebridad en los últimos años del imperio (1868). Allí aprendió nuestra bordolesa todo género de costura y ese difícil arte del corte que sabe acomodarse á las infinitas exigencias de la gran tirana, la última moda. Cierta indecisión y cierto horror al escándalo, al ruido, al abandono, á la suciedad, constituían el fondo de su carácter. Por lo demás, poseía todas las sutilezas femeninas, amén de una buena dosis de refinada malicia, por lo que fácilmente se hubiera entregado á cualquier hombre, artista lírico, banquero, título ó empleado de categoría, cuando por tal medio pudiera lograr existencia fácil y cómoda, cariño, idolatría, consideración, un mimo constante; pues pertenecía Valentina á esa clase de mujeres caprichosas y tornadizas que nunca se encuentran satisfechas y parecen insaciables por su movilidad y sus aspiraciones.

Al año justo de establecerse en Burdeos había sido llevada á España, con promesa de formalizar estas nuevas relaciones, por un empleado en las minas de Somorrostro que iba en sustitución del ingeniero muerto. Cansóse muy pronto de aquel vivir para el día, en medio de despilfarros inútiles y continuos desórdenes, sin contar con que tampoco el susodicho jefe le cumplía su palabra de caballero. Hubo, pues, una gran reyerta, y aprovechó la prime-

ra ocasión para pasar á Valladolid. Allí abrió un obrador y allí conoció á Ariscaut, con quien simpatizó los primeros días por su carácter alegre y expansivo, y acaso acaso porque le creyó soltero, rico, liberal, aburrido y dispuesto como ninguno á cualquier género de sacrificios. En cuanto á Antonio, no necesitamos añadir que fué un capricho, una fantasía de niña, el sueño de una noche de viaje, alimentado por circunstancias especiales, y más que todo por el deseo de volver á Burdeos y escapar del compromiso de Ariscaut, que ya le era insufrible.

V.

Á TIEMPO.

A la hora y punto en que el joven leguleyo se echaba sobre la cama vestido y calzado, el señor Ariscaut, más desvelado que mendigo hambriento, miraba por centésima vez el tiempo transcurrido en su redonda saboneta, que devolvió por algunos minutos á su bolsillo. Sus compañeros de viaje, honrados padres de familia ó empedernidos solterones, roncaban con envidiable paz á diestra y siniestra, sin importarles un ardite ni el tren, ni la hora, ni los

negocios, ni el desvelo del mercader. Al través de los cristales del coche y desde su asiento, veíase tan sólo un pedacito de cielo límpido y transparente como el de las noches de Junio. Poco después aquel pedacito de cielo tornóse pálido como el remanso del río que reverbera los rayos crepusculares del Poniente, aunque adquiriendo más tarde una brillantez inusitada. A los oidos de Ariscaut llegaron clara y distintamente los agudos gorjeos de una alondra que huía, remontándose, de la tierra. Luego se oyeron, como otra alegre nota de la mañana, los cascabeles de un coche-correo que debía llegar al romper el alba á la estación vecina. Nuestro viajero sacó de nuevo el reló. Cuando alzó sus ojos á la ventanilla, el pedazo de cielo había tomado un color de rosa encendido, sobre cuyo fondo se percibía á modo de una segunda iluminación venida no se sabe de dónde, y que hacía el efecto de una ola de luz que iba salpicando de claridad carmínea los bordes lejanos del horizonte.

Pasaba el tren sobre un puentecillo, y Ariscaut pudo distinguir, como si á su lado hablaran, las voces de un grupo de madrugadores campesinos que salían á sus faenas. Al mismo tiempo, aquella celeste claridad pareció lanzar, como supremo esfuerzo, una flecha de fuego, y súbitamente el pedacito de cielo tomó la apa-

riencia de una ascua viva y llameante desprendida de algún espantoso incendio. Era el naciente sol.

Aquel reducido departamento salió también de la penumbra en que dormitaba, al ser herido oblicuamente por uno de los luminosos rayos que descendían á la llanura. Y sea que el hombre con dificultad se sustrae á los diversos aspectos de la naturaleza, ó por cualquier otro motivo, sintióse Ariscaut más reanimado y gozoso, como si el cerrado cerebro se airease y tomaran distinta dirección las ideas, evaporándose, si así puede decirse, gran dosis de su mal humor á las primeras claridades de la mañana, al igual de un cosmético en el frasco que se destapa.

Con esta disposición de ánimo llegó á Burdeos, que él ya conocía, y como no llevaba más equipaje que una simple cartera, marchó desde la estación á la ciudad, entrando á almorzar desde luego en el primer *restaurant* que halló á su paso. Roció las viandas, no mal aderezadas, con abundantes tragos de ese ligero y espiritual vinillo del país que conforta el estómago sin la pesantez del ahito, y que para el señor Ariscaut debió ser vino del Santo, como decían nuestros abuelos, según las repetidas veces que lo besó en la copa y lo saboreó en los labios. Así se encontró fuerte con-

tra todo género de embestidas, vinieran de los hombres ó del destino; con tal valor se presentó en casa de Aniceto Robinet, antiguo camarada y cofrade del mismo gremio. Bien sabía éste su venida; pero una maldita junta de acreedores le había impedido salir á ofrecer á nuestro viajero franco y económico hospedaje. Estando ya de vuelta y despachado de sus negocios, encontróse en la tienda con su amigo, á quien manifestó con la exactitud de una minuta el modo y manera con que hubo de cumplir sus encargos y el nombre de la fonda donde se guarecían en aquel momento histórico los fugitivos pájaros. Oido lo cual por Ariscaut, enderezó sus pasos hacia la llamada de *Embajadores*, y llegó á tiempo de impedir un verdadero desastre.

En medio de un círculo de camareros, curiosos y vecinos, el fondista y Antonio discutían con vivísima acritud.

El fondista era grueso, moreno, fuerte, achaparrado, y se expresaba como buen meridional, con gran abundancia de palabras. Por el contrario, Antonio, aun poseyendo bien el francés, tenía que hacer incalculables esfuerzos para comprender á su contrincante y replicar en el tono, diapasón y precipitado compás con que se llevaba el debate. Ariscaut se aproximó al grupo y oyó que decía el dueño:

—V. ha venido al hotel acompañando á una señora. Esta señora se desayuna, almuerza, come y duerme en su compañía...

—¿Cómo en mi compañía? Eso es completamente falso—vociferó Antonio.

—¡Ah! ¿Lo niega V.? Esta señora, vuelvo á repetir, hace el gasto ordinario de un viajero. Esta señora se marcha sin pagarme: ¿á quién debo yo reclamar? Porque yo necesito cobrar de alguno, como V. comprende. A V. desde luego, que será su amigo, su pariente ó su marido.

—Ni soy marido, ni amigo, ni pariente.

Ante esta afirmación, tan atrevida como graciosa, se escucharon algunos murmullos entre los espectadores. La discusión continuó, sin embargo.

—Bueno; sea V. lo que fuere, á mí no me importa. Pero V. me pagará por ella, ó de lo contrario...

—Le dije á V. antes que esa señora se me llevó el equipaje por equivocación (nuevos murmullos en la plebe), que no tengo más que seis francos en el bolsillo y que me dé V. tiempo para escribir á mi familia.

—¡Ah! ¿V. cree, señor, que tropieza con tontos? Sabemos muy bien lo que son esas farsas. Yo aguardaré á cobrar, si me presenta V. una persona conocida que me responda de esa deuda.

Antonio, rojo, encendido, sofocado, con la violencia irreflexiva de la juventud, cogió al fondista del brazo, se lo sacudió y le gritó:

—Vds. estaban acostumbrados á tratar con canallas, ¿no es eso? Pues bien, yo soy un caballero, y como tal, doy á Vds. mi palabra de honor de que todo se pagará. Por lo tanto, espérese V., amigo mío; no hay más remedio que esperar.

No le gustaba al fondista que nadie le sacudiese el brazo de aquel modo; así es que apenas lo tuvo libre, largó al leguleyo un pechugón tan tremendo, que le hizo retroceder más de tres pasos.

Ariscaut que lo observaba, se abrió camino entre los del grupo á fuerza de codos, y se plantó delante de nuestro héroe en el momento en que éste se abalanzaba, ciego de ira, sobre su adversario.

—¡Eh, poco á poco!—le dijo de mal talante y sujetándole.—¿Qué es lo que vas á hacer, pedazo de bestia? ¿A dónde conduce esto? ¿Qué significa esta disputa? ¿Es este el papel que te reservabas para echarlas de hombre? *Pardiés*, bonito papel á fé mía. Basta; basta de tonterías si te parece.

Lanzado este breve interrogatorio, volvióse hacia el fondista y añadió:

—Dispense V., caballero; el señor es cu-

ñado mío, y por lo tanto yo salgo responsable de lo que debe. Acabo de oir la contienda, y creo que los dos tenían Vds. su parte de razón, aunque el desenlace hubiera sido la prisión provisional de este caballerito. No le hubiera venido mal, no señor, porque esto le enseñaría á no meterse en un terreno que desconoce y á vivir más prevenido en adelante.

Cuando vió el dueño de la fonda que tan bien portado caballero, y además francés, tomaba la defensa del joven y hablaba de pagar la cuenta, se deshizo en mil cortesías y reverencias, dió infinidad de excusas y empezó á contar desde su comienzo el cómo y el por qué de aquella cuestión desagradable. Replicóle Ariscaut que estaba enterado á las mil maravillas, y que las cosas habían seguido su inevitable curso, por todo lo cual se firmaron las paces, pagó los gastos, deshízose el grupo de curiosos, se llevó á Antonio y circularon nuevos comentarios.

Aquel mismo día supo también por una prima de Robinet la novela histórica de Valentina, ó sea sus primeras relaciones en el barrio Latino de París, su escapatoria con el ingeniero y su última aparición en Valladolid, cuyas consecuencias tocaba en aquel instante. Por lo tanto, juzgó inútil indagar su paradero, y así se lo advirtió á Antonio, que andaba desde la

malhadada noche de la jugarreta algo mohino y cariacontecido. Otras personas, enteradas del lance, sospecharon con algún fundamento que Valentina se habría encontrado con su antiguo amante, y que tal vez á aquella fecha estarían andando en dirección á París. De este modo se explicaban su nueva desaparición.

Respecto al equipaje, con algunos realejos que en el fondo iban, no había ya que pensar en recuperarlos, y todo ello debía considerarse como pago y anticipo que nos cobra la experiencia por cada una de sus inolvidables lecciones. Antes de oscurecer se despidieron ambos viajeros del exacto Robinet, flor y nata de los comerciantes bordoleses, y se encaminaron á la estación sin más rodeos ni preámbulos.

En Bayona detuviéronse dos días, al cabo de los cuales continuaron su viaje hasta Valladolid. Por convenio de los dos hermanos, Victoria no llegó á saber ni un ápice de lo ocurrido en Burdeos, y antes bien se felicitó y alegró muchísimo al verlos venir juntos y tan buenos amigos, dando al olvido, ó poco menos, sus anteriores desafueros.

Hasta mucho tiempo después, porque esto siempre se aprende tarde, no conoció que de las infinitas formas que toma el disimulo de los maridos para ocultar sus bribonadas, ninguna es tan temible como la del compadrazgo.

Ariscaut, en cambio, desconfió desde su llegada de las damiselas, aventureras, modistas y demás hembras que escriben anónimos ó se escapan con estudiantes, y acabó por preferir, supuesta su inocencia, á las más jovencitas del país.

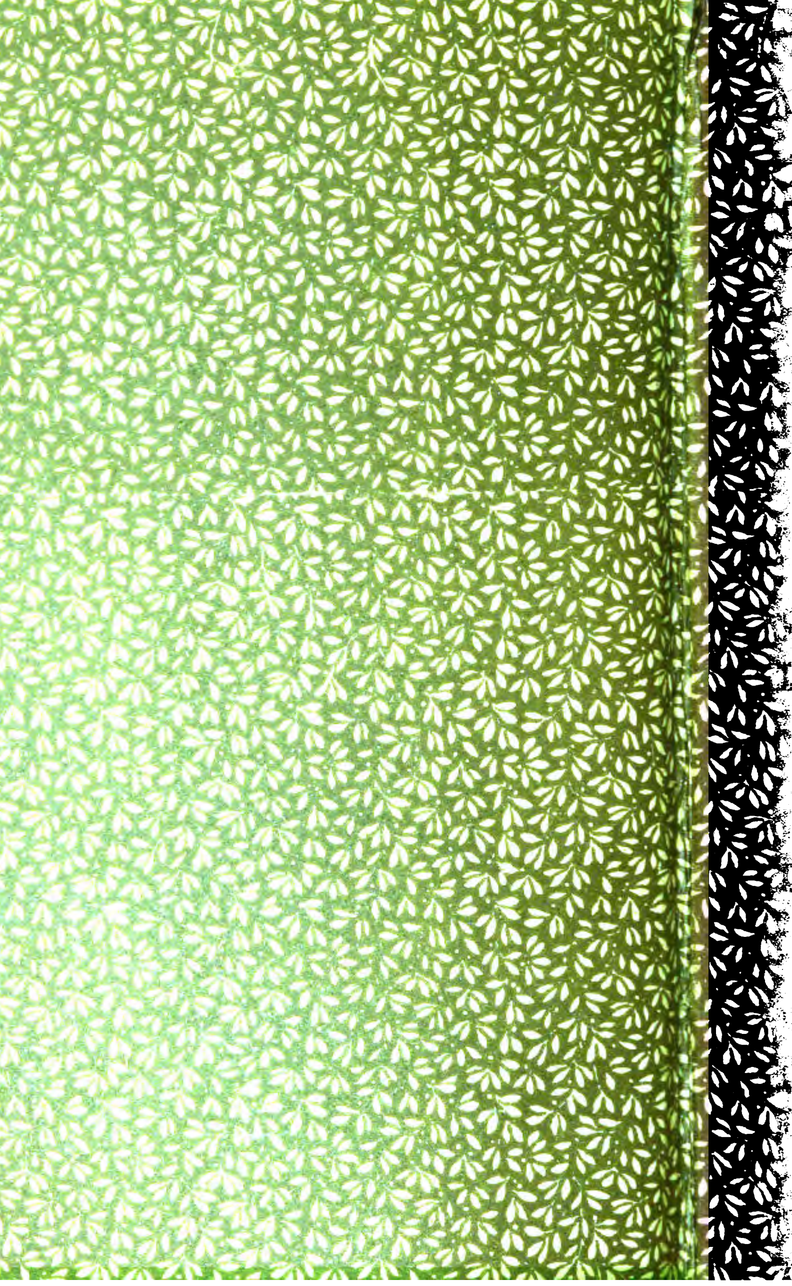
¿Y nuestro Antonio? Bien podemos añadir que huía, como gato escaldado, de la responsabilidad de estas picardías, acordándose á todas horas de aquellos pérfidos lazos de seda que tanto atractivo tienen para los hombres.

Marzo 1882.

ÍNDICE.

Páginas.

Advertencia........................ 5
Una obra de caridad................. 7
Por suerte ó por desdicha............ 67
Doctores y clientes.................. 181
Maximino Maury.................... 237
El testamento....................... 265
Lazos de seda....................... 287




U.C. BERKELEY LIBRARIES
[redacted]